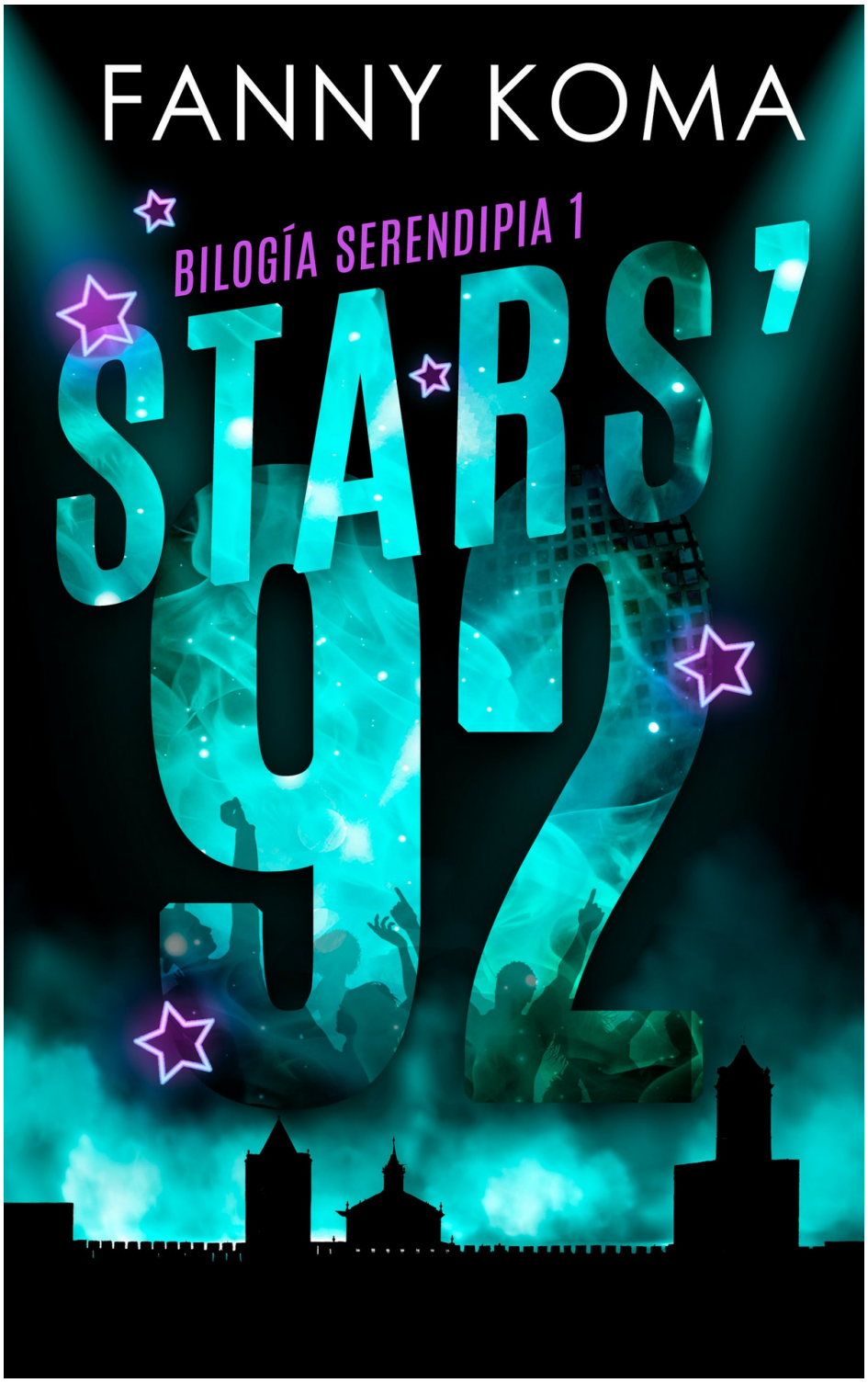
FANNY KOMA

BILOGÍA SERENDIPIA 1

STARS 7




FANNY KOMA
BILOGÍA SERENDIPIA 1
STARS 7
92

STARS '92

Bilogía SERENDIPIA

FANNY KOMA



Primera Edición: marzo 2025

Título original: Stars’92

©Fanny Koma, 2015

Maquetación: © Fanny Koma y © Angie.V.Cardenet
Correción: Irene Márquez Martinez
Diseño de cubierta: © Verónica Espinosa
Imagen de archivo © Verócina Espinosa

Safe Creative ©: 1811028925454

Todos los derechos Reservados. Copyright © 2024 STAR’S 92. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados será constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A mis mayores estrellas, las que me llevan guiando desde que nací y que sé que seguirán haciéndolo siempre. Gracias por haber hecho de mí lo que soy hoy.

Orgullosa de vosotros.

A mis padres, mis Stars.

Os quiero mil.

SINOPSIS

Dicen que la vida está llena de imprevistos, de situaciones que nos desarman por completo y hacen que todo se paralice por unos instantes. Y es que a veces esos imprevistos aparecen como una serendipia.

Mike y Farah son buena prueba de ello. No se necesitan, no se soportan. Sin embargo, pronto descubrirán que afrontar juntos todo lo que se les viene encima quizá sea su única salida. Unas vacaciones fallidas y un cambio de planes de última hora harán que Mike acabe en Fregenal de la Sierra, en la Stars'92, y ponga la vida de Farah patas arriba.

¿Podrá averiguar Mike qué se esconde tras el negocio? ¿Permitirá Farah que un gringo venga a decirle lo que tiene que hacer? ¿En algún momento ella podrá volver a confiar en alguien y contar la verdad? ¿Podrán controlar la pasión en medio de la tormenta o serán capaces de ver las estrellas?

Stars'92 abre sus puertas para que te adentres en ella y descubras hasta dónde están dispuestos a llegar los protagonistas para acabar con todo.

LISTA DE SPOTIFY STARS’92

Para tener una experiencia más completa e increíble de STARS’92 se recomienda leerla, mientras se escucha la lista de todas sus canciones. Esas que forman parte de Farah y Mike y la que le dan sentido a todo.

Espero que disfrutéis de ella y os guste.

Muchas gracias.



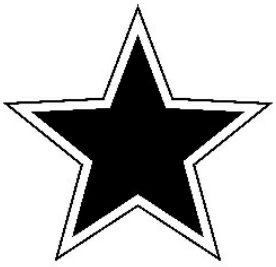
CONTENIDO

Capítulo 1. ¿Cómo decir que no?
Capítulo 2. Stars’92
Capítulo 3. Imprevistos
Capítulo 4. La Gramola tentadora
Capítulo 5. Jugar con fuego
Capítulo 6. Campanillas
Capítulo 7. Besos con sabor amargo
Capítulo 8. Dos en una
Capítulo 9. Rojo
Capítulo 10. Destruyendo sus barreras
Capítulo 11. ¿Amigos?
Capítulo 12. Agua helada
Capítulo 13. Lo quiero todo
Capítulo 14. Una conversación pendiente
Capítulo 15. No me decepciones
Capítulo 16. Decisiones
Capítulo 17. La verdad
Capítulo 18. El plan
Capítulo 19. Hacia las estrellas
Capítulo 20. Hambre
Capítulo 21. Subiendo la temperatura
Capítulo 22. El Castillo
Capítulo 23. Sin filtro
Capítulo 24. Mía
Capítulo 25. Te necesito
Capítulo 26. Destino o casualidad
Capítulo 27. No estás sola
Capítulo 28. Comienza el juego
Capítulo 29. El juego continúa
Capítulo 30. Fin del juego
Capítulo 31. Mi todo
Capítulo 32. Déjame cuidarte
Capítulo 33. Secretos
Capítulo 34. Al descubierto

Capítulo 35. Dulce dolor
Capítulo 36. Nuestro destino
Epílogo



CAPÍTULO 1. ¿CÓMO DECIR QUE NO?



No hay nada mejor que organizar todo para irte de vacaciones, al menos en mi caso. Eso es justo lo que estoy haciendo en este momento: la maleta. La idea de largarme unas semanas de aquí cada vez me gusta más, ya que no sé cuándo podré volver a irme en mucho tiempo.

Mi hermano mayor, Brandon, va a ser padre dentro de un par de meses y, como es lógico, estará con su esposa y su hijo cuando nazca. Por eso me propuso irme ahora que todo está tranquilo. Los negocios sin los dos no pueden funcionar mucho tiempo. Tan solo tiene que realizar un viaje exprés a España, pero eso no supone problema para él.

Mi mejor amigo, colega, hermano…

—¡Capullo! ¿Has terminado? ¿Dónde estás? Pareces una tía, joder. No tardes tanto —grita a pleno pulmón desde abajo.

Sin ninguna duda, mucho más capullo que yo; aunque en el fondo lo quiero un montón, es peor que un grano en el culo. Brian va a ser mi compañero de viaje y estoy completamente seguro de que será épico. ¡Brasil nos espera! Con él no faltarán la risa y las tías; nuestra más completa y absoluta debilidad.

—Mike, te estoy hablando, ¿estás sordo? —espeta entrando en la habitación.

—No, ahora me estás hablando; antes estabas gritando, idiota.

—Tenemos que ir a recoger los trajes para esta noche —continúa ignorándome por completo, dando vueltas por mi habitación y tocándolo todo—. Tenemos que estar impresionantes, aunque siempre lo estamos, claro. Tengo una cita doble con dos preciosas rubias que… Uff, se me pone…

—Ni se te ocurra acabar esa frase —le advierto antes de tener que oír una de sus muchas salidas—. Y deja de tocar de una maldita vez mis cosas.

—Tío, te espero abajo con tu hermanita. No hay quien te aguante y eso que nos vamos de vacaciones. Más vale que ese humor que te gastas desde hace un tiempo se quede aquí, si no…

Sigue y sigue hablando, no se cansa nunca. Es exasperante, casi siempre, no obstante, reconozco que a veces no sé qué haría sin él, cosa que no pienso reconocer y lo sabe. A pesar de todo, le tengo que dar la razón en lo del mal humor que tengo últimamente. Todo se debe, cómo no, a una mujer. Más concretamente, a las que no entienden que no soy hombre de «más» y siempre quieren más. Normalmente me importaría una mierda, pero esto va cada vez a peor. Se está convirtiendo en un gran dolor de cabeza que ni quiero ni puedo permitirme.

Deborah, que así se llama, es la mujer a la que me he estado tirando de forma esporádica durante meses, una actriz reputada aquí en Los Ángeles. Es preciosa, con un cuerpo de infarto —ni un gramo de más, ni de menos—, el sueño de cualquier hombre que no esté rodeado de mujeres así todo el día. Ha estado bien mientras ha durado. Tengo que reconocer que en la cama es una leona y eso me encanta. Sin embargo, últimamente ha estado más empalagosa de lo habitual. Aparece en mi casa, en el trabajo, en mis clubs… Y todo esto sin avisar. Ya el colmo ha sido montarle una escena de celos a una camarera de uno de mis negocios. Por ahí sí que no paso, joder. Nadie en mi vida va a controlarme y menos ella. No somos nada ni lo vamos a ser jamás. He terminado de raíz con lo que fuera que teníamos y sólo deseo poner tierra de por medio.

Termino de recoger y bajo a ver qué narices están haciendo estos dos en mi casa. Miro que esté todo en su sitio, ya que, aunque mi hermana se va a quedar aquí para estudiar con más tranquilidad, no volveré hasta dentro de quince días. Algunos dirían que soy un poco maniático del orden y de todo lo que tenga que ver con el control; pero, sinceramente, me importa más bien poco. Soy como soy y punto.

Para la fiesta de esta noche me vestiré en mi ático de Downtown, que está más cerca del sitio. Entre semana es ahí donde suelo vivir, ya que está a un par de manzanas de las oficinas; pertenece a la zona financiera de Los Ángeles. Los fines de semana —que no estoy metido de lleno en el trabajo— suelo disfrutar de mi casa en uno de los barrios que más me gustan de mi ciudad, Pacific Palisade.

—Si no fuera por la chica que viene a limpiarte y por tu hermana, que la usa más que tú, sería una jodida pena tener la casa que tienes…

—Estoy dudando seriamente si dejar de ser tu amigo e irme solo de vacaciones, capullo —digo cogiendo una cerveza como él y tirándome en el sofá.

Me mira como si lo hubiese ofendido, pero me dedica un saludo con su dedo corazón e inmediatamente sonríe. Yo lo hago con él. Es un payaso.

—Tú, payaso, no le des ideas, que al final me quedo sin casa— expone mi hermana exteriorizando mi pensamiento, mientras le lanza un bolígrafo a mi amigo y comienza a discutir con él sobre qué haría y qué no con mi casa.

Hay mansiones y casas mucho más lujosas que la mía, como, por ejemplo, la de mis padres en

Malibú; yo no necesito más, sólo un lugar tranquilo y no muy grande en el que desconectar del trabajo y relajarme. Hace cuatro años pasé por aquí, la vi y me enamoré. Cuando descubrí que estaba en venta, no lo dudé. Al poco tiempo era mía.

—Livy —le digo a mi hermana en tono de advertencia—, ¿sabe mamá, esta vez, que sí te quedas aquí?

—Por supuesto —contesta indignadísima y, evidentemente, se gana una de mis miradas reprobatorias—. Ya aprendí la lección.

Mi hermana Olivia —Livy para nosotros— es la pequeña de los tres y, aunque tenga veinte años, siempre va a ser nuestra niña. La hemos mimado hasta el cansancio y, a veces, lo seguimos haciendo. No es mala chica, todo lo contrario, siempre ha sido y a día de hoy sigue siendo una gran estudiante, con unas calificaciones intachables. Comenzó a estudiar periodismo en la Universidad de California, concretamente en UCLA, pero eso no quita que sea una fiestera nata y la líe alguna que otra vez.

La última ocasión en la que se quedó en mi casa sola organizó tal fiesta que tuvo que acudir la policía. Mis padres le prohibieron volver a venir a mi casa si no estaba yo. Pero aquí está.

—Solo espero que esta vez no tenga que acudir la policía, enana.

—Te he dicho miles de veces que no me llames enana y, tranquilo, que no, no pasará nada de nada. Prometido —me contesta con la mano en alto y muy seria.

—Me lo he creído hasta yo —dice Brian echándose a reír y ganándose que le vuelva a tirar con algo.

Después de recoger mis cosas, hemos ido a casa de Brian para que hiciera lo mismo con las suyas. Ya tenemos el equipaje preparado en el coche. Nuestro vuelo sale por la mañana y dudo mucho que acabemos la fiesta antes. De camino hemos pasado a recoger los trajes que vamos a necesitar. Normalmente de esto se ocupa mi secretaria, pero ya le he dado vacaciones.

La fiesta a la que tenemos que asistir es en una galería de arte que nosotros mismos hemos sacado a flote en su peor momento. Al dueño no le estaban yendo nada bien las cosas y nos contrató. Fueron meses muy duros y de mucho trabajo; arte es lo que sobra en Los Ángeles, pero lo conseguimos. Lleva tres meses de muchísimo éxito y no hay mejor manera de celebrarlo que con una reunión por todo lo alto. La parte negativa es el nuevo inversor de la galería, el señor Baker, Philips Baker. No es santo de mi devoción y me enfurece tener que reconocer que, sin su dinero, no habría sido posible. Buscábamos a alguien que invirtiera y él lo hizo.

—¿Has visto cómo suena esto, tío? Oh, sí —exclama Brian sacándome de mis pensamientos.

Estamos en un semáforo escuchando una canción de su grupo preferido, Imagine Dragons, y se ha puesto a acelerar su nuevo juguete. Hace unas semanas que se ha comprado un Lamborghini Aventador y es peor que un niño. Tengo que reconocer que me encanta, aunque nunca se lo confesaré a él. Y eso que sabe que el mío es mucho mejor.

—Nunca alcanzará al mío por más que aceleres. Lo sabes, ¿verdad? —digo por picarlo—. De hecho, debes reconocer que mi Bugatti Veyron pasa de cero a cien en 2’5 segundos y alcanza los cuatrocientos kilómetros por hora, frente a los trescientos cincuenta de este cacharro.

—Sólo son cincuenta kilómetros de diferencia y este pasa de cero a cien en 2’9 segundos. ¡No hay mucha diferencia! —expone cabreado. Yo no puedo más que echarme a reír.

Entre piques llegamos al edificio y le entregamos su juguete al aparcacoches. El lugar ha quedado espectacular. Primero, se dará una comida en una antesala que han preparado para la ocasión, donde tendrán la oportunidad de hacer las ventas más importantes de la galería y, después, habrá una fiesta que durará hasta altas horas de la madrugada.

En cuanto hemos entrado en el salón, dos camareras de lo más interesante nos han ofrecido la

primera copa de champán. Aunque soy más de whisky, me la he bebido de golpe.

—No bebas así, como si no hubiera más —me reprende una voz a mi espalda.

Cuando me doy la vuelta y la veo, mi sonrisa se ensancha. Está preciosa. Pese a haber tenido tres hijos, se conserva perfectamente. Lleva un vestido azul marino largo, de gasa, media manga y escote barco. Su pelo rubio está recogido en un perfecto moño.

—Qué madre más guapa tengo —me acerco y la cojo dándole un beso.

—Michael, por favor, nos están mirando —me censura, pero está encantada—. Tú sí que estás guapo, déjame verte.

—Si voy igual que siempre.

Y es la verdad. Llevo un traje tres piezas de color negro, con una camisa en un tono verde tan claro, que parece blanca y una corbata también negra a juego. Normalmente, en la oficina, es lo que suelo vestir, por eso odio hacerlo también fuera de ella.

—¿Y yo qué, Nicole? —inquiere Brian con su mejor sonrisa.

—Tú también estás guapísimo, Brian. Sois de lo mejor que he visto en mi vida.

Es lo mismo que nos lleva diciendo desde que éramos pequeños, aunque lo único en lo que nos parecemos es en la altura. Mientras él es rubio con ojos azules, piel clara y bastante masa muscular, yo tengo el pelo castaño, moreno de piel, ojos marrones claros y un cuerpo fibroso y marcado, pero no tanto como el armario empotrado que tengo por amigo.

—Tu padre te estaba buscando. Me dijo que cuando llegaras fueras al despacho principal —me informa mi madre y se despide para unirse a un grupo de mujeres que nos miran embobadas. Odio esa sensación.

Tengo clarísimo lo que provoco en las mujeres y lo uso en mi beneficio siempre que me da la gana. Yo elijo cómo, quién, dónde y cuándo. Al menos, así funcionan las cosas en este mundo. Pero hoy no. Tengo una sensación rara y no es precisamente buena.

Brian y yo nos dirigimos al despacho de la galería sin pausa. Cuando llegamos, están solos mi padre y mi hermano. Me sorprende ver a este último aquí, supuestamente no iba a venir. En este momento mi cuerpo se tensa, nuestras miradas conectan y sé que algo no va bien. ¿Habrá habido algún problema con la galería? ¿Por qué están solos ellos dos?

—¿Qué ocurre? —voy directamente al grano, no soy hombre de rodeos.

—Por eso eres tan malditamente bueno en los negocios. Eres una bala directa. Hola a ti también, hijo. Hola, Brian —comenta mi padre con aparente orgullo.

—Hola, Michael. Brandon —saluda mi amigo, a lo que mi hermano responde con un asentimiento.

Yo me abstengo de saludar, no necesito perder más tiempo. Nada de formalismos.

Mi padre, entre sus muchas virtudes, tiene las de ser un hombre intachable, íntegro y muy astuto. Nuestra relación siempre ha sido buena y nunca he tenido una pega de él. Pero, cuando se trata de negocios, es implacable: *las cosas siempre deben ir bien; sobre todo, cuando van mal*. He crecido con ese lema y no hay día en el que no lo repita.

Walker Business Coach, así se llama nuestra empresa. Y básicamente trata de eso, de que, si algo va mal, nosotros lo solucionamos. El *coaching* ejecutivo consiste en ayudar a cualquier persona que esté al cargo de una empresa —ya sea dueño, director o supervisor— y que necesite nuestros servicios. Nuestro trabajo se basa en dirigir, gestionar y administrar la empresa o compañía de una manera más rentable y precisa, para que se convierta en un éxito seguro. Resumiendo: nos dedicamos a hacer bien el trabajo de inútiles que han invertido en negocios sobre los que no tienen ni idea y que, cuando se están arruinando —a veces, incluso, cuando ya es demasiado tarde—, recurren a nosotros.

Mi padre fue el fundador y ha hecho de Brandon y de mí los mejores en este sector, junto con Brian. Si alguna vez algo se ha complicado, hemos trabajado los tres codo con codo y jamás hemos fracasado. Es un trabajo que me apasiona, al igual que la cadena de discotecas y clubs de los que también somos dueños.

—Tengo que pedirte un favor —comienza a decir mi hermano. Lo noto cansado—. Vengo ahora de dejar a Alexa en casa. Menos mal que todo ha quedado en un susto, aún así…

—¿Un susto? —intervengo preocupado.

—Sí, tranquilo, está bien. Está con mis suegros y yo ya me voy para recogerla e irnos a casa —dice para mi tranquilidad—. Sabes que su embarazo no está siendo muy bueno, no se encontraba bien y, al estar de siete meses y poco, en cualquier momento puede pasar algo…

—Lo que quiere decir tu hermano —continúa mi padre ante el silencio de este— es que no quiere, más bien, no debe alejarse de su mujer. Y menos para salir del país.

Vale, lo voy entendiendo, ¡mierda! Sus caras lo dicen todo. Me acabo de quedar sin vacaciones. ¡Joder!

—Lo siento, Mike. Si no hubiésemos dado nuestra palabra, no pasaría nada, pero es un compromiso muy importante, sobre todo, para papá.

—Trabajarás algo, pero nadie ha dicho que te quedes sin vacaciones —comenta mi padre con sorna.

—No estoy para bromas, papá. Sabéis que no me gustan los cambios de última hora, literalmente, porque, si no recuerdo mal, tu vuelo salía unas horas antes que el nuestro, ¿no? —mi hermano asiente sin ánimo.

En el fondo me da pena, no lo está pasando bien. Resoplo. Me paso la mano por el pelo. Vuelvo a resoplar. No paro de dar vueltas, necesito un momento y son conscientes de ello. Saben que no tengo, precisamente, lo que se dice un buen carácter, pero son mi familia y sé que no es por gusto. ¿Cómo les digo que no?

Me paro un momento frente a ellos y me concentro en canalizar los sentimientos. Respiro hondo y, sin más, lo acepto.

—Tranquilo, no pasa nada, yo iré. Ponedme al día de lo que tengo que hacer y tú vete a casa. Lo importante ahora son Alexa y el bebé.

Lo único que sé sobre el viaje es que tengo que ir a un pueblo de España y hacer algún trabajo para ayudar al mejor amigo y antiguo socio de mi padre. Este ha dado su palabra y así se hará. Al parecer tiene una hija encargada de sus negocios y no está haciendo las cosas bien. No sé nada más. Otra inútil…

Lo que sí sé es que me he quedado sin vacaciones para trabajar en algo que no nos va a dejar ni un mísero euro de los suyos; estoy completamente seguro de que me va a salir mucho más caro que irme a Brasil. No es que me falte el dinero, de hecho, es algo que jamás me ha preocupado. He trabajado cada dólar que he ganado desde que era pequeño. Hoy por hoy suman muchos ceros, pero sinceramente no me apetece nada.

—Gracias, hermano. No sabes cuánto te agradezco esto. Te lo compensaré —dice mi hermano abrazándome—. Cuando estés enamorado y vayas a tener familia, me entenderás.

—Ah, no, no me jodas —me suelto rápidamente como si quemara—. Eso parece más un martirio que un disfrute; ¿tú te has visto? Yo no estoy hecho para eso, estoy muy bien así, gracias. Tengo lo que quiero, cuando quiero y sin explicaciones.

—Amén, hermano —concluye Brian con una carcajada.

En ese momento, los que sonríen pero muy sutilmente son mi padre y mi hermano, mientras se miran cómplices. Gesto que hiela el mío.

—Todo llega y todo pasa —dice mi padre con esa media sonrisa que dicen que he heredado de él y que, al parecer, gusta tanto.

Me siento raro, fuera de juego, cuando se ponen así. Aunque los tres estamos muy unidos, desde que mi hermano se casó, es diferente. Si eso es el amor, no lo quiero. Han intentado por todos los medios que tenga novia y formalice algo, que siente cabeza y todo ese rollo, cosa a la que me he negado y, a mis treinta años, me sigo negando. No lo necesito. Odio que se metan en mi vida, joder.

—Bueno, y ¿cuándo nos vamos? Espero que al menos me dé tiempo a disfrutar de mi cita doble… —comenta Brian socarrón.

Tengo clarísimo que no me voy a aburrir. Nada mejor que mi mejor amigo para hacer más amena mi estancia donde sea que esté el sitio ese. ¡A saber qué me voy a encontrar! Aun así, tengo que advertirle y que lo tenga claro.

—¿Estás seguro de que quieres cambiar Brasil por donde quiera que esté nuestro nuevo destino?

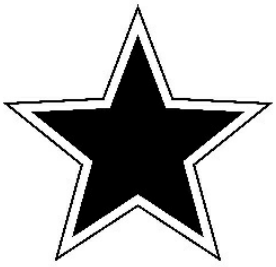
—Bueno, digo yo que si hay mujeres… Lo mismo me da brasileñas que españolas. No soy racista.

No tiene remedio, siempre pensando con la cabeza equivocada, aunque yo pienso igual, pero delante de mi padre no lo diría. Eso es pensar con la cabeza correcta.

—No te cortes, hijo —comenta mi padre mirando a mi hermano—, sé que piensas como él, por mí no te cortes. Pero una cosa te digo y recuérdala bien: esta vida está llena de imprevistos que pueden darte la oportunidad de mejorar el futuro. Nunca podemos cambiar el destino. Y llegará, hijo, llegará tu imprevisto…



CAPÍTULO 2. STARS’92



Después de aquella conversación, nos hemos dirigido a la sala donde estaba teniendo lugar la fiesta. La verdad es que están recaudando unas cifras desorbitadas con la venta de las obras. Me alegro de ello, pero no tengo ánimo para nada. La cena ha estado bien; Brian acaba de desaparecer, como bien dijo, con su cita doble y yo ya llevo un largo rato bebiendo en la barra.

En varias ocasiones, alguna que otra mujer se acerca. Las despido sin molestarme en mirarlas. No estoy de humor. Mi cabeza no para de dar vueltas y, mientras más pienso, más me cabreo. Odio los cambios de última hora y sobre todo cuando no tengo ni idea de sobre qué van. Sin duda, el hecho de haberme quedado sin vacaciones jode, pero no sé qué es peor: eso o enterarme de cuál va a ser mi cometido.

Al parecer, tengo que ir a España —hasta ahí, bien—, concretamente, a un pueblo de Extremadura: Fregenal de la Sierra. Ni santa idea de dónde narices está eso, aunque es lo de menos. A mi favor juega que mi nivel de español es aceptable, puedo desenvolverme casi a la perfección gracias a que ya he estado en varias ocasiones en este país: Madrid, Ibiza y Barcelona. Siempre por negocios, pero con unos calurosos y excitantes recuerdos.

Mi padre y su mejor amigo, con dieciocho años, compraron su primera discoteca en Los Ángeles. A partir de ahí, les empezó a ir de maravilla en el negocio, tanto es así que fueron expandiéndolo y en un año ya tenían dos locales: The Moon and Stars se llama la cadena. Se hicieron con bastante dinero y fama. A los pocos años, el amigo y socio de mi padre, Joseph Cooper, se casó y por motivos familiares tuvieron que trasladarse a vivir a España, el país natal de su esposa. Hicieron las reparticiones y, con ese dinero, Joseph comenzó el mismo negocio en este nuevo destino con el nombre de Stars'92. Por su parte, mi padre continuó con la cadena de discotecas y, además, fundó la empresa en la que hoy en día trabajamos.

Siempre han mantenido el contacto y se han visto en innumerables ocasiones. Siguen siendo muy buenos amigos. Yo incluso recuerdo vagamente a Joseph. Les ha ido muy bien a ambos; sin embargo, al parecer, la crisis española está siendo mucho más dura y, si a eso le sumamos que ha tenido que delegar el negocio por problemas de salud, resulta que a Joseph se le han complicado las cosas. Además, no está nada contento con cómo está dirigiendo los negocios su hija, en la que ha recaído el cargo. Esto no se lo quieren decir, claro; ese, al parecer, es mi cometido. Creen que un cambio general podría funcionar. ¿Qué se puede perder? Con un poco de suerte la enseño a sumar dos más dos y le dejo unos apuntes. No creo que sea tan complicado.

He perdido la cuenta de cuánto he bebido entre tantos pensamientos, es casi un acto mecánico. Decido parar o el viaje sería fatídico.

—Siempre fiel a tu Jack Daniel's —susurra acariciando mi cuello—. ¿No crees que ya has bebido suficiente?

—Lárgate, Deborah —espeto de mala manera quitándole la mano sin delicadeza.

He sido un iluso al pensar que no estaría en la fiesta, aunque quizá mi mal humor se deba a que en mi fuero interno lo intuía. Su padre, Philips Baker, es el nuevo inversor de la galería.

—No recuerdo que te sentara tan mal, ¿pasa algo? —pregunta con voz neutra.

—Nada que a ti te importe —aclaro con sequedad, alejándome de ella y buscando a otra que me calme sin explicaciones ni complicaciones. Ni siquiera la he mirado lo suficientemente bien como para ver qué lleva puesto. No la soporto, sin más.

Ya no sé cómo quitármela de encima. Se lo he dicho de todas las maneras posibles, pero parece que no quiere entender. Lo que más me preocupa es que siempre está en el momento menos oportuno, no deja las cosas al azar y, a veces, sólo a veces, sabe cómo manejarme…

***

Menudo vuelo de las narices estoy teniendo. Desde el primer momento en que dije que sí, me arrepentí, aunque ya nada se puede hacer. Soy hombre de palabra y, cuando la doy, la cumplo. Así me pasa, que he acabado en un puñetero avión, en un maldito vuelo eterno y con el payaso de mi amigo durmiendo la mona encima de mí, literalmente.

Tan solo habré dormido un par de horas: entre la incomodidad y las palabras de mi padre, que aún resuenan en mi mente, es imposible. «Un imprevisto», ¿y qué narices significa eso? Se lo pregunté, pero no me dijo nada más.

Hiervo de ira solo de recordarlo, así que mejor dejo de pensar. Intento acomodarme en el asiento y dejar la mente en blanco, pero no hay manera. Mi dolor de cabeza ha aumentado hasta llegar al «modo estallar» y aún faltan tres horas para aterrizar en Barajas.

—Joder, tío, qué sueño tengo —dice Brian con cara de pena.

—Si te has dormido todo el viaje, capullo, no tienes remedio —contesto con media sonrisa.

—Ya, claro, tú no te cansaste con dos preciosas rubias en la fiesta —canturrea con tono

infantil.

Y a mí se me borra la sonrisa de golpe. No, no había hecho eso, pero ojalá me hubiera unido a su fiesta privada. Seguro que ahora podría dormir tranquilo.

Después de catorce largas horas, por fin, tomamos tierra en Madrid. Yo estoy deseando llegar a un hotel; pero Brian, que ha dormido todas y cada una de las horas que ha durado el vuelo, dice que no, que alquilemos un coche y él conduce. Y eso hacemos. Aunque, si llego a saber que iban a ser tantas horas de viaje, dejo que se venga solo. ¡Qué quinientos kilómetros más largos!

Entre unas cosas y otras hemos llegado la noche del viernes al dichoso pueblo. Menos mal que tengo que estar aquí poco tiempo, como mucho dos semanas: una viendo el funcionamiento de la empresa y otra actuando. Si la chica es lista y se deja aconsejar, quizá menos. Mi hermano solo se podría haber quedado cuatro o cinco días; pero, claro, como he venido yo, mi padre me ha pedido el favor de que me quede el tiempo que sea necesario.

En un principio, la idea era alquilar una casa o un piso para los dos: ante todo, intimidad. Joseph se negó en rotundo. Le había dicho a mi padre que es lo mínimo que puede hacer y que no aceptaría un no como respuesta: nos quedamos en su casa. Sin duda, eso sería al día siguiente, no aguanto ni un minuto más sin una cama. Nos dirigimos a un hotel para no molestar a estas horas de la noche; mañana haremos acto de presencia. Poco hemos podido ver del pueblo, no pinta mal.

***

Cuando abro los ojos porque algo no deja de sonar, me acuerdo al instante de todos los santos que me sé. Esto es peor que una puñetera resaca; odio el *jetlag*. Todo está oscuro. Observo la habitación con dificultad, hasta dar con la cama de mi gran compañero. Este tío no duerme, se muere.

—Capullo, tu móvil, ¡cógelo! —grito tirándole la almohada.

—Jkdifffmmmmkigggs —rumia dándose la vuelta. ¿Qué narices significa eso?

¡Qué suerte la mía!, ironizo para mis adentros. Ya me he espabilado y no puedo volver a dormirme. No sé qué hora es; pero, cuando cojo el reloj de la mesilla y veo que son las seis de la tarde, me sorprendo. Hemos dormido casi un día entero. Busco los móviles, que están en la mesa. Hay más de veinte llamadas perdidas: de mis padres, de los suyos y de Joseph. Mi padre me dio su número y a él le dio los nuestros. Los llamo a todos para tranquilizarlos. Joseph me dice que a las diez no faltemos a una cena en su casa y así nos instalamos.

El hotel es impresionante para estar en un pueblo relativamente pequeño. Es cierto que estamos acostumbrados a otro tipo de lugares, aunque nunca he sido una persona a la que le importen esas cosas. El trato había sido escaso por el cansancio y las intempestivas horas, pero muy bueno. La limpieza está muy bien y solo me queda probar la comida. Estoy famélico.

Mientras Brian sigue muerto, bajo a la cafetería del hotel, necesito comer algo y un café. Así me pongo al día con los correos del trabajo.

La gente es muy agradable. Desde que he bajado, no he parado de hablar con unos y con otros. He pedido un café con un dulce. Con las horas que son no pega otra cosa. La cafetería está a rebosar, sobre todo, de gente joven. Eso es bueno. Yo no he dejado clara aún la posición que voy a tomar en la discoteca, pero sí me han advertido de que la chica que la lleva es de armas tomar. Torres más altas han caído.

Cuando subo a la habitación, se oye la ducha. Menos mal, ya iba a llamar a urgencias.

—Eh, tío. ¿Dónde estabas? Tengo un hambre que me muero —dice saliendo del cuarto de

baño con una toalla enrollada a la cintura.

—Pues eso, comiendo e investigando. Gente muy amable hay por aquí. Voy a ducharme, prepárate, que tenemos una cena.

—¿Y eso? ¿Tan pronto? Jo, jo, jo. Espero que estén buenas, porque ya tengo hambre de melones —comenta alegremente.

—Pero vamos a ver… Tú estás definitivamente mal de la cabeza —afirmo—. No, por supuesto que no vas a cenar melones. Compórtate. Vamos a casa del amigo de mi padre. Tú tienes un problema, ¿lo sabes? —le reprendo y, mientras, se quita la toalla tan tranquilo para buscar la ropa—. Sí, un gran problema, no es que sea la primera vez, tío, pero me empieza a acojonar que te encante sacarla con tanta naturalidad. ¡Eres un guarro! —declaro mientras entro a la ducha riéndome y él me contesta algo así como que necesita libertad, que va por libre y que le debería dar mejor trato a la mía.

Lo dejo por imposible. La mía está perfectamente. Y, por desgracia, he comprobado que la suya también.

Cuando bajamos de la habitación son casi las diez, así que nos marchamos en busca de la casa. Aunque el pueblo no es muy grande —unos cinco mil habitantes más o menos—, ponemos el GPS porque vamos tarde. Parece que no hay manera de ver este pueblo de día. Habrá que esperar.

Llegamos a la casa, es inmensa. Sólo la fachada la cubre una gran puerta de madera, dos ventanales a cada lado y tres balcones preciosos. Cuando antes hablé con Joseph me dijo que en esta calle no se podía aparcar, así que me indicó que entrara por la parte trasera, directamente a su cochera. La calle es estrechísima, pero no hay problema, el BMW que hemos alquilado no es muy grande.

Al entrar, nos topamos con un precioso jardín en el que hay una piscina enorme, zona *chill out* con su barra y una mesa con sillas alrededor. Supongo que será donde comen los días buenos, ya que está situada debajo de una preciosa marquesina de madera. El lugar es idílico. También tiene un garaje con varios coches. Mientras seguimos observando todo lo que nos rodea, un matrimonio sale a recibirnos. Son los amigos de mis padres, pero aún están lejos.

—Michael, ¡qué alegría! Ven aquí, muchacho —me saluda en inglés y con cariño. Joseph es un hombre regordete, al que recuerdo por fotos—. Es impresionante lo que te pareces a tu padre y no solo en el nombre —ríe ante su propia broma—. ¿Cómo está mi amigo?

—Bien, está bien. Yo también me alegro de conocerle, porque la última vez que nos vimos creo que llevaba pañales, así que no me acuerdo de mucho —bromeo también en inglés. Este hombre ya me ha ganado completamente.

—Por favor, tuteadme o me enfadaré y qué exagerado eres, una cosa es que no te acuerdes tú y otra es que no lo haga yo. Eras muy joven, mucho más que ahora, claro, pero te aseguro que precisamente pañales no llevabas. Ya por entonces había que quitarte a las chicas de encima —asegura rompiendo en carcajadas.

—Está bien. Ya me contarás la historia —pido sonriendo con algo de confusión y sin comprender a qué se refiere—. Por cierto, ambos sabemos hablar español, más o menos —comento en dicho idioma riendo—, así que vamos a intentar utilizarlo. Será una manera de perfeccionarlo.

Hacemos las presentaciones correspondientes, todo ya en lengua castellana: yo le presento a Brian y él, a su esposa, Loli, una mujer encantadora, no muy alta, con un cuerpo bien cuidado, morena de piel y de cabello y muy sonriente. Sin duda, serán unos excelentes anfitriones.

Nos enseñan la casa mientras vamos hablando de todo un poco. Se me acaban los adjetivos

para describir el interior de la casa: maravillosa, decoración clásica pero diáfana; es enorme, pero se nota que es un hogar. Comentan que en un principio íbamos a comer con toda la familia, pero no ha podido ser: el hijo pequeño está de cumpleaños todo el fin de semana, tiene veinte años, igual que mi hermana, y su hija ha tenido que ir a solucionar un problema con uno de los pedidos de bebidas en la discoteca. Al parecer, ella tiene un año menos que yo: veintinueve.

Nos asigna un cuarto a cada uno en la segunda planta y Joseph nos dice:

—Esta planta está vacía, muchachos, no se oye nada abajo, sois libres —se carcajea. Este hombre es mi héroe.

Loli nos había advertido que en unos diez minutos estaría lista la cena. Ya han pasado, así que estamos bajando hacia el comedor.

—Huele de maravilla, Loli —dice Brian con su raro pero aceptable español que hace que me muera de la risa.

—Pues mejor sabrá, como se dice por aquí. Sentaos, que os he preparado una tortilla de patatas para chuparse los dedos y, por si no os gusta, también hay pollo asado, verduras salteadas y revuelto de setas. Es que no sabía muy bien cómo acertar. De todas maneras, ya me pondréis al día —comenta algo apenada por no conocer nuestros gustos.

Yo estoy completamente asombrado. ¿Cuántas horas se ha pasado esta mujer en la cocina? A esto me refería cuando decía que no quería ser una molestia. Pero, al parecer, lo pienso solo yo, porque Brian se comporta como si no hubiese comido en su vida.

—Está todo riquísimo, Loli, pero no tendría que haberse molestado, mujer —expongo apurado —. No queremos ser una carga. Nos quedaremos aquí solo mientras encontramos algo; después, nos iremos.

—Eso ni lo sueñes, Walker. No lo pienso permitir —sentencia Joseph con una voz autoritaria bastante parecida a la de mi padre. Imposible rebatirlo.

—Di que sí, José —apoya su mujer, sorprendiéndonos con el nombre—. Además, tenemos a una chica que nos ayuda en algunas tareas.

Al parecer, desde que llegaron a Fregenal a Joseph le españolizaron el nombre y todos por aquí le dicen así.

Durante la cena, ya sí, hablamos un poco de negocios. No quiero hacer referencia a que no parece que les falte de nada. Pero, como si me leyera la mente, me explica que el problema no es que su economía esté en peligro, de hecho, es bastante sólida, sino el futuro de sus hijos, por estar estos al frente de los negocios, sobre todo, su hija.

Ella siempre ha vivido muy bien. Ha estudiado su carrera: arte dramático. Era su sueño, aunque a sus padres les sorprendió porque no tiene nada que ver con el negocio familiar. A pesar de eso, no se lo impidieron. Todavía les quedaba un hijo que podía seguir adelante con la empresa. Sin embargo, a este no se le dan bien los estudios y ha decidido pasar del tema. Prefiere trabajar de camarero en las discotecas antes que dirigirlas. Yo, a su edad, ya tenía clarísimo que quería estar al frente de todo, incluso antes, pero qué se le va a hacer.

Sobre ella, la hija de Joseph, nos cuentan que conseguir trabajo en ese mundo es muy complicado. Ha hecho algunas actuaciones en teatros, pero nada importante. Desde mi punto de vista —y de esto, aunque no en ese ámbito, sé bastante—, si no insistes y te haces un hueco, es imposible llegar a algo. Quizá de ahí venga su frustración: dejarlo todo para atender los negocios de su padre íntegramente. Había viajado a donde había querido sin ningún tipo de problema, ya que se lo había ganado todo debido a su esfuerzo y su ayuda en el negocio. Joseph, al igual que mi padre, tiene a personas que se encargan de sus establecimientos. En el caso de mi familia, esas personas somos mi hermano y yo. Como ellos dicen: ya no están para tanto cachondeo.

Joseph nos deja caer que el antiguo encargado había echado el negocio a perder y se había esfumado con su dinero. Al parecer, o no lo denunció o no se pudo demostrar que había cometido un delito. Aún no me ha contado la historia en profundidad, ya me enteraré mejor. Desde entonces, no había vuelto a confiar en nadie que no conociera bien y quién mejor que su hija. Pero cuando su padre le planteó que pronto se jubilaría, porque había tenido además algún susto con su salud, y que sería ella la que se quedase al frente de los negocios por ser la mayor, no le sentó muy bien. Y, encima, no sabía nada de la materia en cuestión para que todo funcionara bien, cosa que, por otra parte, no me extraña. Ahí entraba yo, tenía que enseñarla. El único inconveniente es que no era muy fácil de tratar…

—¿Sabe que vengo y para qué? —pregunto con cautela. Ya me estaba empezando a asustar el osito de peluche.

—Sí, tranquilo. Mi niña no es tan… ¿Cómo decirlo? Tan ogro. Es algo complicada, pero de buen corazón. Os llevaréis bien si sabes tener paciencia —me termina de tranquilizar la madre.

Yo tengo cero paciencia y, por las miradas divertidas que me lanza mi amigo, está pensando lo mismo que yo. No tengo dudas de que él se lo va a pasar bien de todas formas.

Nos cambiamos de ropa y Joseph nos dice cómo llegar a la discoteca. No es tan complicado.

Por lo visto, antes solo se cerraba los lunes para descanso del personal; los días de diario se usaba solo una parte como pub. Pero, entre que estamos en un pueblo y no había tanto jaleo, y que la crisis económica también afectó de lleno, se limitaron a abrir de jueves o viernes a domingo —sólo algunos— y en fiestas o cuando hacía buen tiempo, igual que al principio.

—Da hasta miedo, ¿eh? No me gustaría estar en tu pellejo —se burla Brian en el coche.

—No creo que sea para tanto, nos pondremos de acuerdo y ya está —digo más para mí que para él—. Además, si sucumbe a mis encantos, la cosa será más fácil y placentera —aseguro sin dudar. No hay mujer que se me resista.

Miro el reloj: la una y media de la madrugada. Nos hemos entretenido mucho. Me hubiese gustado estar más temprano. Le pregunto a Joseph cuál es exactamente el problema que él ve en cómo su hija maneja el negocio, pero me dice que prefiere que lo compruebe con mis propios ojos. A ver qué tan buen *coach* soy y cuánto de verdad hay en las palabras de mi padre.

Según me cuenta, mi padre le ha dicho que soy el mejor, cosa que niego al instante y, al mismo tiempo, me sorprende bastante, ya que nunca había hecho distinción alguna entre mi hermano y yo. Al parecer, las palabras de mi padre habían sido: «A Brandon le faltan el carácter y la frialdad necesarios para este tipo de negocios. Lo hace bien, pero lo suyo es el papeleo. Michael, sin embargo, se mueve como lobo en un bosque de noche. Si tiene que atacar, lo hará sin que le tiemble el pulso».

No he sabido cómo sentirme al respecto cuando me ha dicho esas palabras. Aún sigo sin saberlo. Por un lado, me sorprende su confesión e incluso me gusta lo orgulloso que parece sentirse; por otro lado, da la sensación de que describe a un hombre sin sentimientos al que no le importan absolutamente nada los demás. Aunque, al fin y al cabo, en cuanto a los negocios se refiere, es la verdad. Sólo me importan los míos, mi gente. Soy como soy. Punto.

Aparcamos cerca, al lado de un taller y frente a una gasolinera. Un par de edificios más allá la encontramos. Está muy bien situada para mi gusto, casi a las afueras del pueblo, lo que permite no molestar a nadie y un mejor acceso. Unos pasos más y ante nosotros se eleva la discoteca Stars´92.

Lo primero que hemos visto antes de acceder son dos vallas de hierro de gran altura, con unas puertas en el centro muy elegantes, de hierro también. Estas dan paso a un patio enorme con una fuente en el centro y una gran palmera en un lateral. Las paredes son amarillas y hay una barra

exterior de piedra, supongo que para cuando hace buen tiempo. Como estamos en abril, podremos sacarle partido. La entrada está vestida con una marquesina y, al final de la fachada, se puede leer el nombre en un luminoso que ha visto tiempos mejores. Quitando eso, la impresión es muy buena. Cuenta con tres puertas hacia la calle y dos ventanas, eso me gusta. En caso de que pase algo, tiene muchas salidas para que la gente fluya sin problema.

—No tiene mala pinta para nada, ¿eh? —comenta Brian.

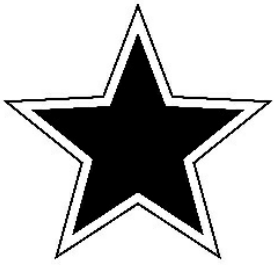
—Ya sabes que no.

—¿Preparado para conocer a la fierecilla?

—Que se prepare ella, no sabe la que le espera —contesto con mi media sonrisa.



CAPÍTULO 3. IMPREVISTOS



Hay ambiente, pero no mucho, al menos en este momento, sólo varios grupos fumando fuera. En cuanto entramos, la música nos invade, más concretamente, la canción *Fast car*, de Jonas Blue. No hay canción que no conozca. Ese es uno de mis trabajos y pasiones: controlar que en mis discotecas y clubs de Los Ángeles suena lo mejor de lo mejor es cosa mía.

Llegamos a un descansillo en el que se sitúan la taquilla y un guardarropa. No hay nadie controlando la entrada, espero que la seguridad no sólo se limite a las fiestas, aunque algo me dice que sí. Abrimos otra puerta y pasamos dentro. Las paredes están pintadas de colores grises y rojos y se combinan con espejos. Es bastante más grande de lo que yo pensaba.

Lo primero que vemos es una barra enorme en zigzag y un chico detrás de ella. Seguimos caminando. A la derecha hay una zona más elevada con mesas y taburetes. A la izquierda hay otro, pero este es más grande y además tiene una barra pequeña al fondo. Por toda la pared hay asientos con cojines. De frente se sitúa la pista, cuadrada e inmensa. Me han llamado la atención las luces en el suelo rodeándola, siguen el ritmo de la música. También tiene asientos alrededor. En el centro, unas escaleras blancas con luminosos en los bordes dan acceso a la parte de arriba,

una ubicación magnífica. La cabina del *disc-jockey*, que está mezclando las canciones con verdadera maestría, se encuentra en la cima de esas escaleras. Se controla absolutamente todo desde ahí. A cada lado de esas escaleras se encuentran los servicios y dos grandes puertas, salidas traseras, supongo. La parte de arriba tiene los mismos asientos con cojines y mesitas. Algo de intimidad, no está mal, aunque se puede mejorar. Lo que más me ha impresionado de todo, sin duda, han sido las luces del techo. De lo mejor que he visto fuera de Los Ángeles.

—¿Cómo puede ir mal un sitio como este? —pregunta mi amigo embobado con el lugar.

—Eso es lo que vamos a averiguar —contesto secamente.

Después de haber dado una vuelta rápida por la discoteca, vamos a ver si encontramos a la encargada y, con un poco de suerte, esto acaba pronto. La música, mejor imposible. Reconozco que el DJ es buenísimo y tiene un excelente criterio. El ritmo es cada vez más intenso e invita a bailar y, por consiguiente, a beber. La gente se vuelve loca con sus mezclas y por mi experiencia sé que, si esto falla, los clientes no vienen. Otra razón por la que no entiendo que les vaya tan mal.

Primero vamos a la barra pequeña. En ella está el mismo chico que antes estaba en la grande, así que nos dirigimos a la otra, a ver si al fin damos con ella. En esta barra hay dos chicas, pero desde donde estoy no puedo ver bien.

Sólo sé que se llama Farah. Su nombre me ha llamado bastante la atención, me gusta, parece especial. Por una foto que he alcanzado a ver en su casa, en la que sale con sus padres y con su hermano, he supuesto que la chica de pelo oscuro, largo, bajita, ojos marrones intensos y una bonita sonrisa sería ella.

Cuando nos hemos acercado, las he mirado bien y a ninguna de ellas la he reconocido como Farah. Hay una rubia, alta y otra pelirroja, de pelo corto y la misma altura, más o menos. Nos hacemos hueco en la barra, pero no nos hacen ni puñetero caso, no dan abasto. Está claro que dos personas para una barra tan grande no es suficiente. Hasta un tonto lo ve. No está abarrotada, aunque sí se percibe movimiento. Miro hacia Brian, que ya se encuentra en modo depredador mirando a la rubia. Son su perdición.

—¡Perdona! —grito por tercera vez.

La paciencia no es lo mío y mucho menos en circunstancias así. Normalmente entro por las puertas de algún club, sea mío o no, y aún no he pedido cuando ya tengo un vaso en la mano. Puede parecer arrogante, pero es la verdad.

—Esto no suele pasarnos y menos entre tanto… Tanto normalito —espeta Brian con el ceño fruncido mirando alrededor.

—Ten una cosa clara, amigo, estas no son las chicas a las que estamos acostumbrados —le advierto. A él y a mí.

—Ya, ya, claro, pues verás.

Se dirige hacia la otra punta de la barra, donde está la chica rubia. Pasan unos minutos y nada. Me entra la risa. Esto es digno de ver: Brian siendo ignorado. Al poco tiempo, ella se acerca y le dice algo, supongo que por la insistencia de este. Mi sorpresa es que la chica le agarra el cachete como si fuera un niño, le dice algo más y lo hace esperar otra vez. Su cara es un poema. Me fulmina con la mirada y se marcha. No se acercará a mí en un rato.

No puedo parar de reír y entonces me doy cuenta de que la pelirroja no me quita ojo. Sólo le queda un chico por servir y luego no tendrá más remedio que atenderme. En ese momento comienza a sonar *Be The One*, de Dua Lipa, un gran tema, con el que de nuevo me da la risa, o eso creo. ¿La indicada? No es que yo le dé mucha importancia a las letras de las canciones, pero no sé por qué con esta mujer enfrente me he montado películas raras.

—¿Qué vas a tomar? —prácticamente ladra.

Su actitud no me cuadra. Con las demás personas ha mostrado una sonrisa que me ha sorprendido bastante, sincera y preciosa, al igual que sus ojos. De cerca son increíbles. Esos ojos verdes me han fascinado. Me recompongo rápido, porque me he demorado demasiado en contemplarla y se ha dado cuenta. De eso justo se trataba.

—Vaya, qué simpática… —murmuro con intención de que me oiga y encima en español—. Pues, en realidad, por ahora nada. Solo quería hablar con tu jefa —la informo.

—No se encuentra —me aclara con una fingida sonrisa—. ¿Para qué? Si puede saberse— pregunta con demasiado interés.

—No es asunto tuyo —espeto con la misma fingida sonrisa—. No voy a hablar con nadie que no sea ella. ¿Qué clase de dueña se larga en mitad de su trabajo? —pregunto sin poderme controlar, no me cuadra.

Me mira, me mira. Se revuelve el pelo. Resopla. Hasta se le hinchan los huecos de la nariz de lo fuerte que está respirando. ¿A que al final explota? Me vuelve a mirar. Respira hondo y, al parecer, no le sirve de nada: explota.

—¿¡Cómo te atreves!? ¿¡Quién narices te crees tú para venir a soltar algo así sin conocerla de nada!? —me grita tan fuerte que hasta ha sobrepasado el volumen de la música. Si la otra dicen que tiene genio, esta…—. A ver, listo, ¿qué sabes hacer tú mejor que ella? Justo hoy esperamos la llegada de un capullo integral que, supuestamente, viene a decirle cómo se trabaja y cómo tiene que organizarse, aunque es evidente que no lo necesita.

Al parecer la he cabreado y prácticamente a la primera. Increíble. Me queda claro que son una piña y que no me van a poner las cosas fáciles. Cuando alguien viene a un sitio a ayudar, ¿no se le debe estar agradecido? A lo mejor es cosa de americanos.

—Yo no estoy tan seguro de ello —le expongo con cautela, siendo todo lo profesional que puedo y, al mismo tiempo, temiendo por mi integridad, dada la mala leche que se gasta.

Es la primera vez que una mujer me trata así y reconozco que es divertido a la par que frustrante, pero no dejo que lo note. Y la maldita canción continúa diciendo eso de la indicada. ¡Ja! Ni para echar un rato.

—Podría comenzar a enumerar todo lo que yo haría. Por cierto, soy «el capullo integral», encantado. Lo primero que debería haber hecho es no desaparecer y dar la cara por su negocio, más aún sabiendo que precisamente hoy tenía visita especial.

Su cara se ha puesto tan roja, que cuesta trabajo diferenciarla de su pelo. Está apretando de tal manera la barra, que sus nudillos se han puesto blancos. Si las miradas matasen…, estaría desangrándome en el suelo.

Me está retando con la mirada. Yo no me amilano y me apoyo en la barra aún más cerca. Me llega su olor, un adictivo olor que no sé reconocer, pero que me hipnotiza. Su boca está completamente fruncida en una mueca que me resulta bastante graciosa, pero me abstengo de reírme delante de ella. Sin embargo, no puedo evitar que mi expresión se tuerza en esa media sonrisa que me caracteriza. La he dejado sin palabras. Está afectada. Me gusta. A dejarlas así sí estoy acostumbrado. En otras circunstancias, habría hecho maravillas encima de la barra con ella. Le habría arrancado la ropa y me la habría follado como estoy seguro de que nunca se lo han hecho. Joder, si no estuviera la barra de por medio, me la tendría que recolocar de lo dura que se me ha puesto con los malditos pensamientos. Pero no le daré ese gusto. Con ella, ni de coña.

Parece que va a hablar cuando, de repente, llega la chica rubia y le dice algo al oído. Le sujeta el brazo. Mantienen una breve discusión en la que la chica rubia parece nerviosa y la pelirroja echa fuego por todos los poros de su piel. La rubia gana y la pelirroja se da la vuelta para

marcharse sin decir absolutamente nada.

—¡Pelirroja! —grito para que me oiga por encima de la música. Se detiene, pero no mira. No sé por qué lo hago; algo de esa chica saca lo peor de mí y definitivamente se lleva el récord. Esto es absurdo— Se te ha olvidado mi Jack Daniel's.

—Yo le atiendo, no se preocupe —me aclara la chica rubia con cara de circunstancia.

En el momento en que se da la vuelta y me mira, se me hiela la sangre. Tiene la sonrisa más sensual y diabólica que he visto en mi vida. Comienza a preparar la bebida con una rapidez asombrosa. La otra no sabe dónde meterse y, como la barra cada vez se está llenando de más y más gente, no le queda otro remedio que ponerse a atender a los clientes.

Cuando termina de preparar mi bebida, se acerca. Sigue con esa sonrisa. Intento que mi cara se mantenga por completo neutra, sin expresión alguna. No parece la típica persona amable, así que algo trama. ¿Cómo puedo haberla calado tan bien en tan poco tiempo? Me genera desconfianza. Pone el vaso con tres hielos y cuatro dedos de mi *whisky* favorito delante de mí.

—Qué memoria la mía —comenta irónicamente refiriéndose a la bebida que evidentemente no le he pedido. Sus profundos ojos verdes me taladran—. Eso sí, por favor, no se lo cuente a mi jefa. Soy nueva y solo me pasa algunas veces, sobre todo, en presencia de capullos integrales. Aquí tiene su copa, disfrútela.

Lo siguiente que noto es el líquido ambarino en mi cara, camisa, pantalones y suelo. Todo *yo* bañado en Jack Daniel's. Algo me esperaba, eso seguro, pero ha sido tan rápida, que ni me ha dado tiempo a cerrar los ojos. ¡Maldita sea! Me escuecen tanto que parece que van a salir ardiendo en cualquier momento.

—¡Joder…, joder! —Gruño de un lado para otro, soltando improperios de todo tipo en inglés, en español y en lo que me sale—. ¡La loca esta de las narices!

—Tío, ¿qué le has hecho o dicho para que te haga eso? —inquiere Brian que acaba de llegar a mi lado y me da un pañuelo—. No me ha dado tiempo de llegar antes, pero lo he visto todo.

Cuando consigo secarme los ojos y lo miro, está conteniéndose lo indecible para no partirse de la risa delante de mí. Sé que lo hará, como yo lo he hecho con él en otras ocasiones. La única diferencia es que yo no soy él y, por su propio bien, más vale que cierre esa maldita bocaza. Para nosotros es algo inusual: jamás ninguna mujer nos ha tratado así. Nunca. Y juro que me cobraré venganza. Esto no va a quedar así.

Con el alboroto que se ha formado, nos hemos terminado separando de la barra. Intento mirar; no la veo. En estos momentos la discoteca está a rebosar. No cabe ni un alfiler.

—Será mejor que lo dejemos por hoy. He preguntado a todos los empleados y no está por aquí. Al parecer, ha tenido que ir a casa.

—Está bien —bramo aún hirviendo de ira—, pero antes déjame hacer algo —sin más, me acerco a la barra.

Brian intenta pararme, sin embargo, yo no entro en razón. Hacía mucho mucho tiempo que no estaba tan cabreado. La busco y la busco por la barra. Nada. Están un chico y la misma rubia de antes. En cuanto ella me ve, abre los ojos como platos y se apresura a salir de la barra hacia mí.

—Lo…, lo siento mucho, señor —grita por encima de la música—. Ella es nueva y muy amiga de la jefa, al igual que yo, aunque yo soy de otra manera, claro. Le ruego que no se lo tenga en cuenta, por favor.

—Dime cómo se llama —exijo.

—Le invito a otra copa. Yo misma se la pondré.

La mirada que le echo es tal, que se queda blanca como la pared. «No estoy de humor, rubia, y mucho menos tengo paciencia». Es justo lo que le doy a entender con mi mirada. Y ella parece

captarlo.

—Se, se llama… Lola.

—Bien, pues dile de mi parte cuando la veas que esto no se va a quedar así. Van a cambiar muchas cosas y ni siquiera vuestra jefa va a poder replicar. ¿De acuerdo? —rujo.

Con un breve y nervioso asentimiento se marcha corriendo detrás de la barra. Para nada ha sido la noche que esperaba.

***

Un delicioso olor a desayuno inunda mis fosas nasales y hace que me despierte del todo —si es que he llegado a dormir—. No han parado de aparecerse en mi mente ojos verdes y pelo pelirrojo una y otra vez y, como banda sonora, Dua Lipa. ¡Joder! ¡Maldita mujer! En cuanto pueda hablar con la tal Farah, si es que existe, esa va a la calle.

Hablando de esta… Farah tiene que ser un angelito al lado de la pelirroja. Nos tuvimos que marchar sin dar con ella. Sin duda, fue lo mejor. Habría lamentado bastante el habérmela encontrado ayer. No tenía control sobre mí mismo y la cosa no hubiera salido bien.

Retiro las sábanas, suelo dormir en bóxer, me visto con unos pantalones de chándal y una camiseta cualquiera.. La habitación es sumamente espaciosa: tiene una cama de matrimonio, dos mesillas, un pequeño sofá, dos sillas y un escritorio, además de una ventana que da al jardín y un armario empotrado. Todo está decorado con muebles de madera clara, sin perder el estilo de la casa. Me gusta.

Me asomo a la ventana, pero no veo nada. El jardín está vacío, al menos, lo que yo diviso: parte de la piscina y la gran mesa con las sillas.

Tengo hambre, son las diez. No me paro ni a llamar a Brian, seguro que estará dormido.

Cuando llego a la cocina, me sorprende encontrarlo desayunando con Joseph. No han reparado en mí.

—Buenos días —saludo con un carraspeo.

—Buenos días, hijo —contesta Joseph, señalándome un asiento—. Ven, siéntate y come

—Buenos días. ¿Un *whisky*? —suelta mi queridísimo «amigo», al que todavía se la guardo.

—Hombre, si me lo trae la rubia, no le veo inconveniente —comento con sorna y mi «amigo», por fin, corta la maldita sonrisa.

—¿Tan pronto? —pregunta el pobre hombre asombrado.

—No, tranquilo, Joseph, es una pequeña broma que no se volverá a repetir. ¿Verdad, amigo?

Desayunamos charlando tranquilamente. Al preguntar por Loli, me dice que ha subido a arreglarse. Tienen que viajar hoy, esperan no demorarse. ¿Cuándo se habrá levantado esta mujer para preparar todo esto? Nos había hecho tortitas, tostadas, cereales… Hasta había salchichas y huevos revueltos. Eso sí, poco va a sobrar.

Dudo si comentarle a Joseph el incidente de anoche con esa camarera y, al final, decido callarme. Entonces me pregunta qué me pareció su hija y ahí sí que no puedo omitir nada. Le digo que no la vi y se sorprende.

—Pero, ¿cómo que no la viste, muchacho?

—No coincidimos, simplemente, y me tuve que venir antes porque me dolía bastante la cabeza —miento ante las miradas de asombro de Brian.

—¿De verdad no la viste? Me parece raro, chico, y más en un sitio cerrado.

—Es muy fácil, papá —contesta una voz melosa y dulce entrando por la puerta—. ¿Recuerdas que tenía un problema con los proveedores de las bebidas? —su padre asiente, mientras se deja besar por la que supongo que es su hija—. Pues, cuando terminé de solucionarlo todo, ya era tardísimo. No me había duchado ni vestido para trabajar, así que fui a casa de Lucía, que está

más cerca, y me estuve preparando allí. Cuando quise volver a la discoteca, me informaron de que ya se habían marchado.

Eso último lo dice mirándome a mí. Nuestras miradas conectan al instante y algo que no logro entender se revuelve dentro de mí. Es guapísima. Las fotos no le hacen justicia. Su pelo castaño claro y largo cae en una cascada húmeda por sus hombros hasta casi su cintura. Se ha duchado. Sus ojos marrones parecen cambiar de color según la luz. Solo va un poco maquillada, muy sutilmente. Si no fuera porque sé la edad, pensaría que tiene menos. Lleva unos vaqueros rotos y una camiseta larga amarilla debajo de la chaqueta, también vaquera. No es muy alta, lleva puestas unas Adidas blancas.

Algo en su intensa mirada que no logro descifrar me inquieta. Que esa sensación la provoque una chica es algo que no reconozco en mí. Una cosa tengo clara y me alivia saberlo: no es mi tipo para nada. Sin querer, la pelirroja vuelve a ocupar mi mente, ella y la maldita canción. ¿Será posible? Hasta manía le estoy cogiendo. Sacudo la cabeza, intentando que así desaparezca. ¿Soy gilipollas o qué?

Si en algún momento había bromeado con la idea de que los dos pudiéramos tener algo, ya está descartado. No es mujer para mí, ni yo lo soy para ella. Tiene pinta de ser la típica chica que se enamora con facilidad. Cuando vi su foto, ya tuve esa impresión y, viendo la cara angelical que tiene, lo confirmo. Por mucho que me enervase ayer, pasaría el rato antes con la pelirroja que con esta… ¡Otra vez!

—Tío, ¿estás aquí?

Brian me saca de mi maldita ensoñación agitando la mano frente a mi cara. ¿Por qué narices estaba pensando algo así?

—Sí, perdonadme. Encantado de conocerte, al fin —manifiesto algo tenso, levantándome y extendiéndole la mano.

—Igualmente —responde titubeando entre dármela o no. Al final la extiende y me la estrecha, contacto que provoca una sensación extraña en mí, como una corriente. Para ella tampoco ha sido indiferente, se aparta rápidamente. Parece muy tímida.

—¿Qué saludo es ese? —nos amonesta Joseph—. Aquí estamos en España y se saluda con dos besos, vamos —apremia.

Ambos sonreímos tensamente y mi gran amigo no se corta en soltar una carcajada. Lo mato.

Sé que aquí tienen esa costumbre. Saludé así a la esposa de Joseph cuando la conocí y ya lo había hecho antes también con muchas otras mujeres cada vez que he venido a España. Por más que busco, no encuentro explicación a por qué esta vez he actuado de otro modo. Nos acercamos y nos damos los dos besos de rigor. Ha sido sumamente rápido e incómodo, sin casi rozarnos. ¿Yo incómodo con una mujer? Vale, definitivamente, las cosas aquí no me están yendo todo lo bien que yo quisiera y encima parezco un imbécil con las mujeres: una me saca de mis casillas como nadie y la otra me hace sentir extrañamente molesto. A eso le sumamos que Dua Lipa no deja de cantarme. Me estoy volviendo loco.

—Pues yo se los doy encantado —expone Brian, lanzándose hacia ella.

Al principio se asusta con el burro de mi amigo, pero luego sonríe. Esa sonrisa… Al ver que Brian continua con el abrazo, me molesto y carraspeo. ¿Qué narices…?

Genial, Mike, genial. Has cambiado tus vacaciones y a tus brasileñas por españolas que, que te… ¡Aggg! Mejor me centro en el trabajo, que es a lo que he venido, por más que mi cabeza se empeñe en jugar conmigo. Jamás me había pasado algo así y no estoy dispuesto a que este sentimiento me domine. Fuera mujeres.

No más imprevistos.

¿He dicho imprevistos? ¿Dos? Perfecto, la cosa va mejorando. ¿Por qué tuvo que decir mi padre esas puñeteras palabras?



CAPÍTULO 4. LA GRAMOLA TENTADORA

—¿Tú crees que tiene tan mal carácter cómo dicen? —pregunta Brian desde la bicicleta de *spinning*.

La noche en la que llegamos, Joseph se había olvidado de mostrarnos que tenía un pequeño gimnasio, algo que nos encantó. Es muy básico pero perfecto para nosotros: una cinta, dos bicis, una tabla de abdominales, pesas y un saco de boxeo. Al menos, no tendremos que buscar un gimnasio para entrenar mientras estemos aquí.

Termino de correr en la cinta, aunque cuando conozca el entorno, prefiero hacerlo al aire libre, y bebo agua mientras pienso en lo que me acababa de preguntar mi amigo.

—Sinceramente, ni idea —reconozco mientras me seco el sudor—. Tan sólo la hemos visto una vez y fue bastante parca en palabras, así que… Aunque, por otra parte, mi experiencia me dice que no debo fiarme de ninguna mujer y ella no va a ser una excepción. Si lo dicen, por algo será.

Después de la desconcertante presentación de ayer en el desayuno, Farah subió a su cuarto, preparó sus cosas y se marchó. Había dicho que pasaría el día en casa de su amiga Lucía, que al

parecer es la camarera rubia. Brian comenzó desde entonces a recabar información —rozando la pesadez— sobre ella. Poco hemos podido averiguar, ya que Loli y Joseph se han marchado de viaje y su hermano tampoco está.

Insistimos en lo de irnos a un hotel; no me gusta quedarme en una casa en la que no están los dueños, pero no hay manera. El frigorífico está a rebosar y Loli ha bromeado con el hecho de que, mientras no le quememos la casa, no pasa nada. Además, por si tenemos cualquier emergencia, nos ha dado el teléfono de su hija y el de su amiga —dato que Brian recibió encantado—, junto con la dirección. Y, bueno, yo me los quedé también por si acaso. Aunque los habría tenido en el momento en que hubiera querido. Normalmente investigo a fondo a todas las personas con las que trabajo, pero ella —aún no entiendo muy bien por qué— ha sido una excepción. Algo me ha hecho no actuar como siempre, espero no equivocarme…

—Es domingo, chicos. Hay que aprovechar que no se abre para descansar. El lunes el personal de limpieza preparará la discoteca a fondo, así que hasta el martes no se habla de trabajo. Tranquilizaos y disfrutad. Llegaremos el lunes por la mañana.

Eso fue lo que nos dijo Joseph. Y eso hemos hecho. Son las nueve de la mañana del lunes y ni hemos quemado la casa, ni hemos necesitado nada. Aunque sé que mi amigo le ha mandado algún que otro WhatsApp a cierta rubia. Él sabrá dónde se mete. De hecho, le envió uno el domingo para que cenaran con nosotros en algún bar y así conocíamos más el pueblo, pero nada. La rubia, muy sutilmente, lo mandó a volar. Brian jamás ha sido rechazado y esto le va a dar problemas, porque tampoco yo lo había visto interesarse así por nadie antes.

Mi teléfono vuelve a sonar.

—¿Otra vez? —alucina Brian tanto como yo.

Deborah lleva llamándome y dejándome mensajes desde ayer. Las llamadas ni me molesto en contestarlas y los mensajes, excepto el primero, que lo leí, los he ido borrando todos sin mirar. Ya probé a bloquearla una vez y no sirvió, así que soporto con estoicismo su acoso y derribo. Eso sí, toda paciencia tiene un límite. Creí que podría ser algo importante, pero leer el primero me bastó para saber que es lo de siempre: quiere volver.

—Ya se cansará —digo nada convencido y esperando que así sea o tendré que tomar medidas y no me gustaría.

Recogemos las cosas y dejamos todo ordenado para ir a desayunar algo. Entonces, oímos un ruido. Salimos de la sala y nos encontramos de frente con una rubia y una morena: Lucía y Farah.

Sin duda, no lo esperábamos. Los cuatro nos hemos quedado mirándonos como tontos. Nosotros estamos en pantalones cortos y camisetas de deporte, sudorosos y con la respiración aún normalizándose. Ellas, sin embargo, con vaqueros ajustados y tops que poco dejan a la imaginación, por muy bien que les sienten, que es el caso.

Para bien o para mal, siempre hemos sido conscientes de lo que provocamos en las mujeres y estas, por muy españolas y raras que sean, no son inmunes. Sólo les falta babear, igual que el pavo que tengo al lado, que tampoco se corta.

—Buenos días —saludo tomando el control con voz ronca.

Añado algo de teatro, cojo una toalla y me seco con suma delicadeza. Soy consciente de cómo las gotas se deslizan por mi cuerpo. Consigo lo que quiero: que su mirada siga mis movimientos. La paso por mi nuca, desciendo por mi cuello hasta los brazos lentamente. ¿Por qué estoy haciendo esto? No lo sé, pero he conseguido embobarla. Mientras tanto, los otros dos están en la misma situación.

—Buenos… Buenos días —contesta, recomponiéndose tras darse cuenta de lo que acaba de

hacer y, sin más, tira de su amiga y desaparecen por el pasillo —Nos… Nos vamos, adiós.

—¡Eh! —se queja Brian— Buenos días, al menos.

—¡Buenos días! —grita Lucía.

—¿Desayunáis con nosotros? —las invita Brian.

—No, ya lo hicimos, gracias —contesta otra vez la rubia a voces.

—Sí, unas grandes porras que estaban de muerte —esta vez la que grita es la morenita y ambas se carcajean mientras las perdemos de vista y nos dejan un tanto descolocados.

Menuda descarada.

—¿Te gustan los retos, hermano? —pregunta Brian mientras miramos por donde se han ido —. Acabo de decidir el destino de esa rubia y está en mi cama.

En definitiva, no son el tipo de mujer al que estamos acostumbrados. Quiero decirle que se espere, que tengo que hablar con ella, pero no me sale.

Cabreado conmigo mismo, agarro la toalla con fuerza y me dirijo a la ducha, que está en el cuarto de baño, justo al lado de mi habitación. Tengo que tomar el control de la situación, porque no me reconozco ni yo.

¿Con cuántas mujeres he estado en mi vida? ¿A cuántas me he follado como un animal sin sentimientos de por medio y solo buscando mi propio consuelo? Han sido muchas, eso es evidente, pero ninguna, absolutamente ninguna, ni siquiera Deborah, ha conseguido nada más de mí. De algunas ni siquiera sabía los nombres. Ahora llegan estas dos y no sé qué me pasa. ¡No las conozco de nada! Pero no consigo sacármelas de la cabeza. ¡Por dios, es surrealista!

Será porque simplemente te ignoran. Pasan de ti. No babean a tus pies y eso es completamente nuevo, piensa una parte de mí; desde que llegué aquí mi conciencia ha tomado el control y va por libre.

—Se acabó, Mike —me digo en voz alta cerrando el grifo—. Tú no eres este. Tú no eres así. Ahora van a saber quién eres.

Con la rabia de antes ni siquiera me he traído la ropa al baño. Sujeto la toalla en la cintura y salgo hacia mi habitación. Cojo unos bóxers, unos vaqueros desgastados y una camiseta cualquiera. Me calzo las zapatillas y me paso varias veces las manos por el pelo para peinarlo. No lo tengo muy largo, aunque tendré que buscar alguna peluquería pronto.

Al salir, me topo con Brian, que va a ducharse. Me interroga con la mirada y yo lo esquivo.

—Estás raro —me increpa.

—Estás tonto —gruño y continúo por el pasillo.

—Ya no recordaba lo que era llevar vaqueros dos días seguidos —comenta alegremente ignorando lo que le he dicho —. A ti no te quedan mal, pero a mí, mejor.

Sigo adelante sin hacerle caso, aunque tengo oídos y tiene razón en ambas cosas: vestir como uno quiere es lo mejor y sí, estoy raro, justo eso es lo que más me jode. Voy directo a la habitación de Farah. Cuando llegamos el primer día y nos enseñaron la casa, dijeron que era esa su habitación. Espero que aún siga aquí.

Pego la oreja a la puerta y confirmo que siguen dentro. Tengo que hablar con ella. Doy varios golpes a la puerta por mera educación. En otras circunstancias, no tendría ni que llamar. De hecho, nunca he llamado a la habitación de una mujer.

Otra primera vez.

—¿Sí? —pregunta al cabo de un rato.

—Tengo que hablar contigo. ¿Sales un momento? —prácticamente ordeno con voz neutra. Ni hola, ni por favor. Ese soy yo.

—Ahora mismo no puedo, quizá luego.

Maldita sea. De eso ni hablar. Esta no sabe con quién está dando. Si tiene genio, que lo saque. Estoy deseando divertirme.

—Tiene que ser ahora —exijo con dureza.

—¡Y una mierda! —grita, dejándome completamente asombrado.

Será posible. Niñata malcriada.

—Tú eliges: o abres o tiro la puerta abajo —bramo perdiendo la paciencia y demostrándole con mi tono que tengo la certeza de que lo haré—. No me hagas perder más el tiempo.

La puerta comienza a abrirse. Bien. Aunque comienzo a ponerme en guardia. Nuestras miradas se encuentran y ambos nos retamos con ellas. Joder, es preciosa y cabreada más. Eso me jode. ¡Odio pensar así! Y lo que es peor, mi polla también lo piensa. ¡Joder!

—Mira quiénes están aquí. Buenos días —irrumpe Joseph en el rellano donde se encuentran las habitaciones. Frente a la habitación de ella está la de sus padres.

No me lo puedo creer, qué oportunos. Yo no le he quitado los ojos de encima y ella tampoco a mí. Con una mirada en la que me dice que esta batalla la ha ganado ella, sonríe y se dirige a sus padres.

—Buenos días, papá. ¿Qué tal el viaje? Hola, mamá —saluda a sus padres con tanto afecto que hasta ellos parecen sorprendidos.

—Bien, hija, bien. Qué gusto volver a casa —ríe su madre.

—Buenos días —saludo yo también.

—¿Y qué hacéis aquí en medio? —pregunta su padre.

—Bueno, pues, estaba diciéndole a Michael —oírla pronunciar mi nombre de esa forma que, prácticamente, solo usa mi familia me ha removido algo por dentro. Lo que no sé es si para bien o para mal — que me diera unos minutos, que enseguida estaba con él. Tenemos que comenzar a trabajar ya o el tiempo se nos echará encima, y no queremos que pierda mucho su tiempo, ¿a que no?

Para mal, para mal. Definitivamente para mal.

La madre que la parió. ¿Cómo puede ser tan mentirosa? Ya estaba comenzando a salir «lo difícil» de la señorita. Con esa carita de ángel que tenía el primer día… Al menos a la pelirroja la ves venir, pero con esta habrá que tener mucho más cuidado. Está claro que se está escudando en sus padres. Sabe a la perfección que yo no haré nada.

—Tonterías —señala Joseph—. Estáis de vacaciones, que no se te olvide —me regaña y yo no puedo hacer otra cosa más que fingir una sonrisa, lo que acrecienta la de su hija. La mataba —. Sé que no es Brasil, pero espero que no sea tan malo. Nada de trabajo hasta que yo lo diga , a menos que tengas prisas por marcharte, claro…

Muchas, muchísimas.

—No, tranquilo, se hará como tú digas. Brasil y las brasileñas —digo enfatizando esto último — pueden esperar. Aquí estoy de lujo.

Todos reímos mi comentario, menos una. *Touché,* morenita. Parece que no soy el único que siente cosas raras.

—¡Mamá! —gritan desde abajo.

—¡Oh! Mi niño —exclama Loli—. Ven, Mike, te lo voy a presentar.

Me marcho con Loli agarrada de mi brazo, consciente de las miradas asesinas que recibo por parte de la morenita.

Tomy es tal y como me esperaba, el típico chico de veinte años pincelado de arriba abajo. Todo está bien colocado en su sitio: pelo bien peinado, corto por abajo y algo más largo arriba, también castaño como el de su hermana, aunque el suyo algo más claro. Vaqueros rotos y

camiseta larga. Las zapatillas de marca finalizan su atuendo.

Para ser más simpático que su hermana —y menos bipolar— no tenía que ir muy lejos. Me ha caído bastante bien y le encanta la música. Cuando le digo que conozco a casi todos de los que me habla, se pone como loco y me ruega que lo lleve a Los Ángeles alguna vez. Le prometo que lo haré.

Entre todos hacemos el desayuno —al parecer antes nos habían mentido y no habían desayunado. Fanfarronas—. Se unen Lucía y Brian. ¿Dónde se habían metido? Ya me enteraré después, aunque por las miraditas que se lanzan ya me hago una ligera idea. Son todo lo contrario a las nuestras: mientras ella me fulmina con la suya, yo me hago el indiferente. Simplemente, la ignoro —cuando me mira, claro. Mientras no lo hace, disfruto contemplando su cabreo.

Entiendo que no le guste que meta mis narices en su trabajo, pero es lo que hay y lo tendrá que asumir. Hubiera preferido que fuera por las buenas. Ella lo ha elegido así. Será por las malas.

***

La semana transcurre tranquila. Casi no hemos vuelto a coincidir. Ella la ha pasado en su totalidad en casa de su amiga y, las veces que hemos coincidido, se las ha ingeniado para que no estuviéramos solos. Una de las veces le pregunté por la pelirroja, pero evadió el tema de una manera magistral. Yo la dejé, claro, ya llegaría su momento.

No tengo prisa. Normalmente, antes de intervenir, me gusta ver cómo se desenvuelven mis clientes y, por supuesto, la morenita no va a ser menos. Me está comenzando a tocar los cojones y eso no va a ser bueno para ella.

En dos ocasiones he quedado con ella para ir a la discoteca y me la ha jugado: el martes me dio las llaves equivocadas y el miércoles ni siquiera apareció. La que llegó fue otra y menuda se lio:

***

—¿Estás seguro de que vendrá?

—Y yo qué voy a saber, Brian —masculló bastante irritado—. Más le vale que sí o te juro que mañana mismo tendré las llaves en mi mano.

—Eso es lo que más me asombra de ti. En otras circunstancias, ya habrías hecho algo y por algún motivo que desconozco lo estás dejando pasar. ¿Por qué?

¿Por qué? Excelente pregunta. Me abstengo de contestarle que yo mismo desconozco por qué lo estoy haciendo, que hay algo en mí que me hace quedarme quieto. Este no es uno de mis trabajos, es un favor al mejor amigo de mi padre y no quiero que tenga más problemas con su hija. Además, por mucho que me diga que ni es mi tipo ni me gusta en absoluto, tanto ella como la pelirroja me atraen como abeja a la miel. Eso no lo reconoceré jamás, claro. Hacen que no sea yo y eso me cabrea como pocas cosas en la vida.

—No soy el único que no actúa como es. ¿Qué te pasa a ti con la rubia? —pregunto iracundo. No sé qué se traen entre manos desde el día del desayuno y no se me ocurre mejor forma de cambiar de tema.

—¡Ay, hermano! —Suspira tan dramáticamente que se me abren los ojos como platos. Es idiota—. Solo sé que es especial. El otro día, antes del desayuno y aprovechando que estabais con los padres y el hermano de Farah, fui a buscarla y, bueno… Digamos que nos comenzamos a

conocer más. Te juro que me hubiese lanzado allí mismo de haber podido, pero algo me dice que, por mi integridad y la de mi soldadito —aclara agarrándose la entrepierna—, hay que ir despacio.

Un ruido dentro de la discoteca nos llama la atención. Está todo cerrado, pero ha sonado algo.

Me coloco en la puerta y llamo fuerte. Nada.

Vuelvo a llamar. Nada.

Brian se coloca frente a una de las ventanas e intenta abrirla, aunque de poco nos sirve, hay rejas. Parece la voz de Farah, no estoy seguro.

—¡Sé que estás ahí dentro! —grito con la poca paciencia que me queda.

Esto no me puede estar pasando a mí. Es surrealista. Nos miramos y ambos pensamos lo mismo. Es de locos.

La puerta al fin se abre y lo que sale de ella, más bien, quien sale de ella termina con mi paciencia. Lo que me faltaba.

—Tú —farfullo hastiado.

—Hola, gringo. Parece que no te alegres de verme —comenta la pelirroja con coquetería y con un acento bastante raro. El otro día con la música alta y las voces que daba no lo noté.

—¿Qué me has llamado? —pregunto perplejo.

—¡Oh! No me digas que te ha molestado —se finge indignada—. Tengo entendido que a todo americano que pisa tierra latina se le llama así…

—Sé lo que significa —le corto exasperado—, pero abstente de volver a dirigirte a mí así. De todas maneras, con un poco de suerte no coincidiremos mucho más. Por mucho menos he mandado a personas a la calle sin temblarme el pulso; tú —la señalo cada vez más cerca— no serás una excepción, pelirroja.

Juraría que ha comenzado a salir humo de sus orejas. Por la cuenta que le tiene, más le vale respetarme. Ahora que la tengo tan cerca, noto cómo su olor me impregna, me hipnotiza. Me hace perder el juicio cuando me pierdo en esos pozos verdes que tiene por ojos. Preciosos. Imponentes. Sin embargo, destilan de todo, menos algo agradable. Su expresión es de cabreo total. Lleva una camiseta ajustada negra con un escote de vértigo y unos pantalones de cuero que están haciendo que mi «yo» más primitivo se revuelva dentro de mí. ¿Cómo puede provocarme tanto una mujer a la que ni siquiera le tengo una pizca de aprecio y que me cae fatal? Sólo puedo pensar en follármela. ¡Joder!

Me mira. Me mira. Se muerde el labio. Respira. Aprieta los puños, pero no deja de mirarme a los ojos. Tiene agallas.

Cuando creo que me va a pegar o algo parecido —porque no espero menos—, se marcha sin más. Eso sí, no sin antes regalarme un empujón, claro.

Me recompongo y decido dejarla ir. No me importa. Abrimos la puerta que se había cerrado y nos dirigimos adentro en silencio. Incluso Brian está sorprendido. Mejor, no quiero aguantar ni una gilipollez más.

A los pocos minutos descubrimos que no hay nadie, está vacía. Seguro que la otra ha debido de salir por la puerta de atrás, riendo a nuestra costa. Al entrar en la oficina, suena la maldita alarma.

—¿En serio? ¡No me jodas! —bramo fuera de mí.

—Nos la han jugado pero bien —grita Brian por encima del estridente sonido.

Bueno, no pasa nada, será solo una maldita broma. Farah no tardará en llegar, pienso.

A los pocos minutos…

—¡Alto, policía!

—Mierda.

***

A partir de aquel momento todo fue un caos. Nos llevaron a comisaría y, por más que explicábamos lo sucedido, no servía para nada. Después de varias horas —demasiadas para mi gusto—, nos informaron de que habían hablado con la dueña de la discoteca y, al parecer, su testimonio coincidía con el nuestro solo a medias, porque, aunque vivíamos en su casa y nos conocía, habíamos entrado en la discoteca sin permiso. No obstante, no nos denunciaría ni presentaría ningún cargo. Si encima le tendría que dar las gracias.

Maldita mentirosa.

Nos soltaron y decidí ir a desfogar corriendo. Así me daría un poco el aire. Si llego a entrar en esa casa y me la encuentro, no sé cómo habría reaccionado ni si hubiera podido controlarme. La ira me consumía. Jamás en mi vida me habían hecho algo parecido y me las iba a pagar, juré que me las iba a pagar.

Lo bueno es que no me la he vuelto a cruzar. Tonta no es, desde luego. No he querido decirle nada a su padre sobre su comportamiento, no serviría de nada. Dejaré que se convenza de que ella me controla a mí.

Es viernes y esta noche la discoteca se abre para una fiesta de estudiantes. Todo lo sé por su hermano. Es un pueblo que atrae a gente de toda la comarca y tiene bastante ambiente. He podido comprobarlo en algunas ocasiones durante la semana. El *tapeo* y las cañas son algo a lo que nos hemos acostumbrado con suma rapidez.

Sin embargo, no todo ha sido descansar. Aunque Joseph se ha negado en rotundo a que comience tan pronto con mis investigaciones, ya le dije que no soy hombre de estar parado. Necesito observar primero. En varias ocasiones he pedido su despacho para trabajar desde allí, adelantar tareas pendientes y hacer conferencias que no podían esperar.

Tengo muy claro que esta misma noche despediré a la pelirroja, se ponga como se ponga la jefa. Ambas se han pasado lo indecible. No pienso salir de allí sin los datos necesarios para ponerme manos a la obra.

Desde el primer día tengo un presentimiento nada alentador, sobre todo, con respecto a las cuentas. Si todo va bien, como he comprobado, ¿dónde está el dinero?

Son las siete de la tarde. No aparece por aquí desde el martes por la noche, la mejor decisión que ha podido tomar. Me abstengo de preguntar si es normal en ella no estar nunca en casa o si se debe a nuestra presencia. En realidad, no me importa y, como a sus padres no los veo inmutarse por esto, pues he pasado. Si quisiera, ya sabría dónde encontrarla.

Mi móvil suena, es Deborah. ¡Qué cansancio! Un día de estos tendré que ponerla en su sitio.

Lo de Brian es otro cantar. Ha quedado con Lucía en una ocasión, en un sitio neutro —estoy seguro de que él hubiera preferido su casa—, pero sólo ha sido para sacar información. Menudas víboras. Evidentemente, a Brian no le ha sentado nada bien y no se han vuelto a mirar.

—Tomy —lo alcanzo en las escaleras mientras sube—, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro. Tú dirás —acepta, sentándose en un escalón mientras yo me apoyo en la baranda.

—Conoces a todos los que trabajan en la discoteca, ¿no?

—¿En cuál de ellas?

Exactamente tienen cuatro locales: en Sevilla, Badajoz, Huelva y, por último, aquí. Además de las discotecas, son dueños de varios bares de copas de las distintas ciudades que he nombrado. Es una herencia que, al igual que la de mi padre, se ha forjado con mucho esfuerzo y trabajo a lo

largo de toda una vida.

Tengo que escuchar lo que me va diciendo sin ser tan directo en lo que voy buscando. Cuando en su relato llega a la Stars'92 de Fregenal, pongo toda mi atención. El personal fijo lo componen Farah, como es lógico —aunque viaja mucho a las demás, esta es su discoteca favorita—; Lucía, que es la encargada cuando no está ella; Dany, el Dj; y Alberto, uno de los camareros. Tomy prefiere la de Badajoz, pero a veces se queda en esta. Los demás camareros son contratados cuando falta alguno, cuando hay fiestas o mucho jaleo en general. Va por temporadas. Sigue siendo muy poca plantilla.

Lo único que me ha aliviado es que la pelirroja no es fija. ¿Por qué? No lo entiendo, yo tampoco sé qué me pasa con esa chica.

Para estar en el comienzo de la primavera, el tiempo es bastante caluroso, se está muy bien. Loli, como siempre, ha dispuesto una gran cena para nosotros en la que no falta de nada. Esta vez, ha tenido la ayuda de la chica que viene a la casa de vez en cuando. La degustamos entre bromas, hasta que la puerta de la cocina que da al patio se abre y aparece una Farah diferente. Parece cansada y tiene unas ojeras marcadas que desvelan las pocas horas de sueño que ha debido de dormir. ¿Qué le habrá pasado?

—Hola, vengo a ducharme y a por algo de ropa.

Ha sonado como si tuviera que justificarse para entrar en su propia casa. Intenta pasar de largo, pero su madre la intercepta para que coma algo. Le regaña porque, al parecer, no se alimenta lo suficiente últimamente. Y yo, no sé por qué, me preocupo. Eso, por un lado; quiero estrangularla, por otro.

Sé que han estado todo el día preparando la fiesta para la discoteca. Intenté ir, pero complicaciones en Los Ángeles me lo han impedido. Esto último me tiene de mal humor —junto con las llamadas y mensajes de Deborah, que no cesan—, sobre todo, si me pilla a tanta distancia. En teoría, mi hermano lo tiene todo controlado.

Al final se ha sentado en la mesa y se está comiendo un plato del delicioso atún con salsa verde y verduras que ha preparado su madre. Come con apetito, la verdad. No dejo de observarla, intentando leer dentro de ella. No entiendo por qué lo hago. Ella me lanza miradas de vez en cuando, pero vuelve a bajar la vista. Si cree que eso la va a salvar de una explicación por lo que hizo, lo lleva claro.

Los demás han vuelto a sus conversaciones sin prestar atención a nada más. Cuando finaliza, se levanta, se disculpa y se marcha. A los pocos minutos lo hago yo.

Supongo que habrá ido a su cuarto. Ese y el de sus padres son los únicos que disponen de baño propio. No me molesto ni en llamar. Entro con sigilo y en seguida oigo el ruido del agua de la ducha.

No sé exactamente qué esperaba encontrarme dentro, pero lo que veo me sorprende. Rompe con la decoración de toda la casa. Nunca había visto una habitación así. También supongo que será por el tipo de mujeres al que estoy acostumbrado. Ella, sin duda, es diferente. Seguro que no lo cambia desde que era una adolescente.

Los colores que predominan son negro, blanco, gris y algo de rojo. Dos paredes son blancas y dos negras; las cortinas y la colcha de su gran cama, grises; y algunos cojines, más la silla y un puf, rojos. Las estanterías están repletas de tiestos —porque no sé de qué otra manera llamarlos — y de libros; son blancas, igual que su escritorio. Veo algunas calaveras de decoración, no me esperaba un lado tan macarra. Otra cosa que me deja sin habla son varios posters y CD de algunos de mis grupos favoritos: Twuenty one pilots, Dover, Linkin Park, Imagine Dragons y más. Es una gran colección. ¿Eso no suelen hacerlo las adolescentes? Confirmo mi teoría. Y

cuando creo que ya nada me puede sorprender aquí dentro, descubro algo que me deja alucinado, ya no sólo por lo que desentona dentro de esta habitación, sino por el valor incalculable que tiene la pieza para mí: una gramola.

Más concretamente, es el modelo Jukebox 1015 One More Time y parece estar en perfectas condiciones. Si no me equivoco, es de las últimas que se hicieron en el año 1987, justo la que le falta a mi colección. Soy un auténtico apasionado de cualquier cosa que tenga que ver con la música.

—¡¿Qué narices estás haciendo aquí?!

Estaba tan absorto observándolo todo y, más aún, con la gramola, que no había reparado en dónde me encontraba hasta que su gruñido me alerta. Rápidamente me doy la vuelta y lo que ven mis ojos me deja sin habla. Estoy comenzando a replantearme mi prototipo de chica. ¿Cuánto tiempo llevará ahí mirándome?

Se encuentra envuelta en la toalla más pequeña que he visto en mi vida. Poco o nada deja a la imaginación. Sus piernas torneadas tienen aún gotas que acarician su piel desnuda mientras caen. Me dan ganas de lamerlas una a una. Exquisita. Sus brazos intentan con fuerza que no se escurra la escasa tela que deja sus pechos casi al descubierto. No he visto nada más natural y excitante a la vez en mi vida.

Me cuesta tragar. Pero no dejo que lo descubra.

Noto cómo la temperatura ha subido varios grados en esta maldita habitación. No puedo remediar que mi entrepierna despierte ante tal espectáculo. Cuando dirijo la vista hacia su cara, su expresión está entre el enfado y la curiosidad. ¿Acaso nunca la han mirado así? Vale, yo la estoy desnudando —lo poco que queda para que lo esté al completo— con la mirada y con un descaro imperdonable. Aun así, parece que nunca lo hubieran hecho.

Cuando recupero la conciencia, advierto que me he adelantado unos pasos; ella no dice nada. Mi rostro tiene que ser imperturbable.

No debo mostrar sentimientos.

Nunca.

Algo en ella cambia. No ha dejado de mirarme a los ojos, aunque esta vez sus ojos marrones se han oscurecido dando paso a un casi negro hipnotizador, con un brillo extraño.

Se acerca ella otro poco más; yo me estoy quieto.

Me mira.

Me reta.

Espera a que cometa el error de tocarla. Eso sería imposible. No aquí. No ahora. Es pura tentación, diferente a todo lo que yo he conocido hasta ahora. Quizá eso es lo que me atrae. De buenas a primeras, agarra mi polla por encima de los pantalones, sin contemplaciones, ante mi absoluto asombro.

—Necesitas un buen polvo, con una mujer de verdad —susurra lentamente, sin aflojar su agarre, acción a la que me sumo sin delicadeza para que me suelte. Aprieto su brazo con fuerza, pero no lo hace. No me suelta—. Cualquier cosa te la pone dura, gringo…

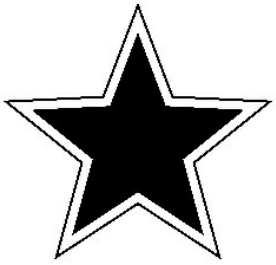
¿Me acaba de llamar gringo, como la otra?

Al fin me suelta, coge su ropa y con rapidez se entra en el baño y echa el pestillo.

¿Qué coño ha pasado?



CAPÍTULO 5. JUGAR CON FUEGO



Salgo de la habitación echando humo y maldiciéndome por lo que he dejado que ocurra. Sin duda, lo que más me jode es que he parecido un quinceañero. ¿Cómo narices no he podido controlarme? En cuestión de segundos mi polla estaba más que preparada. ¡Joder! Me recoloco los pantalones mientras voy andando. ¡Maldita y mil veces maldita mujer! Voy directamente a la ducha. Agua fría es lo que necesito.

Todos los días hablo con mis padres, aunque los horarios son complicados. No sé por qué en este momento me apetece más que nunca hablar con ellos. Necesito dejar de pensar.

Llamo a casa después de la ducha y, para mi sorpresa, descuelga el teléfono mi hermana.

—Livy, dime, por dios, que no me has quemado la casa, ni me la han quitado, ni…

—¡Eh!, para, para. Todo está en su sitio, hombre. Sólo he venido a ver a nuestros padres —me explica con aparente molestia—. ¿Tan poco confías en mí?

—No es eso, lo siento… Un mal día. ¿Qué tal estás? ¿Qué tal todo? —suspiro al mismo tiempo que me dejo caer en la cama.

—Bien, todo perfecto. Tu casa está sana y salva, igual que tu sobrino, que no tiene ninguna

gana de salir de la barriga, por más que quiera tu cuñada. La pobre no puede más y tu hermano ya no sabe qué hacer —ríe y, aunque yo no le veo la gracia, acabo sonriendo también. Los echo mucho de menos.

Hablo un rato más con Livy y después me pasa con mi madre. Tan sólo puedo hablar con ella unos minutos. En seguida me dice que algo me nota. Será por el instinto ese que tienen las madres. Me abstengo de contarle que una pelirroja y una morena me van a volver más que loco y evado una respuesta directa. Nos despedimos, no sin antes acordar llamarnos mañana.

Me pongo unos vaqueros oscuros, una camiseta de manga corta color verde y una americana a juego con el atuendo. Me paso la mano por mi indomable pelo y me calzo las zapatillas. ¡Listo! A ver qué nos depara la noche. Sé que un dolor de cabeza o dos, seguro.

La fiesta ha comenzado a las doce. Hemos decidido aparecer una hora después para que estén lo suficientemente ocupadas como para que yo pueda observar y controlar todo tranquilamente. En efecto, así es. La discoteca está bastante llena. Si sigue entrando gente, en un par de horas se habrá llenado el aforo y sobrepasarlo es algo que no voy a permitir.

—Yo no sé tú, pero esta noche no pienso dormir solo —asegura Brian.

—¿La rubia te hace sitio en su cama? —comento socarrón.

—No me hables de esa interesada. A ver qué le parece que me vaya con otra delante de sus narices. El otro día quería conocerme, decía que le gustaba y no sé cuántas chorradas más. Ahora descubro que era para sacarme información. Aun así, cuando la besé, me pareció real. Le gustó, lo sé.

—¿La besaste? ¿Cuándo? —está completamente jodido.

—Ya no tiene importancia.

—Yo creo que sí. Es más, te diría que estás bien jodido, amigo.

—Pues ya somos dos, capullo.

Sin más, se marcha a la barra pequeña, donde está el que supongo que es Alberto, el camarero. Allí pide una copa y se marcha entre la gente. Nunca lo había visto así de enfadado y menos por una mujer. ¿Qué nos está pasando?

Lo dejo estar y no le hago ver las muchas diferencias que hay entre él y yo. ¿Jodidos?, sí, ¿De igual manera?, no.

Por ahora…

Sin comentarios.

Me dirijo a la barra grande. Sí, soy así, me va la marcha. Al llegar, me sorprende no ver a la pelirroja. Están Farah, Lucía y otro chico al que no conozco. Espero hasta que llega mi turno.

Cuando al fin me toca, me apoyo en la barra y observo cómo trabaja. Es rápida, habilidosa, simpática y profesional, al menos, con los demás clientes. En cuanto me ve, su cara cambia. No hace falta especificar en qué sentido. Los otros dos camareros están ocupados y tienen asignados un lado de la barra cada uno; yo estoy en el suyo. Se dirige hacia mí y me pregunta con una sonrisa forzada y nada amistosa:

—¿Qué desea tomar?

—Oh, ¿es a mí? —ironizo y me tira dardos con esos preciosos ojos marrones—. Si es así, un Jack Daniel’s sólo con hielo. Y, a ser posible, para tomarlo aquí mismo en la barra con mis propias manos—enfatizo cada palabra, la pongo a prueba para ver hasta dónde le ha contado la pelirroja.

Sin esperármelo, suelta una carcajada —su risa es fresca e increíble y remueve algo extraño en mí, pero ignoro esta sensación al momento—. Mientras se ríe, marcha a preparar mi bebida. Así que sabe a lo que me he referido. Bien. Al parecer, se lo ha contado y debo de ser el tema de

conversación entre ambas.

No va muy maquillada. Lleva una camiseta ancha de color verde también, como la mía —¡qué interesante! —, y unos vaqueros claros desgastados. Lucía es altísima; Farah, en cambio, algo bajita y además va en zapatillas. La pelirroja casi tiene la misma altura que Lucía.

Se para a hablar un momento con su amiga y yo me dejo llevar por la música, que es igual de buena que el otro día. Me gusta. No le quito ojo a la *morenita*, puede ser que mi bebida vuelva a acabar encima de mí. Cuando se dirige hacia donde yo estoy, me tenso un poco, pero para nada dejo que lo note. Justo comienza a sonar una canción y, no me lo puedo creer, ¡Dua Lipa! Ya es casualidad.

—Aquí tienes, servido en barra —comenta con sorna y se marcha.

Sin duda, entre esta y la pelirroja no sé cuál me da más miedo. Sin tiempo que perder y temiendo que tenga algo escondido y me lo tire, me voy de la barra hacia la pista. Hora de trabajar.

Entre la primera vez que estuve aquí y esta, para mí es más que suficiente para comprobar que las cosas van bien. Por supuesto, siempre se puede mejorar, pero no veo nada, nada en absoluto, que esté poniendo en peligro este negocio y, mucho menos, la economía de Joseph. Para cerciorarme de lo que digo, tan sólo me hace falta echar un vistazo a la contabilidad. Sin embargo, algo me hace pensar que eso no va a ser tan fácil. No me gusta pensar mal sin tener pruebas, pero intuyo que esto no va a ir bien.

A Brian lo he perdido por completo. No estará muy mal esté donde esté; la cara de cabreo de la rubia me hace pensar que mi amigo no se ha ido solo. Me doy una vuelta mientras disfruto de la música. En este momento suena Zara Larsson, *Never forget you*, otra canción que, para variar, me encanta.

Como es una fiesta para estudiantes, son estos los que predominan entre el público, aunque no son los únicos. Si hay algo que no cambia vayas al país al que vayas, son las mujeres —o las casi mujeres, dado que algunas acabarán de cumplir los dieciocho años— descaradas. Estoy bastante acostumbrado a que me desnuden con la mirada, pero siempre me causa respeto que lo hagan unas niñas jugando a ser adultas.

Estoy caminando hacia el centro de la pista, cuando una cabeza pelirroja llama mi atención. Sin darme cuenta, he comenzado a dirigirme hacia ella. Está cerca de los baños y de la salida trasera, va a una especie de túnel. Me es imposible dar dos pasos seguidos. La pista está completamente llena. Intento seguirla con la mirada: a veces la veo y otras veces la pierdo. Mientras tanto, sigo avanzando. La atisbo entrando en el túnel. Perfecto.

—Hola, guapo. ¿A dónde vas con tanta prisa?

Cuando reacciono, estoy entre los brazos de una morena que quita el sentido. Estoy segurísimo de que es el sueño de muchos de los hombres que hay en esta discoteca y, si no llevara prisa por…, por... ¿Por qué narices estoy persiguiendo a la pelirroja descarada? No lo sé.

—Si vas a los baños, igual te puedo acompañar —se ofrece melosa la morena.

—Quizá en otro momento, bombón. Ahora tengo prisa.

En el momento en el que logro deshacerme de sus brazos —misión casi imposible—, corro hacia el túnel aprovechando varios huecos entre la multitud. Pero el túnel está lleno. Paso a través de la gente como puedo. Parezco un desesperado. En mi vida he hecho algo igual. ¡Yo persiguiendo a una mujer! En ese momento, me vuelvo a dar cuenta de que, desde que pisé este pueblo, todo ha sido así. Está lleno de primeras veces y no sé si me gusta…

Estoy acostumbrado a mi cómoda vida, a tener todo lo que quiero, a no dar explicaciones y, sobre todo, a no perseguir a mujeres. Reconozco que puedo parecer arrogante, forma parte de mí.

Es lo que soy. Y todo esto, estas incertidumbres, el no saber qué narices pasa ni con quién me va a volver loco. Soy de los que necesitan tener el control de todo y aquí no lo tengo de prácticamente nada.

¡La veo! Ha salido a la calle, la he visto. Corro un poco más y, cuando salgo, no sé dónde estoy. La busco sin parar. Derecha. Izquierda. Incluso avanzo por un callejón que hay enfrente. Pero nada. Ni rastro. La pelirroja no está.

Después de un rato en el que aprovecho para tomar algo de aire, me doy por vencido y vuelvo a entrar. Me dirijo a la barra. Debo preguntar si la pelirroja ha estado aquí o ya la imagino incluso en sitios donde no está.

Están a tope. Los tres camareros no pueden con toda la gente que hay. Sus caras de apuro lo dicen todo. Sin pensármelo dos veces, entro a ayudar. Cuando la morenita me ve, se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Qué narices te crees que estás haciendo? —me espeta bastante enfadada.

—¿Tú qué crees? —contesto quitándome la americana.

Mientras lo hago, sus ojos se han clavado en cada centímetro de mi cuerpo, prestando especial atención en mis desnudos brazos, gesto que no paso por alto. Con mi media sonrisa, me pongo a servir al primer cliente.

—¡Bonita! No te quedes embobada y ven a ponernos unas copas, anda. Ya te lo comerás después. O a mí, si quieres.

No sé qué es lo que le hace reaccionar, si el que me haya puesto a trabajar o lo que le grita aquel hombre. Enfurecida, agarra a este por el cuello y se acerca a él todo lo que puede, Incluso por encima de la música se oye lo que le grita:

—Mira, capullo de mierda, te pondré tu maldita copa cuando me salga de las narices, así que te esperas y no me vuelves a gritar o te juro que con el mismo vaso que te sirva te pongo tus asquerosos huevos de corbata. ¡¿Te queda claro?!

No sé si a medida que la escuchaba se me ha ido abriendo la boca o si ha sido de golpe, pero temo por mi mandíbula y la posibilidad de que se me desencaje. Por eso y por el tono que ha adquirido el rostro del pobre hombre. Está tan blanco como las paredes. No dejo que vea cómo me ha afectado su reacción. Eso nunca. Joder, tengo que reconocer que me ha puesto cachondo y todo.

Impresionante. Menudo carácter.

Sin más, lo suelta y se pone a atender al público con una cara…, que hace que a más de uno le dé miedo pedir.

No me cuesta más de unos minutos hacerme con la distribución de todo detrás de la barra. En esto, al menos, no es mi primera vez. Por gusto he echado una mano en algunos de mis locales sirviendo copas. Eso sí, nunca me he sentido tan vigilado. Si esta morena se mordiera la lengua, se envenenaría. Me mira como si ansiara acabar con mi vida, sobre todo, cuando una o varias chicas me piden más que una copa y yo soy todo lo encantador que la ocasión requiere, claro. Además, le pueden la impotencia de tener la discoteca hasta los topes y necesitar mi ayuda.

No sé cuánto tiempo transcurre sin que paremos de servir. Nos hemos rozado en más de una ocasión. Esto ha hecho que sienta una electricidad nunca antes experimentada, salvo el día en que nos dimos la mano. Por las caras que me pone ella, algo extraño ha debido de sentir también. Una de las veces se sube a un pequeño poyete para coger una botella que está en alto. Podría haberme pedido ayuda a mí, pero su cabezonería se lo impide. Menos mal que he estado pendiente, porque de no haber sido así habría acabado en el suelo. Joder. Justo cuando pierde el equilibrio, mis manos la sujetan fuertemente por la cintura y la apoyan en mi pecho. Mis brazos

acaban rodeándola y no puedo evitar aspirar su intenso aroma. Es muy parecido al de la pelirroja. Vuelve a entrar esta en mi cabeza. Maldita sea.

Pasan unos segundos en los que parece que no hay nadie más. Rápidamente, reacciona saltando de mis brazos como si quemasen. Me grita y me ordena que salga de la barra, que ya he entorpecido bastante.

¿Qué esperabas? ¿Que te diese las gracias?

Este es un claro ejemplo de cómo ignorar a tu conciencia.

Y aquí estoy, en un lateral, disfrutando de la música y de las vistas. He charlado con varias personas. A algunas ya me las había encontrado en el hotel el primer día y otras son caras nuevas. Son muy amables y nos han invitado a cañas un día por los bares del pueblo. Me he terminado mi tercera copa, la dejo en la barra y me dirijo a la entrada. Al pasar por la taquilla, veo que está abierta. Hoy no es día de venta de entradas, así que me sorprende encontrarla así.

Entro y me encuentro con una zona triangular: un gran perchero con sus perchas numeradas, una mesa y dos sillas completan el mobiliario. Las paredes son de un tono azulado y, justo en la pared de la entrada, está la maldita alarma. La miro con cara de pocos amigos. Al fondo hay una puerta con un cartel donde pone "privado": la oficina. Intento abrir, pero, como era de esperar, está cerrada.

—¿Qué haces aquí? —irrumpe en la taquilla de mala manera.

Me doy la vuelta con tranquilidad y la observo. El rojo de su cara es tan evidente como su enfado. Está de brazos cruzados y me mira de forma impertinente.

—¿Piensas alguna de tus preguntas antes de hacerlas, *morenita*? Es que, sinceramente, me aburren soberanamente. ¿No te parecen demasiado obvias? —comento con sorna—. Que si qué hago, qué estoy haciendo allí o aquí…

—Que si eres tonto o te lo haces… —se burla.

—¿Ves? ¿No piensas ya que lo soy? ¿Por qué lo preguntas entonces?

En ese momento, una media sonrisa aparece en su cara y se une a la mía.

—¿Dónde está la pelirroja? —inquiero de inmediato, borrando su mueca.

—Vino, pero se ha marchado. Le he dicho que hoy no la íbamos a necesitar. Aunque una cosa te digo, ha sido algo puntual, quiero que eso te quede claro. Le hace mucha falta el dinero y además es amiga mía, así que acostúmbrate a ella o márchate de aquí. Como verás, no necesito tu ayuda.

—Tranquila, en cuanto termine lo que tengo que hacer, me iré encantado. Jamás he rehuido ningún favor que me hayan pedido y esta vez no va a ser diferente. Espero que te quede claro a ti y, ya puestos, a la pelirroja también. Ya veo que los malos modos se aprenden con facilidad… —apunto con ironía—. Sólo espero que mientras esté yo aquí, todos y, sobre todo, ella se comporten. Es la última oportunidad.

—Tú no eres nadie para dar oportunidades. Lárgate de aquí antes de que compliques más las cosas.

¿Complicar más las cosas? Interesante.

Sale de la taquilla como una exhalación, pero la atrapo unos pasos más adelante. La sujeto fuerte y la miro directamente a los ojos. Nuestras miradas se entrelazan y se retan mutuamente.

—Dame la llave de la oficina —le exijo con los dientes apretados.

—No —me reta.

Maldita descarada. Su sonrisa se ensancha y mi cabreo también. Se la borraría con un beso que la dejaría sin respiración, pero noto que lo está deseando, aunque lo disimule, así que desisto para no darle el gusto. Nuestras bocas están a milímetros y una parte de mí, la más salvaje,

también desea probar su sabor. No. No quiero montar un escándalo. Eso sí, si no me queda más remedio, lo haré.

—Echa la puerta abajo si quieres, gringo —susurra, poniendo énfasis en la última palabra, muy cerca de mis labios y haciéndonos temblar. También me llama como la pelirroja —. No vas a encontrar nada.

Sin más, se suelta —más bien, la suelto— y se va.

La puerta abajo, no; pero es hora de dejar de perder el tiempo, en todos los sentidos. Ya he aguantado suficiente por hoy. Es casi la hora de cerrar y no me necesitan para nada.

Me dirijo a la pista y busco entre la gente. Brian no aparece; me da igual, se las sabe apañar solito. Tengo un cabreo monumental, pero también el suficiente autocontrol para desfogar de otra manera, la única que me calma cuando lo necesito. En cuanto encuentro lo que busco, me dirijo hacia allí con paso decidido. No estoy de humor y no necesito ninguna de mis sonrisas para conseguir lo que quiero. Sin embargo, en cuanto ella me ve, la suya se hace evidente.

—Hola otra vez, guapo —dice la morena explosiva.

Como esperaba, está más que dispuesta. Ella busca algo y yo también, pero nada más. Lo mejor es que ambos lo sabemos.

Antes no me había fijado con detenimiento. Tiene un cuerpo escultural, con un vestido de tubo que marca cada una de sus curvas. El pelo negro le cae sobre sus hombros y sus carnosos labios piden algo más que un saludo.

Sigo sin decir una palabra; ella se agarra a mí y comenzamos a bailar. Nada de sentimientos. Me dejo llevar y esta es justo la mujer que necesito. Es provocativa al máximo. Se restriega contra mí sin ningún tipo de pudor y, cuando la temperatura alcanza su grado más alto, tiro de ella y me la llevo de allí. Eso sí es algo que no va a cambiar, jamás he dado un espectáculo de este tipo y nunca lo daré. Recoge sus cosas y nos vamos.No sin antes pasar a por mí americana, claro.

—Voy a entrar a por mí chaqueta. Te lo digo para que te ahorres preguntas idiotas de las tuyas del tipo «¿qué haces?» y tal, ¿vale? —le aclaro entrando dentro de la barra.

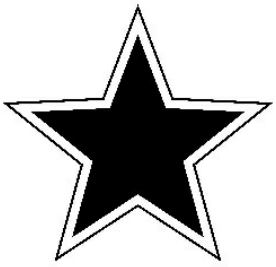
—Oh, qué pena. ¿Ya te vas? —exclama con ironía—. Espero que duermas de maravilla.

—Pues yo espero que no. Es más, mi idea es no pegar ojo —le comento socarrón mientras le guiño un ojo a la morena, a quien ella había ignorado por completo hasta entonces. Cuando la ve, no puede controlar su gesto de desagrado—. Si ves a Brian, dile que no me espere. Hoy no dormiré en mi habitación.

Quien juega con fuego se quema.



CAPÍTULO 6. CAMPANILLAS



No sé exactamente qué fue lo que bebí anoche. Juraría que sólo mi *whisky* favorito, aunque no lo podría asegurar. Tengo vagos recuerdos y una sensación extraña que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Ni si quiera recuerdo si alguna vez he estado tan afectado, ¡joder!

Llegué a casa de Joseph a las doce de la mañana y subí directo a mi habitación. Me di una ducha y volví a meterme en la cama. Es mediodía y aún sigo sin querer moverme, pero tengo que bajar a comer. Seguro que Loli ya tiene algo preparado y no quiero ser descortés con ella.

A ver si con un poco de suerte la *morenita* ha desaparecido, como acostumbra a hacer, y no me la encuentro abajo.

Paso por la habitación de Brian y llamo. Si está, estará solo, así que no me preocupo. Quedamos en que nunca traeríamos a una mujer aquí. Dijera lo que dijese Joseph, esto es una casa decente y no vamos a dar de qué hablar.

No contesta nadie, así que decido bajar mientras le envío un WhatsApp.

Si no me equivoco, por el olor que inunda la casa, hay carne al horno para comer. No sé de qué tipo, porque huele a todo tipo de especias y yo no entiendo mucho de estas cosas, pero

seguro que está de muerte —de comerlas sí que entiendo—. Más rápido de lo que hubiera querido me presento en la cocina. Tengo un hambre atroz.

—Buenos días, Mike —me saluda alegremente Loli y algo sorprendida—. ¿Qué haces levantado a estas horas si llegaste hace un rato?

—Eso digo yo, muchacho —manifiesta Joseph al mismo tiempo.

—Buenos días. Es hora de comer y, después de las molestias, no podía pasar por alto tan rico olor —contesto sentándome a la mesa—. ¿Es que nadie se ha levantado aún?

—¿Alguien levantado? —ríe Loli— No, en esta casa comer después de una noche de trabajo es algo que mi marido y yo hacemos solos desde hace mucho tiempo. Créeme, he intentado muchas veces que mis hijos acudan a comer, pero tener a zombis por comensales tampoco nos agrada demasiado.

Mientras seguimos charlando, me sirve la comida: pata de cordero al horno con guarnición de patatas y verduras, una delicia que estoy devorando con bastante rapidez.

—Y bien, ¿cómo se desarrolló la noche? —pregunta Joseph. Me pienso mucho qué contestarle.

Llevo horas dándole vueltas a cómo hacerlo; de hecho, tenía clarísimo que lo primero iba a ser pedirle directamente las llaves de la discoteca. Ya me he cansado de observar. Ha llegado el momento y no sé si es buena idea; tendría que dar más de una explicación y, como sé que algo turbio pasa en la discoteca, tener a la morenita descontenta no me facilitaría el trabajo. Creo que es mejor que siga pensando que tiene la sartén por el mango, así podré cogerla con las manos en la masa. Con esta comida tan rica es imposible no hacer referencias que tengan que ver con la cocina. ¡Está delicioso!

—Pues todo normal, Joseph —miento un poquito después de tragar el último bocado—. Mucho trabajo y, bueno, algunos aspectos a los que hay que dar un toque diferente para el mejor funcionamiento —aclaro para que no sospeche nada.

—Buenas tardes —saluda Brian entrando en la cocina. Trae la misma ropa de anoche, así que acaba de llegar—. Loli, por favor, dime que ha sobrado algo de ese manjar —ruega sentándose en la mesa con cara de mucha pena.

Creo que la llegada de Brian me ha salvado de una conversación para la que aún no estoy preparado. El silencio de Joseph lo dice todo. Estoy seguro de que sabe más de lo que cuenta. Mi instinto no suele fallarme y aquí está pasando algo de tal calibre que no le ha quedado más remedio que recurrir a mi padre, ya no sólo por la amistad, sino también por el prestigio y la determinación de nuestra empresa. Este es el típico caso que muestra por qué no se debe mezclar el trabajo con las amistades o los sentimientos. Yo ya estoy metido hasta el cuello.

Hablamos de todo un poco mientras degustamos el postre. Nadie más ha aparecido y la verdad es que no me parece raro: Tomy se queda los fines de semana en Badajoz trabajando y me he enterado de que la morenita no se encuentra aquí. Seguro que está en casa de Lucía, o eso quiero pensar.

No te lo crees ni tú. Te jode no controlar eso.

¡A la mierda!

Son una familia increíble y están logrando que nos sintamos como en casa. El bocazas de mi amigo no tiene remedio y saca a relucir el tema del carácter de su hija. Los padres le siguen el juego y lo reconocen. Cuando Brian lo compara con el de su amiga, la camarera pelirroja, la sorpresa es mayúscula.

—Estoy totalmente seguro, Mike —dice Joseph—. No hay ninguna chica que responda a esa descripción en la discoteca, al menos, que yo sepa.

—Ni yo conozco a ninguna amiga de mi hija que sea pelirroja —asegura Loli.

En este momento mi cabeza va a mil por hora. Entonces, ¿quién coño es?

—Espero que sí recuerdes a una chica morena, de ojos verdes preciosos y de nombre Lola, ¿no, mamá? —asevera su hija entrando por la puerta.

¿Qué coño…?

Esta chica parece que vive detrás de las puertas, siempre tan oportuna.

Lleva ropa distinta a la del día anterior: unos vaqueros desgastados y rotos, una camiseta ancha estampada, una chaqueta vaquera y todavía trae el pelo húmedo. ¿Con quién habrá pasado la noche? ¿Y qué narices me importa a mí?

Sí, sí…

—El caso es que ese nombre me suena —duda su madre.

—Sí, mamá. Ella estudió la carrera conmigo en Madrid, vivíamos juntas allí. Es de Huelva y vino varias veces a casa.

—¡Ah, ya me acuerdo! Esa que hablaba raro, ¿no?

—Sí. Su padre es francés, su madre, andaluza y ha vivido muchos años en Madrid. Es normal —contesta la morenita perdiendo la paciencia.

—Pero era morena, de eso estoy segura.

—Claro que lo era. La gente cambia y el pelo aún más. Ahora es pelirroja y necesita el dinero. No sé de qué narices estabais hablando; si es sobre echarla, no lo pienso permitir —sentencia con dureza.

—Tranquila, hija. Nadie está hablando de echar a nadie… —aclara su padre. Luego su mirada cambia y nos mira a ambos—. A no ser que sea necesario. Lo primero es lo primero y, si ocurriese algo por lo que se tuviera que prescindir de ella o de cualquier otro empleado, lo haría. ¿Ha habido algún problema con esta chica?

Me siento entre la espada y la pared. Por ahora voy a dejar las cosas como están. Con esto me gano un favor seguro.

Miro directamente a la morenita. Se está conteniendo lo indecible y su color de cara se va encendiendo, pasa de naranja a rojo. Hasta eso tienen en común la pelirroja y ella. Aunque esta, no sé por qué motivo, me recuerda al hada de Disney, Campanilla. A mi hermana le encantaban esos dibujos de pequeña; siempre que este personaje animado se enfadaba, se le ponía la cara roja. Sin querer, sonrío como consecuencia de mi pensamiento y ella, al darse cuenta de mi cara de diversión, todavía se enfurece más y su rostro alcanza el rojo fuego. ¿Cómo reaccionaría si manifestara en alto lo que se me acaba de pasar por la cabeza? ¿Inventaría un nuevo tono de rojo más intenso? Mejor no descubrirlo, así que contesto con calma:

—No, Joseph, ninguno.

Me mira. Sabe que esto tiene un precio y lo va a tener que pagar.

—Bien, entonces tema zanjado —concluye el hombre levantándose, sin embargo, algo me dice que no está nada convencido—. Tengo cosas que hacer y no puedo quedarme más tiempo. Luego os veo, chicos; pero antes, Farah, a mi despacho.

Mientras su padre sale por la puerta de la cocina, ella parece a punto de saltar, así que actúo rápido.

—Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha. Hay mucho que preparar —digo poniéndome en pie.

—Sí, vamos —afirma Brian tras de mí.

***

No sé qué es lo que habrá hablado Joseph con su hija porque no la he vuelto a ver desde entonces. El matrimonio ha salido de cena y, al no comentarme nada sobre la conversación con Farah, no lo he creído de mi incumbencia.

Hemos estado toda la tarde revisando cuentas anteriores a que estuviera la discoteca en manos de aquel hombre, ya que era lo único que tenía Joseph en casa. Todo iba de maravilla por aquel entonces, hasta que la oficina se trasladó a la discoteca a petición del malnacido ese. Claro, confiaba en él, pero este solo quería su dinero, cosa que acabó descubriendo de la peor manera: con la traición.

Cada vez estoy más seguro de que Igor, que así se llama, tiene que ver con que el negocio no vaya bien; por alguna extraña razón que pienso descubrir, no pudieron probar nada. Definitivamente, tengo que investigar más.

Había decidido no bajar a la discoteca en toda la tarde; no quería que las cosas fueran a peor. Con soportarla un rato durante toda la noche ya tenía bastante. He estado trabajando y poniendo al día asuntos de mi empresa. A veces tengo la sensación de estar rodeado de puñeteros inútiles.

Son las doce de la noche. Hemos cenado en un bar del centro en el que nos han tratado como reyes y la comida estaba deliciosa, sin duda, para repetir. Brian le había preguntado a Lucía si querían venir, pero ella ha contestado que luego se verían, sin más. Al parecer, las cosas entre ellos se están normalizando, aunque la manera en que el capullo de mi amigo evade el tema me da que pensar.

Estamos terminando de prepararnos. Me decanto por unos vaqueros oscuros, una camiseta ajustada en color gris claro y mi chaqueta Abercrombie negra de estilo universitario a la que todos los que me rodean le tienen manía, ya que la uso siempre que puedo —son menos de las que me gustaría, por cierto—. Han probado a regalarme otras chaquetas de todo tipo, incluso de la misma marca, pero no entienden lo especial que es esta para mí. Fue de las primeras cosas que me compré con el primer sueldo que gané ayudando a mi padre. Me encanta vestir así. Da gusto no ir en traje.

Durante la tarde le pregunté a Brian con quien había pasado la noche y por su sonrisa supe que se había salido con la suya. Fue lo único que pude sacarle. Efectivamente, se había liado con Lucía. Esa información automáticamente me cambió el ánimo. ¿Dónde narices había pasado la noche la morenita entonces? Y, lo que es peor, ¿con quién?

Brian me había asegurado que se fue sola en su coche. Insistieron en que fuera con ellos, no lo permitió. Dijo que los tortolitos necesitaban intimidad. Él dudó aunque, al parecer, Lucía podía llegar a ser muy convincente. Por fin había decidido dejarse llevar y tenía que aprovechar la oportunidad. Si la rubia no estaba preocupada por su amiga, sería porque no había motivo. Según mi amigo, desde que me vio marchar con aquella mujer, la morenita se había vuelto más iracunda de lo que ya era. No habían podido conseguir nada más que un buen corte de manga mientras se marchaba. Todo esto debería importarme una reverenda mierda, sin embargo, por alguna extraña razón me ponía extremadamente furioso. Se fue sola. ¡Joder! Me cabreé mucho con él cuando me lo contó y aún lo estoy; yo no habría permitido que se marchara sola.

Cuando le tocó a él el turno de preguntarme a mí, obtuvo por respuesta un silencio y no sólo por el cabreo. Conociéndome como me conoce, sabe que me encanta disfrutar del sexo sin mucho alcohol. Por eso precisamente iba a resultar bastante complicado explicar que me había levantado casi desnudo en una cama desconocida de un lugar extraño, desorientado y sin saber qué coño había hecho esa noche. Salí de allí sin ni siquiera despedirme.

No, definitivamente no tengo ganas de hablar de ello.

—Vamos o no llegamos. Deja de soñar con la de anoche —bromea Brian sacándome de mi

ensoñación—. ¡Otra vez esa maldita cazadora! ¿En serio te la has traído? Cualquier día te la quemo.

—Prueba y verás lo que es quedarse sin nada ahí abajo, capullo.

—Al menos ya me hablas.

—Sigo enfadado, gilipollas.

Tras dedicarle una mirada furibunda, decido dejarlo estar y nos marchamos.

—Esta semana hemos estado bastante ocupados; la próxima, tenemos que sacar un rato sí o sí para hacer turismo —me informa Brian mientras admiramos el pueblo de noche.

Tiene toda la razón, tan sólo un día hemos ido de cañas y tapas al centro, plan que, por supuesto, hay que repetir, igual que lo de esta noche. Al parecer, el paseo o plaza que está frente al ayuntamiento tiene una historia que merece la pena escuchar. Son tan diferentes las construcciones de las que estamos acostumbrados a ver, que nos han enamorado. Sí, definitivamente, hay que visitarlo en condiciones, pero no pienso contestarle ahora y él lo sabe.

Vamos en el coche por la carretera que bordea la localidad y las vistas son impresionantes. Se ve el pueblo entero, iluminado y, en el centro, su gran castillo velando por él.

Nada más poner un pie dentro de la discoteca, comienzan los problemas. En la entrada —sin personal de seguridad— está teniendo lugar una pelea que va a más por minutos. No veo a ningún miembro del personal interviniendo para que no vaya a más, así que Brian y yo nos encargamos.

Nos ha costado bastante trabajo, venían muy borrachos de una comida y la trifulca había comenzado antes. Al final, lo hemos conseguido. Tan sólo en el último momento ha aparecido Alberto, el camarero, aunque el trabajo ya estaba hecho.

Cuando le pregunto por su jefa para pedirle explicaciones por no tener a nadie en la entrada, me dice que no está. Se ha tenido que ir a la discoteca de Sevilla para solucionar un problema.

Estoy seguro de que en torno a este tema había girado la conversación de esa tarde con su padre. ¿Por qué? En fin, no me queda más remedio que descubrirlo yo solo. Lo único que no me hace falta averiguar, ya que una parte de mí lo sabe, es la camarera que la va a cubrir.

¡Señor, dame paciencia!

—¡¿Qué narices ha pasado aquí?! —exige saber la pelirroja elevando la voz por encima de la música.

Bingo. Qué suerte la mía.

—Un poco tarde, ¿no crees? —la enfrento dándome la vuelta.

Mi tono no admite discusión.

Acaba de llegar a la entrada, estamos frente a la taquilla y Brian ha desaparecido. Está muy cabreada y no entiendo por qué. ¿No se supone que la encargada es Lucía? Lleva unos pantalones negros ajustados de talle alto, unas botas rojas por las rodillas con un tacón de vértigo y un top negro y rojo muy ceñido, atado al cuello y que deja dos dedos de piel de su cintura al descubierto. Tiene un cuerpo de infarto, pero no dejo que note cómo me afecta. Eso sí, no me corto en mirarla con descaro. Quiero llevarla al límite, aunque eso suponga ponerme a mí también, porque de nuevo sólo puedo pensar en follármela y que se entere de quién manda aquí. Cuando mi mirada llega a su cara, su expresión me provoca una sensación extraña: juraría que está haciendo lo mismo que yo, desnudándome sin vergüenza alguna, hasta que se da cuenta de que ha sido descubierta y entonces su rostro se vuelve del mismo color que su perfecto pelo rojo.

—Otra Campanilla… —farfullo para mí.

—¿Qué has dicho? —inquiere con malos modos.

No sé si habrá llegado a leer mis labios, decido ignorarlo.

—Que llegas tarde, pelirroja, eso he dicho. Y ahora, si me permites —me excuso e intento pasar por su lado, ya que está en medio de la puerta y ahora mismo mi autocontrol sólo piensa en empotrarla contra la pared—, tengo que hablar con la encargada en funciones a falta de una jefa que, claro está, deja mucho que desear.

—Mira, gringo —se enfrenta a mí poniendo los brazos en jarra y mirándome altivamente—, lo que tengas que hablar lo hablas conmigo. Lucía está ocupada en este momento con cierto amiguito tuyo, por mucho asco que me dé, así es que no tienes opción.

—De modo que tu jefa durmió en tu casa anoche, ¿no?

Mi pregunta parece descolocarla y, ya puestos, también a mí. ¿A qué coño ha venido eso? Pasan unos segundos y va a decir algo. Se lo piensa mejor. Prefiere obviar el tema.

—¿Vas a decirme lo que sea en referencia a la discoteca o me voy? —me advierte, aunque la noto algo nerviosa. Esto es nuevo.

—Bien, vamos a la oficina —decido dejarlo estar y extiendo el brazo a modo de invitación.

—Imposible, no hay llaves, solo las tiene Farah —se cruza de brazos con una media sonrisa.

—De acuerdo, pues a la taquilla. Allí no hay nadie y podremos hablar —sentencio.

Y otras cosas.

¡Cállate!

Los pozos verdes que tiene por ojos me taladran. Muchas cosas en ella me resultan familiares, como si nos conociéramos más de lo que en realidad nos conocemos. Ella y la morena reúnen todas las razones por las que debería dejar este trabajo. Debería no involucrarme más, hablar con mi padre y huir de aquí. Sin embargo, algo me retiene en este lugar. Tienen algo que me atrae, por mucho que me resista y a sabiendas de que esto sólo me traerá problemas, quizá, de los más difíciles a los que me he enfrentado en la vida.

Tiene una lucha interna, aún así algo me dice que va a aceptar mi propuesta. Si por casualidad ha llegado a hablar con su amiga, sabe que me lo debe. Si no fuese por mí, estaría en la calle.

—Tan sólo… —comienza diciendo.

—Lola, necesito que vengas —grita una voz con dureza a su espalda. Es el DJ.

¡Maldita sea! No me lo puedo creer. Parece que están en mi contra y lo tienen todo controlado.

—Perdona, será en otro momento, ahora está conmigo —le aclaro con la misma dureza.

—¿Y tú quién coño eres? —pregunta iracundo.

—Lo sabes perfectamente, así que de ser tú no me metería donde no me llaman.

—¿Eso es una amenaza? —avanza un poco con los puños apretados.

Es más o menos de mi tamaño, aunque algo más delgado. Pelo negro, rasgos duros y viste unos vaqueros con una gran sudadera de marca. Supongo que creará más de un suspiro a su paso, ahí no entro. No es rival para mí.

La pelirroja está en medio de los dos y no sabe qué hacer. Esto también es nuevo. No pienso dejar pasar esta oportunidad de indagar y descubrir más cosas. La semana que viene ya estaré oficialmente al cargo y no les va a gustar nada. Mi tiempo de limitarme a observar cómo hacen las cosas se agota.

—¡Vale ya! ¡Los dos! —advierte la pelirroja a ambos. Luego se gira hacia él —. Ahora mismo subo, Dany, dame unos minutos. Escucho lo que me vaya a decir el gringo y voy.

Aunque no me hace gracia la última aportación, sonrío con suficiencia y eso parece alterarlo. Intenta esquivarla para alcanzarme; no pienso amilanarme, tampoco voy a montar un espectáculo. La pelirroja intenta pararlo y yo doy un paso adelante. Nos grita, nos insulta, me da igual. No pienso dejar que un imbécil se ponga así conmigo y mucho menos por ella. ¿Es que

tienen algo? ¡Joder! Intenta golpearme y lo esquivo. La rabia lo consume. Si está pensando en buscarme, no me va a encontrar. De haberlo hecho, ya estaría en el suelo. Su mirada inyectada en sangre no me quita ojo. La pelirroja me pide que entre en la taquilla, pero no le hago caso. La gente comienza a darse cuenta de todo y eso es lo último que quiero. Entonces retrocedo. Vuelve a intentar venir hacia mí. En ese momento, la pelirroja lo para de mala manera y yo vuelvo a sonreír.

—Pronto, muy pronto, se te va a quitar esa sonrisa de la cara. Disfrútala —escupe con ira.

Dicho esto, se va. No puedo evitar fruncir el ceño. Al mirar la cara de la pelirroja, me preocupo. ¿Qué estarán tramando? Mejor estar atento a todo.

—¡Cada uno a lo suyo! —grita a las personas que hay allí. Luego me mira otra vez y me empuja dentro de la taquilla.

Tengo que reconocer que, a pesar de todo, la situación hasta me pone. Es una auténtica guerrera y jamás me había topado con ninguna, sólo sumisas dispuestas a todo. ¿Qué se sentirá? Mi polla cobra vida cuando de esos pensamientos se trata. Todo esto lo pienso mientras me giro. Justo en ese momento se me borran los pensamientos de un plumazo.

Está muy alterada. De más está mencionar el color de su cara. Se mesa el pelo, da vueltas de un lado para otro. Mientras, yo me acomodo en la mesa, cruzo mis brazos y mis pies y me dispongo a observarla hasta que se le pase un poco. Creo que hablar en este momento sería un error fatal.

—¿Qué narices quieres? —pregunta con cansancio y con ese acento raro que puedo oír mejor aquí en la taquilla, sin tanto ruido, aunque, al no estar insonorizada, el volumen sigue siendo alto.

—Pues lo que quiero es información. Para empezar, ¿por qué no hay seguridad en la puerta?

—No me refiero a eso —me corta sorprendiéndome—. Hablaba en general. ¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué quieres meterte en los asuntos de Farah? ¿Por qué no te vas y nos dejas tranquilos a todos? —finaliza gritando y bastante más cerca de mí de lo que hubiera querido.

No sé en qué momento me ha parecido buena idea ponerme de pie, acercarme más y avanzar hasta que no le ha quedado más remedio que retroceder hasta chocar con la pared. Mucho menos sé por qué llevo mi boca a esos labios que me vuelven loco y comienzo a besarla con ganas. Al principio no reacciona, pero son solo unos segundos los que pasan hasta que se rinde ante mí. La corriente es brutal. Hemos perdido totalmente la noción del tiempo y del espacio. Un puñetero deseo desenfrenado nos recorre sin control. Sus labios son jugosos, suaves, dulces y, cuando al fin me da paso al interior de su boca, mi lengua busca la suya hasta que se entrelazan y provocan que gimamos juntos. ¡Joder! Es tan… Tan diferente.

No sé qué me pasa. Estoy perdido. Completamente perdido.

Nuestras manos tienen vida propia. Al principio estaba más cohibida, pero ha ido subiendo sus manos a mi cabeza hasta enredarlas en mi pelo. El beso se intensifica y yo estoy perdiendo el poco control que me queda. Se vuelve más fiero. Intento subir mis manos y paso mis dedos por la piel libre que deja su ropa, como llevaba queriendo hacer desde que la he visto. Subo, acaricio; pero, cuando mis manos se paran en sus pechos, algo cambia. Para el beso.

Me mira.

La miro.

Estamos acelerados, descontrolados y muertos de deseo. Creo que nunca he deseado tanto a alguien en toda mi puñetera vida. Y no soy solo yo. Su cuerpo ahora mismo me pertenece y la rabia que aparece en sus ojos me confirma que también lo sabe.

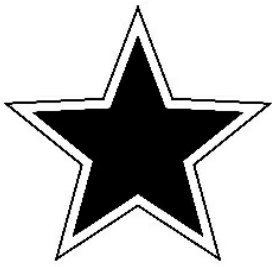
Pero de un empujón me aparta. Respirando con dificultad, me apunta con un dedo.

—No vuelvas a tocarme.

Dicho esto, su mano aterriza en mi rostro con una fuerza sorprendente y se marcha.
¡A la mierda con las Campanillas!



CAPÍTULO 7. BESOS CON SABOR AMARGO



Espero unos minutos más en la taquilla hasta que mi erección desaparece. Me recoloco el pantalón varias veces. ¡Joder! No paro de darle vueltas a lo que acaba de pasar. ¿¡Pero qué coño ha sido eso!? Por más que me lo pregunto, ni yo mismo lo sé. Necesito volver a tener el control. ¡Mierda!

La cabeza me va a mil por hora. Ya no es sólo porque es la primera vez que me rechazan y eso daña mi ego, sino por el impulso que me ha llevado a besarla, a ella. Si no la soporto. Eso sí, me parece un auténtico bombón, guapa, con una lengua viperina que me llama bastante la atención y unos ojazos verdes impresionantes; lo raro es que, mientras la besaba, era otra la que estaba en mi mente. ¡Y maldito sea si sé lo que me pasa! ¿Qué narices hacía Farah en mi cabeza?

¡Me estoy volviendo loco! ¡Completamente loco!

Decido salir para que me dé un poco el aire. En la calle no hace mucho frío, así que hay bastantes personas en la terraza. La barra que tienen aquí en el patio de la entrada está vacía; supongo que solo la usarán en el verano.

Me apetece una copa —o una botella—, pero todavía no quiero entrar. Estoy sumido en mis

pensamientos cuando aparece Brian con un vaso de líquido dorado.

—¡Ey, colega! —me saluda pasándome un *whisky* bien cargado que casi me bebo de un golpe —. ¿Algo que contarme?

—Supongo que, si estás aquí, tu rubia andará ocupada trabajando o hablando con la pelirroja y, si es esto último, ya sabes qué pasa —contesto con desgana.

—Lola ha llegado gritando como una loca y ni siquiera ha mirado quién estaba a su lado antes de largarlo todo. ¿La has besado? ¿Y te ha dado una hostia magistral? —pregunta asombrado a la par que divertido. Maldita la gracia que a mí me había hecho.

—Mira, capullo, no estoy para tus tonterías… —comienzo a decir, pero algo me llama la atención —. Brian, con disimulo, fíjate en el grupo de la esquina. Al lado de la barra.

Son cinco hombres, tres muy corpulentos y dos algo menos, aunque igual de intimidantes. No paran de observarnos y de vez en cuando hablan entre ellos.

Dos fines de semana para mí son suficientes para saber si un cliente es habitual o no y estos no lo son. Su forma de actuar ya la he visto en otras ocasiones: distintas personas, distinta ciudad, misma función. Lo que más me llama la atención es que están justo en la puerta que da a la barra grande. Nunca he entrado por allí, creo haber visto por la ventana una cocina. La puerta está abierta.

—Brian, quédate aquí y no les quites ojo.

No necesito decirle más. Con disimulo, entro aprovechando un gran grupo de personas que pasa por mi lado. Cuando ya estoy dentro, me dirijo a la barra y, en efecto, faltan Lucía y la pelirroja. Alberto y un chico al que ya he visto antes están dentro. Me dirijo a la otra barra por si las encuentro allí; solo veo a otro de los camareros. Vuelvo a la grande.

En cuanto Alberto se da cuenta de mis intenciones, sale a mi encuentro.

—¡Oye, tío! No puedes entrar en la barra. No me des problemas. Dime qué te pongo y disfrutas de la noche —intenta que no se note lo tenso que está y eso me confirma que algo pasa.

—Quiero hablar con Lucía. Sé que está dentro —le digo con dureza.

—Ahora mismo la llamo, si es que está, porque creo que ha ido al almacén.

Me está mintiendo y sugiriendo amablemente que me meta en mis asuntos, pero no sabe con quién está tratando. Cada vez llega más gente a la barra y no le va a quedar más remedio que atender a los clientes, que empiezan a desesperarse. No sabe qué hacer, hasta que los gritos aumentan y tiene que ponerse a trabajar.

En una de estas aprovecho y me cuelo. Cuando se quiere dar cuenta, es demasiado tarde, ya estoy abriendo la puerta que da a la pequeña cocina. El panorama no es el que me esperaba para nada.

Están la pelirroja y el maldito DJ. Parecen alterados, sobre todo, ella.

—¿Alguna vez te meterás en tus puñeteros asuntos? —me grita ella hecha una furia, como nunca antes la había visto.

—Sólo quería saber…

—¡Saber! ¡Saber! —me corta. Está fuera de sí— Siempre quieres saber. Estoy hasta las narices. Haz el favor de irte a la mierda y, de paso, te llevas a tu amiguito.

No sé qué decir sin empeorar la situación. La veo realmente mal. El maldito imbécil intenta calmarla ignorándome por completo. Tienen una complicidad sospechosa. Estos dos o han tenido algo o lo tienen.

Me gustaría moverme hacia las ventanas y comprobar si siguen ahí esos tíos. Estoy seguro de que han salido justo en el momento en que yo he entrado, pero ¿y Lucía?

Alguien llega y choca contra mí. Me doy la vuelta y es ella.

—Lo siento. No te había visto —se disculpa la rubia y yo levanto una ceja. ¿Piensa que me lo voy a tragar? No, por la sonrisa que pone sabe que no. Me ha querido dar y punto.

—No pasa nada —respondo con ironía—. A ver si adivino: has salido por aquí —señalo la puerta de la cocina que da a la calle— con esos hombres con el fin de embaucar a mi amigo para que entrase y no viera nada más. Mientras tanto, a mí me tenía que entretener Alberto. Tú —señalo a la pelirroja— estás tan cabreada porque casi descubro lo que se está cociendo aquí y jodo los planes de vuestra jefa. ¿Me equivoco en algo?

Para mi sorpresa, no dice nada. Me ha mirado y ha bajado la cabeza. Me acaba de descolocar. Todos me desconciertan con sus actos. No sé qué esperar de cada uno de ellos. Cuando creo que van a actuar de una forma, hacen justo lo contrario. Parece más grave de lo que esperaba.

Coge aire y cambia la expresión de su cara por completo. Me mira otra vez y esa ya sí que la reconozco. Me va a soltar una lindeza de las suyas o algo peor, así que me retiro un poco mientras el maldito imbécil sonríe.

—¿No tienes hoy a ninguna morena tetona a la que follarte, gringo? —escupe con saña. Al parecer, entre la morena y la pelirroja se cuentan más cosas de las que imaginaba. Se va a marchar por mi lado, antes me susurra al oído—. Si no quisiera repetir, lo entendería. Besas de puta pena.

¿Qué coño…?

Maldita la boca que tiene. ¿Que yo beso de pena?

Quiero ponerla en su lugar, pero un brazo me retiene. Es Lucía. El DJ se larga con una mirada de advertencia que me paso por…

—Mike —Lucía me llama la atención y la miro—, a Farah no le va a gustar esto. No deberías meterte en sus cosas sin que ella esté. Y tienes que dejar a Lola en paz de una vez.

—No pienso fallar a Joseph ni mucho menos a mi padre. Venía por menos de dos semanas, pero te aseguro, y puedes informar de esto a tus amiguitas, que me pienso quedar más tiempo —le advierto y ella traga con dificultad—. Sólo espero saber lo que sucede aquí porque ella me lo cuente y no porque yo lo descubra. Es la última oportunidad que le doy —me voy a marchar, pero me doy la vuelta y la miro de nuevo—. En cuanto a la pelirroja, más le vale que no se cruce en mi camino.

No me las vuelvo a encontrar en toda la noche. He ido a pedir a la otra barra cada vez que he querido una copa. En estos momentos, el tema *Next to me*, de Otto Knows invade el ambiente. Es una gran canción. Brian no se ha separado de mí desde entonces. Efectivamente, había sucedido lo que vaticiné, así que no se ha dado cuenta de cuándo se han marchado esos hombres ni hacia dónde.

Nos quedamos hasta que cierran. Es la primera vez desde que estoy aquí y me sorprende que la canción de cierre haya sido una que hacía años que no escuchaba: Sonique, concretamente *It feels so good*. La gente se ha vuelto loca con ella. Todo el mundo la cantaba y no había nadie en las barras. Reconozco que ha sido impresionante. Ya preguntaré sobre ello; hoy no es el mejor día.

No sé por qué, pero por más ganas de irme que tenía hoy no me iba a quedar tranquilo sin ver la discoteca cerrada y a cada uno en su coche. La pelirroja no me vuelve a mirar, se despide de Lucía y se marcha con el DJ. ¿Este tío de qué coño va? Lo mismo se va con una que con la otra. O ellas no tienen ni idea o lo saben y se lo permiten. Esto es de locos.

Yo espero que mi amigo haga lo mismo con la rubia; sin embargo, para mi sorpresa, se dan un beso de película y se despiden.

—Menudo beso —comento con sorna. Necesito dejar de pensar—. ¿Sabes que te tiene cogido

por los huevos? —le doy en el brazo mientras vamos al coche y él se ríe—. Pensé que te ibas con ella.

—No, esta noche no. Estoy seguro de que me necesitas, más bien, tu ego: «Besas de puta pena» —imita a la pelirroja y al final me tengo que reír porque para nada pensaba lo que dijo. Mi beso le gustó más de lo que jamás va a reconocer. Su manera de temblar la delató.

Intento decirle que no lo necesito, que se vaya a la mierda, literalmente, pero sé que es imposible. Yo también lo haría por él.

Acabamos en el patio de Joseph con una botella de Jack Daniel's hasta que amanece.

***

Unos fuertes golpes me despiertan. Estoy desorientado y algo mareado todavía. ¿Qué hora es? ¿Y por qué narices bebería tanto?

Más golpes. Enfoco la vista, estoy en la habitación. Intento alcanzar el móvil para ver la hora.

Más golpes. ¡Joder! Tengo la boca pastosa y me cuesta encontrar la voz. Alcanzo un vaso de agua de la mesilla y bebo hasta casi vaciarlo. Carraspeo un poco para poder mandar a la mierda a quien sea. Entonces la puerta se abre de golpe y de la misma fuerza con la que la han abierto se vuelve a cerrar. Salto de la cama sin saber qué me voy a encontrar. Podría ser una milicia encabronada, pero veo de lo que se trata y es aún peor…

—¿Qué coño…? —comienzo a decir, pero me corta al instante.

—¡Tú! ¡Tenías que ser tú!

—Sí, soy yo y tú eres tú, ¿no? Pues, como ya lo tenemos claro y sabemos quién es cada uno, sal de la jodida habitación. Es bastante temprano para aguantarte.

—¿Qué pasa? ¿Que en lo que bebiste ayer iba incluido un payaso?

Está muy cabreada. El elevado tono rojo de su rostro me lo confirma. Tan sólo me ha mirado a la cara para hablarme; después, ha desviado la mirada hacia cualquier otro sitio donde no estuviese yo. Sí, estoy en bóxer, siempre duermo así. Aunque me acabe de despertar y aún esté medio dormido, sé cuánto le está afectando verme así. Me cruzo de brazos delante de ella aposta e intento intimidarla.

—Vamos a ver, morenita. Si lo que querías era venir a verme casi desnudo —descruzo los brazos y los abro insolente. Me mira e intenta controlarse. Pasa su vista por cada uno de mis músculos. Soy un maldito cabrón cuando quiero y resulta que ahora quiero. Ha venido a buscarme, pues me va a encontrar—, me lo dices y punto, pero no hace falta que te presentes así.

Algo cambia en su cara, como si acabase de recordar la verdadera razón por la que ha venido. Se cabrea aún más cuando advierte que me he dado cuenta de que no le he sido indiferente. He querido que se desconcentre y lo he conseguido. Sin más, se acerca e intenta levantar su mano para darme en la cara, pero soy más rápido y la atrapo.

Así que las dos amigas tienen la mano suelta. ¿Será que la pelirroja le ha contado algo de la pasada noche?

—¡Suéltame! —brama con los dientes apretados y forcejeando conmigo.

La acerco a mi cuerpo. Su mano está al lado de nuestras cabezas y la otra intenta hacer de las suyas, hasta que también la atrapo. No se amilana y prueba suerte con sus piernas. No me queda más remedio que inmovilizarla contra la pared. Nuestras bocas están a una distancia de milímetros. Ambos nos quedamos mirándonos con la respiración agitada. Para nada esperaba comenzar la mañana así pero, al parecer, alguien se ha puesto más contenta.

—¡Oh, dios! — susurra. Sale de su boca sin ni siquiera pensarlo.

—Eso. Oh, dios… —repito con voz ronca mientras me pego más a ella—. Se llama erección matutina. Creo que tu jueguito la ha puesto muy feliz. ¿Se te ocurre algo para calmarla?

El calor que emana de su cuerpo me revela su grado de excitación, que, unido al mío, va a hacer que estallemos en cualquier momento por combustión espontánea.

Esos labios…

Un pensamiento se cruza por mi mente, pero rápidamente lo desecho. Esos labios, tan jugosos y preparados para que yo los bese… Se muerde el inferior mientras sus preciosos ojos marrones van hacia mi boca.

Joder, no hagas eso. No me mires los labios de esa forma o no respondo. Estoy a punto de perder el control.

Estoy haciendo acopio de todas mis fuerzas. No sé qué me pasa. Debería lanzarme a la piscina y nadar sobre su cuerpo, pero algo me dice que no es como las demás. Nadie ha conseguido ponerme así sin ni siquiera tocarme. Por un momento cierra los ojos. Ella está al límite igual que yo. Me acerco aún más y rozo su cuello con mis labios. Gime como respuesta y eso me tensa, me hace reaccionar. Tiembla.

Ese temblor…

La miro, la observo bien, aún tiene los ojos cerrados.

Joder.

No puede ser.

Algo nota porque abre sus ojos de golpe. Esos ojos, esa mirada, esa boca… Me separo rápido, como si quemara. Ambos jadeamos, ahora por razones diferentes. Ya no estamos a la misma temperatura. Comienzo a dar vueltas por la habitación.

Esto es una locura. Me van a volver loco. ¡Joder!

—Sal de aquí —espeto de mala manera.

Al principio no reacciona, parece en trance todavía. Me mira. Su mente está a mil kilómetros de mí.

—¡Que salgas de aquí! —repito elevando la voz.

Eso parece sacarla del estado en el que se encontraba.

—¿Quién narices crees que eres tú para echarme de mi casa? —grita también.

Estoy apoyado en el escritorio, de espaldas a ella. Respiro fuerte. Duro. Lentamente me giro y la enfrento. Aún parece afectada. Me mira intentando entender el porqué de mi actitud. Yo también querría saberlo.

—No te lo pienso repetir. O sales o te saco —le advierto amenazante y avanzando hacia ella.

—El que se tiene que largar de aquí eres tú. Me has jodido pero bien. Lo has jodido todo, ¡maldito gilipollas!

No sé a qué se refiere y la verdad es que me importa bastante poco. Sólo necesito probar algo para salir de dudas.

—¿Qué pasa, morenita? ¿Buscas tu premio de niña buena? ¿Quieres tu beso? ¿Que te empotre contra la pared? ¿O ambos? —inquiero con chulería. No me sale de otro modo.

—Besarte no creo que sea un premio —comenta con sorna.

No le doy tiempo a reaccionar. Me muevo tan rápido que en segundos está contra la pared y con mi boca atrapando la suya. El beso es fuerte, duro, con ira contenida. Nuestros labios sufren la quemazón que le provocamos. Se resiste, pero me abro sitio en su boca. Nuestras lenguas comienzan su propia lucha. Me golpea. Me araña. Vuelvo a succionar su labio hasta que me muerde. Me separo lentamente. Noto el sabor metalizado de la sangre. Paso mi lengua por ahí bajo su atenta mirada.

Ha sido más que suficiente.

—Sí, desde luego debo besar tan mal que has temblado igual que la otra. Ahora corre a contárselo —esto último lo digo gritando.

—¡Eres un cabrón!

—No te equivoques, morenita. Ahora voy a empezar a serlo.

La puerta se abre de golpe y aparece Brian.

—¿Qué narices son esos gritos? ¿Qué está pasando aquí?

Su cara es un poema. No entiende nada. Ante la incursión, ella se marcha corriendo. No la he mirado ni a la cara.

—¿Estaba llorando? —pregunta cerrando la puerta.

—¿Esa llorando? ¡No me jodas, Brian! —le contesto mientras me pongo algo de ropa.

No puedo estar más cabreado. Voy de un lado para otro. ¿Cómo es posible? He actuado como un completo idiota de manual. Ahora entiendo muchas cosas. O eso creo. Lo único que no llego a comprender es la finalidad con la que lo han planeado todo. ¡Joder!

—Deja de farfullar para ti y estate quieto de una vez. Me estás mareando.

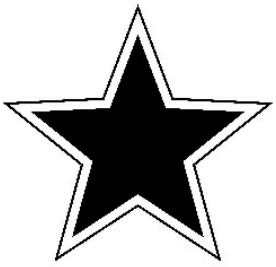
—Brian, contéstame a una pregunta y piensa la respuesta muy bien antes de contestar —se sienta en una silla y yo, en la cama.

—Vale. Me estás asustando.

—¿Alguna vez desde que hemos llegado has visto a la morena y a la pelirroja juntas?



CAPÍTULO 8. DOS EN UNA



Un golpe. Otro golpe. Una patada.

Estoy exhausto. Mi cuerpo ya no puede más, pero mi cabeza sigue funcionando. Este saco de boxeo va a morir hoy. Ya le compraré otro a Joseph. Seguro que prefiere eso a que acabe con su hija.

Golpe. Golpe. Patada.

Son las tres de la tarde. Llevo aquí dos horas y media. Me vine justo después de prometerle a Brian no matar a nadie con vida —como si alguien muerto pudiera morir—. Sólo después de esto me dejó salir de la habitación. He venido directo al gimnasio de la casa. No sé si hay alguien o no en ella, pero he agradecido no encontrarme a nadie.

Golpe. Golpe. Patada.

Aún no salgo de mi asombro y, en caso de confirmar lo que ya supongo, no sé cómo narices voy a reaccionar. Entre Brian y yo hemos urdido un plan. Espero que salga bien. Hay que esperar a que Joseph aparezca.

Golpe… ¡Mierda!

En efecto, acabo de romper el saco. Me dejo caer en el suelo. Jamás en mi vida me había sentido así. No sé ni con qué palabras expresar cómo me encuentro.

Me seco con la toalla que he traído, ordeno un poco la sala y subo a la habitación. La casa está en silencio. Tan sólo me topo con Brian, que va a comer. Dice que me espera. No tengo hambre, pero necesito fuerzas para lo que viene.

Cuando bajo después de ducharme, el matrimonio está compartiendo mesa con Brian y Tomy. Este se alegra de verme y yo también.

—Mike, ¿te pasa algo? —se interesa Loli—. Has comido muy poco y hablas menos de lo normal.

La verdad es que la paella está riquísima. Me he comido un plato y Loli se extraña de que no repita.

—No, tranquila, estoy cansado, nada más —la intento tranquilizar, pero no funciona. ¿Qué tendrán las madres? Menos mal que rechacé la llamada de la mía y hablé con ella por WhatsApp, alegando que no podía coger el teléfono en ese momento.

Ambos se miran y permanecen en silencio. Tomy decide que es buen momento para marcharse. Yo miro a Brian: hora de comenzar.

—Joseph, tienes que decirme dónde puedo comprar por aquí un saco de boxeo; el tuyo ha tenido un pequeño percance. Si no, lo pido por internet y punto.

—Vaya —se asombra y no es para menos. Luego, sonríe—. Tranquilo, muchacho, yo me encargo. Ya me dirás en quién pensabas cuando lo golpeabas.

No, no creo que te gustara saberlo. Tu hija ha tenido mucho que ver. Esta contestación hubiera sido la ideal, sin embargo, sonrío sin que la rabia me llegue a los ojos y ya.

—Me gustaría comentarte algunas cosas. ¿Podemos ir al despacho?

El hombre me mira y su seriedad se hace patente. Nos levantamos los tres y nos marchamos.

—Tú dirás, chico—dice sentándose en el sillón de su despacho.

Aún me sigo quedando embobado con su mesa. El primer día que entré y le pregunté por esta obra de arte, me dijo que era herencia de su tatarabuelo. Está hecha de madera maciza, en concreto, de caoba. Tiene unos adornos en la misma madera y grita «historia» la mires por donde la mires. Si esa mesa hablara…, cuánto contaría. La parte superior está tapizada en piel de color verde oscuro. El sillón va a juego con ella y con el resto del despacho. Una maravilla.

Brian se sienta en la silla de enfrente y yo no puedo estar quieto, así que opto por quedarme de pie y cojo aire.

—Desde hoy me gustaría tener en mi posesión una copia de las llaves de la discoteca. Ya he observado todo con detenimiento, entre las sombras, dejando que los miembros del personal se confiasen haciéndoles creer que no haría nada, que me cansaría y me iría. Ni siquiera me he presentado formalmente aún. Al principio, todos actuaban correctamente, pero se han ido relajando conforme pasaban los días —me paro un momento, lo he soltado todo de carrerilla y lo miro a los ojos—. No te voy a mentir, Joseph, algo pasa. Tenías razón. Necesito contar con toda la información que sea posible y tu hija no está siendo de gran ayuda en esto. Por ello te pido que me dejes estar al frente.

—Estás al frente —dice sin más y yo me quedo algo asombrado—. La discoteca y mis empleados, incluso mi hija, están a tu entera disposición. Tienes carta blanca. Si crees que tienes que prescindir de alguien, hazlo. Si crees que necesitas más personal, contrátalo. En definitiva, estás al mando.

—Gracias, Joseph. Intentaré no fallarte. ¿Puedo preguntarte a qué se debe este cambio?

No es que me sorprenda que confíe en mí, sé que lo hace, pero pensé que me iba a costar un

poco más compartir con su hija la dirección de la discoteca.

—¿No has hablado con Farah? —inquiere y me analiza a conciencia—. Juraría que esta mañana ha estado en casa y que ese saco de boxeo no se ha roto por practicar un poco de deporte, ¿Me equivoco?

Su tono para nada es de reproche. No está enfadado, sólo atando cabos. Brian y yo nos miramos; es la primera vez en todo el día que me pregunto por qué apareció en mi habitación así y qué narices querría decirme.

—Digamos que no… Bueno, más bien… —no sé cómo explicarle que no hablamos, sin que me malinterprete—. Llegó dando voces, no le entendí nada y se largó.

—Sé lo difícil que puede llegar a ser, no te preocupes. Ayer por la noche —comienza a contar mientras se acomoda en su sillón— estuvimos cenando con unos amigos. Entre ellos se encontraba el sargento de la policía, ¿lo conocéis?

En este momento decido sentarme. Brian me mira y yo a él. Lo sabe.

—Sé lo que mi hija y su amiga os hicieron —nada más decir eso vuelvo a levantarme resoplando—. Esta mañana la llamé y le comuniqué sin darle explicaciones que estás al frente de todo como nuevo encargado de las discotecas, aunque la que más me preocupa es la de aquí. Sé que pasa algo.

Ahora lo entiendo todo. Es completamente normal que estuviera en ese estado, pero ella solita se lo ha buscado.

—Yo… Yo… Siento todo esto —me disculpo porque no me gusta lo que está ocurriendo.

—No eres tú el que se tiene que disculpar —se levanta y se dirige a la gran ventana—. Últimamente no reconocemos a nuestra hija, no sabemos nada de ella y eso nos tiene muy preocupados. Hoy se ha marchado.

Una punzada me recorre al escuchar esas palabras. Tengo mucho que decirle. No se puede ir. De ninguna manera.

—Tan sólo dijo que no nos preocupáramos, que la discoteca estaría lista para la fiesta del jueves. Lucía, Alberto y Lola se encargarán de ello. Necesitaba desconectar.

Así que desconectar, ¿eh? Claro, si sus amigas estaban organizando la fiesta, su ausencia apenas se notaría. Eso era justo lo que iba a descubrir.

***

Ha sido una semana intensa y dura. Menos mal que he contado con la ayuda de Tomy en todo momento. Decido tomar el mando. Necesito ponerme al día con todo y rápido.

Ya había hablado con mi padre y mi hermano por videoconferencia y les había puesto en situación. Decidimos que tendría que quedarme hasta que fuera necesario, siempre y cuando mi querido sobrino aguantase dentro de la barriga de su madre un poco más. De no ser así, tendría que volver como fuese. Mientras tanto, yo no pensaba estar parado. Le dije a mi hermano que nos enviase todo lo que fuera necesario para trabajar desde aquí. Lo hemos estado haciendo, hemos adelantado el trabajo que dejamos pendiente. Aunque Brian sí tiene que volver, serán sólo unos días, luego regresará a España. No podemos estar tanto tiempo fuera los dos.

El lunes, Tomy nos lleva a Badajoz. Allí visitamos la discoteca que tienen en esa ciudad y de la que está comenzando a encargarse. Toda la cadena de discotecas lleva el mismo nombre: Stars’92. A las dos de Sevilla se les añade, además, la zona a la que pertenecen.

Todo allí está en condiciones de aparente normalidad. Parece no haber ningún problema y funciona bien. En ningún momento nos dice nadie una mala palabra de la *jefa*, como ellos la

llaman. Disponemos de poco tiempo para visitar la ciudad. Lo que hemos visto nos ha dejado con ganas de volver. El país en general es una maravilla.

El miércoles nos lleva a Sevilla. Evidentemente, son visitas fugaces. Volveremos con más calma. De todos los locales me llevo la información que necesito para continuar con la investigación. Estas dos últimas discotecas son las más grandes, impresionantes y con mucha gente a su cargo. En una de ellas noto algo extraño. Supongo que, si hay algo que ocultar, en estas es más fácil hacerlo.

—Entonces, ¿a estos dos locales no venís mucho o qué? —pregunto mientras nos tomamos unas cañas en el centro. Esto es precioso.

—De los negocios de aquí y de Huelva se encarga más mi hermana. Ella hace las visitas y las revisiones. Casi siempre viene a las *callonas* —al ver nuestra cara de asombro ante tal expresión, nos explica—. Por sorpresa, sin avisar. ¿Lo pilláis? —ambos asentimos y sonreímos. Ya no es sólo por ser americanos, a veces nos cuesta bastante entender sus expresiones—. A no ser que haya algo gordo que organizar, lo hace así. Yo, aunque no lo parezca, controlo bastante bien la de Badajoz. Prefiero seguir siendo camarero por ahora porque me *flipa* ese trabajo. Se liga un montón —sonríe algo presuntuoso—. Siempre estoy al tanto de todo y, si hay algo por lo que crea que debo avisar a mi hermana, lo hago.

—¿Y no has notado nada raro? —inquiere Brian.

—La verdad es que no. Cuando comencé a currar con dieciocho años en la barra de la de mi pueblo, ya sabéis, para *pillar* experiencia y eso, me *flipaba* y además me venía bien para sacarme unas *pelillas* —por el gesto de los dedos, ese tan universal, supongo que se refiere al dinero. Sigue explicándose a su manera y me hace mucha gracia—; sin embargo, desde que pasó lo que pasó, mi hermana me dijo que era mejor que cambiase de aires y me *piré* a Badajoz.

No quise seguir preguntando. No quería involucrarlo en nada. Supuse que se refería a cuando les estafó el encargado.

En Sevilla estamos más tiempo del que habíamos previsto y Tomy decide que es mejor hacer noche en un piso propiedad de la familia. Había habido un problema con unos permisos en una de las discotecas y es necesario solucionarlo al día siguiente. La verdad es que ha sido un día agotador.

Es jueves, ya estamos de vuelta. Nuestra idea era haber visitado también la discoteca de Huelva, pero el tiempo del que disponíamos era escaso y en ninguna de las anteriores nos hemos encontrado a Farah, de modo que su hermano cree que estaría allí y es mejor que hayamos decidido no ir.

Llegamos a las ocho de la tarde, con el tiempo justo para descansar un rato y prepararnos para la fiesta. Al parecer, es un evento privado al que vienen cuatro autobuses repletos de gente. No sé mucho más, solo que se trata de los trabajadores de una empresa: el jefe se jubila y ha decidido festejarlo por todo lo alto. Estos días he estado organizando todo con Lucía y Alberto por teléfono.

Esta noche hace un poco de frío, así que opto por ponerme unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga larga con varios botones en el pecho, los cuales desabrocho, al menos, los primeros. Es de color burdeos. Me calzo mis zapatillas y mi chaqueta favorita. Para el pelo no hay remedio, tengo que preguntar por un peluquero.

Cuando bajo a cenar, están en la cocina Joseph y Loli. Esta última me saluda con dos besos, ya que cuando llegamos antes no estaban. Tomy se ha tenido que marchar a Badajoz y Brian acaba de bajar.

—Podéis llamarme tonta, pero os he echado de menos, fíjate —reconoce mientras termina de

preparar la cena—. No os teníais que haber molestado en traer nada —nos regaña con la cuchara de palo en la mano.

—Era lo mínimo que podíamos hacer —respondo.

De cada sitio al que hemos ido le hemos traído productos típicos para una degustación culinaria: queso, embutido, vino… No lo hemos hecho como una obligación, sino todo lo contrario. España, sin duda, es una tierra donde saben comer bien, sobre todo en Extremadura, la cuna del ibérico; no sé si acostumbrarse a ello es bueno para los que tenemos que dejar todo esto atrás y volver a nuestra dieta estresante y sin tiempo, a comer lo primero que encontremos si es que paramos para ello. Lo increíblemente fácil que nos adaptamos a lo bueno.

—¿Todo bien por aquí? —Brian hace la pregunta que yo no me he atrevido a hacer.

—Sí, sin ningún cambio —responde el hombre con tristeza.

Eso quiere decir que su hija no ha vuelto a aparecer. Me va a oír en cuanto me la encuentre y deduzco que será muy pronto.

Llegamos a las once de la noche a la discoteca. En media hora se debería de abrir la taquilla. Todo el que no lleve la invitación se queda fuera.

En la puerta está el chico de seguridad que mandé contratar. Me acerco hasta él y nos presentamos en persona, al fin. Se llama Marco y la impresión que me transmite es muy buena. Grande, fuerte, intimidante y profesional. Le doy unas indicaciones y me dirijo al interior. En la taquilla hay dos chicas: una es la que se encarga de las invitaciones y la otra es camarera, pero estará aquí de apoyo por ahora para que no se acumulen muchas personas. Luego se irá a la barra. Sólo están contratadas por hoy, al menos, hasta que pueda comprobar si son buenas o no. Ya no me fio de ninguno de los que están aquí.

Vamos hacia dentro. Aún no hay nadie y, cuando digo nadie, es nadie.

—¿Dónde estarán todos? —pregunto comenzando a enervarme.

—Mira —señala Brian.

Van apareciendo poco a poco, ¿estaban reunidos en la cabina? Sinceramente me da igual siempre que no me toquen las narices. Cada uno se pone a lo suyo y yo me alegro de no tener que dar ninguna orden. Al final de la noche ya me conocerán oficialmente puesto que no hemos tenido tiempo antes.

La pelirroja no está.

El DJ es el primero en ponerse en marcha, comienza a sonar una de Jason Derulo, *Swalla*. Hay que ir calentando motores.

Cuando llega la hora, la discoteca comienza a llenarse. Marco hace bastante bien su trabajo. Creo que será mi único aliado aquí dentro. Tanto Brian como yo estamos controlando que todo esté correcto. Una de las veces tengo que ir al patio trasero a por unas cajas y, al volver a la barra grande, ella ya está allí.

La pelirroja ha llegado. Comienza el juego.

El tuyo, porque ella lleva jugando un buen rato.

Puñetero subconsciente.

Brian viene directo hacia mí y me hace volver a salir al patio.

—Hermano, ¿estás seguro? —su cara es más de miedo que de preocupación. No tiene nada que temer.

—Tranquilo —ironizo con media sonrisa mientras dejo la caja en el suelo—. Todo el mundo tiene derecho a divertirse, ¿no? Pues ahora me toca a mí.

Copión.

Vete a la mierda.

—Ya, yo te entiendo, pero ¿no es mejor que habléis las cosas? —insiste.

Resoplo, me subo las mangas de la camisa hasta los antebrazos y los cruzo con soberbia. Me estoy cabreando por minutos.

—No sé qué esperas que haga, Brian —me quejo.

—Escuchar… —dice sin más.

—Escuchar —repito automáticamente y vuelvo a resoplar —. ¿Escuchar cómo lo han hecho ellas? O no, mejor. ¿Escuchar más mentiras? —pregunto socarrón—. No, hermano, tuvieron su oportunidad.

Dicho esto, vuelvo a coger las cajas y sigo mi camino. Me cuesta atravesar la pista, el patio interior se encuentra en la otra punta. Hay personas de todas las edades. Mujeres y hombres. Mis ojos sólo están fijos en una mujer.

Una mujer que acaba de reparar en mí y en la que, por primera vez, veo lo que tenía que haber visto desde el principio. ¿Cómo he sido tan estúpido? No sé qué es lo que le transmite la expresión de mi cara, creo que se siente amenazada. Su gesto se torna serio. Genial, no sabe la que le espera.

A veces, los hombres podemos llegar a ser muy simples y obtusos. Esto nunca lo reconocería en voz alta. Pero hay algo que no le gusta a nadie, sea quien sea, y es que lo engañen, que jueguen sin compasión aprovechándose de las circunstancias, más aún, cuando lo que se pretende es ayudar.

Eso es lo que han hecho conmigo. Jamás me había pasado algo similar y juro que será la última. Lo que me corroe hasta el punto de haberme llenado de rabia por dentro es no haberme dado cuenta antes. ¡Delante de mis narices!

He quedado como un puto gilipollas y eso se acabó.

Alguien le dice algo y rompe el contacto visual conmigo. Le sonríe al imbécil que sea. Es una sonrisa nerviosa. Un gesto forzado. Vuelve a reparar en mí.

Ese gesto…

Esa boca…

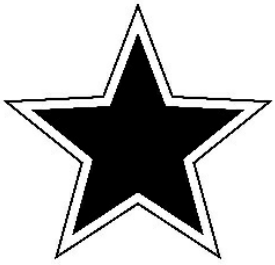
Esos labios que me han vuelto loco y que besé con desesperación. Necesité besarla una vez más para comprobar que no estaba rozando la locura. El mismo tacto. El mismo sabor. La misma manera de temblar. El mismo olor…

Ni la peluca, ni las lentillas, ni los tacones.

¡Prepárate, Farah, porque te he descubierto!



CAPÍTULO 9. ROJO



—¿Dónde está tu jefa? —rujo en cuanto llego a la barra y suelto las cajas.

Quiero ponerla al límite. Quiero cabrearla. La quiero vulnerable.

¡Vamos, Farah! Contesta. Ya me ha demostrado lo excelente actriz que es. A ver cuánto te dura la peluca hoy.

De fondo suenan Calvin Harris y Rihanna con su tema *This is what you came for*. La música nos absorbe, puedo percibir que le gusta tanto como a mí.

Al principio no reacciona, no se esperaba para nada que fuera a abordarla así. Se recompone rápido y me fulmina con la mirada.

—No te lo pienso decir. No te importa —anuncia sin amilanarse.

Aún es pronto, no pasa nada. Tengo toda la noche. Me acerco tanto que nos quedamos a escasos centímetros de distancia. Noto que se tensa. Bien. No le soy indiferente, eso lo sé. Ya nos vamos conociendo.

—No sé si estarás al tanto de los nuevos cambios —no hablo alto, aunque sí lo suficiente como para que me oiga por encima de la música. Mi voz la intimida. Sus labios forman una fina

línea. No habla y yo continúo—. Todos estáis bajo mis órdenes, incluida Farah—sus nudillos se han puesto blancos de hacer fuerza contra la barra—, así que más le vale aparecer por aquí o ponerse en contacto conmigo antes de que finalice la noche, de lo contrario, estará despedida. ¿Queda claro? —bramo con fiereza y pega un salto.

No reacciona al momento, tampoco tarda en hacerlo. Tan sólo me ha dado tiempo de coger las cajas y darme la vuelta para llevarlas a la otra barra.

—Mira, gringo de las narices —comienza y yo me giro.

Sus ojos se quedan fijos en mis antebrazos. Están desnudos y con el peso que cargo se marcan cada uno de mis músculos. Al darse cuenta de que la he pillado mirándome embobada, se cabrea aún más. Su cara ha comenzado a cambiar de color, aunque sigue siendo naranja. Entonces, me grita:

—¡Tú no eres nadie! El que sobra aquí…

—Soy yo. Sí, lo sé —corto con aburrimiento—. También te parezco un imbécil y no sé qué gilipolleces más. Cuando tengas discurso nuevo, pelirroja, me lo haces saber. Mientras tanto, alguien tiene que trabajar. No puedo quedarme aquí toda la noche para que tú me mires embobada.

Le muestro las cajas y me marcho satisfecho. En un principio pensé que me seguiría, me gritaría, pero piensa que tiene mucho que perder. Lo que no sabe es que ya ha sido descubierta.

La noche va transcurriendo con normalidad. Todo está saliendo bien. Las barras están bien atendidas; no paran. La entrada, controlada para que no acceda al interior nadie ajeno, ya que es una fiesta privada, y comprobando que los que salen lo hacen con el sello para poder volver.

En cuanto a la música, por muy mal que me caiga el DJ, tengo que reconocer que es de lo mejor. Me reitero en las palabras anteriores. Ahora está sonando una que no conozco mucho, me suena de algo, hasta que me han dicho que es una versión movida de Fito & Fitipaldis. La canción es *Entre la espada y la pared.* Más acertada no puede ser. Así me siento. Me parece un grupo buenísimo y, por lo que veo, por aquí gusta mucho. Lo había escuchado antes, pero no precisamente en el mundo en el que me suelo mover de noche.

Una de las veces, hay una pequeña trifulca en la barra grande con la pelirroja. No sé por qué aún le digo así, costumbre supongo.

Me acerco de forma que ella no pueda verme. Hay dos hombres: uno de ellos intenta que el otro salga fuera. Uno es joven y el otro, más mayor. El primero intenta llevarse al segundo. Parece que ya no pueden servirle más copas, teniendo en cuenta su grado de embriaguez; pero, claro, él no atiende a razones.

Al estar tan cerca, puedo oír las conversaciones y me doy cuenta de cómo el joven, alto, moreno y en muy buena forma, aprovecha para ligar con la pelirroja.

—Vamos, Manuel. Deja ya a esta preciosidad trabajar tranquila —le guiña un ojo y yo creo que voy a vomitar.

—Que… No… —se queja arrastrando las palabras por el alcohol. Es lo único que se le entiende de una retahíla de quejas.

El amigo está más interesado en llevarse a la pelirroja a la cama que en sacar a ese hombre de aquí. Y no sé por qué eso me toca las narices. Debería darme exactamente igual lo que ella haga con su vida. Me marcharé de aquí y todo volverá a ser como antes. Punto. Odio que algo desconocido me haga sentirme así de idiota.

—Ya os lo he dicho —advierte ella mirando al joven—. Sácalo un rato, que le dé el aire, o llamo a seguridad y os vais los dos.

De modo que ahora hace uso de la seguridad. Eso me cabrea aún más.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto con dureza.

Ella salta, no me esperaba por la espalda. El chico se calla enseguida y el hombre mayor continúa con sus quejas. No entiendo nada de lo que dice, pero lo intuyo. No hay que ser una eminencia para resolver esta situación.

—Nada. Ya lo estoy solucionando —contesta muy digna.

—Claro —hablo cerca, demasiado cerca. Nadie puede escucharme, salvo ella. Se tensa—. Tienes tan bien controlada la situación, que ni si quiera te das cuenta de que este hombre, con la cantidad de alcohol que inunda su cuerpo, está a punto de abalanzarse sobre esta barra o algo peor. No tienes la fuerza suficiente para pararlo y su amigo —lo digo despacio para que entienda cada palabra; ella sigue apretando la barra y su respiración se ha vuelto acelerada— está tan ocupado imaginando cómo se va a meter entre tus piernas, que no lo va a ver venir.

No tengo más que añadir. Sabe que tiene todas las de perder. El hombre cada vez está peor y el chico me mira como si le hubiese cortado el rollo.

Pero tan bueno no voy a ser. No se lo merece.

—Esta pelirroja —la señalo descaradamente—, ¿no le pone su copa? —me dirijo al borracho ante la cara de asombro de ella.

Él hace algo parecido a un asentimiento, casi se acuerda de sonreír todavía y parece el más feliz del mundo porque alguien lo entiende.

—No se preocupe, amigo —le digo mientras preparo su supuesta copa: Coca-Cola. A estas alturas ni lo notará—. Yo mismo se la sirvo. Es que esta chica no es de nuestras mejores camareras, ¿sabe?

El susodicho vuelve a hacer un gesto con la cabeza que parece de afirmación y me da mil veces las gracias. Ella me mira con los ojos como platos y su tono de naranja va subiendo por momentos.

—Venga conmigo. Le acompaño fuera y así le da el aire —le comunico al hombre mientras lo ayudo.

Antes de irme me giro hacia el muchacho y le digo bastante alto:

—Creo que tienes una pequeña oportunidad, ánimo, aunque no sé si te va a gustar la experiencia. La otra noche la besé y lo hace de puta pena.

Sin más, me marcho satisfecho. De fondo se oyen todo tipo de lindezas, me quedo con las que le dedica al muchacho: «lárgate, imbécil». Un regalito. Sin duda esta chica es un regalito y no en el buen sentido de la palabra. No me doy la vuelta para verla, no soy tan tonto, pero seguro que de naranja en su cara ya no hay ni rastro.

Sólo un poco más…

Brian se acerca de vez en cuando para ver qué tal va todo. Sé que está nervioso, él no es como yo. Lo tranquilizo. Mi móvil vibra, creo que lo ha hecho varias veces, pero no le he puesto atención: Deborah.

—Por tu cara, ni pregunto —me dice.

—No preguntes —contesto—. Pensé en ponerle las cosas claras cuando llegamos aquí esta tarde y entre unas cosas y otras, se me ha pasado. Mañana lo haré.

—Que no pase de mañana, hermano. Vete tú a saber qué se trae entre manos. Está más insistente de lo normal.

Yo, lamentablemente, pienso igual. No suele ser tan insistente. Me conoce y sabe dónde está mi límite. Siempre lo ha respetado, no entiendo por qué ahora lo está sobrepasando si es consciente de las consecuencias.

Llega la hora de cerrar y, con ello, las presentaciones oficiales. Damos una última vuelta para

comprobar que no queda nadie y ganar algo más de tiempo.

Los reúno a todos en la barra pequeña. Falta la pelirroja. ¿Habrá ido a cambiarse? A lo mejor está en los baños. Bueno, tengo que comenzar. Brian está a mi lado y todos nos miran con seriedad.

Mientras tanto, se han ido presentando: a los que ya conocía son Alberto y el DJ, que al parecer se llama Dany. Luego está el otro chico, Pablo y, claro está, Lucía. Junto a la jefa, componen la plantilla fija. Las otras dos chicas, a las que he contratado yo, han trabajado bien, pero solo se les llamará en caso de que sea necesario. Se han marchado.

—Bien, vuestra jefa… ¿Sigue sin aparecer? —pregunto con dureza—. Llevo toda la noche esperando una llamada o que llegase y no ha sido así.

Todos se quedan callados y a mi espalda aparece la pelirroja con un botellín en la mano. Quiere seguir jugando, perfecto. Pasa de largo y se sienta en un taburete frente a nosotros. Como imaginaba, su rostro luce un intenso tono rojo.

—El que no debería haber aparecido por aquí eres tú. No pintas nada —me espeta el DJ de pie con los puños apretados.

¡Qué mono! Cree que me intimida.

—Yo soy el que va a poner en orden todo esto. Os guste o no, esté ella aquí o no —sentencio con voz autoritaria.

La tensión del momento es innegable. Se miran unos a otros. Están al tanto de la situación, pero no autorizados para hablar. La pelirroja se revuelve. Bien. Sigue con la cerveza en la mano y los nudillos blancos de la fuerza que está haciendo para controlarse. En una de estas se le va a acabar rompiendo el botellín..

Ya falta poco.

—Para nada creo que tengamos ningún problema —vuelve a la carga el DJ. Yo sigo pensando que estos dos o tienen o han tenido algo y no me gusta, aunque no encuentro una razón—. Y, mucho menos, nos quejamos de cómo lleva esto nuestra jefa. No hay otra mejor, así que ya te puedes ir por dónde has…

—No necesito… No necesita que la defiendan. La jefa se vale sin ayuda —corta la pelirroja con rabia y los dientes apretados. Está comenzando a perder el control, casi se descubre sola.

—Perfecto, pues ya que ella no está aquí y no puede decir nada —hablo con dureza e intento no mirarla—, voy a deciros lo que aquí se va a hacer. Antes de nada, mi nombre es Mike, ya lo sabéis, y voy a trabajar con vosotros hasta que todo esté solucionado. Bueno, lo que tiene solución, claro —miro de reojo a la Campanilla particular, que me taladra con sus ojos—. Mañana a las seis de la tarde os pido que estéis aquí sin falta. Tenemos mucho que preparar y quien no esté de acuerdo que me comunique cuánto se le debe y le entregaré un cheque con su finiquito. He intentado que todo esto sea por las buenas, pero no me habéis dado ni opción.

—Eso no va a ser posible y deja de hacerte el jefe que aquí, te repito… ¡No eres nadie! —su voz va subiendo y lo último lo ha dicho gritando. Su cara está alcanzando un rojo muy muy intenso.

Sólo un poquito más…

—Por supuesto que soy alguien, pelirroja. La que no es nadie eres tú —rujo con fuerza. Su rojo ya es más fuerte—, así que te agradecería que te callaras —le espeto a centímetros de su cara.

Y… ¡Bingo!

Rojo. Rojo. ¡Alerta!

Me empuja con rabia y se sube en la barra. Los demás se quedan asombrados con su arranque.

La conocen y saben lo que va a hacer. Y yo también. Me cruzo de brazos de manera desafiante y con una media sonrisa en la cara. La reto.

—Eres un completo capullo. Una mierda de niño rico que viene aquí a jodernos a los demás creyéndose mejor —está fuera de sí—. ¿Pues sabes qué? no te lo pienso permitir. Tú no sabes absolutamente nada. Te voy a hacer la vida imposible mientras estés en mi casa, en mi negocio y en mi vida. ¡Joder!

Mi sonrisa se ensancha ante esas palabras y se da cuenta de su metedura de pata. La ira la ha consumido y un nuevo tono de rojo la ha invadido. Es lo más rojo que he visto jamás. En ese momento advierte que ya no tiene nada que perder y se quita la peluca. Su melena cae, al igual que su mentira.

—Aquí me tienes. ¿Ahora qué? —inquiere con chulería y rabia a partes iguales.

Al ver que no me inmuto, su cara comienza a cambiar. Su ceño se acentúa y su enfado también crece, si es que esto era posible.

—Ay, pelirroja, pelirroja, con lo que me gustaba llamarte así. Estabas tardando en quitarte la peluca. ¿Le has contado a tus colegas lo bien que te lo has pasado conmigo? —comento con sorna y más dureza de la que pretendía que notara.

Sus respiraciones son muy rápidas, como un toro a punto de ser toreado. Muy española, sí. Lucía se acerca a ella y el DJ nos mira a ambos de una manera extraña. Entonces, decido ser el capullo que se supone que soy.

—¿No me digas que no les has contado lo nuestro? —afirmo con malicia.

—¡Cállate! No hay ningún «nuestro» —grita fuera de sí.

Lucía intenta calmarla y el DJ intenta dar un paso hacia mí. Alberto lo sujeta.

—¿Y tampoco les has contado cuánto te gustó que te besara, varias veces? —exagero.

Y ahí sí, estalla, aunque no como me imaginaba. Me da un fuerte empujón y se marcha con Lucía tras ella.

—Quiero que os quede claro que conmigo no se juega —advierto severamente a los demás—. Tanto si me ayudáis como si no, pienso descubrir qué está pasando aquí. La persona que sea lista sabrá lo que tiene que hacer.

—¿Eso es una amenaza? —pregunta el DJ con sorna.

Miro a cada uno de ellos hasta que termino en él. Todos están muy tensos, con semblantes serios. No me ha gustado comenzar así, pero no me han dado muchas opciones. Me tienen que respetar.

—Tómalo como quieras —respondo dándome la vuelta.

Por hoy ha sido suficiente. Demasiado rojo.

***

Farah

—¡No me lo puedo creer! ¡Joder! —salgo de la discoteca pegando una fuerte patada a la puerta.

—Intenta tranquilizarte, amiga. Así no vas a solucionar nada. Era cuestión de tiempo. ¿O qué esperabas?

—Ni se te ocurra decirlo —le advierto mientras doy vueltas y vueltas por el patio.

—¿El qué? ¿Un «te lo dije»? —comenta socarrona y yo la fulmino con la mirada—. Qué va, eso ya lo sabes. Tu castigo va a ser aguantar el verdadero carácter del gringo-capullo-besa-de-

miedo-y-tiene-que-follar-mejor.

Por primera vez en mucho tiempo sonrío de verdad. No sé qué haría sin ella. Está muy loca, pero es mi loca.

—Vayámonos de aquí antes de que salga y se líe más, porque te juro que me lo cargo —aseguro dirección al coche.

—¿Por muy bueno que esté?

—Ajá.

—¿Y desperdiciar esa habilidad que tienen de desintegrar bragas sin tocarnos?

—Ajá.

—Pues, si en algún momento de todo en los que has dicho que te lo vas a cargar, crees que es el de verdad, avisa. Al menos, que alguna de este lado del océano lo cate en condiciones. Y la morena no debe de contar, seguro que con la borrachera ni se la tiró.

—Eres idiota. ¿Es que no tienes suficiente con el imbécil de su amigo?

—Claro que sí. Tú también lo tendrías con tu gringo. Reconócelo, amiga, lo que ya estás sintiendo por él tiene nombre y estás muerta de miedo —voy a soltarle alguna lindeza pero no me deja—. No te lo tomes a mal y escúchame. Dame las llaves del coche —me las arranca de las manos mientras se monta y sigue hablando. Ir de un tema a otro es su habilidad y a mí me exaspera—. A lo que iba, y ya sí que sin historias ni cosas raras, no contabas con comenzar a sentir algo. Sea lo que sea aquí está. Siempre te has cerrado porque nada te ha removido lo que tenías dormido como lo ha hecho Mike. Lo asumas o no, así es. Y lo necesitas.

—Yo no necesito a nadie. ¡Joder! —me quejo golpeando el salpicadero.

Lo peor es que tiene razón. Ella lo sabe, que yo lo reconozca ya es otra historia. No quiero necesitar a nadie, ¡maldita sea! Una vez necesité a alguien y salió muy mal. Horrible. No puedo volver a permitírmelo. ¡No quiero!

—Como quieras…. Lo dejamos así, a pesar de que sabes tan bien como yo que sólo él te puede ayudar con quien tú ya sabes…

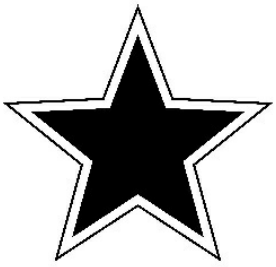
Arranca el motor y el coche comienza a moverse. Mi cabeza ha ido y ha vuelto mil veces y le quedan otras tantas. No puedo dejar de pensar en todo lo que ha ocurrido. Sabía que no sería definitiva esa aparente tranquilidad, que algún día todo se jodería y tendría que tomar medidas. Pero, sinceramente, no estaba preparada para esto, para él y su manera de poner mi mundo patas arriba desde antes incluso de verlo. Y cuando lo vi por primera vez, tampoco estaba lista para lo que sentí.

Ahora ya es tarde y, encima, me ha descubierto.

Estoy jodida…



CAPÍTULO 10. DESTRUYENDO SUS BARRERAS



Mike

Apenas he podido dormir. En cuanto he puesto un pie fuera de la cama, me he colocado ropa deportiva y he salido a correr. Necesito aire y kilómetros por delante.

No me la quito de la cabeza y eso no me gusta. No sé qué me pasa. ¿No se supone que era lo que quería? ¿Desenmascararla y punto? ¿Ponerla en su lugar?

Pues no estoy nada satisfecho. Vi sus ojos cuando me miró justo antes de marcharse. Estaban demasiado dolidos como para olvidarme. ¿Y si está en una situación complicada? No, no puede ser, lo habría dicho, ¿no? Muchas preguntas sin ninguna respuesta.

Sigo corriendo alrededor del pueblo; es precioso. Las personas son muy amables y se respira una tranquilidad a la que me estoy acostumbrando con demasiada facilidad. Sus verdes campos, sus olivos, sus casas y edificios… Todo forma un conjunto envidiable. Lo que más me gusta y que, sin lugar a dudas, pienso visitar es su castillo. Vayas por donde vayas, siempre lo ves. Es algo que en Los Ángeles jamás he podido ni podré admirar.

Ya casi estoy llegando a la casa. Me preparo para lo que pueda pasar si está ella, aunque creo que no. Por lo que me ha contado Brian, ha pasado la noche con Lucía. Espero que esta tarde se presenten y tengamos la fiesta en paz, porque si no…

***

Son las cuatro y media de la tarde y no he podido aguantar más tiempo en la casa. Brian se ha quedado, tenía trabajo que hacer, pero irá a las seis como todos los demás. Me bajo a la discoteca andando, aquí no hay tanta distancia entre los sitios y me encanta pasear por sus calles. Todo es tan diferente.

Suena un WhatsApp y lo miro mientras voy caminando:

«Cariño, ¿cuándo vas a volver? Te echo de menos y te necesito. Tenemos que hablar. Besitos.»

✓

Termina el mensaje con un montón de emojis vomitivos de corazones y besitos. ¿Qué narices significa esto? No tengo fuerzas ni ganas para una conversación por teléfono, sería fatal para mí; pero tampoco puedo dejar que siga así. Le contesto lo mejor que puedo, intentando no darle pie para que vuelva a confundir nada. Creo que fui bastante claro con ella, ya no sé qué más hacer.

«Deborah, para. No sigas. ¿No te quedó suficientemente claro? Entre tú y yo ya no hay nada. No sé a qué juegas, se acabó.»

✓

Esas palabras literales son las que le dije la última vez que nos vimos. Se las vuelvo a repetir, por si acaso. Es imposible con ella. Como esperaba, me bombardea con más mensajes y decido bloquearla sin ni siquiera leerlos. Sé que será por poco, porque conseguirá encontrar la forma de volver a hablarme. Se me agotan las alternativas. Lo que sea que quiera decirme será una completa tontería, como siempre.

Llego a la discoteca, está cerrada. Espero que los códigos para la alarma sean los correctos y no me la hayan vuelto a jugar. Introduzco cada número con suma delicadeza, como si fuera un explosivo a punto de ser desconectado. Desde luego…

Todo bien, no hay problema. El código es correcto.

El personal de limpieza estuvo esta mañana y lo han dejado todo de maravilla. Sin perder más tiempo, me dirijo a la supuesta oficina. Cuando llego a la puerta, la encuentro abierta. Algo me dice que no voy a encontrar nada de lo que necesito.

Es una estancia sin ventanas, con una mesa de despacho, otra auxiliar, tres sillas, una estantería que ocupa parte de la pared y material de oficina. La estantería está llena de archivos y compruebo que la mayoría son facturas, albaranes y poco más. Hay un ordenador que enciendo, supongo que estará todo digitalizado. Mientras tanto, sigo curioseando también en los cajones.

Me siento en la silla y me pongo enfrente del ordenador. No hay contraseña. Demasiado fácil. Ha tenido tiempo suficiente para poder disponerlo todo a su favor, sólo que no está dando con cualquiera. Mi trabajo es este.

Los programas de contabilidad que encuentro son algo antiguos, pero los conozco. Al instante me doy cuenta de dónde está el truco. No hay fechas actuales. Nada. Ninguna. Aún así, no me doy por vencido.

—¿Qué haces aquí? —inquiere secamente de improvisto.

No sé cuánto tiempo llevará ahí ni cuánto ha pasado desde que yo llegué. Miro el reloj: las cinco y media. La observo y no es para nada la chica a la que conozco. Tiene unas enormes ojeras marcadas y su cara está bastante pálida. ¿Habrá comido? Se la ve abatida y desprovista de esa fuerza que normalmente desprende. Debe hablar conmigo, soy el único que puede ayudarla con lo que sea que está ocurriendo, aunque no se lo merezca por su engaño. Es por su padre por quien tengo que hacerlo.

—Hola, buenas tardes. ¡Qué simpática! —contesto con ironía, prefiero seguir siendo el mismo con ella y no sacar el tema del engaño aún.

Se pone frente a mí. Sus intensos ojos marrones conectan con los míos, son preciosos, pero su mirada parece triste. Algo se me remueve al verla así, no dejo que lo note.

¿Qué me pasa con esta mujer?

—Ahora que estamos solos, vamos a dejar las cosas claras —concreta poniendo las manos sobre la mesa e inclinándose hacia mí.

—Eso intento. No encuentro los programas de contabilidad que necesito. Me gustaría echar un vistazo —le aclaro y ella se queda impasible. Sabe que no están, se imaginaba que sería lo primero que haría—. Sólo me hizo falta una noche para darme cuenta de que la cosa no va tan mal en cuanto a clientela. Sí, evidentemente, hay que hacer algunos cambios, pero hay algo que se me escapa…. Me gustaría no tener que descubrirlo por mi cuenta, Farah… —informo con voz ronca diciendo su nombre por primera vez.

No sé por qué motivo nunca lo había hecho. Quizá por protección ante algo desconocido para mí, como es la sensación que me ha provocado que esa palabra saliera de mi boca. ¿Qué narices me pasa? Sólo es un nombre como cualquier otro. ¡Maldita sea! Compruebo por su expresión que tampoco a ella le ha sido indiferente. Se recompone rápido.

—En serio, no suelo pedir las cosas por favor, pero… Si tuviera que hacerlo, lo haría. Deja todo como está, finge cuando hables con mi padre y vete, por favor… —me ruega.

Suena tan desesperada como parece y eso hace saltar todas las alarmas de mi cuerpo. La cosa es más grave de lo que imaginaba.

—Lo siento, pelirroja —vuelvo al apelativo que sé que le puede molestar. No pienso volver a decir su nombre. La prefiero enfadada antes que así, pero no se inmuta—. No pienso irme y menos ahora —reitero.

No sé por qué no pienso quedarme quieto. Ya no es sólo por nuestros padres, algo me pasa con esta chica. Desde que la conozco, no me la puedo quitar de la cabeza. Hay algo que me hace dudar: lo buena actriz que ha demostrado ser. Tengo que descubrir qué es en realidad lo que siento. Han sido dos chicas en una que me han vuelto loco, ambas me han gustado y llamado la atención de una manera en que jamás nadie lo había hecho. Por ello tengo que conocer a la única y verdadera mujer que tengo delante. Sin trucos. Sin mentiras.

Un sorprendente color blanco adorna su cara. ¿No va a discutir? ¿No piensa sacarme a patadas? ¿Nada? ¿Dónde está la guerrera de estos días?

Intento analizarla mejor cuando, de pronto, suena su móvil. Lo mira y se pone aún más blanca. Sale del despacho como una exhalación. Me levanto corriendo y la sigo; pero, al salir, me choco con Brian y Lucía. Ya están entrando todos. Tendré tiempo de hablar con ella después, cuando los demás se marchen.

Nos dirigimos a la barra pequeña y nos acomodamos en los taburetes. No falta ninguno, eso es buena señal. He estado mirando los papeles de todos y parecen en orden. No hay ningún problema.

—Bien, pues, exceptuando algunos asuntos que tengo que resolver para el mejor funcionamiento del negocio, vamos a poner ya unas pautas que todos debemos seguir —informo haciendo énfasis en «todos», aunque sin mirar a nadie en concreto. Saben a qué me refiero—. Hasta el sábado que viene, día en el que celebraremos una fiesta, vamos a estar preparando todo a mi manera. Esto puede beneficiar bastante a la discoteca, que es de lo que se trata.

Les informo de que he encargado máquinas registradoras digitalizadas, las que hemos tenido hasta ahora eran antiguas y no especificaban el producto vendido. De este modo, cada simple botella de agua que se venda quedará registrada. Con ello llevaré un control exhaustivo de las ventas al momento.

Me gano una mirada reprobatoria de la pelirroja, pero no dice nada.

También les digo que Marco es el nuevo fichaje de la plantilla fija. Será él quien se encargue de controlar todo el espacio, desde los baños hasta la entrada. Él se encargará de cualquier problema que surja. Única y exclusivamente él. Después de haber hecho hincapié en esto, creo que queda claro que nadie puede solucionar nada por su cuenta estando Marco.

Me vuelvo a ganar otra miradita y esta viene acompañada de un poco de color en el rostro de alguien.

Todos los pedidos que se hagan serán supervisados por mí. Todo aquello que se solicite, como fiestas de propaganda para alguna marca, y hasta el cambio de una simple bombilla tengo que saberlo. Todo. No puede salir o entrar dinero en esta discoteca sin que yo esté al tanto.

Ya no me mira, resopla y vuelve a subir el tono de su cara.

La cocina que está dentro de la barra grande dispone de plancha, horno y un aparato para hacer perritos. Por ahora, probaremos los días de eventos y en los que más personas haya. Quiero esa cocina funcionando. No sé por qué motivo está inutilizada y tampoco sé si me lo van a decir, así es que, si no protestan, imagino que es por dejadez.

Respira hondo. Nuevo tono aún más intenso. Brian me pide que pare con la mirada.

—Por ahora, esto es todo… —comienzo a decir, dejando pendientes por el momento los demás puntos—. Según me vaya acordando de más cuestiones u observando qué más se necesita, os iré comunicando. Poneos a cargar los botelleros que hagan falta y a reponer las botellas para que haya que salir de la barra las menos veces posibles. Quiero a cada uno en su puesto y, en caso de que os quedéis sin vasos, nos lo decís a Brian o a mí.

Estaba terminando de hablar cuando le ha vuelto a sonar el teléfono a Farah. Ha perdido el color que había recuperado gracias a mí y eso cada vez me gusta menos. La idea de que la estén molestando o de que alguien esté interesado en ella de una manera —a la vista está por su cara— que no es buena, está comenzando a despertar en mí un instinto de protección que sólo había experimentado hacia mi familia, al menos hasta ahora siempre había sido así.

¿Qué tienes, pelirroja, que me afecta tanto? No puedo dejar de llamarla así.

Me queda una pregunta por hacer. Después, podré hablar con ella.

—¿Ninguno de ustedes sabe nada del antiguo encargado? —inquiero con sutileza. No me pasa inadvertido el nerviosismo que se ha instalado en cada uno de ellos, incluida Farah—. ¿Algo que deba conocer yo?

—Nada —se recompone con rapidez.

—No es que me caiga muy bien, pero a lo mejor… —comienza a decir el DJ mirando a Farah, lo que me deja asombrado.

—Dany, he dicho que nada y es nada. Nos vemos esta noche. Adiós —sin más, sube a la cabina y cierra de un portazo.

—Venga, todos a casa. Yo me encargo hoy de los botelleros y de preparar todo con la ayuda

de Brian, ¿verdad? —ordena Lucía y mi amigo le sonríe afirmando. Luego me mira a mí—. Cuando sube ahí —señala la cabina— es por horas y es mejor no molestarla —me avisa y se pone a trabajar junto él.

Yo, evidentemente, también me quedo. No llego a entender si ha sido o no una indirecta, ya debería conocerme. Lucía cada vez me cae mejor.

Con las prisas, Farah se ha dejado el móvil encima de la barra. Desde donde ella se encuentra no puede verme. Lo siento mucho… —aunque solo en parte—, no dudo un instante, tengo que averiguar qué está sucediendo y tiene que ser ya. El mal presentimiento que tengo desde que la conozco se acentúa con cada cosa que sucede a su alrededor. Creo que está en peligro.

Como imaginaba, el móvil está bloqueado. Su contraseña es numérica y no sé por qué se ha venido a mi cabeza el número de la alarma de la discoteca. ¡Bingo! Aún no le ha dado tiempo a cambiarlo. Aunque tampoco creo que se imaginara que yo iba a invadir su intimidad. Mi media sonrisa aparece; sin embargo, después de leer varios mensajes, se borra de un plumazo. Está claro que debo volver a hablar con ella, sólo que esta vez no voy a ser tan permisivo.

Comienza a sonar *Elastic Heart*, de Sia y como un imán me dirijo poco a poco hacia arriba. Ella sabe que yo estoy aquí y esta canción es para mí. De lo que voy conociendo de ella, me ha cautivado especialmente que le guste tanto la música como a mí. Por lo que me está demostrando ahora mismo, también es de las que expresan a través de las canciones, de sus letras. Es algo mucho más fácil que hablar cuando no salen las palabras. Que te entiendan sin tener que explicarte. Que hablen por ti y lleguen a una profundidad que en algunos momentos nosotros mismos no alcanzamos. Siempre he pensado que hay una canción para cada momento de nuestras vidas y miles de ellas que puedan llegar a resumirla. La música es pura magia, capaz de ofrecernos en cada situación justo lo que necesitamos.

Mientras subo los escalones despacio nos miramos a los ojos. Con cada palabra que escucho me imagino por lo que puede haber pasado. Ya no me queda duda de que ha sufrido mucho. Ahora quizá pueda entenderla mejor. Quiero y necesito comprenderla. Intento controlar la rabia que recorre mi cuerpo. Tiene que hablar conmigo, tiene que explicarme. Creo que sólo de esa manera podría pasar por alto lo que me ha hecho.

Entro en la cabina, ella está de espaldas. Es la primera vez que piso esta estancia. Es bastante amplia, tiene unos equipos impresionantes, me sorprende. Dispone de una sala contigua que supongo que será para las personas que actúan en ella. Hay sofás y mesas bajas.

No tenemos tanta confianza como para tocarla, así que me mantengo distante. Pero sé que está llorando. Agotada. Si me está permitiendo verla así, es que ya no puede más. Está destruyendo sus barreras y no sé si yo soy el culpable.

Nunca he podido ver a una mujer llorar, es algo que me mata, superior a mis fuerzas y con ella esta sensación se multiplica por mil. No sé muy bien el por qué de esta sensación —más bien, no quiero saberlo—, ya que ni nos conocemos, ni nos soportamos y es evidente que mucho aprecio no hay. Sin embargo, con ella es diferente. Tengo que reconocer que no me la puedo sacar de la cabeza desde que la vi. Su forma de ser, su carácter y la manera de desafiarme, sin duda, me han desarmado. No estoy acostumbrado a esto, a tener esta sensación con una mujer. Mi instinto de protección está alcanzando unos niveles desorbitados y no estoy seguro de tenerlo controlado. Saber que le han hecho daño me cabrea como nadie se puede llegar a imaginar, ni siquiera yo.

Creo que voy a ser quien rompa el hielo. Ella no dice nada, permanece sujeta a la mesa de mezclas. Sus nudillos están blancos, su respiración comienza a normalizarse. No sé por qué estoy nervioso, pero lo estoy. Tengo el suficiente autocontrol para que no lo note. Solo quiero hablar,

no discutir.

—¿La persona que te está chantajeando es la misma que te hizo daño?

—¿Sabes que es de mala educación mirar el móvil de otra persona, gringo? Por no mencionar que se considera un delito, claro —contesta con rabia, sin darse la vuelta. Está dolida.

—Farah —pronunciar su nombre se ha convertido en una cosa que no sé cómo canalizar y, al ver su cara de nuevo, compruebo que ella también siente algo. Continúo—, en serio, tienes una imagen equivocada de mí. Crees que solo he venido hasta aquí para decirte cómo tienes que hacer las cosas, pero no es así. Pretendía ser tu amigo y echarte una mano con todo esto. Sé que en condiciones normales no la necesitarías, eres muy buena en tu trabajo, por eso no entiendo por qué actúas así. Si no quieres que seamos amigos, perfecto, al final yo me iré de aquí dentro de poco y jamás volveremos a vernos. He venido para ayudar y eso es lo que voy a hacer. Si a mí no me lo cuentas, se lo contarás a tu padre.

—¡No! —se gira sin pensar, tiene los ojos rojos y una pesada carga que no la deja vivir.

Cuando se da cuenta de ello, agacha la cabeza. Está demasiado vulnerable. No me gusta verla así. Prefiero a la chica *tocapelotas.*

—De acuerdo —la tranquilizo—, no le diré nada. Sé que no te caigo bien, que no tienes confianza conmigo y que estás acostumbrada a llevar sola tus cosas; sin embargo, creo que necesitas compartir lo que te ocurre con alguien. Si algún día quieres contarme qué pasó aquí, voy a estar ahí para ti —creo que es la frase más ridícula que he dicho en mi vida, pero también creo que la necesita. Una parte de mí quiere saberlo todo, por las buenas o por las malas— Llevo intentando descubrir qué ocultas todo este tiempo. Lo primero que tienes que contarme, es quién te está haciendo esto —le pido, enseñándole su móvil. Ella me mira, desvía la mirada. Entonces caigo en algo.

¡Joder!

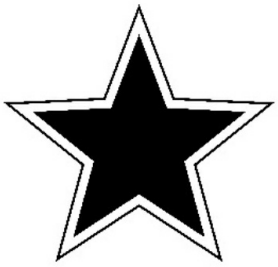
—¿Es la misma persona? —sin darme cuenta me acerco, le tomo la barbilla para que eleve sus preciosos ojos—. Se trata del antiguo encargado, ¿verdad? —pregunto con rabia y sin ninguna duda.

Su piel se eriza con la mención de este hombre y, si antes no tenía dudas, ahora menos. Ese maldito cabrón hizo algo más que robar.

—Sí, fue él —confirma derramando lágrimas silenciosas—. Él tiene la culpa de todo.



CAPÍTULO 11. ¿AMIGOS?



Se separa un poco de mí. Entiendo que necesita su espacio y se lo voy a conceder, sólo por unos instantes. Mis sentimientos están a flor de piel, como los suyos. Si algo tengo claro es que lo que me va a contar no me va a gustar nada. También sé que es ahora o nunca. Por lo poco que la conozco, no creo que tenga otra oportunidad de verla así, tan vulnerable y receptiva a la hora de hablar. Está luchando consigo misma y va a ganar la parte que me beneficia. De eso no tengo dudas, sólo espero que me lo revele por las buenas y no tenga que recurrir a mis contactos, porque en caso de que sea necesario lo haré.

—Cuéntame —la apremio después de un silencio de cortesía.

—No creo que deba hablar contigo —contesta muy digna dándose la vuelta—. Sigo pensando lo mismo sobre ti y tu «ayuda», como dices, no hará más que empeorar las cosas.

—Demuéstramelo —la desafío acercándome con cautela y, sin esperarlo, suelto la mayor gilipollez de la historia—. Quiero que seamos amigos.

¿De dónde ha salido eso?

Continúa de espaldas a mí, estoy a centímetros de tocarla. Mi mano sube en varias ocasiones

y la vuelvo a bajar. Mi respiración roza su nuca, despejada por una trenza lateral y su piel se eriza mientras suspira entrecortadamente. Su hombro, descubierto por el jersey ancho que lleva, me lo demuestra. ¿Por qué me siento tan extraño? ¿Por qué me afecta tanto? Sin quererlo, nuestras respiraciones se han vuelto irregulares. La estancia se torna asfixiante. Tengo ganas de darle la vuelta y asaltar su boca, su cuerpo, su… ¡No! Ese tipo de sentimientos no.

—Farah… —la nombro con más dureza de la que pretendía, a pesar de lo que me genera decir su nombre.

Eso parece hacerla reaccionar y se separa de mí.

—Yo… Yo estaba bien con él —comienza a hablar sin mirarme y de un lado para otro. Me siento en uno de los sillones y la miro sin perder detalle. Prefiero no molestar—. Conocía a Igor desde hacía varios años, aunque sólo estuvimos juntos dos. Yo estaba loca por él. Dany siempre me dijo que no se fiaba de él, pero yo sabía que no era objetivo porque yo le gustaba —*y le gustas,* pienso. Lo sabía—. Mis padres no sospecharon nada. Él no quería que se opusieran o que le echaran del trabajo; había mucha diferencia de edad entre los dos, quince años. No sé si llegaron a saber algo siquiera.

Su silencio me revela que está muy lejos de aquí y no sé si me gusta. Juega con su trenza sin darse cuenta, son los nervios. Suspira, no me mira en ningún momento. Pienso durante unos segundos si instarla a continuar, desecho la idea. Se está abriendo a mí. Me está mostrando su corazón y su secreto más profundo. Necesita tiempo y eso, por poca paciencia que tenga, me sobra para ella.

—Llevaba un tiempo notándolo algo extraño. Algo externo se me escapaba, pero no me di cuenta. Lo achaqué al estrés por el trabajo. Irascible, cambios de humor sin motivo… Un día llegué a su casa pronto, no estaba. Como tenía llaves, entré —continúa y me tenso sin que lo note —. Buscaba un cargador para el móvil, fui a su despacho, estaba muy desordenado y con muchos papeles por todos lados. Mi padre le confiaba todo y ese fue su error —vuelve a suspirar y yo aguanto la respiración. Me levanto del sillón con los puños apretados—. En uno de los cajones que abrí encontré una carpeta abierta que contenía unos documentos firmados por mi padre en los que le cedía prácticamente todos nuestros bienes. Eso jamás hubiera sido posible a no ser que lo hubiese engañado.

¡Miserable de mierda! No hay que ser muy listo para imaginar el resto de la historia. Intento que no siga contando más por ahora, no quiero seguir haciéndola pasar por esto —aunque necesito saberlo todo—. No hay forma, ella continúa.

—En ese momento irrumpió en el despacho. Supuse que tendría cámaras y que me habría descubierto allí, con los papeles en la mano —aclara entre lágrimas. Está frente a mí—. Entre puños y patadas le supliqué que haría lo que fuera para que no nos dejase sin nada. Yo… Yo lo quería…, esa fue la primera de muchas hasta que meses después aceptó el acuerdo o mis padres se acabarían enterando de todo y perdería el ingreso que tanto necesitaba —ya no ha podido más y yo tampoco lo voy a permitir, está muy afectada. La rodeo con mis brazos, está temblando y no para de llorar. ¡Maldito cabrón!

Ahora lo entiendo todo. Hace lo que puede por proteger a su familia a costa de su propio desgaste. Conozco a los tipos de esta calaña. Nada de lo que se les dé es suficiente. Si ella no lo soluciona, la va a mantener sujeta a él para siempre. Va a ir a por más.

Es la primera vez que estoy así con una mujer. Sí, otra primera vez. Jamás he consolado a ninguna chica que no sea de mi familia y es extraño para mí. Tengo una sensación de plenitud que no sé si se debe a la novedad o a que se trata de ella. Por un lado, quiero despegarme y salir corriendo; por otro, deseo descubrir qué es esto.

—Tranquila, no va a volver a suceder. Ahora estoy yo aquí y te juro que lo va a pagar. No te voy a dejar sola. Nos habríamos ahorrado tiempo y broncas si me lo hubieses contado antes —no pretendo reprocharle nada, sólo hacerle ver lo que es verdad, aunque no sé si mi tono ha sido el adecuado… Tiene que comprender que estoy para ayudar—. No te preocupes por nada más, nos vamos a ocupar de que todo se solucione —le susurro mientras me devuelve el abrazo. Lo necesita, se nota.

Sin embargo, cuando comprende mis palabras, se exalta y se aleja rápidamente.

—No lo entiendes, no hay manera de solucionarlo. Le doy todo el dinero que me pide y me deja en paz. Nos deja en paz. Al menos por ahora mientras poco a poco recabo pruebas para presentarlas contra él. Por eso no puede ir mejor la discoteca, porque pediría más —expone nerviosa. Tiene miedo y la entiendo. Esto se acabó.

Me acerco sin pensar hasta acorralarla contra el mueble. No sé si por ella o por mí, pero la beso. Esos labios que no me puedo quitar de la cabeza entran en contacto con los míos. Suaves, suculentos y tiernos. Una vorágine de sentimientos explota dentro de mí. El primer pensamiento coherente ha sido que me rechazaría. Al principio se ha tensado, pero he sido correspondido.

No es un beso de esos a los que estoy acostumbrado; es tierno, cariñoso, aunque nervioso también. Ni siquiera se parece al de la última vez: fuerte y duro. Había mucha rabia en aquel beso. Me vuelve loco. Poco a poco se va tornando algo más profundo y deseable. Mi erección ha comenzado a despuntar, es imposible que no la haya notado. Un pequeño gemido me lo confirma. Por mí estaría contra la pared, sin los pantalones y sus bragas, rotas, en mis manos. Me muero de deseo por ella y, por cómo tiembla, no soy el único. Jamás pensé que me pudiera pasar algo así con una chica como ella. ¿De dónde viene este deseo? Venga de donde venga, tengo que parar. Lamentándolo mucho, hago acopio de todas mis fuerzas y me separo un poco. No es el momento, ahora lo que pretendo es que se tranquilice y que confíe en mí.

—Farah… —susurro sin aire. Ha sido increíble lo que me ha hecho sentir con sólo un beso—. No pienso disculparme por este beso —comento socarrón y ella sonríe nerviosa; he conseguido que baje sus defensas—. Pero lo de mi amistad va en serio —reitero con toda la firmeza de la que soy capaz. Creo atisbar un deje de decepción en su mirada. Asiente. Bien, parece que somos amigos. Es lo mejor, ya que todo lo que no sea eso lo complicaría demasiado—. Tengo un plan, todo va a salir bien, necesito que confíes en mí y me lo cuentes absolutamente todo.

—¿Cómo me descubriste? —pregunta sin dejar de mirarme a los ojos y yo vuelvo a besarla como contestación. La cuestión más bien es por qué no le hice caso al primero que se dio cuenta de su juego: mi cuerpo.

Pasamos varias horas hablando y tomando algo con el suficiente alcohol como para que ella se atreviera a contarme más. De fondo van sonando varias canciones que destensan el ambiente por completo. Tiene el mismo gusto que yo y eso nunca me había pasado con una mujer, otra novedad para mí. Normalmente, las chicas de las que suelo rodearme son demasiado sofisticadas y superficiales. Jamás escucharían a Linkin Park, Metálica, Red Hot Chili Peppers o a los mismísimos Nirvana. Justo en este momento suena *Smells like teen spirit.* ¿Cómo es posible que le guste este tipo de música? Me ha sorprendido y esta nueva sensación me pone nervioso.

¿Es que con ella nunca voy a lograr canalizar los sentimientos? ¡Maldita sea!

—Sé lo que estás pensando, gringo —musita sonriendo algo perjudicada por el alcohol.

¿Siempre ha tenido esta preciosa sonrisa? ¡Joder! ¿Qué me está pasando?

Me tomo mi tiempo. Serio. Intentando parecer que nada me afecta. Después de un silencio que solo hace que su sonrisa se ensanche más, contesto:

—A ver…, pelirroja —vuelvo a utilizar ese apelativo que me encanta, se tensa y sonríe de

igual forma. Sabe que tenemos una conversación pendiente—, sorpréndeme —la apremio con voz ronca mientras me acerco a ella.

Estamos en el suelo de la cabina, apoyados en los sillones, uno casi enfrente del otro. Entonces la situación cambia cuando me acerco y quedamos hombro con hombro. Su sonrisa permanece, pero pasa de tensa a nerviosa. Le afecto. Mucho. Eso no debería gustarme y, sin embargo, lo hace.

—Pues… Que, que cómo narices puede gustarme esta maldita música.

Entre el alcohol y el nerviosismo, sus palabras han sonado prácticamente a un tartamudeo. Yo saco a relucir mi media sonrisa, no lo puedo evitar, me sale sola. Desde dentro. Creo que hemos bebido demasiado y la cercanía nos está afectando. A mi mente llegan las imágenes de la otra mañana con ella. Entre la pared y mi cuerpo. Sus labios. Su beso. Su rabia. Puro deseo sin quererlo. Igual que ahora. Intento retomar el control o sé que me arrepentiré.

—Después de haber visto tu cuarto, me espero de ti cualquier cosa, pelirroja —contesto alejándome un poco y volviendo al sitio. No puede pasar nada. Definitivamente, no.

Nos miramos a los ojos. Los suyos atrapan los míos. Sé que está igual de afectada que yo. Y también sé que no esperaba que me alejara. Parece decepcionada. No, pelirroja, no soy hombre para ti, aunque me muera de ganas.

Por un momento todo se detiene. Nuestras miradas dicen todo lo que las palabras jamás se atreverían. Carraspeo para romper el momento. Demasiado íntimo y cómodo. ¿Cómodo con una mujer con la que no me acuesto? ¿Sin sexo de por medio?

Esto es una tortura. Ella reacciona y comienza a hablar.

—Pues, para que lo sepas, me gusta todo tipo de música. Según como me sienta en cada momento, así elijo —lo dice todo atropelladamente; sonrío. Está nerviosa.

—La verdad es que tengo curiosidad por saber cómo se puede pasar de Sia a Nirvana… —comento con una sonrisa y le doy un trago al whisky.

—Muy simple. Me gusta Kurt Cobain —afirma como si esas cuatro palabras lo aclararan absolutamente todo. Está mordiéndose el labio de una forma que hace que tenga que recolocarme el pantalón, menos mal que está mirando al techo—. Estoy segura de que, si aún siguiera vivo, sería el rey de todo. Sus letras son pura poesía y su manera de ver la vida a través de ellas son simplemente eso, absolutas verdades.

—Quizá un poco llevadas al límite, ¿no?

—Igual que fue su vida —contesta pensativa dándole un último sorbo a su bebida—. Nunca dejó que nadie influyera en ella, que nadie la controlara.

—Excepto las drogas… Y le pasó factura. Tenía a personas que lo querían a su alrededor, una mujer y una hija que intentaron ayudarlo, pero fue un egoísta y decidió acabar con su vida de un tiro a los veintisiete años.

—¡¿Qué sabrás tú?! —exclama molesta.

¿En serio vamos a discutir por un muerto? Me niego.

—Tienes razón, qué sabré yo —afirmo lacónico. *Excepto toda su vida y cosas que ni tu conocerás, soy de Los Ángeles*, eso es lo que realmente me dan ganas de contestarle, aunque rápidamente desecho la idea. Tiene mucho que contarme y cabrearla ahora creo que no es la mejor opción.

Hablar no es lo suyo, eso me ha quedado claro y, mucho menos, si es sobre su vida. Por eso llevamos más tiempo del que habría esperado hablando de todo un poco menos de lo que en realidad me importa. Por otra parte, no me ha hecho sentir extraño en ningún momento. No tengo amigas como tal. Jamás he hablado tanto con una mujer sin tener un objetivo claro: follar con

ella. Sin embargo, con Farah es diferente. Me encantaría llevármela a la cama, eso está claro, pero también me siento cómodo y, ahora que hemos comenzado a dejar de insultarnos —más o menos, con ella nunca se sabe—, no me gustaría meter la pata ni tampoco quiero defraudar a su padre. Sería un error. Creo que, si suprimo la idea de quitarle la ropa cada cinco putos minutos, empotrarla contra la pared y lamer cada parte de su cuerpo —solo de recordarla en su habitación con aquella micro toalla me pongo malo—, podríamos llegar a ser buenos amigos.

O desquitarte con ella una sola vez y punto. Estoy seguro de que, en cuanto eso pase, dejarás de obsesionarte.

¿Qué cabeza me acaba de hablar? Está claro, la de abajo.

—Creo que tienes algo más que contarme, tiene que ser ya. Pronto llega la hora de abrir y aún estamos aquí.

No me contesta, se levanta y comienza a andar por la estancia. Yo, evidentemente, tengo que hacerlo también o me va a terminar pisando y no sería por accidente. Me apoyo en un mueble repleto de vinilos. Intento centrarme en aquellas maravillas y darle tiempo. Que parezca que no hay nadie más. Hay verdaderas piezas de colección. Hay tapas tan desgastadas por el uso que cuesta trabajo averiguar cuáles son. A pesar de eso, las reconozco sin problema.

Después de un largo silencio lleno de resoplidos y suspiros, habla.

Al parecer, él nunca acude a las citas en las que se hace la entrega del dinero. Suelen ser en un pueblo cercano, Jerez, aunque alguna vez ha decidido cambiar. Su última llamada fue hace días y le contó que sabía que yo estaba aquí. Le dijo que consiguiera que yo me marchara y no metiera mis narices en absolutamente nada. Si no consigue que lo haga y al final me quedo más tiempo, la discoteca irá a mejor y él subirá la cantidad de dinero acordada. Para asegurarse de que ella no le va a fallar, la ha amenazado con hacer daño a su hermano.

¡Joder! Es normal que esté asustada. La tiene muy vigilada, le envía fotos de su día a día. Y, por supuesto, de su familia también. ¡Maldito cabrón! Y encima cree que tiene contactos, la policía no es una opción.

Me hace prometer que no haré saber nada de esto a su padre y lo pienso cumplir. Aun así, le digo que es algo que tiene que contarle ella cuando todo acabe, no es bueno preocuparle en este momento. Su padre recurrió a nosotros porque nunca entendió qué había sucedido realmente con Igor. Sólo supo que le robó un dinero, pero su hija le pidió que, tanto por el cariño que siempre le había tenido a él, como por ella misma, no denunciara, que lo dejara estar y de este modo no volvería a molestarlos. Joseph aceptó sin conocer todo lo que había detrás. Por ello, yo no voy a permitir más mentiras. Como viene siendo habitual, discrepa.

—No lo entiendes —refunfuña recogiendo todo, apagando el equipo y terminando con la tranquilidad que teníamos—. Se va a enfadar muchísimo y no quiero ser culpable de que su enfermedad de corazón vaya a peor. Lo conozco y descubrir que le he ocultado esto le resultaría muy doloroso. Decepcionarlo es lo último que quiero.

—No te estoy pidiendo que lo hagas ahora —contraataco mientras la ayudo a recoger para irnos—. Hazlo cuando todo pase. Verá que ya no hay peligro. Podrá imaginar, pero nunca sabrá todo. Lo más importante se lo tienes que contar, eso es inamovible —sentencio con dureza.

A veces parece una puñetera cría. Ahora mismo me está mirando como si fuera su padre y le hubiese prohibido ir a una megafiesta. Se le forma una arruguita en la frente; si no estuviera tan cabreado, me parecería hasta mona. Entiendo sus reticencias, aún así su padre se va a acabar enterando sí o sí, sólo le doy la oportunidad de que lo haga por su boca.

No hay mejor aviso de alerta que el color de su cara. Sé que me va a soltar alguna lindeza y, antes de que lo haga —porque también es un poco previsible, al menos, para mí—, hablo yo:

—No me vayas a venir con el cuento de que «quién narices soy para…», pelirroja, porque sabes perfectamente que tengo razón y te jode. Además, sigo estando al mando, que no se te olvide —le recuerdo con arrogancia.

Necesito sacármela de la cabeza y volver a ser el capullo de antes con ella es lo mejor para conseguirlo. Siento que así vuelvo a tener el control. La voy a ayudar y después me iré. Tengo que dejar de pensar lo que pienso estando con ella. Es mejor no mezclar nada por mucho que mi otra cabeza piense diferente.

—Sabes que eres un capullo arrogante, ¿verdad? —espeta saliendo de la cabina con rabia.

—Sí —afirmo con descaro saliendo tras ella. Por un momento me hipnotizo con el movimiento de su trenza y sus caderas al andar. Joder, por ahí no—. Y tú también, más vale que te hagas a la idea antes de volver a soñar conmigo sin ropa. Eso no lo hacen los amigos.

—¡Yo nunca voy a ser tu amiga! —brama girándose en el último escalón.

¿No lo desmiente? Interesante.

—Entonces prefieres ser otra cosa y seguir soñando conmigo…

Ni siquiera me paro a escucharla. Oigo de fondo todo tipo de lindezas, algunas, por mucho español que sepa, se me escapan. Lo prefiero.

—¡Y no me llames pelirroja!

Lo lleva claro.

Salgo a la puerta para irme y allí me está esperando Brian con Lucía.

—Qué narices le habrás hecho ahora para que pegue semejantes voces, se oye desde aquí —musita Lucía con fingida molestia—. Sinceramente, no sé si darte de palos, como decimos por aquí, o darte las gracias. Hacía mucho tiempo que no la veía con tanta potencia y energía; pero, sobre todo, con esas ganas de matar a alguien, que buena falta nos hace. Siento que sea a ti, te lo ganas a pulso, gringo —termina riéndose y comienza a andar para entrar.

Miro a Brian y veo que está aguantando la risa como puede. Yo, definitivamente, no sé cómo sentirme, así que opto por lo que mejor se me da y lo que esperan de mí. Capullo integral.

—Me lo tienes que agradecer, rubia. He hecho incluso más: he conseguido que tu amiga tenga fantasías sexuales conmigo y eso no tiene precio. Dudo que le haga el favor, que siga soñando.

Me alejo de allí por donde he venido y comienzo a caminar. Si mi amigo quiere venir, que venga, aunque más le vale, porque creo que no le ha hecho mucha gracia a su acompañante que se haya reído con mi comentario hacia su amiga. Vaya dos locas de las narices.

Todavía faltan varias horas para abrir, nos da tiempo de sobra a cenar por ahí. Necesito despejarme. Mi móvil comienza a sonar. El número es de Los Ángeles. Puede ser de trabajo. Lo cojo.

—Walker —contesto nada más descolgar.

—¿Por qué me contestas por tu apellido? ¿Acaso has pensado que soy alguien de tu maldito negocio? ¡Yo no me merezco esto! —grita rompiendo a llorar. Está sobrepasando el histerismo. De eso ella sabe bastante.

—Deborah… —murmuro resignado. Mi día mejora.



CAPÍTULO 12. AGUA HELADA

—¡Yo no me merezco esto! —repite y continúa gritando y llorando.

Quizá, si no la conociera tan bien y estuviéramos en otras circunstancias, me habría dado pena; pero, a estas alturas y después de tantos numeritos, ni me inmuto. Da igual cuántas veces la bloquee, siempre aparece. Espero pacientemente a que se le pase y chille todo lo que tenga que chillar. De hecho, hasta me quito el móvil de la oreja y continúo caminando.

—¿Me estás escuchando, Michael? —brama después de un silencio.

—Sí, Deborah, como para no escucharte —expongo agotado y deseando acabar con esto—. ¿No te ha quedado lo bastante claro todo? ¿Tienes alguna duda más por la que no puedas esperar?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? No soy ninguno de tus clientes ni de tus malditos empleados —solloza y yo resoplo. ¡Mujeres!

Sin duda, ella es el mejor ejemplo de «no más» cuando sólo se quiere pasar un buen rato con cuatro polvos. Yo tengo la culpa. Nunca debí repetir. Tampoco sabía que estaba tan loca…

—A ver… —intento sonar lo más sereno y firme posible—. Tengo mucho trabajo y no estoy

para tonterías. Si es más de lo mismo, déjalo ya. Esta es la última vez que te lo repito. Como vuelvas a intentar ponerte en contacto conmigo, voy a tomar medidas que no te van a gustar.

Sabe perfectamente a qué me refiero y me ha visto actuar sin que me tiemble el pulso en más de una ocasión. El problema que tiene es que cree que jamás actuaría así con ella y no puede estar más equivocada.

—No recuerdo que tus castigos fueran tan malos.

¡Joder! Es una puñetera montaña rusa que no para de marearme. Lo mismo ríe que llora o se pone melosa.

—Espero que te haya quedado claro. Adiós.

—Te arrepentirás, Michael Walker. Tú te lo has buscado.

En cuanto dejo de oírla, vuelvo a respirar. Me encantaría no volver a encontrármela nunca. Sé que es mucho pedir. Ignoro sus palabras, está resentida y muy cabreada. No tengo nada que temer.

—¿Esa era Deborah? —pregunta Brian poniéndose a la par conmigo.

—Mejor no preguntes, capullo. Vamos, nos queda mucho por hacer.

Farah

No puedo con él. Jamás en toda mi vida me han sacado de quicio de esta manera. Y ya es mucho decir. ¡Maldita sea el gringo de las narices! ¡Maldita la hora en que tuvo que venir!

Cojo una nueva caja de botellas y sigo reponiendo las cámaras.

Todo sería mucho más fácil si fuera un puñetero cardo borriquero, si no tuviera esos ojos que me hipnotizan y ese cuerpo de infarto. Por no hablar de cómo se encarga de cada situación y de esa forma de tomar el control que ha hecho que yo pierda el mío. ¡Ahhh!

—Sí, desde luego, todo eso lo convierte en un gran problema.

—¡Joder, Lu! Me has asustado —casi se me cae una de las botellas. No sabía que estaba hablando en voz alta. Lo que me faltaba.

—Como sigas colocando las botellas con esa energía, para esta noche no tendremos nada que servir —se coloca a mi lado y me ayuda.

Por el momento, guardamos silencio y lo agradezco. Mi cabeza funciona a mil revoluciones. Le he abierto una parte de mí demasiado dolorosa y estoy enfadada conmigo misma. Nunca debí haberlo hecho. Y menos con él. No sé qué narices me ha hecho actuar así, me salió solo. No lo pude controlar. Me sentí bien, a gusto. Me dio confianza. Realmente sentí que le importaba, que quería ayudarme y eso me confundió. Luego ha vuelto a ser el capullo que es y ahora no sé qué pensar.

—Deja de darle vueltas —Lucía rompe el silencio, me conoce mejor que nadie.

Es imposible que no se las dé.

—No sé qué ha podido pasar. Por el tiempo que habéis estado ahí, me hago una idea. Has hecho lo correcto.

—Voy a por otra caja, me he quedado sin botellas.

Cuando salgo de la barra su voz me paraliza.

—¡Farah! Terca de las narices… O hablas o hablas. No tienes opción. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! —grito tirando la caja vacía que llevo en las manos—. ¿Cómo puedo olvidar eso? Ahora la situación ha cambiado. Todo es diferente, Lu, muy diferente. Se lo he contado todo, ¿sabes? ¡Todo! Y sé que quiere ayudar. Si me paro a pensarlo fríamente, no ha hecho otra cosa desde que llegó y sé que debería ponerle las cosas más fáciles, pero no puedo

confiar en nadie más. Tú sabes lo que me cuesta y el esfuerzo tan grande que estoy haciendo —no paro de dar vueltas y vueltas mientras lo saco todo—. La vida de mi hermano y la de mis padres está en peligro. No quiero y no necesito ayuda. Me he metido en esto sola, ha sido mi culpa y no voy a involucrar a nadie más. Yo lo solucionaré.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

Lo pregunta como si tuviera otra opción, pero mejor me callo, su tono no admite réplica.

—No sé para qué pregunto, te lo voy a decir igual y lo sabes —me aclara mientras se sienta en la barra, frente a mí—. Estás muerta de miedo. Para otros puede que no sea evidente, eres muy buena actriz, pero sabes que para mí no tienes secretos. No es algo nuevo, desde que pasó aquello el horror te consume poco a poco. Como habías logrado controlar la situación, lo llevabas mejor, pero no podías avanzar.. Ahora la cosa ha cambiado. Por fin se presenta la oportunidad que necesitas para que todo esto acabe, para que esta pesadilla termine. El problema es que no contabas con sentir lo que estás comenzando a sentir por la persona que tiene la solución. Tu miedo se ha multiplicado porque a él también pueden hacerle daño y esto te genera un dolor tan grande que no lo puedes controlar. Jamás has sentido nada igual. No sabes ni cómo ni cuándo, pero ha pasado. Y créeme, te entiendo mejor de lo que piensas, pero te olvidas de lo más importante y es que a ese hijo de puta solo le interesa una sola cosa: tú. Sólo te amenaza con ellos porque sabe que es con lo que más daño te hace; sin embargo, a la hora de la verdad, la única que corre serio peligro eres tú.

Ni yo misma lo hubiera expresado mejor. Mi mejor amiga me ha abierto en canal delante de mis ojos y tiene toda la razón. Lo que estoy comenzando a sentir por Mike escapa de mi control y por nada del mundo quiero involucrarlo en mi mierda particular, al menos hasta que sepa si lo que siento es auténtico. Algo me dice que este dolor en el pecho no es cualquier cosa…

—Prométeme que vas a intentar dejarte ayudar por él, que vas a tener en cuenta sus opiniones y vas a cambiar tu actitud. No se va a rendir, amiga. Será mejor controlarlo a tu lado que tenerlo metiendo las narices de más. Los dos son hombres de poder, eso salta a la vista, y aunque no te guste son tu solución. Él es tu solución. Debe de tener un séquito que le haga el trabajo sucio, sin embargo, aquí está, intentado que confíes en él y, lo que parece incluso más difícil, confiando en ti.

—Lo intentaré, aunque no te prometo nada.

—Viniendo de ti ya es mucho. Vamos a terminar y nos vamos.

Decide dejarlo estar, pero sé que no por mucho tiempo. Me quedo parada mientras ella termina de recoger. Es una de las personas a las que más quiero en mi vida. Somos para la otra la hermana que ninguna de las dos ha tenido. Juntas siempre hemos cuidado de mi hermano, somos tres, tanto para mis padres como para los suyos, aunque a veces se me olvida decirle cuánto la quiero.

Se para y me mira. Sabe lo que estoy pensando, como siempre, mis ojos hablan solos.

—Yo también, cabeza loca —contesta a mi silencio y ambas sonreímos.

Mike

Las cosas no han cambiado mucho en estos días; prefiero cómo están ahora. Farah y yo seguimos tirándonos de todo a la cabeza, pero somos «amigos». No nos soportamos, pero tenemos que aguantarnos —y canalizar lo mejor que se pueda la tensión sexual que existe entre los dos—. Nada es aburrido con ella y eso me está comenzando a preocupar. Eso y querer follármela contra cada superficie, con cada prenda de ropa que lleva puesta y a cada momento.

¡Fuego, fuego!

No tengo nada que añadir.

Es viernes, siete de la mañana. Desde que comencé a conocer el pueblo decidí salir a correr todos los días al menos una hora y media. Y desde que mi «amiga» vive en su casa, por fin —para consuelo de sus padres, o eso creo. Joseph aún está enfadado—, he descubierto que tiene la misma costumbre que yo: correr por las mañanas. Aunque parezca mentira, es prácticamente el único momento en el que coincidimos al día, ya que algunos negocios en Los Ángeles me están robando muchas horas, sobre todo, por las noches.

***

El primer día casi nos da un síncope cuando nos encontramos en las escaleras:

—¡Joder! ¡Qué susto! ¿Qué haces aquí? —exclama dando un salto.

Yo aguanto mis ganas de reír y saco mi media sonrisa. Lleva una cola de caballo que recoge su larga melena, unas mallas que parecen una segunda piel y una sudadera ajustada, sus cascos, el móvil y unas deportivas de «running». Es casi el mismo atuendo que el mío. Mi dureza automáticamente se termina de despertar, intento ignorarlo y recomponerme. La observo de arriba abajo y me señalo a mí con lentitud. Ella no pierde mis manos de vista al recorrer mi cuerpo hasta acabar en mi cara. Mi mirada arrogante le hace saber que sobran las preguntas tontas. Otra vez.

—Ay, pelirroja, y yo que pensaba que las preguntas tontas y eso eran sólo un tópico de rubias —comento impertinente—. Desde luego, yo que tú haría algo con esa boquita que tienes.

Al principio se queda con la boca abierta, pero no por mucho. Un color rojo comienza a aparecer. Su mirada cambia y sus pupilas, aunque ella no quiera, también.

—Mi boca está perfecta —aclara al mismo tiempo que se recompone e ignora lo primero que he dicho. Comienza a andar hacia la puerta del jardín; yo voy tras ella—. ¿O es que se te ocurre una forma mejor de utilizarla?

Descarada. Parece que se ha levantado hoy juguetona, aunque no creo que este sea su terreno. Aquí gano yo seguro. Cuando va a abrir la puerta se le resiste y forcejea con ella. Aprovecho para pegarme todo lo posible a su cuerpo. No tiene escapatoria y en su nuca y con voz ronca le susurro:

—Tú boca es demasiado sucia, me llevaría mucho tiempo y trabajo limpiarla. La pregunta es si merecería la pena…

Noto que aguanta la respiración. No dice nada. No hace nada. Ni siquiera sigue intentando abrir la puerta. ¿Tanto le afecto?

Igual que a ti, ¿no te ves?

Mi cabeza vuelve a tener razón. ¡Joder!

Estoy acostumbrado a ganar en todo, esta partida también lo haré. Me pego a ella hasta que nota mi erección. Entonces reacciona, da un saltito y abre la puerta de golpe. No puedo más que soltar una carcajada ante su cara, tan roja como un tomate, y esta vez no es porque esté cabreada. bueno…, quizá un poco sí.

Ya te pasó una vez, recuerda que quien juega con fuego se quema, pelirroja.

Ese día fuimos juntos, pero no volvimos a hablar en todo el camino. Cada uno estaba inmerso en su música. Yo opté por algo electrónico y Martin Garrix era el ideal para soltar la adrenalina acumulada. Ella, en cambio, optó por Linkin Park, no sé para qué llevaba cascos si se oía como si la hubiera puesto en un altavoz.

***

Los demás días han tenido menos tensión —pese a que sigue habiéndola— y han sido muy constructivos. Me ha llevado por sitios que no conocía y ha compartido conmigo curiosidades sobre el pueblo muy interesantes. Me lo he pasado realmente bien.

Establecimos una rutina: correr, ducha, desayuno y trabajo. Casi siempre trabajamos todos en equipo. Poco a poco me siento integrado, salvo en lo que respecta al DJ. No nos soportamos, sin más. Vamos a organizar todo para la fiesta, no quiero fallos. El evento de este sábado es un cebo: nuestro plan consiste en captar el interés de la clientela, que venga cuanta más gente mejor y que comprueben cómo está cambiando el funcionamiento de la discoteca.

Son muy escasas las veces en las que estamos solos y eso se agradece, ya que cada día llevo peor la tensión sexual que hay entre los dos, y no soy el único. Sigo pensando lo mismo: esto no puede ser. A ella la noto más relajada en cuanto a su problema. Ella me cuenta que los mensajes han cesado y lo cierto es que, por su actitud, la creo.

Hoy ha vuelto a venir a correr conmigo y eso que ya no puede con su cuerpo. No está acostumbrada a tanta caña. Calculo que correría media hora al día, como mucho, si es que lo hacía.

Está especialmente callada. A los diez minutos ya suele haberme soltado alguna fresca o ha comenzado nuestro extraño pero excitante juego de piques. Sin embargo, ha pasado media hora y nada. Supongo que es porque se acerca el sábado y este será una prueba definitiva antes del día en el que le tendamos la trampa al miserable ese.

—Pelirroja, así no se puede. Tienes que meterle más caña. ¿Ya no puedes más? —intento picarla, a ver si reacciona. No me gusta verla tan seria.

Vamos por la acera de la avenida principal. Por lo visto, hace pocos años que finalizaron las obras de esta zona y la verdad es que ha quedado preciosa. Normalmente recorremos el pueblo entero. Le doy un codazo para que reaccione y me mira con el ceño fruncido. Al final, sonríe.

—¿En qué piensas?

—En las palabras que acabas de decir.

Frunzo el ceño. He dicho muchas, de hecho, hoy soy yo el que no ha parado de hablar.

—¿A cuántas mujeres has convertido en líquido con «meterle más caña»?

¿En serio? ¿Quiere seguir jugando?

—No necesito nada para derretir a una mujer y lo sabes. ¿Quieres que te lo demuestre otra vez? —respondo impertinente muy cerca de ella.

Se queda callada y su sonrisa ha cambiado, ya no es tan grande. Está dándole vueltas a algo. Otras veces la dejo, por su bien y por el mío, pero hoy no sé por qué no puedo quedarme callado. Necesito hacerle entender que esto no está bien. Que entre nosotros no puede haber nada ahora que estamos trabajando para un mismo propósito, sin mentiras ni omisiones. Aunque yo me vaya a ir y jamás vayamos a vernos, no creo que saliera bien. Sin embargo, todo esto también es algo diferente para mí y este juego se está convirtiendo en una adicción.

—Pelirroja, sigues necesitando que alguien te limpie esa sucia boca y esa mente…, pero no seré yo. No juegues a juegos que te vienen grandes, podrías perder mucho.

Me adelanto un poco para coger aire. Hasta en medio de la naturaleza me hace sentirme ahogado, y no en el mal sentido. *By your side* de Jonas Blue suena en mis auriculares y otra vez la letra de una canción me traspasa. Me anima a hacer algo que deseo pero que no debo. ¿Tendré que hacerle caso a mi otra cabeza y desquitarme de una vez con ella? Ojalá supiera que con eso se acabaría todo. Existen dos opciones: que realmente sólo tengamos tensión sexual y, al

resolverla, continuemos siendo amigos como si nada —esa sería la ideal— o que nos guste tanto como para repetir hasta que me marche. Esta última opción grita «peligro» por todos los rincones. No la veo como la típica chica de «sólo sexo».

Es muy obstinada, se pone a mi lado e iguala mi paso. En algún momento parece que va a decir algo, pero después de coger aire varias veces decide guardar silencio. Eso me pone en guardia. Ella no es de las que se callan pero mejor que lo haga en esta ocasión. Así llegamos hasta la casa sin ningún incidente más.

Justo cuando estoy terminando de ducharme, suena mi teléfono. Miro al techo y cuento hasta tres. Como sea Deborah no me quedará más remedio que hacer lo que no quiero. Para mi tranquilidad, es mi padre.

—Hola, papá —saludo con alegría. Hacía un día que no hablábamos.

—Hola, hijo. ¿Qué tal va todo?

—Bien, mucho mejor, la verdad. Desde que ha reconocido que necesita ayuda, la situación ha mejorado —prefiero seguir obviando la verdadera razón ante él. Como padre, estoy seguro de que se lo contaría a su amigo y es mejor no tentar a la suerte.

—Me alegra oír eso. Joseph estaba muy preocupado. Sabía que lo conseguirías, aunque miedo me da preguntar cómo lo has logrado.

—¡Eh! —me quejo con un deje de diversión—. ¿Tan poco profesional me crees?

—Para nada —comenta socarrón—. Te he visto trabajar en miles de ocasiones y en todas has estado sublime, pero cuando hay faldas de por medio… Ya se sabe, la cosa cambia.

—Es más de vaqueros rotos y blusas XXL.

—Muy gracioso. Ahora en serio, Michael…

—Lo sé, lo sé, tranquilo. No me voy a meter en problemas ni voy a hacer nada que pueda afectar a vuestra amistad. Sólo somos amigos —*creo*. Esto último lo pienso para mí—, puedes respirar en paz.

Sobre este tema no hay más que decir. Ambos nos hemos entendido bastante bien. Hablamos un rato más sobre trabajo y tareas pendientes. Mi hermano se encuentra con él, están en su casa y van a cenar.

—Bien, pues quedamos en eso. Me envías los informes sobre Pach, Linon y las otras dos empresas de las que se va a encargar Brian. En principio, el lunes cogerá un vuelo para volver, va a ser una semana dura para él, pero tiene que ir, yo no me puedo mover de aquí y hay que cerrar el contrato con los Hanson. Nos están haciendo perder dinero y los quiero fuera. Si todo sale bien, el viernes estará de regreso. Ahora pásame con mi hermano, anda. Adiós, papá, pórtate bien —concluyo la conversación como siempre hace él y eso provoca su risa.

—A sus órdenes, señor. Te paso con tu hermano. Te quiero, hijo.

—Y yo a ti, papá.

En cuanto mi hermano se pone al teléfono, le pregunto por Alexa y su embarazo. Todo va bien, ya está en la recta final. De vez en cuando la tienen que ingresar por molestias, pero siempre vuelve a casa ya que no es nada grave. Hablamos sobre el trabajo. Quiero que me haga un favor sin que mi padre lo sepa.

—Brandon, ¿hay alguien que pueda escucharnos?

—Dame un minuto —noto cómo se mueve—. Ahora sí, dime.

—Necesito los datos de ese amigo tuyo policía o lo que sea de aquí de España.

—Es de la secreta —me corrige—. Pertenece a la policía secreta. Ahora mismo te mando un correo con sus datos personales, que son los que tengo, pero antes…

—No, de antes nada —corto evitando que siga—. Te lo explicaré todo en cuanto pueda. Es

más, Brian te puede adelantar algo cuando esté allí. No quiero hablar de esto por teléfono. Pero tranquilo, confía en mí. Sólo es por si lo necesito. Sabes que me gusta ser previsor.

Parece que se queda conforme y no añade nada más. Nos despedimos y cuelgo. Aún sigo sin vestirme, estoy con la toalla en la cintura y en el baño. Cuando recojo todo, salgo hacia mi habitación. Está al lado, así que nunca me llevo ropa.

Nada más poner un pie en el pasillo me quedo quieto. Frente a la puerta de mi cuarto está Farah, tan concentrada que ni ha reparado en mí. Levanta su mano, va a llamar, la baja. Vuelve a intentarlo, pero nada. Y así varias veces. Su pelo húmedo cae sobre sus hombros de una manera hipnótica. Lleva unos vaqueros de esos que tanto me gustan, esta vez en color gris, una camisa larga y negra, que lamentablemente tapa su precioso culo y sus Adidas blancas. Creo no se da cuenta de lo que tiene, de lo que su cuerpo provoca aún con esas ropas, que, por cierto, cada vez me gustan más. Es ella misma, sin aparentar nada. Es una sensualidad natural, de las que pocas tienen. Nada que ver con el postureo al que estoy acostumbrado. Aun así, sólo imaginarla con un vestido ajustado de firma me vuelve loco. Y ya en lencería…. Mejor no sigo por ahí.

—¿Querías algo? —inquiero con voz ronca.

Da un pequeño saltito y se lleva la mano al pecho.

—¡Joder!

—Esa boca… —la reprendo acercándome lentamente.

Por un momento no reacciona. Su mirada está pasando por cada centímetro de mi piel. Sin darse cuenta está siendo tan descarada como lo fui yo con ella. Cada músculo, cada marca, cada vena situada bajo mi piel notan la caricia de sus ojos, esos ojos marrones que me gustan tanto. No puedo dejar que lo consiga.

—¿Crees que ya tienes suficiente para unas cuantas noches de fantasía?

Eso parece sacarla de su ensoñación y, en cuanto repara en lo que he dicho, se pone roja. Sé que no he estado muy acertado, pero prefiero seguir teniendo el control. Y con ella mirándome así, aparte del control, voy a perder la toalla y ella, la ropa.

—Eres un maldito engreído.

—Y tú una descarada. Ambos estamos de acuerdo.

—El primer descarado que hay aquí eres tú, ¿te lo recuerdo?

—En ningún momento he dicho que no lo fuera, pelirroja. Yo reconozco lo que me gusta y miro lo que me da la gana. Jamás me avergüenzo de ello.

¿Por qué narices me está excitando tanto esta situación? Como siga mucho tiempo así, voy a explotar.

—¿A eso también se le llama erección matutina? —ataca señalando cómo la toalla despunta y luego, con media sonrisa, mira el reloj. Mierda—. Creo que ya es un poco tarde, ¿no?

Me niego a que tenga la última palabra. Sonrío y me acerco hasta quedar a milímetros de ella. También puedo sentir su excitación. Su sonrisa se ha esfumado y su respiración acelerada me confirma que le afecta tanto como a mí. Rozo su mejilla con mis labios hasta llegar a su oído. Intenta moverse, pero da contra la pared. Pongo mis manos a ambos lados de su cara y prácticamente la inmovilizo.

¡Joder! Esto es una puta tortura. No dejo que note nada más que lo que es evidente. Al pegarme a ella, da un salto y de su boca sale una especie de jadeo incontrolado.

—Supongo —susurro con voz tomada por el deseo— que sólo eres valiente de palabra… Puedo sentir lo excitada que estás sin necesidad de que me muestres nada. Todo tu cuerpo me lo dice. Más bien, me lo grita. Quizá quieras encargarte de algo —continúo moviendo un poco las caderas hacia delante para que la note aún más. Ella traga con dificultad. Está en trance—. Ahora

mismo desearías que te desnudase, que pasase mi boca por tu piel, que lamiera cada rincón hasta llegar al punto más secreto de tu sexo. Y con mi lengua sobre tu clítoris, llevarte hacia las estrellas una primera vez. Que mis manos siguieran recorriendo cada tramo de tu cuerpo sin dejar nada por descubrir. Tocarte. Besarte como jamás lo han hecho. Y que toda mi erección acabara en tu interior, centímetro a centímetro, haciéndote llegar por segunda vez al éxtasis mientras gimes mi nombre. Llevarte a un orgasmo demoledor al mismo tiempo que te empujo en tu interior una y otra vez hasta correrme gritando como un puto loco. —¡Joder! Esto está siendo demasiado. Estoy a punto de correrme y ella está en la misma situación, casi ni respira. Incluso ha cerrado sus ojos y se ha dejado llevar por mi voz. Tengo que parar ya. Me recompongo como puedo—. Bueno, también existen otras opciones, no hay nada que una buena ducha fría no solucione.

Sin más, entro en la habitación. Ni siquiera la he mirado. ¡Maldita sea! Y maldito juego. ¡Voy a explotar! Menudo dolor de huevos. Esperaré a que se vaya y me meteré en la puñetera ducha de nuevo. Agua helada es lo que necesito.



CAPÍTULO 13. LO QUIERO TODO

Tardo varias horas en bajar a la discoteca. Aunque me he tranquilizado, aún no tengo ganas de volver a verla. Ha sido lo más intenso que he experimentado en mi vida con una mujer con la que ni tan siquiera me he acostado y eso ya es decir. Creo que, a estas alturas de mi vida, en este ámbito no me queda mucho por probar y aun así, sin duda, esto ha sido diferente. Ella es diferente y lo que me hace sentir multiplica por mil cualquier sensación. No sé qué narices ha ocurrido, pero lo que sea es real. Nunca he deseado tanto a una mujer como la deseo a ella y, precisamente, es la última a la que debería tocar.

Cuando llego, el equipo técnico que he contratado está colocando las cámaras de seguridad. Son de última generación y apenas se ven. Suelo utilizarlas para mis negocios en Los Ángeles. Nos van a venir muy bien. Todos están a lo suyo. Encuentro a Brian y a Lucía en la barra grande con papeles en las manos y me acerco después de haber dejado mi cazadora en el guardarropa; llevo unos simples vaqueros desgastados y una camiseta de manga corta.

—¡Ey! —saludo cuando los alcanzo—. ¿Todo bien? ¿Algún problema?

—Hola, hermano. No, nada de lo que preocuparse.

—Mmm —contesta Lucía a modo… ¿A modo de qué? ¿Gruñido?

—¿Eso es un nuevo saludo extremeño? —pregunto con ironía y dificultad, ya que esta última palabra me cuesta bastante pronunciarla.

Sigue concentrada en sus documentos. Me acerco a averiguar qué tan interesantes son, pero no llego a verlos con claridad. Ella levanta la vista y me mira. ¿Le habrá contado algo de esta mañana la pelirroja?

—*Panchurro* —contesta con firmeza.

—¿Cómo? —exclamamos los dos al unísono.

Ya me está volviendo a insultar con palabras raras, igual que su amiga cuando empieza con sus particulares lindezas.

—A ver, rubita… Yo no te he insultado.

—Ni yo tampoco, idiota —me corta con una expresión que no sé cómo definir—. ¡Ups! Bueno, creo que esto último no se podría considerar como tal, aunque lo parezca, ya que es casi un apodo cariñoso que te has ganado a pulso. Y sigues haciendo méritos para conservarlo, según parece… —aclara con chulería y yo abro mucho los ojos. Vale, han hablado. Brian simplemente calla con una mirada divertida. Por una vez él no es el capullo—. Antes has preguntado si era un saludo extremeño y no, era un gruñido como cualquier otro. Lo segundo, es algo habitual de eschucar aquí «panchurro». Es así como nos llamamos coloquialmente los habitantes de Fregenal. «Frexnense» es el gentilicio oficial.

Lo dice muy seria y con una mirada de advertencia de «no se os ocurra reíros». Nosotros no podemos hacer nada más que romper a reír a carcajadas. ¡Joder! No podemos parar. «¡Panchurros!». Dios, esto es demasiado. Jamás habíamos oído algo igual. Por un lado —y quiero explicárselo cuando pueda parar—, me parece un término original; pero, por otro, no me puede parecer más divertido.

Brian conoce mejor su cara que yo y para de reír. Se dirige a ella pero lo aparta.

—Que ni se te ocurra acercarte. Te estás riendo de algo sagrado para nuestro pueblo.

Ahora sí que está realmente enfadada. Ambos nos miramos, y volvemos a estallar de la risa sin poder remediarlo. Juro que no quiero, pero es que…

—Lucía, no te enfades. Compréndenos, mujer …—intenta explicarse mi amigo de nuevo.

—Que sepáis que me habéis hecho mucho daño.

Esa última frase nos hace parar. Si a ellos les molesta, no deberíamos reírnos así. En estos pueblos las tradiciones son muy importantes. A saber…. Está cruzada de brazos y nos fulmina con la mirada. De buenas a primeras es ella la que rompe a reír. ¡La madre que la parió! Aquí están todas locas.

—Seréis tontos —se carcajea a nuestra costa—. Es verdad todo lo que os he contado, pero, vamos, que a la primera a la que le hace gracia y le gusta bromear con ello es a mí. Ante todo, me siento orgullosa de ser panchurra —continúa riéndose mientras se marcha hacia la pista—. Si os hubieseis visto la cara… ¡Oh! Qué bueno.

—Cada vez tengo más ganas de irme de este nido de locos —mascullo cogiendo los papeles: son las facturas de esta semana.

—Pues a mí cada vez me gusta más —reconoce mi colega sin dejar de mirarla y ante mi mirada de asombro—. Sí, no me mires así. Lo que tienes que hacer para que la estancia sea más placentera es lo que he hecho yo: buscar una bonita distracción. Rubia, con estilo, elegante pero sencilla y que sabe llevar unos vaqueros como la más preciada de las prendas. Si ya le sumas su carisma y su espontaneidad, no tiene precio.

Estos últimos días lo estoy notando muy cambiado, ya no sólo en su manera de actuar, sino

también en su aspecto físico. Por trabajo, en nuestro día a día solemos vestir con traje y aquí vamos en vaqueros o ropa deportiva, camisetas y sudaderas —de marca, claro. Parecemos otros. Creo que Lucía le interesa mucho más de lo que cree. A las pruebas me remito.

—¿Estás seguro de que sólo es eso? —inquiero con malicia. Jamás lo había visto así con nadie. Esto le va a costar caro.

—Lo que tenga que ser será. Al menos yo no soy un cobarde.

¿Pero qué coño…?

—¿A qué narices viene eso? Yo estoy perfectamente. Sólo quiero que acabemos con esta mierda y que volvamos a nuestras vidas.

—Sí, sí, claro. Lo que tú digas. Sabes tan bien como yo que tienes algo pendiente y que, por cómo se os ve desde fuera, no creo que podáis aguantar así mucho tiempo más.

Sin decir nada más y sin dejar que yo le responda, se larga. ¡Todos están locos! Voy a perder a mi amigo si nos quedamos aquí. Cambiar de aires le va a venir genial.

Están probando el equipo con canciones de todo tipo. Es algo que debe hacerse a diario. Graves y agudos tienen que sonar perfectos. Ya he terminado con el papeleo y me dirijo a la pista. Desde donde estaba no veía la cabina. Alan Walker y su *Faded* suenan a todo volumen. En ese momento, nuestras miradas conectan. Está allí. Es la primera vez que nos vemos desde lo sucedido esta mañana. Noto cómo la letra de la canción va calando hondo en nosotros. La voy conociendo más de lo que me gustaría y sé que ese es su refugio, donde se siente protegida y donde le gusta evadirse estando sola.

Un momento… ¿Sola? No, definitivamente no está sola. El maldito DJ está a su lado y eso no me gusta nada, aun menos desde que conozco sus sentimientos hacia ella. Odio reconocer este sentimiento que me invade por dentro. ¡Maldita sea! Me debería dar exactamente igual y, por una extraña razón, no es así.

Mejor me pongo a trabajar y la evito. Nos queda mucho por hacer antes de esta noche. Llevamos toda la semana anunciando en diferentes medios medios que el sábado habrá una fiesta temática con DJs invitados —otra de las razones por las que tiene que viajar Brian a Los Ángeles — y que esta noche se anunciará más información. Esperamos alguna contestación por parte del cabrón ese. Estoy seguro de que a lo largo del día tendremos noticias de él.

He estado encerrado en la oficina este tiempo, tan sólo he parado cuando Brian me dijo que fuéramos a comer. Pensé que iríamos todos juntos y respondí que no, me apetecía muy poco verles las caras al DJ y a la pelirroja, pero me dijo que ya se habían ido ellos por otro lado. Fui y luego volví a la oficina, ya casi estaba todo en orden y al día.

Es increíble la cantidad de dinero que se lleva el maldito idiota ese. No me extraña que se escasee en ciertas cosas. Tiene que resultar verdaderamente complicado sacar adelante un negocio con la poca rentabilidad que consiguen sacarle. No obstante, Farah ha sabido hacerlo muy bien. Poco a poco ha ido sacando beneficios de las otras discotecas para ir solventando gastos extras en esta y lo ha hecho sin levantar ningún tipo de sospecha. Es lista y me ha demostrado con sus cuentas que lo tiene todo bajo control, pero no puede seguir así. Se acabó. Me haré cargo de todo y terminará la pesadilla.

Son exactamente las seis de la tarde y he quedado con los chicos que tienen que traer los carteles para la fiesta del sábado. Salgo a esperarlos a la barra, donde esperaba encontrarme con alguien, sin embargo, todo parece estar vacío.

Me dirijo hacia la pista, miro a mi izquierda y en la barra pequeña no hay nadie, ni en el altillo, ni en la cabina, o eso creo. No suena nada. Me falta supervisar el patio interior, donde está el almacén y la cocina grande que no se usa. Mientras lo hago, saco el móvil y leo un WhatsApp

de Brian: se han marchado.

«Todo está en orden, nos vemos a la noche. No te he dicho nada por lo concentrado que debías de estar.»

✔

¡Será payaso! Al final me tengo que reír. Ya me imagino dónde y con quién estará. Voy tan concentrado que, sin darme cuenta, acabo chocando con alguien. Me pongo en alerta.

Ella tampoco se había dado cuenta y su cara de pánico no creo que se deba a nuestro choque. Igual que yo, iba mirando el teléfono y se lo arrebato sin miramientos.

—¡Joder, gringo! Qué manía tienes de quitarme el móvil —se queja mientras intenta recuperarlo. Está muy cabreada y le sucede algo más que no logro descubrir.

—Si confiaras en mí, no tendría que hacerlo —replico muy serio mientras noto sus manos por mi cuerpo.

—Iba a enseñártelo —masculla sin convencimiento.

La fulmino con la mirada y ella hace exactamente lo mismo. No se amilana, no. Al final se da por vencida y deja de intentar quitármelo.

—Cualquier excusa es buena para tocarme, ¿no? —comento con sorna.

—¡Oh, por favor!

Se aparta un poco de mí mientras yo le sonrío impertinente. Después de morir varias veces a causa de sus miradas asesinas, me apoyo en uno de los muros de la pista y miro el teléfono.

¡Mierda! ¡Joder! ¡Maldito cabrón!

Es un mensaje del miserable ese, soy consciente de que lo esperaba. Sabía que tenía que llegar, pero no pensaba que fuera de esta manera y mucho menos que llegase a afectarme tanto.

«Nos vemos el sábado, princesita… Ponte ese vestido rojo putón que tanto me gusta. Ya sabes que me va el acceso fácil. Pórtate bien mientras tanto y serás premiada. De lo contrario, ya sabes.»

✔

No sé en qué momento he acabado en la otra punta de la pista, ni cuántas veces lo he leído. No puedo estar más cabreado. Juro que, si lo tuviera ahora mismo delante, no quedaría absolutamente nada de su cara. ¡Joder!

«De lo contrario, ya sabes». ¿Qué cojones significa eso? No sé si quiero o si estoy preparado para saberlo. Es una amenaza en toda regla y, lo que es peor, dudo que sea la primera. ¿Le habría pegado más veces? ¿Lo seguirá haciendo? No, no puedo seguir por ahí porque no respondo por mis actos y es lo último que ella necesita. Espero que confíe en mí. Tiene que contarme más.

Me doy la vuelta y la miro con detenimiento. Tengo que tranquilizarme. No puedo asustarla más. Me observa, pero su mirada está vacía. Debería centrarme en ayudarla como a una amiga cualquiera y ya está, pero la necesidad de protegerla se escapa de mi control. Respiro varias veces, me paso la mano por el pelo hasta acabar en mi nuca y comienzo a acercarme a ella. En ese momento un grupo de personas entra en la discoteca: los chicos de los carteles. Qué oportunos.

Ella se marcha corriendo a la cabina, está muy afectada. Quiero ir detrás pero no me queda más remedio que atender a los que acaban de llegar. En cuanto acabe, subiré.

Los carteles han quedado perfectos, justo lo que quería:

Stars’92
Le invita a su fiesta temática:

Lo mejor de la música comercial, dance, Break beat y House de los 80’s y 90’s
A cargo de nuestro Dj residente e invitado sorpresa
Horario: 11:00 a 01:00
Después de esa hora y hasta el cierre un Dj’ internacional hará las delicias de nuestro público con la música más actual.

La idea de la fiesta temática me vino a la mente a raíz de escuchar a Sonique como broche de oro cada noche en la discoteca. Todo el mundo asocia esa canción al cierre y la disfrutan como locos. Hacía mucho tiempo que no oía nada de aquellos tiempos y me gustó. Deduzco que sería poco menos crío que Farah en aquellos años, la pasión que sentimos ambos por la música no entiende de edades, ni de épocas.

Pago a los chicos y les doy unos carteles a ellos para que los repartan y coloquen en todos los lugares que puedan. Esta misma tarde los pondrán en varios pueblos.

Cierro bien la discoteca y cojo un cartel. No sé si es la excusa perfecta para subir o qué, pero creo que es la primera vez que necesito algo para acercarme a una mujer. Ahora mismo está hermética, distante, su cabeza debe funcionar a mil por hora y, sobre todo, debe de estar asustada. He retrocedido todo lo que había avanzado con ella estos días y es debido a un puñetero mensaje. Cada vez que lo pienso, la rabia me consume.

Una parte de mí me dice que no necesito nada de esto, que puedo subir ahí sin más y hablar con ella, centrarme en lo que tengo que hacer y punto, como he hecho siempre que he querido algo. Pero hasta este preciso instante no me he dado cuenta de lo diferente que es todo cuando se trata de ella. Creo que acabo de descubrir que me importa más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Hasta ahora mi cuerpo ha ido por delante y mi interior pugna por gritar lo que mi cabeza se niega a escuchar. No sé qué es, ni qué profundidad tiene lo que siento, pero poco a poco se está forjando algo que me hace temblar.

Quiero protegerla. Necesito protegerla. No la quiero ver sufrir más.

Mientras voy subiendo las escaleras no he dejado de mirar hacia la cabina, no la veo. Suena algo de música que no logro distinguir. Llego hasta la puerta con cautela y agarro el pomo con fuerza. Suspiro y entro.

La pequeña estancia que está antes de la cabina se encuentra vacía; pensé que estaría ahí. No ha podido salir. Cruzo la puerta para ir a su encuentro y justo comienzan a sonar los primeros acordes de *Love me harder*. Ella aparece en mi campo de visión. Está sentada en uno de los sillones con la cabeza agachada y oculta entre sus manos. En cuanto me ve, se levanta, parece sobrepasada. No decimos nada, sólo nos miramos intensamente. Ariadna Grande y The Weeknd empiezan a cantar su canción, la cual conozco de principio a fin. Una vez más la letra me sumerge en miles de sentimientos, me golpea de lleno y, por cómo me habla su mirada, está sintiendo lo mismo que yo. Parece escrita para nosotros y esta situación.

«Dime algo, lo necesito saber».

Necesito saber qué pasa por tu cabeza, pienso mientras escucho la letra.

«Luego llévate mi aliento y nunca lo dejes ir».

Esa idea cada vez cobra más fuerza en mi cabeza. ¿Qué me pasa? Su mirada dice tantas cosas… Son tantos sentimientos de golpe, que estoy perdiendo el poco control que me queda. Poco a poco me voy acercando. La letra continúa hablando sobre invadir un espacio y yo necesito hacerlo con el suyo.

«Me llevaré el placer y también el dolor».

Esa frase cala en mí, enloquezco por completo. Reduzco la poca distancia que queda ya entre nosotros, la tomo entre mis brazos y la beso.

Sus labios. Su boca. Sus manos. Su cuerpo. Su mente.

Lo quiero todo.

Es totalmente diferente a las veces anteriores. Ahora es mutuo. Estoy besando a la verdadera Farah. No hay más secretos ni engaños. Un deseo desenfrenado. Intenso. Primario. La suma de tanta tensión acumulada, junto con los nervios y la preocupación —de la que sólo deseo que se olvide—, y, sobre todo, la canción y su letra nos están adentrando en una espiral de sentimientos.

Mis manos vuelan por su cuerpo mientras ella gime y me vuelve loco. Sus manos se detienen en mi culo y yo gruño de deseo. Me aprieta contra ella y mi polla termina de despertar.

Joder. Necesito controlarme y con ella tocándome así será imposible. En el sexo jamás he dejado el control a la otra persona. Cojo sus manos y las subo por encima de su cabeza hasta que chocamos contra un mueble.

Gime. Jadeo. Es tan intenso…

Sin dejar de besarla, bajo una de mis manos y comienzo a descender lentamente con ella por su rostro. Nuestros ojos conectan. Sus pupilas están completamente dilatadas por el deseo. Su lengua descarada acaricia cada parte de mi boca y la mía hace exactamente lo mismo. Es una lucha de titanes.

Mi mano sigue descendiendo por su camisa. Los primeros botones están desabrochados y decido explorar. Ella intensifica su beso y lo tomo como una señal para que continúe. Desabrocho alguno más hasta que me poso sobre uno de sus pechos, cubierto por un sujetador que ni me molesto en mirar. No quiero perderme nada de lo que su mirada pueda ofrecerme.

Un ferviente deseo.

Comienzo a trazar círculos a través de la tela hasta que su pezón empieza a despuntar. Entonces, tiro y ella grita dentro de mi boca, pero no le doy respiro alguno. Intenta bajar sus manos, no se lo permito. La quiero accesible y pretendo que se olvide hasta de su nombre. Que disfrute tanto como pienso hacerlo yo.

La fiera que se aloja dentro de mí ha despertado y lo ha hecho como nunca…

Bajo la copa del sujetador y su pecho queda al descubierto. Un precioso pezón rosado llama mi atención. Sus pechos no son excesivamente grandes, pero perfectos para mí. En cuanto mi boca deja la suya y comienza a descender por su mandíbula y cuello, no puede controlar sus jadeos. Ese sonido llena la estancia, junto con la música, que no deja de sonar. Mi boca avanza en su camino hasta su pecho. Con la lengua voy trazando círculos sobre su botón, que se endurece aún más. Hago lo mismo con el otro, lo dejo al descubierto y le dedico la atención que precisa.

—¡Oh! ¡Joder! —se retuerce descontrolada—. Déjame tocarte… Las manos.

—Tranquila —susurro sobre el pezón, ese aire le provoca un escalofrío y se endurece aún más —. Lo harás.

Tiro de él con mis dientes, sin hacerle daño. Da un grito y la beso para callarla, luego la vuelvo a mirar. Está completamente expuesta para mí y no me puede gustar más. Sus pechos se elevan, su boca está hinchada y roja por mis besos y su mirada, su mirada…. Maldita sea. Es impresionante. Sus caderas buscan las mías y se restriega sin ningún pudor. Me encanta. Quiero que sea lento y hacerle las miles de cosas que se me pasan por la cabeza, pero necesitaríamos un tiempo del que no disponemos. La vuelvo a besar y tiro de su labio mientras comienzo a quitarle la camisa como puedo. En ese momento ella me muerde y noto el sabor metalizado de la sangre. Me paro y la miro: una guerrera.

—Demuéstrame lo que sabes hacer, gringo. Pero que sea rápido. Ya está bien de esperar.

No necesito más. A partir de ese momento todo es una auténtica locura. En pocos segundos

estamos sin ropa. Ambos nos habíamos visto casi desnudos, sólo nos faltaban por ver las partes más importantes. Aun así, su mirada descarada nos hace reír. Es preciosa y tiene un cuerpo de infarto. Por cómo me mira, veo que no debo de estar muy mal.

Mira mi erección y se humedece los labios. Hoy no habrá tiempo para ello. Son tantas las ganas que tengo de sumergirme en ella, que la quiero ya. La impulso con mis brazos hasta sentarla en uno de los muebles, justo a la altura perfecta para penetrarla. Rodea mi cintura con sus piernas, no me muevo. Ella decide deleitarse con mi cuello mientras tanto. Su ávida lengua se mueve en círculos por mi pecho hasta que llega a mi pezón y tira de él con menos cuidado del que lo he hecho yo. Me enloquezco. Busco un preservativo y la invito a ponérmelo. Cuando sus manos llegan a mi polla, un gemido escapa de mi boca sin poderlo remediar. ¡Joder! Nunca había sentido algo igual. A decir verdad, jamás había dejado que una mujer me lo pusiera. Noto cómo sus dedos exploran, me la agarra con fuerza mientras sube y baja. Mientras tanto mis dedos bajan a su sexo, compruebo si está preparada para mí. Introduzco uno y no necesito más: lo está.

Es demasiado. La deseo desde hace mucho. Ahora lo sé. Después de la semana que llevamos, no podía aguantar más.

Le quito el preservativo y me lo pongo. La penetro con fuerza mientras ella grita por la intrusión. No he sido cuidadoso, creo que a ella tampoco le ha importado. Comienzo algo lento, pero mis empellones se van intensificando.

Grita. Gime. Jadea.

—Esto es… ¡Oh!

No sé ni lo que digo. Nos besamos. Cogemos aire. Nos volvemos a besar. Grita. Se abre más para mí. Me aprieta con su sexo. Entro. Salgo. Me araña. Gruño. Es una locura.

—No pares —gime tirando de mi pelo.

—No pienso hacerlo.

Mientras sigo con mis acometidas, bajo mi boca de nuevo a sus pechos y ella echa la cabeza hacia atrás. Estas vistas son mejores de lo que me habría imaginado. Siento por cómo me aprieta que va a correrse. Ya no puede más y acelero su deleite bajando mi mano hacia su clítoris. Vuelve a gritar. Comienzo a moverme sin parar. Fuerte, duro, hasta que noto cómo se deshace entre mis brazos y grita mi nombre. Es la primera vez que lo escucho de su boca y que sea justo al llegar a un orgasmo que yo le he provocado hace que me derrame en su interior, alcanzando también un orgasmo demoledor que me ha sacudido por dentro más de lo que esperaba.

¡Joder! Estoy perdido.

Quiero más.



CAPÍTULO 14. UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE

Dicen que cuando una persona llega a tu vida y la trastoca de tal forma que ya no sabes ni por dónde vas, que aun sin conocerte logra remover tu interior como si llevara toda una vida haciéndolo y que no sale de tu cabeza por mucho que te empeñes, es porque es la persona indicada. Hasta el sexo deja de ser sexo para convertirse en algo más, algo superior que sólo sentirás si la encuentras, algo que te quema desde dentro y que te proporciona un sentimiento tan desconocido como adictivo, tan placentero que no querrás otra cosa que no sea eso con esa persona.

También dicen que no siempre se descubre a la primera, quizá se necesite un tiempo, un proceso. Al menos yo me quiero agarrar a esta idea, por si alguna de las teorías anteriores que dicen guarda similitud con lo que ella me ha hecho sentir. Si así fuera, definitivamente, estoy jodido.

Salgo de su cuerpo con mucho cuidado. Una de mis manos desciende perezosa por su brazo. Me gusta su tacto. Tiembla y cierra sus ojos. Le paso su camisa, aunque sé que no tiene frío. Es ese maldito momento en el que la razón hace presencia y la realidad se instala entre nosotros.

¿Qué hemos hecho? Ha sido algo incontrolable, un deseo desenfrenado. No tenemos nada, no somos nada; sin embargo, aunque no queramos, lo que hemos sentido está ahí, difícil de digerir, pero patente.

Si fuese una mujer cualquiera para mí, esta sería una situación normal: podríamos sentarnos con calma en los sillones, charlar e ir a tomar un café o simplemente repetir. Con ella es más complicado, no tenemos esa complicidad. No tengo ni idea de qué decir y eso sí que me resulta nuevo por completo —bueno, esto y casi todo lo que me ha pasado desde que llegué—. Mucho menos alcanzo a imaginar qué puede salir de esa boquita que cada vez conozco mejor. Pese a todo, no voy a dejar de ser precavido. Prefiero que sea ella la que rompa el hielo, quiero ver por dónde sale.

Nos vestimos en silencio, aunque oigo su cabeza funcionar a mil por hora, igual que la mía. La música se detuvo unos instantes antes. Evitamos mirarnos, pero la cabina no es tan grande. Sigue teniendo el pelo revuelto y está algo colorada; no es un tono preocupante, más bien uno diferente y al que no me importaría acostumbrarme. Termino de vestirme antes que ella y me apoyo en el cuadro de luces mientras la espero. Si hay algo que no me gusta hacer es dejar temas por hablar y esto necesita más que una conversación.

Si al menos he logrado que se olvide por unos instantes del maldito ese, ya me doy por satisfecho. Sé a ciencia cierta que le he dado más en qué pensar, espero que esto no sea peor.

—Yo… —comienza a decir sacándome de mi ensoñación. Después, para.

Está muy nerviosa y no cesa de colocar cosas que ya están en su sitio. Suspira y hace el amago de hablar en varias ocasiones, pero nada. Lo está intentando con todas sus fuerzas, pero es imposible. Una ayuda no le vendría mal, así que se la ofrezco.

—Tranquila, no pasa nada. Sigo siendo el mismo, pelirroja —bromeo para que se relaje y lo consigo.

Por primera vez desde que hemos terminado me mira y sonríe. Esa sonrisa me acaba de desarmar. Es tan sincera y natural que me parece preciosa. Yo también le sonrío e intento que no se note lo afectado que estoy. A los pocos segundos rompe a reír descolocándome por completo.

—¡Oh, dios mío! —exclama sin poder parar.

Al principio me siento algo tonto y confundido. ¿Se está riendo de mí? ¿Son los nervios? Al observarla mejor y ver la reacción tan espontánea que ha tenido, sonrío de nuevo. Misión cumplida. Si está en este estado, al menos no está pensando en problemas. Que se ría de mí todo lo que quiera. Creo que ha disfrutado bastante; su cuerpo se ha revelado como un excelente confesor y yo también, no lo voy a negar.

—Cuando quieras, si eres tan amable, puedes compartir conmigo el chiste.

Me finjo indignado y me cruzo de brazos. Se recoloca la maraña de pelos mientras se va calmando y me observa. Aún sigue con esa preciosa sonrisa en la boca. Pasa sin darse cuenta su lengua por los labios y acaba mordiéndoselos. ¡Joder! No se hace una idea de lo sensual que puede llegar a ser. Yo me acabo de dar cuenta de que no me he saciado de ella, de que la segunda opción de las planteadas antes de que ocurriera es real: quiero repetir. Eso, definitivamente, me va a traer muchos problemas.

—Perdona, no me he podido controlar. Quizá cuando te lo cuente te haga la misma gracia, aunque no sé yo…

—Prueba —la insto intrigado.

—Verás… Es que ahora no nos quedará más remedio que continuar con la tradición de mi familia y tendremos que, bueno… Ya sabes…

—No, no sé —mascullo bastante alerta.

—Pues eso, que tendremos que casarnos —suelta tan tranquila y sin un ápice de sonrisa.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Casarnos?

Pasan unos segundos en los que mi cara debe de ser un poema porque de inmediato rompe a reír de nuevo.

Pelirroja descarada. Así que le gustan las bromas pesadas. Perfecto. Es bueno saberlo. Yo tengo un arma mucho mejor que esa y a la que ya he comprobado que no se puede resistir.

En un abrir y cerrar de ojos está contra la pared y mi boca encima de la suya. No se oye más risa. Sólo nuestros gemidos. La beso con fuerza, sin darle tiempo a respirar, sin que se lo espere —aunque tampoco yo me lo esperaba. He actuado sin pensar—. Al principio se tensa, intenta separarse, pero intensifico el beso y mis manos no paran de tocarla por donde pueden. Al final, se deja llevar. Eleva sus piernas hasta que rodean mi cintura, la sujeto por el culo. Pesa igual que una pluma.

Gime. Jadeo.

No puedo pensar con claridad e imagino que ella aún menos.

Se restriega contra mí sin ningún pudor y hace que mi dureza pugne por ser liberada de la presión a la que está sometida. No me puedo controlar. No sé qué me hace esta mujer que no tengo el control sobre ninguna parte de mi cuerpo. Ella tampoco.

Lo más lógico sería parar, pero creo que es lo que menos me apetece en este momento y a ella no parece importarle, sino más bien todo lo contrario. Me va a volver loco con su ávida lengua recorriendo cada recodo de mi boca. Solo con besarme sería capaz de correrme y eso es algo que me da un miedo atroz. Necesito tener el control. Será como una despedida, sin hablar. Después tendremos oportunidad. No importa una vez más. Sólo sé que la deseo más de que lo que imaginaba y tengo que saciarme.

Sí, con una vez más bastará.

Como puedo la bajo y le quito los pantalones. Todo sin dejar de besarnos. Sus manos han dejado de estar enterradas en mi pelo para centrarse en mis pantalones. Sin duda, esta urgencia hace dudar de que lo hayamos hecho hace relativamente poco. No puede ser, pero es. Me bajo el pantalón y me coloco el preservativo mientras me lame el lóbulo de la oreja.

—¡Joder!

Gruño sin poderlo remediar, la elevo y, en el momento en que vuelve a rodear mi cintura con sus piernas, la penetro.

—¡Ah! ¡Oh! —grita volviendo a tirar de mi pelo.

Comienza la locura. Tan sólo se oyen nuestros jadeos y gruñidos acompañados por el choque de nuestras caderas. Intento que no sea muy fuerte para que no se haga daño contra la pared, pero no me puedo controlar. Va a ser rápido. Sus gritos cada vez son más fuertes y me vuelven loco.

Fuerte. Despacio. Duro. Suave.

Gimo. Grita. Jadeamos.

Noto que me queda poco y ella debe de estar igual. Intensifico las acometidas y el beso.

—¡Ah! Me voy a correr —gime contra mis labios.

—Dámelo, ahora.

Y, sin más, ambos nos corremos. Sin poderlo controlar y sin dejar de besarnos, sucede. Me bebo sus gemidos, su deseo. Se derrite entre mis brazos y esa es una sensación única. Nunca me había importado tanto que una mujer disfrutara de esta manera.

Está abrazada a mí, tengo que salir de ella. Intento con cuidado ponerla en el suelo mientras lo hago, pero no la suelto por miedo a que se caiga. Cuando nuestras miradas conectan, trago con dificultad. Es tan intenso… Su mirada me dice tanto, que lo único que puedo sentir es miedo.

Necesito aire. Espacio. Todo esto ha sido demasiado. Una vez más, no quiero que lo note.

—¿Sabes? No tenía ni idea de esa faceta tuya de humorista —comento con sorna mientras me recompongo. Ella hace lo mismo.

—Ni yo, no sé lo que ha pasado —reconoce bastante seria mientras termina de ponerse las zapatillas.

Tenemos que hablar de lo que ha sucedido, pero ahora no es el momento. Ambos estamos sobrepasados.

—Es tarde, será mejor que nos vayamos. Sólo vamos a tener tiempo de cenar y poco más.

Asiento y terminamos de recoger todo. Guardo los preservativos para tirarlos fuera. No quiero darle el DJ de qué hablar, aunque, por otra parte… No, mejor no. Cierra la puerta y se dispone a bajar las escaleras, antes la sujeto del brazo.

—Tenemos una conversación pendiente. Lo sabes, ¿verdad?

Me mira a los ojos, están casi negros, poco queda de ese marrón que me vuelve loco. Parece que pudiera leerme con ellos, traspasarme. Prefiero no pensar en esa posibilidad. Esta vez es ella la que asiente y nos marchamos hacia su casa, cada uno sumido en sus pensamientos.

***

—Acércame la salsa —me pide Loli sonriente.

Está demasiado feliz desde que su hija pasa algo más de tiempo en la casa. Joseph y ella aún no han tenido esa conversación que a mi parecer les hace tanta falta, pero entiendo que él no es tonto y Farah mucho menos. No pueden hablar sin que se descubra el verdadero motivo por el que ha hecho las cosas que ha hecho. Aun así, se le ve más relajado. Confía en mí.

Eso me tensa de inmediato. Confía en mí y mi padre también. No es que no lo haya pensado antes, no hago otra cosa, pero el hecho de haberles fallado es algo que me quema. Espero que nada de esto llegue a saberse, así no habrá problema.

Y, sobre todo, que no se repita.

Yo no lo tengo tan claro…

Con tenerlo claro yo, me sobra.

Lucía y Brian ya no esconden que hay algo entre ellos, aunque no le hayan puesto título. También están cenando con nosotros. Joseph y Loli presiden la mesa, Brian está a mi lado y, en frente, Lucía y Farah. Tomy no está. Tengo algo preparado para él, por eso le dije que solucionara todo y estuviera aquí mañana. Le he organizado una sorpresa que no se espera.

—Mike —me llama mi amigo, al que ni había oído, y deduzco que no es la primera vez que lo hace—. Otro empanado.

—¿Otro? —pregunto confundido mientras doy un sorbo a mi bebida.

—Sí —contesta Loli—. Estaba diciéndote que mi hija tiene una cara de cansada que casi no puede mantenerse con los ojos abiertos. Una cosa es que queramos que la discoteca vaya bien y otra es que acabes con ella —ríe abiertamente—. ¿Tanta caña le metes?

Sin poder remediarlo escupo la bebida y cae justo sobre la persona a la que tengo delante, que no es otra que la aludida. Todos se quedan sin habla durante unos segundos e inmediatamente después rompen a reír. Todos menos ella y yo.

—¿Se puede saber qué narices te pasa, gringo? —grita enfadada mientras se limpia y su color de cara sube a rojo de golpe.

—Farah —la amonesta su padre.

—Lo siento, se me ha escapado —intento disculparme sin reírme, porque no tiene gracia. No

lo consigo. Verla en modo Campanilla es algo que me encanta, más aún que se ponga tan nerviosa y saber que soy yo el motivo.

—Mejor me voy, no vaya a ser que pase algo peor.

En cuanto ella sale de la estancia, Joseph y Loli siguen riendo y hablando, pero las miradas de cierta pareja recaen inquisitorias sobre mí. Sé que creen que merecen alguna explicación y no pueden estar más equivocados. Al poco tiempo, Lucía marcha tras ella.

Farah

Subo a mi habitación. ¡Me ha escupido la bebida a la cara! No me lo puedo creer. Encima se ríe. Joder, es tan frustrante… Todo lo que siento desde esta tarde no me deja pensar y actuar con claridad. Ha sido impresionante. Realmente lo ha sido. Estar con él lo es y lo que me ha hecho sentir jamás en toda mi vida lo había sentido con ningún otro hombre. Nunca. Mi cuerpo fusionándose con el suyo ha sido una experiencia sublime.

Decido entrar en la ducha, necesito despejarme como sea para la noche que me espera. Estoy segura de que estando él cualquier cosa puede ocurrir y será de todo menos aburrida. Tengo que estar preparada para la supuesta conversación que sé que tendremos, pero es muy difícil. Conecto el reproductor de música e inmediatamente Robin Schulz y James Blunt aparecen con su *Ok*. Me quedo parada escuchando la canción y no, no puedo decir que todo está *ok*, ni tan siquiera si algo lo está.

Me desnudo y entro en la ducha. El agua caliente cae por mi cuerpo, que aún conserva su olor. ¿Difícil estar preparada? ¿Obviar lo que ha pasado? Me resulta imposible, más aún cuando todavía lo siento en mi interior, siento sus manos recorriendo cada parte de mi cuerpo, sus besos… Esos besos me han llevado hacia las estrellas y han removido cosas en mi interior que no sabía ni que existían.

Me estoy excitando otra vez. ¡Maldita sea! ¿Qué me ha hecho? Olvidarlo va a ser complicado. No es el deseo sexual que he podido tener hacia otros hombres, las ganas de pasar un buen rato, de disfrutar físicamente y ya… Lo que he llegado a sentir con él no era eso. Me atrevería a decir que ha sido mutuo, una pasión desbordante, sentimientos que hablaban a través de nuestras miradas, de nuestras manos, en nuestros besos. Era como si nuestros cuerpos se conocieran de siempre y se hubiesen reencontrado después de un largo tiempo. No tengo explicación para ello.

—Ya me estás contando todo —exige mi amiga dándome un susto de muerte y sentándose en una silla del baño.

—¡Joder, Lu! ¿En serio? —me quejo cogiendo la toalla y saliendo de la ducha. Se acabó mi momento de relax y creo que casi mejor, por los pensamientos que estaba teniendo. Aun así, no puede hacer lo que le dé la gana—. No puedo darme una maldita ducha tranquila, está visto que no.

Salgo del cuarto de baño, saco cualquier trapo del armario y comienzo a vestirme. Al contrario que a mi amiga, la moda es algo que me quema bastante. Visto bien, pero ante todo priman mi personalidad y la comodidad. Siempre me está echando en cara que estoy perfecta sin quererlo mientras que ella le dedica horas y horas a cuidar de su aspecto físico.

—¡Oh, vamos! No me vengas ahora con esas —sale riendo del baño y se tira encima de mi cama—. Sé que esta tarde ha pasado algo entre vosotros dos y merezco que me lo cuentes. Si hubieseis sido conscientes de las miradas que os habéis lanzado durante la cena, te aseguro que te habrías quedado de piedra. Chica, menuda tensión sexual.

Continúo vistiéndome e intentando ignorarla, pero es imposible. Necesito confirmar que ha sido real. Me voy a volver loca y, como me conoce, sabe que necesito hablarlo.

—No sé cómo pero ha pasado. Punto. No hay más que contar.

—¿Que no hay más que contar? ¿Te tiras a ese pedazo de gringo-capullo-besa-de-miedo-y-tiene-que-follar-mejor y pretendes no contarme nada?

—Sí, eso es, no pienso contarte nada.

—No te atreverás.

—Oh, sí que lo haré —afirmo mientras busco uno de mis botines negros con plataforma—. Además, tú no me cuentas mucho más, así que no puedes pedir lo que tú no haces.

—No me lo puedo creer, ¡si te lo cuento todo!

Su tono de dolida no me da ninguna pena, es totalmente fingido y sabe que acaba de perder. Desde que se acuesta con Brian no me cuenta mucho y no tiene excusa. Las dos nos retamos con la mirada, hasta que la suya se desvía hacia el escritorio. ¡Mi botín!

—¡Mierda!

No me da tiempo a decir más. Las dos nos abalanzamos a la vez sobre él y acabamos por el suelo con un porrazo en la cabeza abismal. De más está decir quién acaba con el botín.

—¡Serás bruta! Casi me abres la cabeza —me quejo mientras intento quitárselo sin conseguirlo.

—¿Esa cabeza tan dura? Lo dudo mucho.

Ambas acabamos riendo en el suelo, apoyadas contra la cama. Creo que necesitaba un poco de esto, de mi amiga.

—Últimamente no sacamos mucho tiempo para estar a solas, pero te prometo un café si al menos me cuentas qué tal estás después de esta tarde —aclara y me entrega el zapato—, hasta que llegue ese café en el que nos contemos todo, claro.

Sonrío y ella me corresponde.

—Confundida, rara, nerviosa y…, sorprendentemente, bien. Eso es lo que peor llevo porque no me había pasado nunca nada igual.

—Sabes lo que eso significa, ¿no?

—No quiero saberlo.

—Estás enamorada —no es una pregunta.

—No lo sé…

Y es la verdad. No tengo ni idea de qué narices siento, sólo sé que es inmenso y duele, duele mucho.

—Eso es amor.

Otra vez hablando en alto. ¡Joder!

—Será mejor que nos vayamos —sentencio levantándome y terminando de arreglarme.

—Al menos, dime si le cambiamos el nombre a gringo-capullo-besa-de-miedo-y-folla-mejor.

—Eres incorregible —no puedo más que echarme a reír, pero sé que como no diga algo no va a parar y le da exactamente igual quién esté presente—. Puede, puede que ese nombre le quede mejor, ¡incluso se queda corto! —grito riéndome y salgo de la habitación.

Ella continúa gritando por detrás barbaridades que dejarían de piedra a una monja, a mi madre desde luego no, pero no me apetece tampoco que oiga cómo de grande es la chorra del tío al que me tiré esta tarde —palabras textuales y dichas con malicia— y, mucho menos, que lo oiga el «tío» en cuestión. Ya se habrán marchado, menuda noche me espera.

Mike

Ya en la discoteca y, después de haber mandado a la mierda unas dieciocho veces a mi amigo, la situación se ha calmado un poco. No recordaba lo insufrible que podía llegar a ser. Parece una

puñetera portera de barrio. Ahora no puedo centrarme ni en ello ni en él. Tengo asuntos de los que ocuparme.

Marco tiene las descripciones de los hombres que trabajan para el miserable que no deja en paz a Farah. Con ellas y las fotos de este, tiene que asegurarse de controlar si entran o salen, cuánto tiempo están, a dónde se dirigen y hasta lo que beben y mean. Todo. Evidentemente no estará solo, pero eso nada más que lo sabemos Brian, Marco y yo. Hay dos chicos más de incógnito, no están autorizados para actuar, salvo el sábado que viene en caso de que sea necesario.

—¡Mike! —grita Alberto desde la barra.

Le digo que me dé un minuto mientras recojo unos vasos sucios y me acerco. La discoteca está comenzando a llenarse. Tenemos que tener los ojos bien abiertos.

—Dime, ¿pasa algo? —inquiero mientras dejo los vasos en la barra.

—No, me hacen falta más vasos de los anchos y están en el almacén. No damos abasto, ¿puedes ir?

—Sí, tranquilo.

—¡Y dos botellas de Puerto de Indias! —grita mi querida amiga la rubia.

—A ver, lo de los vasos es entendible, pero creo que dejé bien claro lo de tener todo listo en cuanto a botellas, ¿no? ¿Se puede saber qué narices habéis estado haciendo?

—Lo mismo que tú, capullo querido —responde atravesándome con la mirada.

Decido no contestar, ya que sólo hemos alcanzado a oírlo ella y yo. Por su bien, de esta se libra, pero creo que mi cara la advierte de que será la última vez que le aguante una así.

No tengo ni idea de cuánto sabrá o si Farah ha llegado a contarle algo cuando se ha marchado tras ella. Supongo que sí, se lo cuentan todo y, si no fuera el caso, se lo habrá imaginado igualmente.

Me dirijo al almacén, hay que cruzar toda la pista y lo hago con dificultad. Ya voy conociendo a muchas personas de aquí y todas son muy amables. Siempre quieren saludar y tienen buenas palabras para mí.

Cuando consigo llegar, busco las bebidas y las saco. Hago lo mismo con los vasos y me marcho. Lo dejo todo en la barra sin ni tan siquiera mirar de frente a la rubia, se la tengo guardada. Con lo poco que he podido ver en su mirada me hace saber que es consciente de que se ha pasado.

Decido ir a la otra barra para ver qué tal van la pelirroja y el otro chico. De pronto, Dua Lipa comienza con su magia, pero ya estoy muy cerca como para volverme. No sé qué me pasa cuando esta chica canta una canción. Jamás podré olvidar la que sonaba cuando nos conocimos, hacía referencia a la persona «indicada» o «la única» y cada vez que me acercaba a alguna de las dos… Ahora sé que eran la misma mujer, dos en una. Aun así, no me siento cómodo, me pone nervioso. Esta vez se trata de *Blow your mind,* tiemblo. Que la canción se ponga a lanzar besos mientras estoy cerca de ella no ayuda. Nada de su letra ayuda.

«Sé que estamos ardiendo»

Eso se queda muy corto.

Sin duda como siga así no solo explotará mi mente…

Nos miramos a los ojos unos segundos, se ha puesto nerviosa. Se recompone rápido y vuelve a servir. Lleva una blusa color plata, escote trasero de vértigo con un lazo negro anudado en la nuca para que no se caiga. Me entran ganas de deshacer ese nudo con la boca. Unos pantalones negros ajustados, tanto que parecen una segunda piel, completan su atuendo. Su sencillez es su mejor arma, no tiene ni idea de lo que provoca, al igual que su olor, ese olor que me envuelve

por completo cuando cierro los ojos. Por un instante, pensar en que otros puedan disfrutar de ello me pone malo.

Sólo con mirarla ya estoy como una moto y recordar lo de esta tarde hace que la desee aún más.

—Menos mal que has llegado, tío, necesito ir al baño. Cúbreme.

Sin darme tiempo de responder, el chico se marcha. Inmediatamente, tengo que entrar en la barra y comenzar a servir.

—Hola, compañera —susurro muy despacio en su oído cuando está de espaldas.

Noto cómo se eriza su vello al instante y se estremece sin poder remediarlo. Tanto es así que acaba cayendo un vaso. Intento disculparme con mi media sonrisa, pero me fulmina con la mirada. Yo sonrío más fuerte. Ya no puede controlar sus nervios cuando estoy cerca.

—Si vas a entorpecer más que ayudar, ya te puedes marchar.

—Vaya, vaya, y yo que pensaba que cuando se tenía una tarde como la que has tenido tú hoy una debía de estar más feliz y relajada —hablo demasiado cerca para que sólo lo podamos oír nosotros y, en un gesto inocente, rozo su espalda desnuda.

Puedo sentir cómo se abre cada poro de su piel. Se estremece y suspira de manera casi inaudible, pero se recompone rápido o, al menos, lo intenta.

—¡Menudo fantasma! —exclama con sorna, parece divertida.

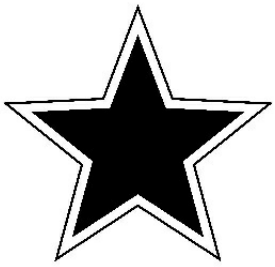
Es demasiado evidente lo que le ocurre, cada vez está más preocupada y necesito distraerla. Tengo que hacerle saber que, mientras yo esté aquí, no le va a pasar nada malo.

—¿Acaso no te ha gustado? —pregunto acercándome otra vez al mismo tiempo que no dejamos de servir copas.

Al principio creo que se va a decantar por regalarme una sonrisa, pero de buenas a primeras su cara va cambiando hasta ponerse blanca. Aunque estoy de espaldas, no hay que ser muy listo para saber lo que sucede y, poco a poco, me voy girando.



CAPÍTULO 15. NO ME DECEPCIONES



—Hola, guapo. Cuánto tiempo.

Aún no me he girado del todo cuando esa voz ya me ha taladrado por completo. En cuanto termino de hacerlo, la morena despampanante de la otra noche aparece en mi campo de visión. Lleva una blusa con transparencias en la que sus prominentes pechos quedan a la vista, prácticamente se salen fuera de un pequeño sujetador, si es que se le puede llamar así. Muy maquillada y pelo suelto. Sin duda, es llamativa, capaz de poner nervioso a cualquier hombre y de sacar de quicio a cualquier mujer, pero sé que la reacción de Farah no es por eso. Me vuelvo un momento para observarla y descubro hacia dónde mira. Está blanca y puedo notar cómo tiembla. Miro en la misma dirección que ella y veo a tres hombres de los que reconozco a uno. Estuvo aquella vez en la que casi quedan al descubierto; los otros sólo me suenan por las descripciones.

No dejan de analizar la situación y hablar entre ellos. Es como si todo se hubiera paralizado y no se escuchara ni música ni a los clientes pedir sus bebidas. Nada. Esta calma aparente dura poco. Varias personas comienzan a gritar exigiendo sus copas y me pongo rápidamente a servir

para que Farah salga del trance. Me acerco a ella e intento que se tranquilice. No deben notar nada raro o sospecharán.

—Escúchame —llamo su atención y sujeto su barbilla. Me mira a los ojos, está muerta de miedo. Se me parte el alma—, todo va a salir bien. Estoy aquí y no voy a permitir que te pase nada malo, ¿vale?

Sé que está intentando por todos los medios creerme, lo noto. Comienza a relajarse, aunque sólo a medias. Su mirada me transmite las palabras que no logran salir de su boca.

—¡Mike! ¡Guapo mío! Llevo días sin saber de ti, ¿no tendrías unos minutos para mí? Tu compañía siempre va a ser un grato placer, nunca mejor dicho —concluye la morena con una carcajada.

En ese instante todo cambia. Si había alguna posibilidad de tranquilizar a Farah, se ha esfumando como la luz. Creo que ni siquiera había reparado en la morena hasta que la ha escuchado nombrarme y, al parecer, no le ha gustado nada. El modo Campanilla empieza a alcanzar su límite. Se suelta de mi agarre y se pone a trabajar como una máquina.

—Pelirroja —la llamo, pero no me hace caso.

No tengo ni puñetera idea de por qué me siento en la obligación de tener que darle una explicación. Jamás he necesitado algo así y menos con alguien que no es nada mío. Soy libre. Somos libres. No somos nada. Me intento autoconvencer de ello a la misma vez que pienso en que le he fallado. ¿Qué narices me pasa? ¡Maldita sea si entiendo algo! Si ni siquiera sé su nombre. No tuvo ninguna importancia para mí, al menos, de lo que me acuerdo. De hecho, creo que por como iba dudo que nos dieramos un simple beso. Farah ni siquiera me mira, como si la pequeña burbuja inestable que construimos esta tarde hubiera estallado en mil pedazos. Sé que es lo mejor antes de que vaya a más, aun así necesito que me escuche.

Los clientes se están agolpando y piden sus bebidas. No puedo parar, pero llamo su atención a cada instante. Nada. No dice ni hace nada, sólo servir copas.

La morena continúa llamando mi atención y creo que hasta que no hable con ella no habrá manera de que se vaya. Tengo que dejarle las cosas claras: no pienso repetir. Sin embargo, la palabra «repetir» viene a mi cabeza y, automáticamente, Farah aparece a su misma vez.

Joder. Joder. Joder.

Sirvo a la morena y le digo que luego hablamos para que se marche, pero se queda cerca. Ahora mi Campanilla particular sí que no me quita ojo. ¿Serán celos? ¿Estará sintiendo algo por mí? Estas preguntas debería hacérmelas también a mí. Lo de esta tarde ha sido algo más que sexo, algo tan intenso que nos ha dejado noqueados, no hay duda. Cuando se da cuenta de que la he pillado mirando, vuelve a lo suyo.

Miro al fondo y me aseguro de que los hombres de antes no están. Así es, ni rastro. En cuanto pueda, iré a investigar. Los clientes a los que hay que servir cada vez son menos, aunque continúan llegando.

—Pelirroja —repito sin éxito—, escúchame al menos, ¿no? —nada, sigue sin contestar. Cada vez está más al límite, ella y también yo—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa? —exploto sin ninguna delicadeza mientras termina de servir una copa. Ella se agarra fuertemente a la barra—. Farah… —la llamo por su nombre, usando mi último cartucho.

Su nombre saliendo de mi boca hace que cierre los ojos y, cuando pasan unos segundos, por primera vez, me mira. Furia. Dolor. Miedo. Nerviosismo. Rabia. Eso es todo lo que me muestra y no me gusta nada, lo peor es la determinación que veo en ellos. Se acerca a mí con los puños apretados y me habla con firmeza:

—Escúchame bien porque no te lo pienso repetir. Llevo horas metida en una maldita burbuja

que me ha hecho replantearme cosas que ni siquiera entraban en mis planes. No tengo ni idea de cómo he entrado en ella; pero, sea por lo que haya sido, se acabó. Se ha roto por completo. Lo que ha sucedido entre tú y yo no va a volver a pasar. Nunca. Tengo asuntos muchísimo más importantes en los que pensar y nunca debí distraerme con nada ni con nadie, menos aún contigo —expone con demasiada rabia y acaba señalándome—. Más que ayudar, me acabas de perjudicar. Nunca deberían haberme visto así contigo y estoy segura de que habrá consecuencias.

Se lleva las manos a la cabeza e intenta calmar un dolor que yo le he producido y del que no estoy orgulloso. Creo que no es sólo eso lo que le ocurre. Se da la vuelta y continúa hablando para sí.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¡Joder!

—No va a pasar nada, te lo prometo —afirmo acercándome con cuidado.

—Ni te atrevas a hacerme promesas que no vas a cumplir. Tu palabra para mí no vale nada. ¡Nada! ¿Me oyes? —grita intentando controlarse. No estamos solos, aunque no haya nadie pidiendo.

—¿Crees que me conoces como para decirme eso? —igualo su tono con la misma rabia. No es justo que me culpe de todo—. No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente como para no fiarme de un mujeriego picaflor que no se compromete con nada si no hay sexo de por medio, que lo único que busca es pasar un buen rato y después «adiós», a quien lo mismo le da una que otra. He caído como una auténtica gilipollas. Pero ya se acabó. La burbuja se ha roto y lo he visto claro —manifiesta con furia acercándose a mí—: no quiero cerca a un tío como tú. Vuelve a tu vida de desenfreno a Los Ángeles y déjame en paz. Ahora eres libre, vete con tu lo que sea…

Es tanta la rabia que siento con cada palabra que ha salido de su boca que no logro pensar con claridad. Lo único que necesito es perderla de vista. ¿Cómo puede pensar eso de mí? Ni siquiera se ha molestado en conocerme para saber si lo que cree es verdad. ¿Le he dado motivos para pensar que no estoy comprometido con su problema? ¿Que no la voy a ayudar? No tiene ni puñetera idea. En algo coincidimos, no va a volver a pasar nada entre nosotros.

Intenta salir de la barra. Antes de que lo haga la sujeto del brazo y hago referencia a sus últimas palabras. ¿No piensa que soy un verdadero cabrón? Pues que sea con razón.

—Ahora y antes, pelirroja. Soy totalmente libre y hago lo que me sale de cierto sitio que tú conoces bien y que, por cierto, te ha proporcionado el mayor placer de tu vida —sentencio con arrogancia y rabia a partes iguales—. La única que no ha sido honesta y que ha jugado con alguien aquí has sido tú, pelirroja.

Me mira con los ojos abiertos como platos. La he dejado sin palabras y eso parece joderle aún más. Se suelta con ira y se marcha dando un empujón a la morena, que nos miraba sin perder detalle.

¡Maldita sea! En ningún momento he querido sacar a relucir su engaño —aunque llamarla «pelirroja», que se ha convertido en costumbre, se lo recuerda en parte a cada momento—. He hecho un esfuerzo del que no me creía capaz para entenderla. Lo he dejado pasar para no hacerle más daño. ¿Y ahora esto? ¿Ella es la que tiene la cara de decirme todas esas cosas sin motivo, sin ser «nada mío»? Como dicen por aquí, realmente estoy *flipando*.

Cuando vuelve el chico, la situación ya está mucho más tranquila y decido dejarlo solo. Tengo que hablar con la mujer a la que tengo enfrente y que no me quita ojo. Como hay mucha gente, atrapo su mano y tiro de ella hacia la calle. Será mejor que me dé un poco de aire. Soy plenamente consciente de las miradas sorprendidas de Brian y Lucía, tanto como lo soy de la de rabia que me dedica Farah. Pero yo no los miro a ninguno. ¡Que piensen lo que les dé la gana!

Después de bastante rato —incómodo—, creo haber dejado las cosas claras con Paula, así se llama. Ella no se ha mostrado nada comprensiva, pero no hay más que hacer. No va a volver a pasar nada. Aunque acaba «aceptándolo», me deja claro que siempre estará dispuesta a volver a pasar un buen rato. Aún sigo sin acordarme de mucho y ella alega que aderezó un poco nuestras bebidas. Maldita sea. Por su mirada —bastante habitual en mujeres similares a ella—, cabe incluso la posibilidad de que ni siquiera me acostara con ella y lo que busca es solo acabar lo que empezó.

Entro en la discoteca de nuevo y la busco. No pienso dejar las cosas así. Sé que todo ha podido ser producto del miedo y de los nervios, aunque me ha dolido más de lo que imaginaba. Cada vez es más fuerte el sentimiento que tengo hacia ella y me parece absurdo e irreal cuando hace tan poco tiempo que nos conocemos. Además, salvo lo de esta tarde, lo demás no ha sido muy grato. No nos soportamos. ¿Será eso lo que me atrae como imán al metal? ¿Que jamás me hubiesen tratado de este modo? ¿Que me pongan las cosas tan difíciles? Tengo la cabeza a punto de explotar.

No la encuentro por ningún sitio. Alcanzo a ver a Brian y voy hacia él. No quiero ser tan directo ni parecer desesperado, así que voy a preguntar primero por cómo está el tema con esos idiotas.

—Tranquilo, no hay nada de lo que preocuparse. Han dado varias vueltas, no han tomado nada y se han marchado. Lo que sí han hecho son varias fotos —me informa con cara de circunstancia—, a casi todo. Marco iba a intervenir, pero le he dicho que no.

—Has hecho bien, hermano. Hubiese sido peor. Mañana sin falta hablaré con el amigo de mi hermano, el policía secreta. No pienso dejar nada al azar, esto se va a poner feo. Y también pienso llamar a Mackenzie —informo sobre mi hombre de confianza y nuestro jefe de seguridad en todos los negocios—, ya he aguantado suficiente. Quiero que investigue hasta al último cabrón de esos.

Seguimos hablando, pero mis nervios por hablar con ella van a más. No lo resisto.

—¿La has visto? —no necesito decir más.

—No, hermano. ¿Qué narices ha pasado?

—Nada, luego te cuento —intento marcharme, me agarra del brazo. Lo miro extrañado por su cara.

—Mike… Nunca te había visto así. Ten cuidado, ¿vale?

Lo miro entre confundido y enfadado. No es momento de hablar y me marcho. Ya me explicará a qué cojones ha venido eso.

Me meto de lleno en la pista y, al mismo tiempo que veo pasar al DJ hacia la barra, comienza a sonar *Don’t let me down*, de The Chainsmokers. Entonces comprendo dónde está porque descubro quién es la encargada de la música justo ahora. Su letra me taladra por completo una vez más. Soy plenamente consciente de que va dedicada a mí, aunque su mensaje es tan directo que comienzo a creer que ha pensado que no estaría aquí para oírla. ¿De verdad ha llegado a pensar que me iría con la morena esa? Por la cara que pone cuando me localiza, en efecto, sí, lo pensaba. Comienzo a avanzar despacio sin quitarle ojo. Ella tampoco puede apartar la vista de mí. Mientras tanto, comenzamos una conversación no verbal y las frases sueltas van resonando en mi interior.

«Ahora mismo necesito un milagro».

Está muy asustada…

«Te necesito, así que no me decepciones».

Sus ojos me dicen eso mismo, pero su orgullo puede más.

«Creía que estabas a mi lado, pero ahora siento que nadie lo está».

No quiere ver la realidad. Estoy con ella, necesito que lo tenga claro.

Cuando llego a la puerta de la cabina, agarro el pomo, abro y entro. Cierro la puerta con pestillo. No quiero que nos molesten. Cruzo la sala anexa. Tiene los cascos puestos y ha empezado a mezclar con vinilos. No sabía que supiera. Tiene bastante soltura pinchando. Lo ha hecho para que no pueda acercarme. Me apoyo en uno de los cuadros de luces, cerca de ella y la observo moverse con maestría, demasiada. Al parecer, ha conseguido evadirse de todo.

Desde siempre he admirado a los DJs de vinilo, los de toda la vida. Me apasiona. Por más que he practicado, nunca me ha salido bien. Todo lo digital es una pasada, pero el mérito de las verdaderas mezclas es conseguirlo con estos ejemplares, que, por cierto, vuelven a estar de moda. Mi colección es bastante extensa, aunque no sea para mezclar.

Las veces que he venido a España he podido comprobar que en cada punto tienen su propio ritmo, su sello musical por así decirlo. No sabía que aquí gustara tantísimo el *Break beat*. Cuando Farah ha comenzado a hacer su magia, la gente se ha puesto como loca.

Hubo una época bastante larga en la que no escuchaba otra cosa. Me parece un estilo muy completo, el ritmo de la calle. También tendrá que ver que tenía amigos *b-boys* y que practicaban el *break dance*. Todo iba de la mano.

Hacía años que no lo escuchaba y parte de lo que está mezclando no lo conozco o no lo recuerdo. Verla mezclar y escuchar las maravillas que hace resultan absolutamente hipnótico. Si alguna vez volvemos a hablar civilizadamente, ya me explicara qué es eso que suena tan bien. Por un momento me parece reconocer un tema. ¿Puede ser que esté mezclando *Café del mar,* de Energy 52? ¡Es un clásico! Ya sí que creo que no puedo estar más impresionado.

Después de un tiempo que se me ha hecho muy corto y en el que ha conseguido que no piense en nada más que en ella y todo lo que me hace sentir, deja los cascos y pone de nuevo canciones más comerciales en el automático que supongo que tendrá siempre preparado el DJ. Comienza a sonar *Stay*, de Zedd con Alessia Cara, un tema impresionante que invita a moverse y que tiene una letra brillante.

Ella no se mueve del sitio, pero la tensión que ha vuelto a instalarse sobre sus hombros me dice que quiere hablar, solo que su orgullo es tan grande como esta discoteca. Creo que esta vez no soy yo el que tiene que disculparse, por muy superada que estuviese por la situación. No tenía ningún derecho a decirme tantas tonterías sin sentido. Sin embargo, una vez más, me va a tocar a mí romper el hielo.

—Farah…

—Lo siento…

Ambos hemos hablado a la vez y a mí me ha dejado sin palabras. ¿Se acaba de disculpar?

Se da la vuelta y el profundo marrón de sus ojos se adentra de lleno en los míos. Su mirada es triste, cansada, nada que ver con la de esta tarde. Haría lo que fuera por quitar eso que veo en ella y que todo volviera a ser una imperfecta burbuja, al menos así compartiría su carga y se olvidaría de todo lo demás.

Que se haya disculpado ya es mucho más de lo que me esperaba y parece sincera. Sé qué está haciendo un esfuerzo titánico por adaptarse a la situación de contar con mi ayuda. Para una persona tan independiente no es fácil, pero sabe que no le queda otra.

Me necesita y una parte de mí, desconocida hasta ahora, también la está comenzando a necesitar, aunque quizá de manera diferente. Esto jamás me había pasado ni lo había sentido antes. En este oportuno momento vienen a mi cabeza de nuevo mi padre y su maldito «imprevisto», ese que, según él, cuando llega a tu vida hace que cambie de manera radical. Ya

nada vuelve a ser igual. Lo que tanto he detestado y criticado parece que se burla ahora de mí una y otra vez de una forma descarada. ¡Qué suerte la mía! Con lo bien que yo estaba. Joder.

—¿Tanto te sorprende mi disculpa que ni siquiera hablas? —espeta de mala manera y con los ojos brillosos mientras me empuja e intenta salir.

Parece que han pasado siglos desde que hablamos a la vez y sólo han sido unos segundos. Salgo tras ella.

—Sí… No. Espera —contesto justo cuando está a punto de coger el pomo de la puerta y atrapo su brazo—. Espera, mujer. No es eso, es que me has cogido fuera de juego, nada más.

Parece calmarse, pero no se da la vuelta, sigue con el pomo entre sus dedos, subida en los dos escalones que dan a la puerta.

—No tenía ningún derecho a juzgarte —reconoce con voz inaudible.

—No, no lo tienes.

—Y tampoco a meterme en tu vida privada, con la que puedes hacer lo que te dé la gana.

—Tampoco —repito sin ponérselo nada fácil y sin soltar su brazo.

—Mucho menos dudar de tu palabra, con todo lo que estás haciendo.

Su voz ha comenzado siendo un susurro y cada vez que contesto se va fortaleciendo. No sé exactamente cuántas veces en su vida ha pedido perdón. Si lo ha hecho alguna vez, seguro que no le han dado tantas veces la razón. Yo no voy a ser de los que, si la otra persona mete la pata, pase por alto todo y vuelva a la normalidad sin que al menos le haga saber que con esa boquita puede hacer mucho daño si no piensa antes de hablar.

—Tienes toda la razón. Te has pasado y acepto tus disculpas — concluyo con tono triunfal. Un baño de humildad no le viene nada mal.

Se gira con rapidez y su mirada de Campanilla hace aparición. ¡Por fin! La prefiero mil veces a la que tenía antes. Se suelta de mi agarre y baja uno de los dos escalones. En este momento me saca la altura de una cabeza.

—Podías dejar de ser tan gilipollas al menos por unos minutos, ¿no? Como mínimo mientras me disculpo. Porque, claro, tú no tendrás nada que decir, ¿verdad? —inquiere elevando la voz y acercándose cada vez más.

—Lo de gilipollas es lo mismo que lo de Campanilla, no se puede cambiar, va en el pack —comento socarrón mientras ella abre desmesuradamente los ojos.

—¿Campanilla? Tú definitivamente has perdido la cabeza, ¿Qué narices significa eso? ¿Y de qué pack hablas?

Su cara me hace tanta gracia, que no puedo más que soltar una carcajada.

—Ya he aceptado tus disculpas, pelirroja. No pretenderás que me disculpe yo también, ¿no?

—¡Es lo mínimo! —grita bajando el último escalón y dándome con un dedo en el pecho.

—No tengo nada por lo que disculparme, lo sabes. De hecho, me debes una disculpa mucho más grande que todo esto —sentencio con firmeza mientras le aparto el molesto dedo de las narices.

Por un momento parece a punto de echarse a llorar. Todo esto la está superando y no debería ponérselo tan difícil, pero ella en su momento, cuando me engañó, se pasó sin pensar en las consecuencias. También necesito la disculpa de la pelirroja.

Lucha con fuerza por mantener sus lágrimas a raya; inevitablemente, una se escapa. Al igual que a mí mi firmeza. No puedo verla llorar ni sufrir. Es superior a mí. Intenta darse la vuelta e irse, se lo impido. No puede largarse así.

En un impulso incontrolable de mi cuerpo, la giro y me cierno sobre su boca. Lucha fervientemente por librarse de mis brazos, pero soy más fuerte. Cada vez que logra separar su

boca de la mía, vuelvo a ella. Grita de pura impotencia cuando no puede hacer más que dejarse llevar y de nuevo arraso su boca. Sus lágrimas saladas se cuelan entre nuestros labios. Son lo único que se interponen entre ella y yo. La llevo contra la pared mientras me araña y golpea como puede. Se tiene que calmar y no encuentro otra forma de hacerlo. La deseo con todas mis fuerzas.

¡Joder! Esto es muy frustrante. No controlo ni mi cuerpo ni mi cabeza y, mucho menos, otra parte de él, una sin la que no podríamos vivir, que se aloja dentro de mi pecho y la cual parece que ya no me pertenece…

¡Pum, pum! ¡Pum, pum!

Sujeto fuertemente sus manos contra la pared para evitar que continúe pegándome. Es entonces cuando se rinde al beso. A mí. A todo. La abrazo con fuerza y ella me corresponde.

Paso mis dedos bajo sus ojos y elimino así cualquier rastro de sus lágrimas sin dejar de besarla. Sus ojos están cerrados y yo no puedo dejar de observarla. Parece tan frágil…, tan diferente a la guerrera que quiere aparentar ser. Quiero que deje de sufrir, lo necesito.

—Deja de llorar, por favor —ruego con voz ronca sin soltar su cara—. Abre tus ojos, mírame. Estoy aquí —necesito recordarle que no está sola.

—No, no estoy… Segura —susurra entrecortadamente.

—¿De qué? —pregunto con miedo, no sé a qué se refiere.

—De… Todo, de que vaya a salir bien —contesta con sus ojos clavados en los míos. Estos me dicen que con ese «todo» también se refiere a nosotros y me da un miedo atroz. No sé qué ve en mi cara que hace que su mirada cambia un poco—. Sobre todo, tengo miedo de que seamos descubiertos —reconoce al fin. Sé que lo ha hecho por protegerse y por ahora me alegro de que sea así—. Si nos descubren… Yo no sé qué voy a…

—Qué vamos a hacer —corrijo haciendo énfasis en «vamos»—. Que te entre en esta cabecita —le doy unos toques con el dedo— que ahora no estás sola. ¿Cuántas veces es necesario que te lo repita o te lo demuestre? Sé que sólo somos amigos. Bueno, eso creo, al menos cuando dejas de querer matarme —bromeo y funciona porque sonríe—, pero también sé que ambos estamos comenzando a sentir por el otro —la sonrisa de ambos se borra ante una realidad patente nunca antes dicha. Me ha salido así, sin más, y ya no puedo retirarlo. No puedo hacer más que continuar con mis sentimientos, aunque me arrepienta en algún momento—. Déjate llevar, deja tu carga sobre mis hombros, yo cuidaré de ti.

Esta vez ha sido ella la que me ha besado. Y con ello me ha contestado sin palabras, con su cuerpo y algo mucho más profundo.

—¡Farah! ¡Abre la puerta!

Los porrazos y los malditos gritos del DJ nos sacan de nuestro estado. Nuestras caras deben de ser un poema. Al menos la suya está colorada, con los labios hinchados por mis besos y sus ojos rojos por el llanto.

—¡Abre de una vez! ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, dame un minuto —contesta recomponiéndose.

—Y si tan bien estás, ¿me puedes explicar por qué narices está la discoteca sin música? —grita cabreado al otro lado de la puerta

Justo en este momento somos conscientes de los silbidos y los gritos de la gente.

—Mierda —masculla y sale disparada.

Hemos perdido completamente la noción del tiempo y nos hemos evadido de todo cuando nos rodea. La burbuja nos ha vuelto a absorber. No suena nada hasta que ella vuelve a ponerlo en marcha. Yo no me muevo del sitio e intento calmar el bulto bajo mis pantalones antes de que

entre mi queridísimo amigo. Ella sale algo menos alterada y justo antes de abrir la puerta se gira y me mira directamente a los ojos.

—No me decepciones…



CAPÍTULO 16. DECISIONES

Dos grandes tostadas con un poco de aceite, tomate natural triturado y unas buenas lonchas de jamón ibérico del pueblo. Unos churros o porras, no sé cómo se llaman exactamente aquí. Un zumo de naranja natural y un café bien cargado. Es justo el desayuno que necesito en la terraza de un bar para reponer fuerzas y energía tras todo lo sucedido ayer y las tres escasas horas que habré dormido.

No he podido resistirme a salir a correr un poco. No ha sido tan intenso como los días anteriores, pero lo necesitaba. Normalmente me funciona y hace que me evada de todo un poco, hoy ni eso lo ha logrado.

Tras lo que pasó en la cabina antes de que llegara el maldito DJ, creí que continuaríamos donde lo habíamos dejado. No fue así. Él entró hecho una furia en cuanto Farah abrió la puerta. Nos miró a ambos —más bien nos escaneó— y dedujo lo que quiso. A esto último ayudé quitándome supuesto carmín de los labios sin que ella me viera y con una sonrisa que estoy seguro de que me hubiera borrado de una patada. Cuando se cansó de analizarnos, ya que ninguno decía nada, nos echó fuera. Si Farah hubiera intentado quedarse, obviamente no me

hubiera movido. Creo que ella también lo supo, porque se marchó a toda prisa y yo, más calmado, detrás. Desde ese momento, ella se centró en trabajar y cuando cerramos se fue a casa de Lucía. Poco pude hacer. Por otro lado, necesitábamos espacio.

Mi móvil comienza a sonar. Es Brian.

—¿Dónde estás? —suelta nada más descuelgo.

—Buenos días, ¿qué tal estás? ¿Has dormido bien? —respondo con ironía.

—Después de lo de anoche no te mereces ni que te llame, así que al menos date por satisfecho.

—Por lo que oigo, el satisfecho aquí no eres precisamente tú —río sin poder evitarlo—. ¿Pasa algo?

—Vete a la mierda.

—Oh, venga, vamos. No te cabrees, joder. Eres más sensible que una tía.

—Sí, quizá sea eso lo que te falta a ti, un poco de sensibilidad con las tías. ¿Qué coño pasó ayer con Farah para que se fuera así? ¿Y qué pasó en la cabina?

—Nada —respondo sin ninguna pizca de humor.

—Nada —repite con sorna.

Casi puedo verlo a través del teléfono. Estoy completamente seguro de que tiene esa sonrisita estúpida con la que se ha ganado a más de cuatro chicas y que ahora, según él, sólo pertenece a una. ¡Ja! Eso no se lo cree nadie y, si fuera así, es que está bien jodido.

—¿Vas a contarme algo interesante o lo de seguir callado se ha puesto de moda hoy? Brian, estoy terminando de desayunar, momento que estaba siendo una delicia hasta que me has llamado.

—Perfecto, ya tengo lo que quería —ríe con malicia y yo frunzo el ceño—. En cuanto llegues a la casa me buscas, idiota.

Sin más, cuelga quedándome con una cara de eso precisamente: de idiota. ¿Qué narices querrá? En fin. Terminaré e iré pronto.

Llego y me voy directo hacia la ducha. Que espere sentado si cree que buscarlo va a ser lo primero que haga. Cuando termino me pongo unos vaqueros cualesquiera, deportivas y una camiseta de manga corta negra. El día está bastante bueno.

Cuando bajo tampoco me cruzo con nadie, así que me dirijo al despacho de Joseph.

—¿El desayuno era con final feliz o algo así? —inquiere con malicia mientras no levanta la cabeza de los papeles que tiene delante.

—A ver, capullo, ya me estás cansando. ¿Se puede saber qué te pasa? Ya en serio —concluyo y me siento frente a él.

—Nada —responde levantando la cabeza para mirarme.

—Nada —repito con mi sonrisa de medio lado, igual que hizo él hace un rato, aunque aquí va a ver una clara diferencia: él no es igual que yo. Su mayor debilidad es que no puede estar callado y, mucho menos, no contar las cosas.

—Sí, ese «nada»… —afirma dejando los papeles y comenzando a dar vueltas por el despacho —. Ese «nada» consistía en tener una noche tranquila, sin ningún problema y, por supuesto, que terminase al lado de Lucía. Yo sí sé lo que quiero y es pasar todo el tiempo que pueda con ella antes de irme. Pero un pedazo de gilipollas, que no es capaz de hacer las cosas bien ni de parar de meterse donde no lo llaman, me ha fastidiado por no haber dejado a su amiga en paz. Ya me has dejado claro que no quieres nada de nada con ella, que no se puede. Si es así, tus actos te contradicen y sabes qué parte gana, ¿verdad?

¿Qué parte gana? Eso querría saber. ¡Maldita sea! ¿Es así como se está viendo desde fuera?

¿Están comenzando a darse cuenta de lo que, al menos yo, no veo o no quiero ver? Está claro que mi amigo sí lo hace y eso me jode muchísimo, ya que ni siquiera sé qué me pasa exactamente.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—¿A qué viene esa pregunta, Brian? ¿Y a qué viene todo esto? —pregunto hastiado al mismo tiempo que me levanto, igual que él.

—Viene a que desde que éramos niños nos hemos contado absolutamente todo y, cuando digo todo, es todo. No hay nada que no sepamos el uno del otro. Y lo que no nos hemos contado ha sido porque lo hemos vivido juntos —hace una pequeña pausa para que diga algo, pero me niego. No hay nada que añadir, continua—. Te entiendo mejor de lo que crees, porque estoy casi seguro de que te pasa igual. He reconocido lo que siento por Lucía y es algo especial, diferente. Tengo claro que quiero algo más y tú me conoces mejor que nadie. Nunca hemos sido de «algo más», pero ha ocurrido. No sé cómo, pero está aquí y no pienso dejar pasar esto por una supuesta ley que nos impusimos. Quiero conocerla mejor y ver hasta dónde llegamos.

Decir que me ha dejado sin palabras es quedarse corto. Me podía imaginar algo, pero jamás que fuera tan intenso. Por un lado, me alegro mucho por él, por todo lo que está experimentando; por otro, lo envidio. Él puede reconocerlo y vivirlo libremente, no tienen nada y a nadie que les impida hacerlo. Lo nuestro —si es que alguna vez podemos llamarlo así— es mucho más complicado. El sentimiento por Farah que me estoy negando a reconocer cada vez toma más fuerza; sin embargo, al mismo tiempo no dejan de interponerse personas y situaciones que nos alejan.

No tengo ni idea del punto en el que estamos y lo último que haría sería hablar de ello.

—Me alegro muchísimo por ti, hermano —digo con sinceridad, lo abrazo y él me corresponde —. Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para ayudaros, os apoyo de manera incondicional. ¿Ya lo has hablado con ella?

—No, aún no —reconoce mientras se sienta de nuevo en la silla; yo, en la mesa—. Eres el primero al que se lo cuento, como siempre —eso suena a pulla, pero lo ignoro—. Quiero aprovechar que esta semana vuelvo a Los Ángeles para poner en orden mis ideas y sentimientos, ver si están claros. ¿Me entiendes? —afirmo con la cabeza. Claro que lo entendía. Si yo pudiera, también lo haría—. Siento que sí es real, es algo demasiado fuerte.

El sonido de mi teléfono me salva de seguir con la conversación y menos mal, porque me tocaría contestar a sus preguntas. Es peor que una tía.

—Lo siento, tengo que contestar —señalo el móvil mientras me fulmina con la mirada—. Marco, dime —digo cuando descuelgo.

Me cuenta que han revisado las cámaras de seguridad y no han encontrado nada raro en ellas más allá de lo que ya sabíamos. Simplemente habían tanteado el terreno. Supongo que esta noche harán lo mismo.

Mientras hablo con Marco, Brian me pone encima de la mesa la pila de papeles que tengo que ir firmando para que se lleve a Los Ángeles. Odio el papeleo, soy más de acción. Entonces, recuerdo que tengo que llamar sin falta a Mackenzie. Lo hago sobre la marcha en cuanto acabo de hablar con nuestro hombre de seguridad y le informo de la situación. Me responde que, sin problema, en menos de veinticuatro horas tendré toda la información en mi correo. Me indica las pautas que debo seguir. No dudo de sus consejos, es el mejor. También llamo al amigo de mi hermano: el policía de la secreta.

Los datos que me ha proporcionado mi hermano del policía son escasos, como esperaba, tiene que ser así. De hecho, Brandon ha tenido que avisarle de que voy a llamarlo, de lo contrario, ni

tan siquiera me atenderá. Al parecer, pertenece al CNI y es un puesto que se ha ganado gracias a una colaboración que hizo en un importante caso. Era un policía nacional y lo ascendieron cuando concluyó.

Cuando termino de hablar con Mackenzie, le indico a Brian que vamos a llamarlo y activo el altavoz. Espero que nos pueda ayudar poniéndonos en contacto con alguien que no sea la policía del pueblo. No quiero que nadie —y mucho menos Farah— sepa nada. Entiendo que no es un caso tan relevante como para que se ocupe él ni mucho menos, pero con contarle la situación y que nos ayude bastará.

—¿Sí? —contesta una voz ronca al quinto tono.

—¿Fabio Márquez? —pregunto con seguridad. Un silencio se instala en la línea, aunque sé que está ahí. Continúo, es lo que él espera—. Me llamo Michael Walker y soy hermano de Brandon. Sé que te ha avisado de mi llamada y espero que puedas atendernos.

Lo oigo suspirar. Al instante comienza a hablar.

—Poca información le proporcionaste a tu hermano Brandon. Espero que a mí me puedas dar más. Veré lo que puedo hacer.

Comienzo a narrarle absolutamente todo lo acontecido desde que llegué. Al principio se le notaba algo seco y distante pero luego se ha ido relajando y la conversación fluye mejor. Al parecer, llevan tiempo detrás de una organización de estafadores, falsificadores de dinero y traficantes de droga. Todo lo hace el mismo grupo y cree que puede tratarse de algunos de ellos. Por lo visto, vienen desde el sur y ya están expandiéndose por gran parte de España.

Le he contado el plan que tenemos y me ha asegurado que podremos contar con parte de su equipo para el sábado que viene, ya que tienen que bajar por otro asunto a Extremadura. En su caso, no venía por motivos de trabajo, sino porque al parecer también es su tierra: Losar de la Vera es su hogar.

—Mándame todo lo que tengas: fotos, documentos, vídeos, mensajes… Lo que sea, incluso aquello que te pueda parecer insignificante. Vamos a empezar a hacer averiguaciones sin que la chica aún lo sepa, si es lo que quieres.

—Sí, eso es lo que quiero. Créeme, es mejor así. No serviría de mucho. Seguro que nada de esto le parecería bien y la pondríamos más en peligro.

—Tranquilo, por el peligro no te preocupes. Está en buenas manos. ¿O tú dejarías que le pasara algo? —comenta socarrón.

¿Tanto se me nota lo que me importa Farah que incluso un hombre al que no conozco me ha calado por teléfono? Estoy muy pero que muy jodido.

—No, definitivamente, no le pasará nada —aseguro con firmeza.

—¡Ay! Las mujeres… —exclama en un tono diferente—. Cuántas locuras nos hacen cometer. Bueno, pues, si necesitas cualquier cosa, me llamas y no por mi nombre, los amigos me dicen Broco. Tu hermano ya lo sabía, pero no está autorizado para decírselo a extraños si no es con mi consentimiento y no lo tenía —ríe, me cae cada vez mejor—. Estamos en contacto. Adiós, Mike. Adiós, Brian.

Sin darme tiempo para despedirme, cuelga dejándonos con los ojos como platos. Lo de que haya utilizado mi diminutivo, si ha hablado con mi hermano —por supuesto, le preguntaré de qué se conocen y hasta qué punto—, lo puedo llegar a entender. ¿Pero lo de Brian? Si ni siquiera ha hablado. ¿Cómo narices sabía que estaba aquí?

***

Ya casi es la hora de la cena y no he visto a Farah en todo el día. Me ha resultado imposible bajar a la discoteca. Debido al viaje de Brian, había mucho que organizar. Hemos tenido varias videollamadas importantes y una videoconferencia que no podía esperar.

Algunos clientes me están dando más problemas de los que esperaba y sé que se debe a que yo no estoy allí; de otro modo, no se atreverían a cuestionar absolutamente nada y ya estaría todo solucionado.

—Brian, tengo la solución para Pach y su puñetero problema. He revisado los informes e incluido los cambios y especificaciones. Si ese imbécil no quiere arruinarse más de lo que está, tiene que, al menos, vender el setenta y cinco por ciento de sus acciones a Global Enterprise y que conste que estoy siendo permisivo. Si por mí fuera, ya lo habría arruinado por los problemas que me está ocasionando.

—No lo va a aceptar y lo sabes.

—Me importa una mierda lo que piense. Es mi última palabra. Él lo sabe y tú también. Si no accede a eso en una semana perderá su negocio y prácticamente todo su capital. Se lo comunicas en cuanto llegues y, si tiene algún problema, que me llame, aunque lo dudo…

—Será un placer verlo llorar, es un auténtico imbécil. ¿Y sobre Linon?

—Esa empresa tiene mejor salida. Lo tienes todo en el informe. Quizá resulte más complejo pero la solución que he encontrado les beneficia mucho más. También tienes varias sugerencias para las otras dos empresas.

Le paso todo el material y lo dejamos por el momento.

Estoy en la habitación y acabo de coger la ropa para ducharme. Unos vaqueros negros, una camisa de esas que se ajustan bastante, blanca con algunos adornos en diferentes tonos de verde, y mi inseparable chaqueta. Al salir de mi habitación, no puedo resistirme a mirar una vez más hacia la puerta de la suya. ¿Por qué esta odiosa obsesión por saber dónde está? Me estoy volviendo gilipollas.

Sigue sin estar en la casa. Decido dejarle un WhatsApp. Mucho he tardado, tenemos temas que tratar de la discoteca.

Sí, sí, claro… Será que no os vais a ver en un rato...

Maldito subconsciente.

«¿Vas a venir a cenar? Tengo que hablar contigo.»

✔

Espero un poco a que conteste. No lo hace, así que entro a ducharme. Si no aparece, que no se queje después. Le he dado la oportunidad. Haré lo que crea conveniente por el bien de todos, con o sin su consentimiento.

Salgo de la ducha y me dirijo a la habitación, se me ha olvidado la ropa. Mientras me visto, reviso el móvil y tengo un mensaje de ella.

«No. No me va a dar tiempo. ¿Qué tienes que decirme?»

✔

Cuando lo leo, un humor de perros se apodera de mí. ¿Con qué narices está tan ocupada? Mejor dejo de pensar y le contesto.

«Si no vienes, no lo sabrás. Pero no te preocupes, continúa con tus ocupaciones. Sean las que sean…»

✔

Dejo el móvil en la habitación sin esperar respuesta y bajo a cenar. Ya está todo decidido, no pienso volver atrás en cuanto a lo que tengo pensado.

Una vez más, Loli se ha superado. Nos ha dispuesto una cena por todo lo alto: chuletas con guarnición de verduras asadas en la barbacoa, junto con una variedad de salsas de todo tipo y muchas cosas más. Hoy, por fin, hemos conocido a la chica que la ayuda de vez en cuando, ya se ha marchado.

—¿Qué va a ser de mi vida después de esto? —se queja Brian con dramatismo y no le falta razón—. Estás consiguiendo que no me quiera marchar de tu casa, Loli.

—Bueno, tienes una semana para comprobar si puedes sobrevivir —le recuerdo para picarlo.

Todos ríen por ello menos él. Yo simplemente sonrío, ya que ni siquiera sabe lo que tengo preparado. Como siempre, estamos todos menos Farah, incluido Tomy.

—¡Ay! Calla, ahora en serio, te voy a echar mucho de menos Brian. Vuelve pronto —añade Loli con cara de pena.

—La verdad es que no sería necesario tener que echarlo de menos…

—¡Mike!

—Joder, tío, ya te vale.

Tanto Loli como mi amigo me reprenden y entonces sí que rompo a reír. Entre eso, el vino y que casi hemos acabado de cenar, mi humor se va reponiendo.

—Si me dejarais terminar de hablar, no parecería lo que no es —me quejo mientras me sereno un poco—. Me refiero a que todos podríais acompañar a mi queridísimo amigo —hago énfasis en mis últimas palabras y continúo— y así, aparte de darles una grata sorpresa a mis padres, aprovecháis el viaje para desconectar. Aquí está todo controlado, Joseph —lo miro intensamente para que vea mi seguridad—. No hay nada de lo que preocuparse. Además, creo que cierta persona —clavo mis ojos en un Tomy sin palabras— va a vivir un gran sueño.

—¡Oh, sí! —exclama Tomy dando saltos y voces.

Todos nos echamos a reír ante su reacción. Poco a poco, los voy convenciendo. Brian, después de la sorpresa inicial, se une a mi propuesta e insiste en que viajen con él. Me conoce demasiado bien como para saber que todo está más que pensado y que todo lo que hago es por algo. Nunca dejo nada al azar. Es fácil de entender: los quiero fuera de aquí. Distancia y protección. ¿Qué mejor lugar que a miles de kilómetros?

—¡Si ellos no quieren, me voy yo solo con Brian! —asegura Tomy, al que no hay quien convenza de lo contrario y esto me alegra, ya que es quien más me interesa que esté lejos de aquí.

—Está bien, está bien… Nos marcharemos todos, se hará como tú digas.

—¡Sí, sí, sí! —vuelve a saltar una vez y otra su hijo—. ¡Nos vamos a Los Ángeles!

—¡¿Que os vais a dónde?! —grita una voz muy cabreada que conozco demasiado bien como para darme la vuelta.



CAPÍTULO 17. LA VERDAD



—¡Tata! Nos vamos a casa de Mike o de sus padres, no lo sé —duda su hermano, que ahora mismo parece que tiene unos ocho años. No puedo más que sonreír, entiendo que, para cualquier chaval, esta es una oportunidad de oro—. ¡Nos vamos a Los Ángeles!

Al fin, ella reacciona y comienza a andar entrando en mi campo de visión. Evidentemente, cuando nuestras miradas se cruzan, me fulmina sin disimulo alguno. Yo agrando mi sonrisa. *Te lo advertí, pelirroja*, le digo con la mirada.

—¿Y se puede saber a qué narices viene todo esto? —pregunta con aparente calma.

Entonces me fijo en las profundas sombras bajo sus ojos. No lleva ni una gota de maquillaje y va vestida con unas simples mallas negras, una blusa cualquiera, una chaqueta vaquera y las deportivas. Un moño alto que ha debido de tener momentos mejores completa su desaliñado atuendo. Parece agotada y me gustaría conocer el motivo exacto y verdadero de por qué. Todo lo que está viviendo influye, pero hay algo más…

—Viene a que he pensado que unas vacaciones pagadas es un gran regalo para todos. Así podrán reencontrarse con mis padres y tu hermano vivir su sueño —respondo con cautela.

—¿Me he perdido alguna parte en la que se te hayan asignado también las decisiones sobre *mi* familia?

—¡Farah! —la amonesta su padre.

—Hija, Mike solo quiere ser amable. Creo que es una excelente idea —intenta mediar su madre algo confundida por su actitud—. ¿Te sucede algo?

Al ver cómo todos la miramos y, sobre todo, al comprobar que esta batalla está perdida para ella, palidece un poco y decide marcharse sin más de la cocina con un simple «no, me parece bien. Sólo estoy cansada».

Es evidente que algo más sucede y no me pienso quedar quieto. Me levanto y me disculpo para ir a hablar con ella sin necesidad de esconderlo. Sus padres parecen agradecidos, de modo que me dirijo hacia su habitación sin demora.

Lo primero que me sorprende al llegar a su puerta es que esta, precisamente, esté abierta. Sabía con toda seguridad que iría tras ella, al menos, me la esperaba cerrada. Entro y todo está como hace un rato. De ella ni rastro. Miro en el baño y tampoco. De hecho, creo que ni ha llegado a su cuarto. Pero sé que ha subido porque la he escuchado subir las escaleras. Decido ir habitación por habitación, tanto en la primera planta como en la segunda, hasta que llego a una puerta que no está cerrada del todo. Deduzco que con las prisas ni lo habrá pensado. Nunca he entrado en ninguna estancia de esta casa sin que se me haya dado permiso antes, aunque si Loli me escuchara decir eso me mataría, porque esta también es nuestra casa, según ella. En cualquier caso, no sé qué se esconde tras la puerta.

Abro con cuidado y descubro que son unas escaleras muy estrechas y oscuras. No lo pienso ni un segundo, ya voy por la mitad. En ese momento, caigo en la cuenta de que existía una tercera planta en la que supuestamente había una terraza y una buhardilla o algo así. Nunca había subido.

Ahí está su silueta oscura bañada por las sombras de la noche. Incluso con la poca luz y la distancia puedo notar perfectamente el peso que carga. Cada vez es mayor y algo dentro de mí vuelve a resurgir con fuerza. Ya no puedo más. No quiero verla así. Se acabó.

Está apoyada en una pared baja que hace de baranda. Con la vista puesta en un horizonte al que mira, pero estoy seguro de que no ve. Este lugar es maravilloso. Idílico. Las vistas son increíbles —hasta para quien no quiere o puede verlas—; el imponente castillo se alza ante nosotros. La brisa nos acaricia de una manera tan sutil que nos hace estremecer y el simple hecho de respirar hondo, en este lugar, sale solo. Si estuviera en su situación y tuviera este lugar en mi casa, habría hecho lo mismo. Subir aquí. Evadirme un poco.

Me acerco a ella lentamente, porque no quiero asustarla. Si en algún momento ha notado mi presencia, no lo ha demostrado. Justo cuando estoy a unos pasos de ella, me fijo en el suelo: ha tirado su móvil y su pantalla tiene algún que otro destrozo. No puedo evitar tensarme. Me hago una amarga idea de todo.

—Farah… —susurro poniendo un brazo sobre su hombro. Da un pequeño salto, pero no se da la vuelta.

Al llevar el pelo recogido, noto cómo lo poco que veo de su piel se ha erizado por completo. No puedo evitar llevar mis dedos ahí, acariciarla, tocarla sin ninguna excusa. Sin miedo a nada. Ella se deja llevar los primeros minutos; después, un sollozo que me desgarra el alma se escapa sin querer y sus hombros tiemblan por ello. Ella entera tiembla. Le doy la vuelta y la abrazo fuertemente.

—Tranquila, todo va a salir bien. Estoy contigo… — ¿nena? ¿Cariño? Es tal la desesperación que siento por quitarle toda la mierda que lleva encima que he estado a punto de cometer un error

garrafal. Quiero que se tranquilice, pero por ahí todavía no. Me decanto por utilizar su nombre, aunque no sé qué es peor—. Farah…

Llora aún más fuerte y deseo que sea para su desahogo y no porque haya notado mi lucha interna. No para de temblar y de agarrarse a mí con fuerza. Así permanecemos bastante tiempo hasta que la presión comienza a remitir. No paro de decirle palabras tranquilizadoras y de acariciarla.

Sin dejar de abrazarla, la dirijo hasta un sofá que encuentro en un lateral de la terraza y nos sentamos en él. Es un conjunto de madera, con una mesa baja y varios sillones más pequeños.

Se separa un poco mientras sorbe por la nariz y se limpia las lágrimas con la manga. No me mira en ningún momento. Ahora que está recobrando la razón, parece avergonzada. Me atrevería a decir que incluso se siente arrepentida de haber dado tal muestra de debilidad. Para mí no lo ha sido, no se puede guardar todo. Me reitero en lo que pienso sobre ella: es la chica más natural e interesante que he conocido jamás. Cualquier otra me habría suplicado un pañuelo en medio del drama. Ella no. Es lo que es y como es. Y con esto ya sí que no tengo ningún tipo de duda, aunque sí mucho miedo: me gusta. Me gusta muchísimo y es bastante probable que sienta algo más.

¿Acabo de reconocer mis sentimientos hacia ella?

Al fin eres consciente, capullo. Creo que has sido el último en saberlo.

Muy gracioso.

Ya no puedo ocultarlo más, al menos, a mí mismo no. Tengo claro que, si ella me deja y descubro que siente algo por mí, voy a luchar para que haya un «nosotros». No será fácil, ha sufrido mucho, pero por ella tendría la paciencia de la que carezco.

—¿Te encuentras mejor? —pregunto con voz queda mientras coloco detrás de su oreja un mechón que ha salido de su moño.

Asiente, pero no dice nada más ni tampoco me mira. Necesito ver sus preciosos ojos y, sin permiso, acaricio su barbilla y la elevo hasta que nuestras miradas conectan. Ahí están esos pozos color chocolate que son sus ojos. Grandes. Intensos. Dolorosamente tristes y cristalinos como una laguna por sus lágrimas. No puede evitar que una se escape nuevamente, pero la atrapo con mi pulgar y desciende lentamente por mi dedo.

—Necesito que me cuentes, ¿qué ha pasado desde ayer? Porque estoy seguro de que hay algo que desconozco y me has estado evitando para no decírmelo.

Creo que involuntariamente, sin pensar, su mirada se posa en el móvil roto del suelo. No necesito más contestación que esa.

Me levanto y voy hacia él. Ella ni hace ni dice nada, pero he notado cómo su tensión ha vuelto. Ha comenzado a temblar.

Tan sólo es la pantalla; está algo estallada, funciona. Comienzo a trastear en él y descubro varias llamadas del mismo número desde las cinco de la mañana hasta hace una hora escasa. Entro en WhatsApp y encuentro al menos cuatro conversaciones con amenazas. Algunos de estos mensajes los ha enviado su maldito ex; los demás supongo que también han sido ordenados por él mismo para seguir asustándola.

En la conversación de él descubro fotos de nosotros corriendo por las mañanas, de ella sola, de su hermano, de sus padres, hasta mías estando solo. Son de diferentes días y van acompañadas de textos vomitivos y más amenazas. ¿Cuánto tiempo llevará aguantando esto? La rabia comienza a hacerse más notable dentro de mí. No puede ser. ¡Maldito hijo de puta! Sigo mirando y leyendo mientras no paro de andar de un lado a otro. Aprieto el móvil con tanta fuerza que temo romperlo del todo. Me tengo que controlar. Por ella.

El último mensaje contiene una foto de nosotros dos riendo detrás de la barra, es de ayer por la noche, justo antes de que los viéramos. No me reconozco en la imagen, ¿ese soy yo? ¿El que la mira completamente embobado y sin ningún tipo de filtro? Su mirada me deja aún más sin palabras; justo la misma que la mía. ¿Cómo una simple foto hecha desde tan lejos puede captar tan bien lo que sentimos y nos negamos a reconocer? Está aquí. Es verdadero. Natural. Sin quererlo, sin buscarlo ha aparecido.

Mi sonrisa se borra con lo que leo a continuación. Si yo he sido capaz de interpretar lo que acabo de ver, lo puede hacer cualquiera. Ese es el problema.

«¿Crees que puedes engañarme? ¿Que puedes reírte de mí y salir indemne? Qué pena que se te haya olvidado cómo soy. Tranquila, lo vas a recordar y te vas a arrepentir tanto que me suplicarás de rodillas que los deje tranquilos mientras me la chupas. ¿Ya no te acuerdas de cuánto te gustaba? También te lo recordaré, que no te quepa duda. Mientras tanto, para que veas lo bueno que soy, te dejo disfrutar del puñetero americano. No le queda mucho… Sigue engañándolo como te ordené, pero ya sabes: por cada vez que te hayas acostado con él tendrás un castigo, no soy benevolente cuando se trata de lo mío y tú ERES MÍA».

✔

Mi cabeza va a mil por hora.

Me cuesta digerir lo que acabo de descubrir.

¿Engañarme? ¿Todo era cosa de ese miserable? ¿Todo ha sido un juego? ¿Que siga disfrutando de mí? Las preguntas se agolpan sin control en mi cabeza. ¿Quiere decir que todo lo que ha pasado ha sido un maldito engaño? ¿Que ha fingido por órdenes de ese cabrón?

Nada ha sido verdadero. ¡Joder! Por eso jamás me ha gustado nada más que un polvo con las mujeres. Ni tener amigas, ni pasar tiempo con ellas… ¡Precisamente por esto! ¡Mil veces joder!

Desde el principio creí que sería diferente, no como con las demás. Los sentimientos que remueve dentro de mí así me lo habían hecho saber. Sin embargo, también supe que sería mi perdición. Mi fin.

Una ira hasta ahora desconocida corre por mis venas. No logro pensar con claridad y mucho menos entender nada. ¿Es la culpa la que la tiene así de afectada, la conciencia? Hay algo más que se ha quedado grabado dentro de mí: «ERES MÍA». ¿Eso es verdad? ¿Sigue siendo así? No lo puedo soportar.

—¿Te lo sigues follando? —escupo con saña lo primero que se viene a la cabeza mientras la miro por primera vez desde que he leído el mensaje.

—¿¡Qué!? ¡No! —grita en medio de un sollozo que casi le impide hablar.

En ese momento me arrepiento de haber soltado algo así. Está completamente destrozada y agotada. Es la rabia la que ha hablado por mí. Ella es libre, por mucho que acabe de reconocer lo que siento y me joda hasta límites que desconocía. Ya no sé si ha jugado conmigo, si lo sigue haciendo ni si aún me quedan más sorpresas. Ya no sé nada.

Se ha vuelto a sentar y continúa llorando, sólo que ahora lo hace en silencio. Yo no puedo sentarme ni estarme quieto. Reviso de nuevo su teléfono porque necesito tener algo en las manos. Lo que tengo claro es que no pienso salir de aquí si no es con toda la verdad. Sin eso y sin un nuevo plan. No soporto los malos entendidos. Cuando lo sepa todo, entonces actuaré.

—¿Y bien? Te escucho —la invito a contarme cuando veo que se tranquiliza un poco.

No para de mover sus manos y de mirar al suelo cuando decide coger aire.

—Él pretendía que desde el principio me metiera en tu cama —admite con voz derrotada—: «Si es por una buena razón, voy a dejar que lo hagas», me dijo. Desde que pude escapar de sus garras, nunca jamás he vuelto a acostarme con él. A pesar de sus amenazas e intentos, siempre he conseguido librarme. Digamos que las hay mucho más predispuestas que yo —expone sin humor

alguno y yo tengo que controlarme una vez más. Sólo de imaginarla entre sus brazos… —. Nunca entregaba el dinero sola y siempre en sitios donde hubiera mucha gente.

—Joder, pues te ha salido de maravilla —señalo con humor irónico y bastante dolido—. No sé por qué está tan cabreado si has conseguido acostarte conmigo, lo que él quería.

—¡Yo no quería! —eleva la voz por primera vez y se levanta.

—¿Que no querías? —pregunto perplejo dando un paso hacia atrás—. ¿Cuándo? ¿La primera o la segunda vez?

—No me refería a eso —rectifica con rapidez. Parece arrepentida.

—Pero lo has dicho.

—Me negué rotundamente a ello, a su plan. Todo este tiempo he intentado por todos los medios odiarte y que me odiaras, no acercarme a ti.

—Pues vas por buen camino —afirmo irónico dándole la espalda. No sé ni qué pensar.

—Él solo quería que te fueses o que yo le diera más dinero —continúa defendiéndose e ignorando mi último comentario—. Lo que hiciese para conseguirlo era cosa mía. Eso ya lo sabías. Te lo dije.

—Me dijiste lo que te dio la gana…, por lo que veo.

—No podía decirte más —su voz suena cerca de mí. Parece como un ruego para que la entienda. Y yo no sé si puedo llegar a entenderla o no—. No confiaba en ti.

—¿Y ahora sí? —inquiero con ironía. Su silencio me contesta—. Bonito momento para hacerlo, justo cuando yo no creo en ti.

Maldita la hora en la que accedí a hacer este jodido favor, venir aquí y dejar mis vacaciones de lado y, sobre todo, maldita la hora en la que me fijé en ella y me impliqué tanto. También odio lo que siento. No me deja ser yo. No controlo nada y, lo que es peor, sigo queriendo ayudarla y estar a su lado. ¿Pero es que soy gilipollas? Sí, definitivamente, debo de serlo.

—Lo siento, mucho… —susurra mientras noto el calor de su mano en mi espalda sin que llegue a apoyarla en ella.

No me muevo. No hablo. No hago nada. Necesito poner en orden mis pensamientos y tener la mente fría. Necesito volver a ser el hombre de negocios calculador que puede con todo y no se deja influenciar por nada ni por nadie, mucho menos por una mujer, aunque esa mujer sea ella.

Por un lado, pienso que no le ha quedado más remedio, aunque podía haber confiado en mí y contármelo. Por otro, creo que yo mismo hubiera actuado igual. De haber sabido algo, el plan podría haber salido mal. Solo hay varias cosas que necesito conocer para que esa confianza que se ha quebrado se vuelva a unir. Cojo aire, voy a pedirle que me explique todo, pero se adelanta leyéndome el pensamiento.

—Cuando supe que ibas a venir, puse el grito en el cielo. Me enfadé muchísimo con mi padre, conmigo, por no haber hecho las cosas tan bien como debería y no haber podido recabar las pruebas suficientes para que se pudriera en la cárcel pero, sobre todo, estaba asustada. Se iba a enterar y no sabía cómo se lo iba a tomar —suelta todo el aire retenido y vuelve a hablar—. Cuando me negué a acostarme contigo, primero se puso colérico porque era una orden, luego simplemente me dijo que mucho mejor. Se encargaría de que lo cumpliera. Sólo pensé en engañarte de cualquier manera con el fin de que te marcharas pronto. No me creía capaz de lidiar con los dos a la vez, con Igor ya tenía bastante. Mi intención era que, al ver que yo no aparecía mucho y que una pelirroja me ayudaba y se encargaba bastante bien de todo, dieses el visto bueno y se acabase el problema. Le dirías a mi padre que funcionaba bien y punto. Pero cuando apareciste, cuando te vi… —se le quiebra la voz, pienso en darme la vuelta y volver a mirar esos ojos. Desecho la idea, mejor así. Cuando puede, continua—. Algo cambió. No había tenido

tiempo de hacerme una idea de cómo serías, ya que estaba centrada en cómo echarte de aquí, y tampoco me acordaba de las pocas veces que nos habíamos visto de pequeños. No sé qué me esperaba, pero lo que me encontré desmontó todos mis esquemas. Di por hecho que serías el típico pijo arrogante que solo está en un puesto así por ser «el hijo de»…, a quien no le importaba nada el trabajo. Sin embargo, me encontré con todo lo contrario.

Su voz pasa ser algo casi inaudible a silenciarse por completo. Lo que ha descrito es algo bastante parecido a lo que me ha pasado a mí con ella. Poco a poco me doy la vuelta y la enfrento. Estamos tan cara a cara como se puede estar cuando le saco casi una cabeza. En sus ojos, aparte de sus lágrimas, veo arrepentimiento, desazón y un pequeño halo de esperanza.

Es una mujer increíble, fuerte y luchadora, que ha dado con un lastre difícil de eliminar y de los que no se van nunca a no ser que sea con ayuda y cortando por lo sano. Si hay algo peor que un maltrato físico, es el psicológico. Es un bucle en el que no sabes cómo entras y menos aún cómo sales sin que alguien te saque.

Nos miramos intensamente. Verla así, en este estado, me duele. ¡Joder! Cómo duele. Quiero que vuelva a sonreír, que se vuelva a enfadar y hasta que me dé voces y suelte contestaciones de esas que me dejan de piedra. Quiero ver a esa guerrera que vi el primer día y que me sacaba de mis casillas como nadie. Quería una explicación y aquí la tengo. Esto es lo que hay y ella no parece estar mintiendo. Pero aún necesito un poco más.

—¿Por qué te acostaste conmigo? —pregunto directo apoyándome en la pared y cruzándome de brazos. Me vendrá bien un poco de espacio.

Quizá, si finjo ser el gilipollas arrogante que ella cree que soy, ella vuelve a ser la que era. Por lo pronto, su expresión me dice que la he picado. No se lo esperaba, va a tener que contestarme.

—Porque quise —contesta con algo de más fuerza. Bien.

—¿Y por qué quisiste? —contraataco. No se lo voy a poner nada fácil—. Se suponía que no lo ibas a hacer.

Su tono de cara ya no es tan blanco, está tomando color y esto me gusta cada vez más. Quiero que reconozca que, al menos, le gusto y no voy a parar porque sé que es una realidad. Puede sonar todo lo arrogante que parezca, pero me da igual. Si no fuese así, tengo claro que no se hubiera acostado conmigo.

Unas arruguitas en su frente han aparecido, las echaba de menos. Se lo está pensando mucho, le está dando todas las vueltas posibles. Es terca como ella sola y eso conmigo no le vale. Ya no.

—Tú ya lo sabes…

—No, no lo sé —miento sin dejarla acabar.

Coge aire. Resopla. Vuelve a resoplar. Mira a un lado, a otro, a todo su alrededor menos a mí. Acerco mi mano a su barbilla y ambos nos quemamos quietos ante aquel contacto. Esto es lo único que me devuelve la confianza en ella, este contacto me revela lo que sentimos. No es mentira. No forma parte de ningún plan. O se siente o no se siente. Y esto está demasiado vivo como para rebatirlo.

—Necesito volver a confiar en ti —musito con voz ronca y ella se estremece—. Toda la verdad.

Su mirada intensa y penetrante es tan vulnerable en este instante que se torna transparente para mí. Sus ojos me lo dicen todo, pero necesito escucharlo.

—¡Porque me gustas! ¿Te vale? —sentencia con rabia mientras quita mi mano de su cara y comienza a dar vueltas por la terraza—. No sé qué narices es lo que siento por ti, pero es muy fuerte. Jamás había sentido nada igual y justo tenía que ser contigo. ¡Joder! La persona que ha desbaratado mi vida por completo. Debería odiarte.

Sigue y sigue relatando, ya no la escucho. Ahora yo tengo el absoluto control y todo cuanto quería: a ella. Toca jugar a mi juego y con mis reglas. Nada ni nadie me lo va a impedir.

Voy hacia ella y sin que lo espere la callo con un beso. Al principio se resiste y continúa gritando contra mis labios. Es un beso lleno de rabia, duro y bastante temperamental. Continúa resistiéndose. La atrapo con mi cuerpo contra la pared y subo sus manos por encima de su cabeza. Gime ante la rudeza. La tengo completamente inmovilizada y le hago saber cuánto me pone pegando mi dureza a su cuerpo. El beso se vuelve más pasional: labios chocando, lenguas luchando por conquistar cada recoveco de nuestras bocas… Tengo que parar. Aún no. Justo cuando el beso está llegando a su punto más álgido, utilizo todo mi autocontrol para separarme de ella.

Tan sólo he subido con la camisa, sin nada más de abrigo. En condiciones normales, tendría algo de frío; con ella así eso es imposible. Estoy a punto de arder.

—Yo también siento lo mismo —susurro jadeando contra sus labios y la vuelvo a besar rápido—. Y ahora que sé que es mutuo, no pienso dejarte escapar. Las cosas se harán a mi manera, pelirroja. Tu juego se acabó. Tienes que confiar en mí.



CAPÍTULO 18. EL PLAN

Mientras ella baja a ducharse y habla con sus padres, yo me quedo un rato más aquí arriba, solo, pensando, poniendo en orden mis ideas. Esta tranquilidad dura poco: suena el teléfono.

—Hombre, qué sorpresa —respondo con alegría.

—Sorpresa la mía al escucharte. Como no sea por el maldito trabajo, no hay manera de hablar contigo —me reprende mi hermano y con razón.

—Lo siento, Brandon. Tienes todo el derecho a quejarte. Te pregunto cada vez que hablamos, pero siempre voy con prisas y no me paro lo suficiente. Discúlpame, esto no está siendo del todo fácil. ¿Cómo están Alexa y el bebé?

—Bien, bueno… El bebé está estupendo; Alexa ya cada vez peor. Es una campeona y sé que lo va a hacer genial. Estoy deseando que pase todo…

Lo escucho y lo escucho y no puedo sentirme más orgulloso de él. Habla con una emoción y una alegría envidiables. Aunque asustado, como es normal en su situación, se le nota feliz y eso me hace muy feliz a mí. Creo que, por primera vez desde hace tiempo, comienzo a comprender a mi hermano. No quiero que sepa nada de lo que está sucediendo aquí, de lo que estoy sintiendo,

ni mucho menos pedirle ayuda. Nunca he sido de contar mis intimidades, al menos, las más importantes y, por ahora, seguirá siendo así. Ya tendremos tiempo.

—¡Mike! —escucho su voz al otro lado del teléfono. Me llama y, al parecer, no es la primera vez.

—Dime, lo siento, no sé dónde estaba.

—Muy lejos, por lo que veo, como poco aquí a mi lado —ríe y se hace un silencio—. ¿Algo que contarme? Últimamente estás de lo más raro y no te noto al cien por cien, sino al mil por mil.

Lo que me faltaba.

—Joder, pareces mamá. No estará ahí, ¿no?

—No, tranquilo. Quiso, pero no la dejé —bromea, aunque dudo mucho que la realidad esté muy alejada de eso—. Todos estamos algo preocupados por ti, trabajas mucho aquí y allí. Pensábamos que harías algo menos, al estar fuera, pero todo lo contrario, no desconectas bajo ningún concepto y por necesidad no es, así que sólo me queda una opción: ¿cómo se llama? Porque cada vez tengo más claro que es una mujer la causante de que necesites trabajar hasta la extenuación para no tener que pensar en ella, la que te trae por la calle de la amargura. O mucho me equivoco o… ¿Es posible que hayas encontrado la horma de tu zapato?

A mi hermano también es imposible ocultarle algo. No quiero contarle demasiado y no sé ni qué decir. ¿Qué narices iba a explicarle? ¿Que creía que sólo me gustaba para echar un polvo y punto? ¿Que no me la podía sacar de la cabeza y pensé que que si lo hacía con ella esa sensación desaparecería? ¿Que pasó y por primera vez quise repetir una y otra vez? ¿Que he descubierto que siento algo mucho más fuerte y eso me asusta? ¿Que ella me acaba de decir que, igual que yo, siente algo y ahora no sé qué hacer porque jamás me había visto en una situación así?

Todo es demasiado complicado. ¡Como para no ponerme a trabajar como un loco!

—Cuando pueda te contaré.

Después de un rato más charlando con él, no consigue sacarme nada más de información, colgamos y bajo de la terraza. Ya casi es la hora de marcharnos.

Me dirijo a la cocina a por un poco de agua y allí está sentada Loli. Me mira y sonríe. Le devuelvo la sonrisa mientras lleno un vaso y me lo bebo

—No sé qué has hecho, pero gracias.

—¿Yo? —pregunto asombrado, no sé exactamente a qué se refiere.

—Sí, tú. Hace tiempo que veíamos a nuestra hija un poco a la deriva, con la impotencia de ser meros espectadores de su vida, sin poder actuar. No nos escucha, no nos hace caso, no nos cuenta… Llegas tú y consigues una mínima evolución. No imaginas lo que eso significa para unos padres. No tengo palabras suficientes de agradecimiento —reconoce emocionada y no puedo más que acercarme a ella y coger su mano mientras me siento enfrente.

—No tienes nada que agradecerme. Yo no he hecho nada.

—Mucho más de lo que te piensas, créeme. Es una chica bastante terca y reservada, eso ya lo sabes. Aun así, nada puede escaparse al escrutinio de una madre y hacía mucho tiempo que no veía en sus ojos lo que veo cuando te mira. Del mismo modo te digo que es algo parecido a lo que veo en los tuyos —hace una pausa durante la que no puedo ni respirar, no digo nada porque no puedo. Se levanta para marcharse, antes me deja claro lo que piensa—. Y que sepas que me gusta lo que veo.

Cuando llega la hora de irnos, decidimos bajar en el coche de Farah, ya que es el primero en el garaje, un Audi A3 color rojo. Aunque protesta, le digo que voy a conducirlo yo. Necesito desfogar conduciendo un poco, lo echo de menos. Durante el trayecto, explicamos a un sorprendido Brian todo el plan. Quiero que sólo él lo sepa y porque se marcha mañana y saberlo

no supondrá un peligro para él.

Farah, otra vez más, está impresionante sin haberlo pretendido siquiera. Estoy completamente seguro de que abre el armario y saca lo primero que ve, así de sencillo. Para mí siempre va perfecta, me he quedado embobado cuando la he visto bajar las escaleras. Lleva unos pantalones de cuero color mostaza, tan ajustados que parecen una segunda piel; una blusa con un generoso escote que me ha vuelto loco, negra con trazas de color mostaza también; un cárdigan negro y unos botines del mismo color con bastante tacón —no sé cómo aguanta ese calzado—.

El plan es fácil, al menos la teoría; la práctica, como poco, va a ser interesante. A partir de esta noche, Farah y yo vamos a «comenzar» una relación hasta que dure todo esto. Ella se ha negado en rotundo pero sus quejas han caído en saco roto. Soy consciente de que es un gran riesgo para nosotros, después de lo que hemos reconocido sentir. Yo también tengo miedo de que esto no acabe bien, de que sea demasiado precipitado, pero es la única vía que he encontrado para no estar alejado de ella. No puedo. Ya no. Nada, absolutamente nada de lo que diga va a hacerme cambiar de opinión. Todo está más que meditado y no va a salir mal. Esto sí, tiene que ser como digo, si no, el plan se puede ir a la mierda. Después de que ella le dijera al sinvergüenza ese que no tendría nada conmigo, bajó la guardia, hasta que vio las imágenes y sus secuaces le contaron que algo ocurría entre los dos. Estoy seguro por completo de que va a perder los pocos papeles que le quedan. La considera suya y no puede estar más equivocado. Ahí es donde entro en juego yo. Al tomar lo que cree suyo, no va a pensar con la frialdad que debiera ninguno de sus movimientos. Esperemos que dé un paso en falso y lo fastidie todo para pillarlo. Va a ser cuestión de tiempo.

Por eso nuestra forma de llevar a cabo el plan tiene que ser lo más convincente posible —creo que esa parte no nos va a costar mucho—, nadie puede enterarse de la verdad. Seré su sombra todo el día y toda la noche. Con sus padres y su hermano lejos de aquí, no habrá problema. Estará más protegida que nunca. No volverá a tocarla. Mientras ella quiera, yo seré el único.

—¿Ha quedado todo claro? —pregunto cuando finalizo de hablar. Sé que sí, lo hago para que ella diga algo. Está sumida en sus pensamientos y la noto más nerviosa que de costumbre.

—Sí, claro… —responde dubitativa y sin prestar mucha atención, mira por la ventanilla.

Está sentada en la parte de atrás, Brian me mira, lo miro, la miramos los dos y ya no aguanto más. Salgo del coche y me subo a la parte de atrás donde está ella, ante la cara de *flipado* —como diría Tomy— de mi colega. Si fuera otro, se marcharía, pero sé a ciencia cierta que el maldito capullo va a quedarse porque es lo más cotilla que me he podido encontrar en la vida. Eso y que está disfrutando de lo lindo con el plan que he orquestado, pero no le voy a dar explicaciones. Tan solo nosotros sabemos los verdaderos sentimientos que tenemos el uno por el otro y así seguirá siendo por ahora.

—¡Eh! —llamo su atención con suavidad, ni siquiera se había dado cuenta de que me he sentado a su lado. Se sorprende y se pone recta. Nos mira a ambos—. No va a pasar nada malo, no lo pienso permitir. Tan sólo tienes que relajarte todo lo que puedas. Necesito a la magnífica actriz que sé que llevas dentro. Confío en que no vas a dejar que esto salga mal. Déjate llevar. Deja que yo me encargue de todo, ¿vale?

Asiente mientras suelta el aire que estaba reteniendo. Está algo conmovida y la entiendo, son muchos sentimientos aflorando en pocas horas. Demasiada intensidad.

Si no estuviera el estúpido de mi amigo, me habría lanzado a sus labios y la habría besado sin control. Sus ojos me piden eso mismo. Quiere más. Me quiere a mí. Y es esto justamente la diferencia entre todas las que querían más y ella: no busca nada más que lo que surja, está siendo natural, no lo fuerza. Está tan muerta de miedo como yo por lo que sentimos. No hay agobios ni

dramas. Solos ella, yo y el destino. Entonces, un silbido de asombro nos hace chocar con la realidad.

—Bueno, bueno… —se ríe sin control—. Juro que es lo más intenso que he presenciado en mucho tiempo. Creo que el plan, visto lo visto, va a salir genial. Os felicito, de hecho, si no supiera lo que tramáis, diría que sois una pareja de verdad —expone con sorna.

—¡Cállate, imbécil! —siempre ha sido un bocazas, aunque ha conseguido sacarle una sonrisa. Con eso me conformo.

Arranco el coche e inmediatamente Malú y su *Invisible* llenan la estancia. Estoy seguro de que esto es justo lo que ella querría ahora: ser invisible.

La noche comienza sin ningún contratiempo. Marco me pone al día en unos minutos. Todo está preparado: cámaras, salidas, entradas… Control absoluto. Este es el último sábado de ensayo que tenemos antes del gran espectáculo.

Las barras también están atendidas y bien preparadas. Me dirijo a echarme una copa mientras suena lo nuevo de Charlie Puth, *Attencion*, una canción sugerente y con muy buen rollito. Habla justo de las mujeres a las que estoy acostumbrado, todo lo contrario a lo que es Farah. Clavo mis ojos en ella. Me mira con la misma intensidad. Se encuentra en la otra punta de la barra, pero el fuego que transmiten nuestras miradas nos abrasa por completo. Lucía es la primera en darse cuenta: comienza el juego.

Sin disimulo alguno, la coge del brazo y se la lleva a la cocina de la barra. En ese momento, Brian llega a mi lado y ambos damos un sorbo a nuestra bebida.

—No querría estar en su lugar —musita con media sonrisa señalando con la cabeza a Farah y el interrogatorio al que va a ser sometida.

—Apuesto a que sí.

—Hombre… El arte de sacar información puede llegar a ser pesado, pero depende de quién lo haga, cómo y cuándo.

—Pues ve pensando de qué forma vas a querer que tu rubia te saque información. Ya sabes que será ella quien lo haga, evidentemente, y cuándo si quieres te lo digo yo —aclaro socarrón mientras miro el reloj—, en unas horas.

Ambos soltamos una carcajada y continuamos mirando hacia la puerta por la que han desaparecido.

—Sabes que se lo va a tener que contar, ¿verdad?

—No espero menos. Jamás influiría en una persona hasta el punto de decidir por ella.

—¿Y a mí? ¿Me vas a contar la verdad?

Lo miro intensamente y me dan ganas de partirle la cara al maldito idiota. Está disfrutando de lo lindo, me lo he buscado yo solo. Creo que es la persona que mejor me conoce de este mundo, de sobra sabe la verdad, pero no le voy a dar el gusto de reconocerlo.

—La verdad ya la sabes… —declaro cogiendo mi bebida y dejándolo solo.

La noche va pasando sin sobresaltos, al menos, en la discoteca, porque en el móvil de Farah —el cual me quedé y ella ni se molestó en buscar— no ha cesado el movimiento: llamadas, mensajes y más mensajes. He hablado con Broco y ya está tomando cartas en el asunto con la información que le voy pasando. Estoy seguro de que todo irá bien.

Voy por mi tercer Jack Daniel’s y entonces la veo pasar de nuevo entre la gente. Comienza a sonar Shawn Mendes con su tema *There's Nothing Holdin' Me Back.* Automáticamente apuro mi vaso de un trago y hago lo que dice la canción.

«Quiero seguirla a donde vaya».

Y lo hago, comienzo a andar hacia donde está, no para de moverse y sortea a cada persona

como puede. Yo también.

«Pienso en ella y lo sabe».

La letra no puede ser más acertada. Por un momento, su mirada se posa sobre la mía. Sonríe de una manera que me derrite por dentro y continua, pero más rápido.

«Quiero que tome el control».

Eso es justo lo que quiero que crea, que tiene el control. Cuando me atrapa, me asusta. Y es casi siempre. Aún es pronto para dejarme llevar. Necesito saber hacia dónde nos encaminamos…. Me va a volver loco.

Por un momento, casi la alcanzo, mis dedos rozan su piel. Hay demasiada gente. Se ha metido de lleno en la pista y es imposible avanzar sin liarse a codazos. Esos pantalones que lleva como segunda piel me tienen hipnotizado.

Se gira. Me mira. Sonríe. Me quema. Sigue con su juego. ¡Joder!

Como dice la canción, «no hay nada frenándome».

Acelero el paso, casi corro, hasta que la veo desaparecer por la puerta de emergencia trasera que da al almacén y patio. Antes de que la puerta pueda cerrarse, logro llegar a ella. Todo está oscuro pero, cuando cierro la puerta tras de mí, aún más.

Puedo sentir su respiración en mi espalda. Estoy a cien. Su juego me ha puesto cardíaco. Perseguirla ha sido de lo más excitante. Ella es excitante. Sus manos comienzan a acariciar mi cuerpo por la espalda. Cada vez está más pegada y yo no puedo más. No quiero que note cuánto me afecta, cuánto tiemblo por sus caricias.

Me doy la vuelta rápidamente y la cojo por las nalgas hasta elevarla al mismo tiempo que busco su boca con urgencia. Rodea mi cuerpo con sus piernas. Nos vamos contra la pared y suelta un gritito que ha parecido más un jadeo. Nuestras bocas chocan. Se encuentran. El hambre es voraz. No hay control. No hay límites. Solos ella, la pasión de nuestros cuerpos y yo.

Jadeos, gemidos y besos húmedos llenan la estancia. Con ella es demasiado intenso. Nunca me había sentido así. Soy como un puñetero quinceañero en una de sus primeras veces: vulnerable. Pero la realidad es bien distinta y se lo pienso demostrar.

¡A la mierda lo de no volver a tocarla! Es imposible mantener mis manos quietas cuando está cerca.

Como si en algún momento te lo hubieses creído.

Me aprieto más contra ella. Le clavo mi erección a través de la ropa sin que dejemos de besarnos de una manera brutal. Tira de mi pelo. La muerdo. Vuelve a tirar y aprovecho para meter mis manos dentro de su blusa. Bajo la copa del sujetador lo necesario, tiro de uno de sus pezones duros como piedras y un «joder» se escapa de su boca. Justo cuando voy a bajarla al suelo para comenzar a quitarle la ropa, la gran puerta metalizada se abre con violencia.

—Pero, ¿qué coño…? —bramo colérico. Casi nos mata. No nos ha dado por milímetros.

—¡Eso mismo me pregunto yo! ¿De qué coño va esto? —grita el puñetero DJ, al que pienso partirle la cara.

—¡Espera! —me sujeta Farah.

—¿Que me espere? ¿Se puede saber quién cojones es este para tomarse esas libertades con tu vida?

Y esta pregunta que hago en voz alta me sienta a mí mismo como un jarro de agua fría. Nunca le he preguntado exactamente qué era lo que tenía o tiene con él. Aunque, usando la poca lógica que puedo tener en estos momentos en los que sólo pienso en lo que podríamos estar haciendo si no nos hubiera interrumpido, tengo claro que ella no es así. Me lo hubiera dicho antes de acceder —a regañadientes— a esto, antes de ponerse a jugar conmigo a este peligroso juego. Estas

mismas palabras me hacen pensar en el dolor que siento al comprobar que sí puede tomarse libertades, simplemente porque ella deja que lo haga…

¡Maldita sea! No sé ni qué narices pienso.

Se hace un silencio durante el que no dejan de mirarse, parecen hablar sin palabras. La rabia recorre mi cuerpo tan rápido como la pólvora. ¡Odio esta puta complicidad! Sea lo que sea lo que se hayan transmitido, él se marcha no sin antes golpear la puerta.

—Tengo que hablar con él…

Sin más, se marcha tras él dejándome con un palmo de narices. No entiendo nada.

Farah

Corro tras él, pero por más que lo llamo no me hace caso. Llegamos a la cabina, entro y cierro. Selena Gomez y Marshmello suenan con su *Wolves*. Llevo tiempo postergando esta conversación y tiene que darse justo cuando más se ha complicado la situación. No puedo explicarle la verdad, prometí a todos y, sobre todo, a Mike que iba a confiar en él y que haría exactamente lo que me pidiera. Y eso voy a hacer.

—Dany…

—¿Estás con él? —me corta con demasiada rabia. Nunca lo había visto así.

Perderlo como amigo es lo último que quiero y cuando descubra que le he mentido, que todo forma parte de un plan y él no está dentro, no me lo va a perdonar. En realidad, el teatro que vamos a montar para los demás sería la única mentira que le diría; mis sentimientos hacia Mike son reales y los suyos, por lo que me ha dicho —y siento—, también. Una parte de mí preferiría que todo fuera tal y como él lo ha planeado para que saliese bien. Desearía que esto acabase pronto y que pudiera permitirme ser feliz sin tener que vivir con miedo, junto a él, conocernos como una pareja normal. Por mucho que me duela, hasta que esto se resuelva, no sabré realmente qué es verdad y qué no.

—Contéstame, Farah —exige con dureza perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—¡Sí! ¿Vale? —exploto ante su cara de decepción. No me puede afectar, tengo que mentirle. Bueno, a medias… O no, no lo sé…—. No sé cómo ha pasado. Ha ocurrido y no hay más que añadir. No tengo que darte tantas explicaciones, lo hago porque somos amigos.

—Amigos… Amigos, dice —musita mientras camina de un lado para otro.

Está sobrepasado y lo entiendo hasta cierto punto. Podríamos haber sido felices si no estuviera tan jodida y me hubiera fijado en él como algo más. Es muy guapo, tiene unos ojos marrones preciosos, facciones duras pero definidas, alto, aunque no tanto como Mike, y una delicia en la cama. El chico ideal del que enamorarse, pero no ha podido ser.

—¿Tú sueles acostarte con todos tus amigos? Creí que íbamos en serio.

Y gilipollas también.

—Eso ha estado fuera de lugar, joder. No seas capullo.

—Al parecer, eso es lo que te pone.

No lo soporto más y le cruzo la cara. Me arrepiento en ese mismo momento; ya no puedo hacer nada. Me está haciendo mucho daño y eso no me lo esperaba de él.

—Escúchame bien, Dany, porque no te lo pienso repetir. Nos hemos estado acostando durante un tiempo y, créeme, he intentado por todos los medios que seas tú esa persona especial pero en el corazón no se manda. Creía que los dos teníamos claro que sólo era sexo.

—¡Pues no lo era! Para mí siempre ha sido más. Desde que llegó ese maldito gringo, sólo has tenido ojos para él. No me has dejado volver a tocarte. Eso sí, he seguido siendo tu puto paño de lágrimas, ¿no? ¡No lo soporto, joder! —concluye pegando un puño a la pared que me hace saltar.

—Lo siento, lo siento mucho. Si llego a saber todo esto, nunca nos habríamos acostado. Nunca.

—Eso ni lo sueñes.

Sin darme tiempo a reaccionar, me empuja contra la pared y me besa con fuerza. Hago esfuerzos por separarme mientras intento controlar lo que siento y sólo puedo pensar en Mike, aquí en la cabina, sus manos, sus besos, su cuerpo, lo que me hace sentir… Nada tiene que ver con esto. Con Dany no siento nada. Ya no. Ni siquiera deseo. Le doy un nuevo empujón y al fin se aparta.

—No vuelvas a besarme —concluyo con rabia mientras salgo de allí corriendo.

Mike

Hace bastante tiempo que he dejado de fumar, pero me da que va a ser una buena noche para volver a hacerlo. Después de un rato a solas, decido recoger la cazadora del guardarropa y salir. Saco un paquete de la máquina y me dirijo a la entrada. Lo enciendo y le doy una gran calada. Error. Es lo que hay.

—No sabía que fumaras —comenta Lucía mientras me pasa una copa.

—No fumaba —contesto sin más mientras le quito el vaso.

—Mala elección entonces —asegura y me quita la caja. Se enciende uno ella.

—Un poquito cínico por tu parte, ¿no crees?

—No, no creas. Lo hago de vez en cuando.

—¿Qué exactamente: ser una cínica o fumar?

Me ignora por completo. Creo que con eso estamos en paz. Ambos nos quedamos callados un rato, pero acaba mirándome y es una mirada que nunca antes había visto, al menos dirigida a mí. Denoto algo de ¿compasión?

—Verás, santo de mi devoción no eres, ya lo sabes. Caer, lo que se dice caer, no me caes mucho —la miro sin entender una palabra; ellos y su forma de hablar—. Que no te soporto, para que me entiendas.

—¡Oh! Vaya, no me había percatado en todo el tiempo que llevo aquí, con lo simpática que eres… —ironizo bebiendo otro trago. A ver a dónde quiere llegar.

—Aunque sigo sin entender muchas cosas, me han enseñado a quedarme sólo con lo bueno y que quieras ayudar a mi amiga, a nosotros —puntualiza mirándome a los ojos. Sé que son una gran familia y me jode que no me den la confianza de entrar a formar parte de ella—, es algo que dice mucho de ti.

—¿Y se puede saber qué narices te ha hecho pensar lo contrario? —ataco bastante cabreado —. No he hecho otra maldita cosa desde que llegué aquí y lo único que he recibido a cambio son engaños, mentiras y ataques por todos lados. ¿A qué viene ahora esto? ¿Soy tu puñetera buena obra social de la noche?

—¡Eh!, ¡eh! Tranquilo, ¿vale? Mi intención es pedirte disculpas y enterrar el hacha de guerra.

La miro y parece sincera, aunque si es tan buena actriz como la amiga… En fin, miro para otro lado y vuelvo a dar otra calada al cigarro.

—He visto una parte de lo que ha pasado ahí dentro hace un rato y la otra me la puedo imaginar —se refiere al maldito DJ—. Yo no soy nadie para hablar por ella, tendrá que contarte si lo cree necesario, pero quiero que sepas que cuando se compromete con algo o da su palabra va hasta el final. Sea lo que sea y pase lo que pase. Si te ha dicho que no habrá más mentiras y que va a confiar en ti, así será. Confía tú en ella. Luego te explicará lo que tenga que explicarte.

Cuando se calla, la miro de nuevo. Ahora algo ha cambiado en sus ojos.

—Una cosa te advierto, gringo: ha sufrido lo que no está escrito y sigue haciéndolo. Por tu bien, no le hagas más daño. Espero que al menos tú sí tengas claro lo que hay de por medio. Esto no es un juego.

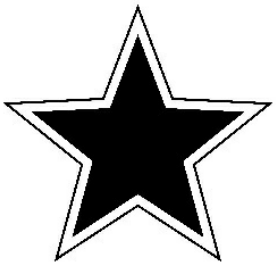
¿Eso quiere decir que Farah ha hablado de sus sentimientos? ¿Que, aunque no sabe qué, siente algo bastante fuerte? Eso me da que pensar y mi cabeza vuelve a ir bastante revolucionada.

Me entran ganas de decirle que se meta en sus asuntos y que no haga amagos mediocres de amenazas. No me da tiempo. Se oye un porrazo y sale una Farah totalmente cabreada. Tira de mí sin mediar más palabras que un «nos vamos».

¿Qué cojones habrá pasado?



CAPÍTULO 19. HACIA LAS ESTRELLAS



No sé hacia dónde nos dirigimos ni por qué no ha cogido su coche, vamos en el todoterreno de Lucía. Me ha ignorado cada vez que le he hecho alguna pregunta al respecto y he decidido desistir. Va murmurando y lanzando juramentos ininteligibles. Aprieta tanto el volante que temo que se quede con él en las manos e igual con la palanca de cambios. Nunca la había visto tan cabreada y eso ya es decir…

Mientras circulaba por carretera todo iba medianamente bien, demasiado rápido, pero era carretera. Al principio, reconozco que me ha excitado su forma de conducir, su agresividad al volante, ya no estoy tan seguro de ello. Ahora nos hemos desviado por un camino y, debido a la velocidad que lleva, ya me he dado con el techo del coche en varias ocasiones y con la cabeza en el cristal de la ventana otras tantas. Jamás me he aferrado con tanto ahínco a un cinturón. Linkin Park suena a todo volumen, lo sé porque los reconocería en cualquier parte, no porque pueda prestar atención a la música en estos momentos.

—¡Farah, el árbol! —grito agarrándome al salpicadero.

Justo unos centímetros antes de chocarnos, gira hacia la izquierda y me vuelvo a golpear

contra el cristal. Ella sigue en su mundo y grita a todo trapo, porque, definitivamente, eso no es cantar.

Ni que lo digas, parece un pollo agonizando.

¡Joder! Tenía que haber llevado yo el coche.

—¡Otro puto árbol!

Esta vez gira a la derecha. De esta no salgo vivo…

—¿Estás loca? ¡Para de una vez!

Nada, no me hace caso. Con razón ha optado por el todoterreno de su amiga, en su coche no quiero ni imaginar el viajecito. Estoy completamente seguro por cómo está conduciendo que se conoce el terreno al milímetro y es evidente que no es la primera vez que hace esto. También me queda claro que lo de pinchar como DJ no es lo único que le sirve de vía de escape y logra que se olvide de todo, aunque, claro, mezclar canciones no es tan peligroso: no lleva a una persona a su lado que aprecia su vida y desea vivir un poco más.

¡Esto es una completa locura! ¡Está loca!

Izquierda. Derecha. Piedras. Árboles. Agujeros. Saltos.

¿Este camino no tiene fin?

La miro y voy a pedirle por millonésima vez que pare, entonces creo ver una media sonrisa en su cara. ¿Será que va a calmarse? Pero en cuanto vuelvo a fijar mi mirada al frente, me doy cuenta de que no puedo estar más equivocado y acojonado, todo sea dicho. Se dirige a toda velocidad hacia un salto, no se ve siquiera lo que hay al final de este.

—¡No, no, no! ¡Ni se te ocurra! ¡Jodeeeer!

No me da tiempo a decir más, el coche comienza a elevarse, vamos suspendidos en el aire durante lo que se me antojan largos minutos y que, en realidad, sólo son segundos hasta que tocamos suelo en un estrepitoso porrazo. Me retumba todo el cuerpo. Es de noche, por lo que apenas se ve más allá de lo que alumbran los faros del coche, pero yo lo he visto todo blanco. Del mismo color debe de estar mi cara. Sólo una cosa importa ahora: ¡estoy vivo!

Vivo y cuerdo, no como la loca que tengo a mi lado. En cuanto el coche para, prácticamente me tiro de él ante las carcajadas de la pelirroja de las narices.

—¡Loca! —bramo de un lado para otro pisando tierra—. ¡Estás mal de la cabeza! ¿A quién se le ocurre semejante locura? ¡Has podido matarnos! ¿Crees que estamos en *A todo gas*?

—¡Oh, cállate y deja de llorar, nenaza! —protesta mientras se baja del coche sin dejar de reír —. Tampoco ha sido para tanto, hombre. Necesitaba un poco de adrenalina, ya estoy más calmada. Gracias.

¿Gracias? ¿Encima pretende hacerse la graciosa?

—No sabía que lo del intento de suicidio estuviera entre tus hobbies —ironizo con dureza mientras la observo sentarse sobre el capó—. La próxima vez te vienes sola, porque podría convertirse en homicidio y eso sí que sería horrible para todos.

Sola no la dejaría venir ni de coña, pero estoy tan cabreado que ponérselo fácil es algo que ni se me pasa por la cabeza. Ella parece reparar en mi cara por primera vez de verdad y lo que ve hace que su expresión cambia. Parece arrepentida.

—Lo siento —dice después de un breve silencio durante el que me analiza—, lo hago a veces. No tengo excusa. Tenía que haberte hablado en algún momento o ser más suave. O simplemente no obligarte a que vinieras. Lo necesitaba.

Ahora me doy cuenta de que no estoy hecho una furia porque haya corrido a tal velocidad, como ella cree —aunque no me ha gustado nada no controlar la situación y llegar a temer por nuestras vida—, sino por todo lo que ha ocurrido en general: desde lo del maldito DJ hasta el

hecho de que me haya traído aquí sin mediar palabra conmigo. Se pone a correr como una loca y no me da ni una mísera explicación. Tiene que confiar en mí si quiere que esto funcione y buscar otras formas de desahogarse. Antes estaba «sola», ahora ya me tiene a mí. Soy su «pareja», ¿no?

El silencio de la noche nos absorbe y provoca que todo sea mucho más intenso, si es que eso es posible. La observo y su mirada se pierde al frente junto con las luces de los faros encendidos. Oigo su cabeza funcionar desde donde estoy. Mi cabreo ha disminuido, aunque sea levemente. Poco a poco me voy acercando sin dejar de acariciar con mi mirada cada milímetro de su cuerpo. Sus manos se abrazan de manera protectora y, a veces, noto cómo unos escalofríos recorren su cuerpo. Ella no traía cazadora cuando ha salido, aunque ahora mismo y después de todas las sensaciones que hemos experimentado, no sentimos el frío y el tiempo nos resulta agradable, así que deduzco que sus ligeros temblores no se deben a eso. Sea lo que sea que ha pasado antes, está saliendo. Los nervios afloran sin que pueda retenerlos, igual que lo hace la naturaleza a nuestro alrededor. Le pongo mi cazadora por encima y vuelvo a marcar un poco de distancia.

Es una completa locura. Cuando creo conocerla, vuelve a sorprenderme con algo de ella que me trastoca. Mi experiencia con otras mujeres ha sido mucho más sencilla, más cuadriculada, más primaria, por así decirlo; buscaba algo de ellas y ellas de mí. Si en algún momento he dicho que no las comprendía, lo retiro, esas eran fáciles de entender; la mujer a la que ahora mismo estoy observando me tiene eclipsado por completo, a ella si que me va a resultar complicado descifrarla. No hay quien la entienda y me encanta. Definitivamente, soy un masoquista de manual.

Decido volver a acercarme. Cuando estoy a unos centímetros de su cuerpo, enciendo el reproductor de mi móvil. Comienza a sonar *2U*, de David Guetta, junto a Justin Biber, una colaboración impresionante que ya tardaba bastante en salir y que no puede ser mejor. Su letra comienza a adentrarse bajo nuestra piel.

—Adrenalina… —susurro por su cuello mientras le aparto el pelo que me molesta para acceder a él. Se estremece de nuevo, pero no dice nada—. ¿Eso era lo que necesitabas? —poso mis labios en su cuello y noto cómo su piel se rinde ante mí—. Yo tengo algo mucho mejor que te hará subir muy alto, la mejor adrenalina que hayas podido sentir.

Sin más, la giro y arraso su boca mientras la coloco entre mis piernas. Ella continúa sentada en el capó. La medida es perfecta. Encajamos demasiado bien. Se agarra fuertemente a mi pelo y tira bien fuerte. Con rabia. Yo hago lo mismo con el suyo. Lo recojo con una mano y tiro sin sutileza alguna mientras accedo a su cuello. Gime ante la rudeza. Paso a su boca otra vez. Su mandíbula…

¡Lo quiero todo, joder! ¡Me vuelve loco!

Nuestros gemidos y jadeos se mezclan con la música. La chaqueta cae sobre el coche. Una de las veces en que tiro hacia atrás de su cabeza, comienzo a lamer desde donde su piel se deja ver, lentamente. Voy subiendo despacio como si fuera un helado a punto de derretirse, demorándome cuanto quiero, sintiendo con mi lengua cómo su piel se eriza ante mi paso. Jadea. Llevo pensando en recorrer este escote desde que lo vi. Su respiración es un auténtico caos. La quiero así, al límite. Trazo círculos muy lentamente cuando llego a su cuello y a su barbilla. Mi otra mano va introduciéndose por su pantalón.

Da un pequeño grito de frustración cuando no le queda más remedio que apoyarse con las dos manos en el capó para no caerse. No me puede tocar y eso no lo soporta. Ya nos vamos conociendo mejor. Yo sonrío junto a su boca, pero no poso mis labios sobre ella. Continúo lamiendo cada rincón al que tengo acceso. Ella la busca desesperadamente, no se lo pienso permitir.

Cuando ya he desabrochado el botón y traspasado la cintura de sus braguitas, comienzo a trazar círculos sobre su sexo. Fuerte. Despacio. Lamo su oreja y a la misma vez acaricio su abertura. No puede más. Está completamente mojada. Su cuerpo está a punto. Sé que cuando toque su clítoris se correrá entre mis dedos. No, todavía no. Tiene que aprender y, aún más, tiene que necesitarme.

—Por… Favor… —gime retorciéndose contra mi mano y buscando la liberación.

—¿No te gusta? —la provoco mientras intento sonar lo menos afectado posible, porque, aunque esté disfrutando, mis ganas de arrancarle la ropa y de entrar en ella son más que urgentes.

—Si… No, yo… ¡Ah!

No la dejo continuar. Introduzco un dedo al mismo tiempo que continúo frotando alrededor de su hinchado clítoris con el otro. La beso brusco para beberme sus gemidos. Son sólo míos. Son para mí. Las manos comienzan a fallarle y sube una hasta mi cuello. Tira fuerte de mi pelo e introduzco un segundo dedo. Cuando creo que está a punto, los saco y paro.

—¡Joder! No me lo puedo creer. ¿En serio? —farfulla muy afectada, pero entiendo perfectamente lo que dice.

Intenta soltarse, no la dejo. Ahora ya tengo el cien por cien de su atención. El orgullo y la cabezonería no entran en este juego.

—Así es justo como me siento yo contigo, como si estuviera en una puñetera montaña rusa. Cuando creo conocerte, me vuelves a sorprender y no precisamente para bien —apunto con voz ronca—. Cuando vas por un lado, de repente giras hacia otro. Me ocultas cosas, me engañas a pesar de que lo único que quiero es ayudarte y así puedo seguir toda la noche. Eres muy frustrante, Farah.

Me mira —bueno, más bien, intenta matarme con la mirada—. Parece sopesar cada una de mis palabras, no dice nada. Su cara es pura tentación. Estamos a milímetros el uno del otro y no podría observarla mejor pese a la oscuridad de la noche. Sus ojos son brillantes como dos lagunas, esas en las que deseo sumergirme y no salir jamás. Sus labios están hinchados por mis besos y su piel, algo más oscura en los lugares por donde he ido pasando con mi boca. Es lo más sensual y erótico que he visto nunca. La deseo con todas mis fuerzas.

—¿Tú también eres de los que usa el sexo para tomar justo lo que deseas de una mujer? —inquiere con la voz afectada, intenta recomponerse, es imposible.

—Para nada. Yo tengo lo que quiero cuando quiero —contesto impertinente mientras le doy un beso voraz y la dejo de nuevo alterada—. ¿Es que alguien lo ha intentado contigo?

—Jamás —sentencia entrecortadamente—. Lo he leído en las novelas románticas.

No puedo más que soltar una carcajada. No la imaginaba como esas lectoras de romántica, si acaso de terror y esas cosas, por los gustos que tiene. Una vez más, me vuelve a sorprender.

—No, Farah —enfatizo su nombre con voz grave para hacer que que su piel vibre—. No soy un obseso del control como el tal Cristian Grey…, pero sí vamos a dejar unas cuantas cosas claras, ¿verdad?

Asiente después de un momento, pero no me vale. La insto a contestar y que se le oiga. Al fin lo hace:

—Vale, lo…. Lo siento.

—¿Qué sientes? Porque eso ya lo he oído antes… —he vuelto a comenzar a lamer su cuello.

—Todo, te… Tengo que confiar en ti… Más. Y contarte todo. Lo voy a hacer. No sabía que te sentías así. Yo… ¡Oh!

Mis manos acaban de ocupar el lugar que tenían.

—¿Quieres que acabe lo que he comenzado? —susurro junto a sus labios sabiendo de

antemano cuál será la respuesta.

Quiere resistirse; no lo consigue. A su lucha interna se suma el placer y, evidentemente, gana este último.

—¡Síií!

Justo cuando va a hablar, froto su clítoris con fuerza mientras le beso como si no hubiera un mañana. Me bebo su orgasmo y hasta la última vibración de su cuerpo. No he dejado de mirarla intensamente cada segundo que ha durado. Es sencillamente increíble. Verla deshacerse entre mis manos ha sido maravilloso. Nunca me había importado tanto dar placer a una mujer, sin embargo, con ella, una vez más es diferente. He disfrutado tanto o más que con el mío propio.

Entonces reparo en las palpitaciones de mi erección. Casi me corro sin que me haya tocado siquiera. Le quito los pantalones, me bajo los míos y me coloco un preservativo. Ella aún no se ha recuperado, no puede ni hablar y yo estoy al límite. No necesitamos más preliminares. Lo que me urge ahora es estar ya dentro de ella.

Como dije antes, la medida es ideal y nos acoplamos a la perfección. Intento penetrarla despacio, pero ella no me da opción y me impulsa con su cuerpo. Llego hasta el fondo y ambos gritamos ante la incursión. Estar dentro de ella es la puñetera sensación más impresionante que existe.

La beso. Me besa. Nos mordemos.

Entro y salgo con la misma fuerza.

Gime. Jadeo.

Noto cómo me atrapa sin control. Me absorbe. Tengo que bajar el ritmo, quiero que se vuelva a correr. Le quito la blusa, esa que me lleva volviendo loco toda la noche, y accedo a sus pechos bajando la copa del sujetador. Sus pezones me esperan duros como guijarros.

Lamo. Soplo. Muerdo. Se retuerce.

¡Oh, dios! ¡Cómo me gusta!

Mis empellones vuelven a cobrar más fuerza. Ahora sé que está más cerca. Bajo mi mano hasta su botón y comienzo a frotarlo mientras continúo penetrándola con rudeza.

—¡Joder, me voy a correr otra vez!

—Eso es, sí. ¡Ahora!

Y los dos llegamos a un orgasmo demoledor. Impresionante. Increíble…. No dejo de besarla en ningún momento. Tras varias acometidas más, me quedo quieto, disfrutando del momento. Cuando pasa un corto intervalo de tiempo, salgo de ella con cuidado, pero no me separo ni un milímetro. Nos quedamos abrazados largo rato e intento normalizar nuestros latidos, sobre todo, encajar esto tan fuerte que sentimos y que, por mucho que nos cueste entender, está ahí.

Poso mi frente junto a la suya. Esto es demasiado. Sé que ella está pensando exactamente lo mismo que yo.

—Esto no va a salir bien —musita muy bajito.

¡Mierda! Lo sabía.

—No tiene por qué. Somos adultos, ¿no?

¿A quién pretendo convencer: a ella o a mí?

A todos, ya puestos…

—Supongo —opina igual de convencida que yo—. No quiero sufrir de nuevo.

Es evidente que ya no estamos hablando del plan. Esto es tan real como nuestros miedos.

Quiero decirle que no, que eso no va a pasar. Me resulta imposible. Nunca he engañado a nadie, no voy a comenzar a hacerlo ahora. Sé que con ella es diferente, que siento algo tan fuerte que hasta duele, pero también sé que estamos muy lejos el uno del otro y no me refiero sólo a la

distancia entre nuestros países, sino a todo lo que necesita una pareja para serlo en el completo significado de esta palabra: confiar el uno en el otro, dejarse llevar, darlo todo… Eso necesita un tiempo del que no disponemos, aunque sí tengo clara una cosa: si ella me dejara, estaría dispuesto a intentarlo. Sufrir… De una u otra manera, ¿no lo estamos haciendo ya?

Separo un poco nuestras frentes y elevo su barbilla para que sus ojos estén frente a los míos.

—Sólo puedo hacerte una promesa y espero que la valores con la importancia que tiene, ya que nunca he incumplido ninguna de las que he hecho: siempre voy a ser sincero contigo, jamás voy a mentirte y estaré a tu lado de manera incondicional, decidas lo que decidas, hagas lo que hagas. Apoyaré cualquier decisión que tomes.

No habla. No dice nada y no hace falta. La emoción que veo en sus ojos justo antes de que me bese es más que suficiente. En ese beso me transmite todo lo que necesito, lo que necesitamos. Acabamos de acostarnos por primera vez desde que hemos reconocido abiertamente que nos gustamos y creo que, después de esto, la palabra «gustar» se queda corta. Una vez más nos dejamos llevar por nuestra pasión y volvemos a ser uno solo.

Ya recompuestos y más relajados, nos acomodamos en el capó del coche sin soltar nuestras manos, observamos el cielo estrellado. En Los Ángeles, ver las estrellas no es algo tan complicado como en otras ciudades de Estados Unidos llenas de altos edificios. Allí tenemos el Downtown y a veces resulta imposible, pero, por lo general, no hay tanta contaminación lumínica como en otros lugares. Además, tenemos la suerte de contar con el Observatorio Griffith y su parque natural, que cuenta hasta con un planetario. Sólo he ido una vez cuando estaba en el instituto. No me he molestado nunca en disfrutar de algo tan simple y tan precioso a la vez.

—Seguro que allí ni te has molestado en pararte a mirar —susurra, leyéndome el pensamiento.

—No tenía con quién disfrutar de ello. Aquí es una auténtica maravilla.

—Estamos en uno de los puntos con menor contaminación lumínica de la Península Ibérica, así que tú me dirás —presume descaradamente, y no es para menos.

—Vaya —sonrío y poso mi mirada en ella—, sí que son buenas vistas, sí.

Ella ríe y eso es música para mis oídos. Me gusta verla así, feliz, despreocupada.

—Ven, te voy a enseñar algo mucho mejor —me dice misteriosa colocándose mi cazadora—. Por cierto, me encanta tu cazadora.

¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir? Me quedo algo aturdido, es la primera persona a la que le oigo decir algo bueno sobre la prenda que todos quieren tirar y eso sin saber siquiera aún lo importante que es para mí. Mejor me recompongo y la sigo.

Nos montamos en el coche. Finjo estar muy asustado y me gano un derechazo bastante potente para mi gusto. Enseguida comenzamos a reír. Esta vez conduce despacio y puedo observar con detenimiento lo que alcanzan a iluminar los faros. No sé dónde estamos ni a dónde nos dirigimos, parece pleno bosque, una auténtica maravilla nocturna. La noche abraza con mimo cada encina que nos encontramos.

Llegamos a una cancilla de hierro. Se baja, la abre y vuelve a subir al coche. Su maravillosa sonrisa forma parte de una expresión de «espérate, todavía no has visto nada», que me da hasta miedo.

—¿Preparado?

Reconozco que su pregunta retórica —ya que se ha bajado sin esperar respuesta— me causa escalofríos en ciertas zonas de mi cuerpo, pero puede más mi curiosidad.

Dejamos el coche aparcado y caminamos por un estrecho camino hasta llegar cerca de unas

cabañas de madera. Hay varias y de diferentes tamaños e, incluso, una piscina. Todo está iluminado con luces rojas que le dan un misterio y un atractivo únicos. Estoy completamente alucinado. Esto es indescriptible.

Saluda a un hombre, mientras yo sigo observándolo todo con la expectación de un niño. Le entrega algo y me agarra la mano para que la siga. Entramos en una cabaña, una de las más grandes, y cuando realmente me doy cuenta de lo que vamos a hacer no me lo puedo creer.

—¿En serio? —pregunto tontamente.

—¿Es que nunca has visto las estrellas así?

Niego con la cabeza, sin apartar la vista de cada detalle.

—Digamos que no era eso lo que me importaba cuando hice la visita al Observatorio Griffith con mis compañeros y profesores del instituto.

A partir de ese instante, todo son momentos de absoluta impresión. El cielo está despejado y vemos lo que sucede encima de nuestras cabezas. Al parecer, el lugar goza de una certificación Startlight por su escasísima contaminación lumínica. De ahí las luces rojas, no dañan el entorno. No entiendo mucho de astronomía, me explica que el sitio está bastante bien equipado, tanto para profesionales como para *amateurs*. Los telescopios son impresionantes y la robotización, maravillosa.

—¿De verdad hay personas controlando sus telescopios desde otros países? —vuelvo a preguntar alucinado. Ya he perdido la cuenta de cuántas dudas de este tipo llevo y ella ríe con todas.

—Pues claro, te lo estoy diciendo —sonríe de nuevo.

Después de varias horas observando todo sin perder detalle, creo que no me queda nada por ver. Estamos agotados. Sin duda, ha merecido la pena. Es la primera vez que me dan una sorpresa de este calibre. Normalmente, hay pocas cosas que puedan sorprenderme o que no haya visto. Me siento feliz, pleno junto a ella y, por lo que veo en sus ojos, no soy el único que se siente así. Empiezo a pensar en lo sumergido que he estado en el trabajo, en cómo he dado de lado a experiencias tan sencillas y espectaculares como esta. Ella lo está cambiando todo y cada vez tengo más claro que es para bien.

—¿Estás muy cansado? —inquiere con tono un tanto pícaro.

—Depende… ¿Quedan mucho más por ver? —continúo su juego acercándome a su cuerpo.

Está apoyada en una de las mesas vacías. Nuestros cuerpos comienzan a activarse.

—No, aquí no queda nada más.

—Pues yo veo la mayor de las estrellas justo delante de mí.

—¡Oh, dios mío! —rompe a reír sin control.

Vale, me lo merezco. Ha sido la puñetera cosa más cursi que ha salido de mi boca. Me finjo ofendido, pero aguanto las ganas de reír con ella.

—¡Perdón! ¡Perdón! —se disculpa entre risas—. Pero, en serio, eso ha sido…

—Muy cursi, sí. Lo siento —la corto disculpándome todo lo serio que puedo. Al final rompo a reír y así estamos un rato.

La subo a la mesa y sigo a lo mío.

—Bueno, al menos me reconocerás que de estrellas entiendo, ¿no? —comienzo a pasar mis labios por su piel sin llegar a besarla—. Sé llevarte hasta ellas —atrapo uno de sus labios entre mis dientes a la vez que comienzo a introducir mi mano bajo su ropa. Ella gime y yo me deleito con su sonido—. Una y otra vez…

—Para… Espera, aquí no… Tengo algo preparado.

Afectados y con urgencia salimos de esa cabaña. Iré a donde me quiera llevar.



CAPÍTULO 20. HAMBRE

En el exterior todo sigue como antes, silencioso, iluminado con luces rojas muy tenues y en un silencio que sólo es interrumpido por los sonidos de la noche. Eso le da un toque casi mágico.

Ella parece conocer cada rincón porque sin saber por dónde vamos nos dirige a una de las cabañas que vimos antes. Entonces estaban apagadas y ahora, en cambio, al menos una tiene algo de luz en su interior. Es allí hacia donde nos dirigimos.

—Espero que te guste —comenta algo ¿tímida? No llega a mirarme—. Siempre que vengo y no está reservada esta cabaña, les pido que me la dejen lista como a mí me gusta. Sin embargo, nunca había traído a nadie. Bueno, a nadie no, a ningún chico, mejor dicho, porque Lucía sí que ha estado, claro…

—¡Eh! —corto sus palabras girando su cuerpo hasta quedar nuestras caras frente a frente—. Tranquila, ¿vale? Sea lo que sea, lo único que me importa es que tú estés bien, ¿de acuerdo? No hagas nada con lo que te sientas incómoda.

Acaricio con mis dedos su rostro mientras no dejo de hablarle y mirarla a los ojos, esos que tanto me gustan y que me vuelven loco. Entiendo perfectamente cómo puede llegar a sentirse.

No confía en los hombres, lo ha pasado muy mal y traerme al que seguro que es su refugio, el lugar donde se evade de todo, no creo que sea fácil, menos aún con lo que sentimos y el poco control que tenemos cuando estamos juntos.

Me mira intensamente, sonríe y tira de mí.

Llegamos a un porche iluminado por las mismas luces rojas del exterior. Veo varias velas encima de una mesa y por la baranda de madera que rodea el lugar. Hay unos cómodos sillones y un sofá. Reconozco que, lo poco que voy viendo, me encanta. Tanto es así que no puedo esperar para entrar. La vuelvo a girar y comienzo a besarla sin control hasta que acabamos tirados en el sofá.

—¡Para! —me suplica entre risas y respiraciones entrecortadas—. Por favor… Nada me gustaría más, pero…

—Pero nada —la interrumpo sin dejar de besarla y pasar mis manos por todos los rincones de su cuerpo a los que tengo acceso —. No creo que pueda parar, además, no hay nadie ¿no?

Me mira muy seria. Al segundo, su mirada se torna puro fuego.

—Bueno…

—¿Crees que alguien podría pararme? Porque tus ojos me dicen que a ti tampoco.

—No, no hay nadie, pero tengo mucha hambre y eso, mi querido capullo, no se negocia.

—Conque capullo, ¿eh?

Sin darle tiempo para responder, arraso su boca sin compasión. Gime y se retuerce entre mis brazos. Mis manos se introducen bajo su escote, buscan sus pezones y tiro de ellos mientras los acaricio bajo mis dedos. Sus fuerzas cada vez son menores y va rindiéndose ante mí. Su lengua recorre cada rincón de mi boca jugando con la mía. Se eleva y se pone a horcajadas sobre mí. Comienza una danza en la que se restriega por mi polla y me deja sin respiración. Lame cada rincón de mi cuello. Muerde. Sopla. ¡Joder! Estoy a mil.

—Pero, ¡¿qué coño?!

En un segundo, paso de estar con ella en esa situación a tenerla frente a mí con los brazos cruzados y una cara de *bicho* puesta que hasta la sonrisa que tiene me parece la más sexy que he visto. Eso si no estuviera tan cabreado…, y excitado, joder.

—Te he dicho que tengo hambre y yo no soy como las tías a las que estarás acostumbrado. Como bastante bien y pocas cosas me quitan las ganas. Con más motivo pienso comer si tenemos por delante lo que nos queda de noche…

Sin más, entra en la cabaña y yo no puedo hacer más que sonreír. Maldita pelirroja de las narices. Echo mi cabeza hacia atrás y pienso en cómo se la voy a devolver. ¡Me acaba de rechazar!

—¿Vienes o vas a esperar a que baje? —puedo oír sus carcajadas desde fuera.

Me levanto y me dirijo al interior recolocando el interior de mis pantalones. Se atisbaba algo de luz, pero no distingo nada. Tiene grandes ventanales desde los que se puede ver todo. No hay persianas ni cortinas. Es muy natural: espacio diáfano, muebles blancos en su totalidad y bastante modernos. Nuevamente, las velas y unas luces tenues hacen de anfitrionas.

Tanto la cocina como la zona del salón están conectados y dan a un pasillo que deduzco que debe de llevar a las habitaciones y el baño. Entiendo por qué eligió este lugar, es precioso y al estar escondido entre la naturaleza proporciona una paz que en pocos sitios podría ser parecida.

Mientras lo he ido observando todo, ella no ha parado de trastear en los muebles de la cocina.

—¿Te gusta el vino blanco?

—Si viene de ti, me gusta todo —susurro justo en su cuello, sin llegar a tocarla. Suspira y noto cómo se estremece.

—Eso… Eso lo dudo —pretende que no note lo afectada que está, falla estrepitosamente.

—Te ayudo.

Me separo de su cuerpo y comienzo a llevar a la mesa comida que me va dando. Desde que cenamos han pasado muchas horas y esta segunda cena nos va a sentar de maravilla. Todos son productos ibéricos de la tierra, acompañados de un buen vino. Soy más de tinto, aunque reconozco que este no está nada mal. Estamos sentados uno frente al otro y no podemos parar de reír con las tonterías que decimos. Tengo ganas de preguntarle qué pasó con el DJ para que hiciera lo que hizo, pero tengo que darle espacio. Me ha dicho que va a confiar, esperaré.

Como si pudiera leerme el pensamiento, comienza a hablar:

—Teníamos algo —me aclara sin mirarme, yo decido callar—, nada serio, pero digamos que, si llego a conocer sus verdaderos sentimientos, nunca lo hubiera permitido.

—¿Qué es *algo*, exactamente?

—Nos acostábamos cuando nos apetecía. No ha habido relación. Pasábamos mucho tiempo juntos. Somos o éramos amigos, ya no lo tengo tan claro.

—Y esta noche te ha reclamado, ¿no es así? —intento sonar lo más tranquilo posible, a pesar de que la idea de saber que ha estado con él me pone bastante enfermo.

—Algo así. Hace semanas que no nos acostamos y no por él.

—Vale, creo que con eso tengo suficiente —aclaro sirviendo una copa a cada uno—. Te voy a hacer una pregunta y quiero completa sinceridad. ¿Tienes claro lo que sientes? Porque es evidente que, si habéis estado así un tiempo, algo sentirás.

Me mira intensamente y, después de unos interminables segundos, contesta:

—Sí, lo tengo claro —afirma bebiendo un gran sorbo—: nada más allá de una gran amistad. Antes puede que hubiera más, sobre todo, deseo; ya no.

Para mí queda claro con esas palabras. Aun así, no se lo pienso poner tan fácil.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar esos sentimientos?

Apura hasta la última gota de su copa sin dejar de mirarme a los ojos.

—Tú —reconoce sin tapujos. No sé si por el alcohol o porque ya da igual todo, no me puede gustar más su respuesta—. Desde que llegaste, has desbaratado mi mundo y todavía no tengo claro si para bien o para mal. Y lo que es peor…

—Me iré de aquí, ¿no?

Antes de que me dé cuenta, las palabras han salido de mi boca. La expresión de su cara ha cambiado. Se ha puesto seria, igual que he debido de hacerlo yo. No quiero que eso suceda.

—Para eso aún queda mucho tiempo —intento arreglarlo, aunque la verdad ha caído como un jarro de agua fría sobre los dos.

Se levanta y recoge su plato, yo hago lo mismo con los demás. Nos hemos bebido casi toda la botella. Se queda apoyada en el fregadero mirando por la ventana. Suelto los platos y me sitúo detrás. Mis manos buscan su cuerpo con urgencia, pero decido ir despacio. La abrazo y hago que su espalda se caiga sobre mi pecho. Coge aire con fuerza, no sé qué narices pasará por su cabeza, intuyo que nada bueno. Beso su pelo mientras instintivamente la echa hacia atrás. Beso su sien, su pómulo y, poco a poco, esos besos suaves y cariñosos se van tornando más apasionados. No tengo control cuando se trata de ella. No puedo parar. Se gira y se lanza a mi boca mientras sus manos van hacia mi nuca, suben a mi pelo y tiran fuerte.

—¡Joder! Me vuelves loco. Olvidémonos de todo, te necesito.

La sujeto con fuerza y la subo a la encimera. Comienza a quitarme la camisa.

Gime. Jadeo. Me muerde. Me excita. Aquí no, tengo otros planes.

Con ella en brazos me dirijo al único pasillo que hay, hacia el fondo. Continuamos

besándonos y chocando contra todo. Encuentro una habitación y entramos. Una vez más, los cristales hacen de pared. Todo cuanto nos rodea es oscuridad en medio de la naturaleza. Decido encender una luz suave mientras la dejo caer sobre la cama. Ambos estamos más que alterados. Excitados y con miles de sentimientos que se comunican a través de nuestros cuerpos, hablamos sin necesidad de palabras.

—Parece mentira que por fin te tenga para mí en una cama… —susurro con voz ronca mientras trepo por su cuerpo hasta quedar a la misma altura.

—Y yo a ti —me desafía mientras con una de sus manos pasa por encima de mis pantalones acariciando mi erección—, gringo.

No sé por qué motivo eso me enardece, me enciende. Subo su camiseta hasta las muñecas y con ella la ato a los barrotes de forja de la cama. Creo recordar que en algún momento decidí ir despacio, pero con ella así es imposible.

Yo tampoco me acuerdo…

Sus pupilas se dilatan mientras tira de sus brazos hacia abajo. Puro instinto, porque no deja de mirarme intensamente. Por un momento, he visto su inseguridad y he aprovechado para besarla como si no hubiera un mañana: que no piense, que confíe en mí, que se deje llevar, que disfrute.

Parece funcionar. Sus gemidos, hasta ahora silenciosos, se van haciendo notar y llenan la estancia al mismo tiempo que mis manos vuelan libremente por su cuerpo. Poco a poco la voy desvistiendo y, cuando la tengo completamente desnuda, deseosa de más, me retiro un poco y comienzo a desvestirme muy despacio. Quiero torturarla, que su deseo sea tan grande que solo pueda pensar en que yo esté dentro de ella. Su cuerpo es un espectáculo. Cada silueta de cada parte de él está perfectamente definida. Sus curvas son de infarto, hechas para mí. Sólo con verlas puedo sentir cómo recorro el borde de un gran precipicio mientras disfruto de la adrenalina que la experiencia me proporciona. Es adictiva y estoy deseando caminar por ella.

—¿Qué sientes? —pregunto muy suave mientras me quito el pantalón y observo cómo se retuerce—. ¿Qué sientes? —repito quedándome desnudo. Se pasa la lengua por los labios secos y mi polla se alza todavía más impertinente y deseosa de ser atendida—. No pienso tocarte hasta que contestes.

Sin más, salgo de la habitación y me parece escuchar unas cuantas delicias de su boca. Su orgullo no le va a permitir decir nada más. Cojo lo que queda de vino y vuelvo a la habitación sólo con la botella.

Desde que comencé a desvestirme, no ha dejado de observar cada rincón de mi cuerpo con descaro, al igual que yo el suyo. Ha sido decir que no la tocaría y volver a mirarme a los ojos hasta que me he ido. Al entrar, me estaban esperando. Mi media sonrisa triunfante sale a relucir y mi mirada inundada de deseo la hace arder. Sin pensarlo dos veces, comienzo a agarrar mi polla y a acariciarla despacio. Poco a poco. De arriba a abajo. Sus ojos se abren como platos. Se retuerce aún más y tira de sus manos nuevamente.

—¿Qué sientes? —vuelvo a repetir, esta vez añado una pincelada—. ¿Hambre?

Sus gestos me delatan que sabe perfectamente que me voy a cobrar la jugada de antes. Sonrío con suficiencia mientras continúo acariciándome lentamente. ¡Joder! Como no deje lo de ser cabezona para otro momento, no voy a poder aguantar.

Paro y cojo la botella.

—Pues yo tengo mucha sed…

Me voy acercando y derramo un poco por encima de sus pechos, a la vez que soplo y chupo.

—¡Oh, joder! —grita ante el contacto mientras arquea todo su cuerpo hacia mí.

Su reacción ha sido increíble, no se lo esperaba y yo lo voy a disfrutar como loco. Sigo hacia

abajo. Lamo y disfruto. Se retuerce, no puede más, aún queda vino. Sus gemidos cada vez son más fuertes y las veces que me pide que pare —o siga, no lo sé muy bien— se multiplican. No me cabe duda de que está disfrutando, pero tampoco de que está al límite. Vierto las últimas gotas encima de su sexo y mi lengua lo invade por completo.

—Su… Suéltame —gime.

Su voz tomada por el deseo se mezcla con nuestras respiraciones alteradas y una mirada de puro fuego. Sigo lamiendo antes sus tortuosos gemidos y jadeos.

—Ya sabes que no.

Paro para ver el espectáculo que me proporciona tener su sexo a mi merced. Sus muslos se frotan entre sí intentando buscar algo de alivio. ¡Mierda! Es demasiado.

—Vale, vale. No puedo más… Sí, lo reconozco. Tengo, tengo mucha hambre…

¡Maldita cabezona de las nari…!

—¡De ti, maldito capullo! Tengo hambre de ti y como no entres en mí ya te juro que…

La corto. No puedo esperar más y ella mucho menos. Arraso su boca sin control mientras la penetro con fuerza, como a ella le gusta. Siento algo mucho más fuerte, diferente. Con sus brazos inmovilizados, la excitación es aún mayor.

Grita. Jadeo. Gime. Empujo.

No puedo parar. No quiero parar. Es algo demoledor, visceral, tan especial que jamás había sentido antes algo similar, ni siquiera las primeras veces con ella. Estamos pegajosos por el vino y la sensación es increíble. Con ella todo me parece impresionante. Ambos nos rendimos a nuestros cuerpos, saben mejor que nosotros qué hacer con lo que sentimos.

Está a punto y no quiero que se corra sin sus brazos por mi cuerpo, así que suelto sus manos y rápidamente vuelan por todos lados. Mi boca. Mi cara. Cada rincón. Me queman por donde pasan y me hacen sentir más de lo que podía llegar a imaginar.

—Mírame, Farah. Juntos.

En ese momento, con nuestras miradas y cuerpos conectados al máximo, nos dejamos llevar en un demoledor orgasmo que nos deja exhaustos mientras el amanecer comienza a despuntar en el horizonte.

Durante un largo rato no nos movemos, todo es tan intenso que no se puede explicar con palabras. Ha sido una noche larga y no habría encontrado mejor final. Farah se separa un poco de mí, le da a un botón y algo hace que todo se oscurezca. Se coloca de nuevo entre mis brazos y ambos nos rendimos al sueño.

Farah

Una dulce molestia en mi cuerpo hace que me despierte para moverme. Estoy completamente agotada y satisfecha. Intento darme la vuelta, unos fuertes brazos me tienen inmovilizada. Sus brazos.

Aún me cuesta digerir todo lo que hemos vivido esta noche: la complicidad, las confidencias, reconocer abiertamente que nos gustamos, el sexo —y menudo sexo, me ha puesto al límite como nunca—... Lo que más me cuesta sobrellevar son los sentimientos. ¿Cómo puedes llegar a sentir algo tan fuerte y profundo por alguien a quien casi acabas de conocer? No sé cómo ha sucedido, pero es un hecho, es posible sentir algo así. Yo lo siento por Mike.

Cuando consigo darme un poco la vuelta, lo miro. Su precioso pelo rebelde deja caer algunos mechones sobre su frente. Se lo aparto con cuidado. Está relajado, sin preocupaciones. Me gusta verlo así. Disfrutar de él cuando duerme es algo que no había hecho antes y tampoco sé si podremos seguir haciéndolo, desconozco a dónde nos va a llevar esto más allá del plan. Me

gustaría tenerlo claro, pero a su vez me da un miedo atroz.

Sus gestos mientras duerme, su respiración pausada y, sobre todo, su manera tan posesiva de agarrarme me hacen sentir mariposas por todo mi cuerpo. Y si rememoro todo lo que me ha hecho esta noche, cómo me ha hecho sentir de especial, de querida… Es una sensación indescriptible. Sin duda, tenía razón: su adrenalina es lo único que necesito. Jamás lo había sentido con otro hombre. Nunca. Con ellos era sólo sexo. No me importaba nada más. ¿Es ahí donde entran en juego los sentimientos? ¿El amor?

Amor… ¿Sería posible?

Lo único que me queda claro es que esto no es simplemente «gustar», sino mucho más.

No paro de darle vueltas hasta que de nuevo me quedo dormida entre sus musculados brazos. No quiero pensar más.

Mike

Antes incluso de abrir los ojos, su suave olor me hace saber que está aquí, que no se ha movido. Eso y que no la he soltado en toda la noche —o mañana, porque intuyo que será bien entrado el día—. Nunca antes me había sentido tan bien, tan pleno al levantarme con una mujer entre mis brazos y es que, definitivamente, ella no es cualquiera. Me siguen asustando muchísimo estos sentimientos que cada vez son mayores, sin embargo, ya no es como antes, ya no tengo tanto miedo. Estoy intentando dejarme llevar y no está yendo nada mal.

Se remueve entre mis brazos y yo afianzo mi agarre. Sonríe: la mejor música para mis oídos.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, será cerca del mediodía.

—¿Qué? —grita incorporándose.

—Si nos acostamos amaneciendo, ¿qué esperabas? ¿Que se parara el tiempo por ti? —bromeo incorporándome también y ganándome un mohín.

—Tus despertares van con payaso incluido. ¡Mis padres y mi hermano se marchan pronto! ¡Y tu amigo! Vamos…

Ambos salimos de la cama, desnudos. Nos miramos, con más hambre aún de nosotros, pero algo llama nuestra atención y yo creo quedarme blanco…

—¡Mierda! —musita mientras coge pañuelos de la mesilla y comienza a limpiarse.

Hasta este momento no estoy siendo consciente de que no usamos preservativo. ¡Joder! Entre el vino, la excitación y el cansancio… La cordura se fue a la mierda.

—Yo…

—No te preocupes y quita ya esa cara de idiota, hombre. Tomo la píldora y ambos estamos más que limpios, ¿no? —ríe sin control. Será…

Sin esperarlo y con rapidez voy hacia ella y la acorralo contra la pared de cristal. La beso con fuerza y jadea ante la sorpresa.

—No vuelvas a jugar con eso —le advierto mientras subo su ligero cuerpo y la penetro con la misma rapidez.

Grita ante la incursión, pero en segundos está rendida por completo. Esta puñetera sensación diferente era lo que notaba anoche. Es increíble sentirla al cien por cien. Sin barreras. Piel con piel. Sin nada más. Ella y yo. Está demasiado mojada y sólo de pensar cuál es el motivo me pongo cardíaco: mi simiente aún está en su interior.

—Vamos a la ducha, tenemos prisa…

Pienso devolverle cada una de las que me ha ido haciendo hasta que no quiera ni pueda separarse de mí y, aunque desde que nos fuimos de la discoteca hayamos estado en una burbuja

—increíble, por cierto—, también quiero respuestas. Sé que por ahora, eso tiene que esperar.

***

—Te voy a echar mucho de menos, mamá.

—Tranquila, cariño. Vamos a hablar todos los días y, por fin, después de mucho tiempo, tendremos unas vacaciones lejos de aquí. Me apetece volver a Los Ángeles.

—¡Y a mí conocerlo! —exclama Tomy insaciable.

Están metiendo todo el equipaje en el coche de alquiler que trajimos desde Madrid para devolverlo a la empresa correspondiente. A la vuelta ya lo recogeremos.

—De veras que no es una molestia —vuelvo a hacerles saber.

—Claro que no, hijo. Eso ya lo sé, pero es mejor que descanséis algo. El poco sueño no es bueno…

Si hubiese tenido que dar una descripción gráfica de cómo me había quedado Loli en ese momento, sería boqueando, como un pez fuera del agua.

Todos los demás sonríen, incluida la otra implicada. Lo dejo estar, no puedo con todos a la vez.

—Confío en ti, Mike. Mantenme informado —se despide Joseph con cariño.

Sin más, se marchan los cuatro y nos dejan solos. La miro, me mira.

—¿Tienes hambre? —pregunto acercándome muy lentamente.

Estamos en el interior del garaje de su casa y no hay nadie más que nos moleste.

—Depende… —responde con mucha lentitud y dejándome ver lo afectada que está.

—Bien, porque tengo algo para ti.

Cojo su mano y la dirijo hacia dentro. Creo que hemos abierto la caja de Pandora con nuestros cuerpos. Da igual las veces que lo hayamos hecho, no tengo suficiente. Quiero más. Somos insaciables. Tener las manos alejadas de ella va a ser tarea complicada, aunque no sé si lo que tengo pensado será o no de su agrado…



CAPÍTULO 21. SUBIENDO LA TEMPERATURA

Farah

Aún puedo sentir sus manos fuertes sobre mi cuerpo, acariciándolo, casi venerándolo, recorriendo cada rincón como si quisiera memorizarlo y con ello acelerar mi corazón hasta conseguir que latiera desbocado. Su húmedo aliento de puro fuego y deseo susurraban a mi más que estimulada piel. Y yo me volvía loca a cada instante un poco más…

Ha sido una auténtica locura, jamás pensé que me haría sentir así: viva, feliz, plena, satisfecha y no sólo en el sentido más obvio. En la burbuja que hemos construido la noche anterior, nos hemos permitido dar rienda suelta a nuestros sentimientos más íntimos para que nuestros cuerpos jugaran sin reglas y pudiéramos ser él y yo, solos con nuestro deseo, sin miedos ni contratiempos y, lo más importante, sin fecha de caducidad. En esto no voy a volver a pensar ni un instante mientras estemos juntos.

Estamos juntos. No lo hemos dicho con palabras. Nos basamos en el maldito plan, pero estoy segura de que esta noche el plan ha quedado relegado a un segundo plano, demostrándonos que

lo que hay entre nosotros es mucho más real de lo que queremos hacer ver. Los dos sentimos algo más fuerte de lo que pensábamos y los dos, sin necesidad de haberlo dicho, tenemos claro que vamos a por todas contra todos. Quiero ver hasta dónde podemos llegar y él también me lo ha dejado claro con sus hechos. Puede que para los demás sea un supuesto juego, pero para nosotros ya no.

Eso era justo lo que pensaba cuando me ha dicho que tenía algo preparado y me ha instado a entrar. Me ha aconsejado que subiera a mi cuarto a ducharme y que me pusiera cómoda. Tenía una sorpresa para mí. Yo comencé a relamerme desde ese preciso instante. Twenty One Pilots y su *Rise* me acompañaban. Lo de tener siempre música, más que una manía, es una forma de vida, aunque últimamente las canciones no me estaban sirviendo para desconectar de pensamientos tan calientes.

Me imaginaba que con él nada sería aburrido —si en unas horas había conseguido hasta que me olvidara de mi nombre, ¿qué iba a suceder de aquí en adelante?— y que los orgasmos entrarían como las copas en una barra libre. Era puro deseo el que desprendía cada poro de su piel y, si ya lo juntabas con esa media sonrisa sinvergüenza y descarada, terminaba hecha un torbellino de hormonas voladoras que me desintegraban por completo.

Salgo de la ducha, me pongo la toalla y me dirijo a la cama, donde había dejado la ropa. No he podido evitar mirar hacia la gramola y entonces mi cuerpo ha comenzado a palpitar de placer. Sólo de recordar cómo me miró aquel día, cómo me sedujo con la mirada y cómo me terminó de desnudar con esos preciosos ojos me ponía acelerada de nuevo. Nunca me había sentido tan deseada y querida a la vez únicamente con ser observada.

En ese momento supe que como amante debía de ser lo más parecido a un dios, de esos que te llevan hasta las nubes con tan solo tocarte. Sin embargo, no podía estar más equivocada, me había quedado muy corta. Era impresionante, increíble, contenía una fuerza viril desgarradora y, por supuesto, con él traspasaba nubes. Un puto dios, pero que te transportaba directamente a las estrellas como nadie.

Me lo imaginaba empotrándome en cada pared de esta casa, ahora para nosotros solos, inmovilizándome otra vez y haciendo mi cuerpo suyo sin ningún tipo de miramientos ni contemplaciones, sin pedir permiso. ¡Joder! Estoy muy mal de la cabeza. ¡Si hemos parado hace unas horas! ¿Por qué sigo sintiendo mi cuerpo arder? Estoy en un estado febril y él sabe cómo solucionarlo. No puedo dejar de pensar en cómo me ha hecho suya y en que quiero que siga haciéndolo. Nunca me había sentido así y, claro, aunque suene triste, nunca había tenido tan buen amante. El maldito gringo juega en otra liga y yo también quiero ser jugadora. Lo quiero todo de él.

He bajado al salón descalza, con mis vaqueros desgastados claros y una camiseta ancha. Por un instante —uno muy pequeño—, mi fuego casi se había consumido.

—¿Vamos a comer? ¿Has preparado la comida? —pregunto incrédula acercándome a la mesa.

Sencillamente, no me lo puedo creer. Supongo que mi madre habrá dejado comida para todo el barrio y eso incluye a los nueve hijos y veintitrés nietos que tiene mi vecina Pura. Vamos, una exagerada. Y que sí, que sé que hay que comer, pero yo tenía otras cosas en mente.

Sin saber de dónde viene, comienzan a sonar Zayn y Sia y su *Dusk till Down.*

—Bueno, técnicamente, dijiste que sí a la pregunta que te hice sobre si tenías hambre.

Menudo idiota descarado. Mirarle acaba de convertirse en mi mayor error cuando quiero estar enfadada. Está impresionante, apoyado ligeramente en el mueble, con una simple camiseta que cubre en parte esos firmes y duros brazos, esos que me elevan sin esfuerzo en otros momentos y que ahora están sobre su musculado pecho. Sus torneadas piernas van enfundadas en unos

vaqueros que le quedan de muerte. Ese pelo indomable aún está húmedo, como el mío, y de él escapan algunos mechones que caen sobre su frente, dando un toque mucho más intenso a su mirada, si es que esto es posible. Por último, cómo no, esa sonrisa convierte mis piernas en gelatina.

¡Esto va a ser una maldita tortura!

Si a esto añadimos la canción y su letra… Definitivamente, me quiere volver loca. ¡Es una maldita declaración de intenciones!

Sólo quiero estar en esto, dime, ¿tú también lo estás?

Oh, dios mío. Acaba de sonreír. Será capullo.

¿Puedes sentirlo?

Maldita letra oportuna. No hago otra cosa más que sentir.

Porque quiero tocarte y sentirte también.

Su intensa mirada vigila mis gestos con cada parte de la letra, me está matando.

Hagamos el amor esta noche. Hazlo, enamórate.

Esto es demasiado, tengo que recomponerme y cambiar de tema.

¿Quiere comer? Comamos.

—No recuerdo que respondiera un «sí» tan rotundo como dices, recuerdo que más bien contesté un «depende…»—aclaro insinuante, pero algo nerviosa, pasando un dedo por el borde de la silla.

—Quizá no especifiqué bien a qué clase de comida me refería. Qué cabeza la mía…

Será capullo. Y maldita la sonrisa que tiene, me vuelve loca. Pues se va a quedar con las ganas de que le regale los oídos.

—Sí, sí, por supuesto, tengo un hambre atroz. De comida, claro.

Con un tono bajo y sensualmente inocente, contesto mordiéndome el labio inferior y sentándome en la silla frente a él. Me quito mi camiseta ancha, tengo mucho calor —y tanto que lo tengo—, y me quedo con una camiseta de tirantes blanca que poco deja a la imaginación. No tengo mucho pecho, pero sí bien puesto y se insinúa lo suficiente como para que él no pueda apartar los ojos de ahí. Noto cómo le cuesta tragar, pero se recompone rápido y se sienta. Odio ese maldito autocontrol que no me deja ver lo que siente ni lo que piensa. Es frustrante. En cambio, a mí siempre sabe leerme.

¡Soy un libro abierto!

Mike

Esa carita de niña buena que tiene puesta me dice que puedo esperar cualquier cosa y de inmediato me pongo en guardia. Tengo clarísimo lo que está pensando y lo que está intentando con sus actos. Con gusto le arrancaría esa maldita camiseta blanca con la boca y le daría lo que me pide a gritos sin hablar. Sin duda, la canción que he elegido la ha trastocado. La letra transmite justo lo que pienso y quiero que lo tenga claro.

Sus intensos ojos del color del chocolate me miran queriéndome traspasar, ver más allá, pero son muchos años de práctica, pelirroja. Sólo verán lo que yo quiero que vean y, ahora mismo, sería genial que mirara su maldito plato y se pusiera a comer o al final mandaré a la mierda mis buenos modales y me tiraré encima de ella, literalmente.

No tiene ni puñetera idea de cuánto provoca sin quererlo, así que cuando se esfuerza un poco ya es insoportable. Desprende un magnetismo y una sensualidad increíbles. Y lo que más me gusta es justo eso: su naturaleza. No necesita ropas caras y excentricidades. Tampoco intenta impresionar a nadie ni ser lo que no es. Con una simple camiseta blanca de tirantes está

consiguiendo volverme loco, ¿qué no hará con lencería? No he visto algo igual en mi vida y no pienso dejarla escapar. La noche que hemos pasado ha marcado un antes y un después en nosotros y, si de algo estoy seguro, es de que siente lo mismo que yo. Pero vamos a dejar las etiquetas en la intimidad. Ante la vista de todos, desde ayer somos pareja y punto. Ya nos encargaremos nosotros de que parezca real.

He tenido que hacer acopio de todo mi autocontrol para no entrar en su habitación mientras se duchaba. Estoy completamente seguro de que, en caso de haberlo hecho, no saldríamos de aquí en todo el día y eso no puede ser, tienen que vernos juntos. Mi idea era salir a comer unas tapas y hacer algo de turismo. No quiero pararme a pensar mucho en que puede que sea mi último domingo aquí. Si todo va bien, así será y quiero disfrutarlo con ella, los dos solos. Sin embargo, Loli tenía preparado un arsenal de comida que me ha dejado perplejo, así que no hemos tenido más remedio que disponer la mesa para comer aquí. Ya saldremos después.

—No sabía qué querías exactamente y he puesto un poco de… —carraspeo para aclararme y poder continuar—. Todo. Sí, eso.

La muy sinvergüenza ha cogido una aceituna de un pequeño cuenco y ha comenzado a comérsela muy despacio, saboreándola con destreza, enseñándome esa lengua viperina que me vuelve tan loco —en el sentido literal y figurado— cada vez que necesitaba de ella para recorrer la aceituna. ¿Cómo narices es posible que este simple hecho pueda convertirlo en algo tan excitante? ¡Comerse una puñetera aceituna!

Se avecina una comida de lo más agitada. Me ha puesto duro sólo con verla así. Me ha resultado inevitable imaginar que es la punta de mi polla lo que comía. ¡Joder! Voy a volverme loco. No puedo dejar que vea cuánto me afecta, no cuando tengo otros planes.

—¿Sabes? Esta receta a mi madre le sale de miedo —comenta como si nada sacándose el hueso de la boca muy lentamente, poniéndolo en otro cuenco y sirviéndose en el plato la comida, después de haber puesto en el mío. Me puedo esperar cualquier cosa que venga de ella—: carne ibérica con salsa de almendras. A mí no se me da nada bien la cocina, pero lo que me interesa sí que lo aprendo rápido. Pruébala.

Llevo hasta mi boca el primer bocado y no puedo estar más de acuerdo. Noto un contraste exquisito entre lo dulce y lo salado. La carne está deliciosa, tierna y muy jugosa.

—La verdad es que está buenísima, ¿sabes cocinarla?

—No, qué va —contesta llevando otro bocado a su interior de una manera endemoniadamente lenta.

—Como has dicho que lo que te interesa lo aprendes, pensé que sí.

En este mismo instante sus ojos perversos han conectado con los míos. Como siga jugando a esto, se va a quemar y lo sabe.

Es lo que está buscando, idiota.

Me va a encontrar.

—Sólo lo que me interesa, sí. De este plato lo que me interesa es la salsa, esa sí se hacerla. ¿Sabías que es afrodisíaca, gringo? Sus almendras son las que le dan el toque necesario —concluye pasando su lengua por el tenedor para acabar con la última gota.

¡Mierda! Como siga así no sé si podré aguantar sin follármela antes de que se acabe el postre. Me tiene completamente duro. La poca cordura que me queda me está consumiendo.

—¿Tú crees que un tío como yo no sabe eso?

Juguemos.

—¿Un tío como tú? —inquiere con curiosidad e ironía.

La visión que tengo ahora mismo delante es, como poco, fascinante. Sus ojos están dilatados

por el deseo, desprenden fuego, igual que sus ardientes labios cuando hace algún gesto o se pasa la lengua por ellos. Su piel erizada está expuesta y bastante afectada. Y sus manos, ya no sabe dónde ponerlas. Estoy seguro de que, si pudiera aliviar, aunque fuera un poco, el calor que está sintiendo, lo haría. De todo esto puede que ella no sea consciente, pero a mí no se me va una.

—Uno, que tiene la suficiente experiencia como para elegir, de entre todas las comidas posibles, esta —comienzo con voz ronca bebiendo un poco de vino muy lentamente.

—Arrogante.

—Uno —continúo ignorando su lindeza—, que con toda la buena intención del mundo está intentando con todas sus fuerzas que te alimentes bien para poder volver a follarte en cuanto tenga ocasión —sus ojos se abren como platos, aunque para nada sorprendida, yo diría que excitada— y a disfrutar de tu cuerpo, que dejó de pertenecerte desde el primer momento en que puse mis manos en él. Yo diría que incluso antes. Que te haga vibrar como sólo yo sé, que te bese duro, fuerte, como te gusta, recorriendo cada parte de ti hasta que dejes incluso de respirar, eso, mi querida pelirroja, sólo sabe hacerlo un hombre como yo.

—Fanfarrón —su voz cada vez está más afectada.

—¿Me vas a negar que estás excitada? —pregunto con voz sensual sin dejar de mirarla a los ojos y de sentir cuánto le provocan mis palabras—. ¿No me deseas? Yo, al menos, he sido claro.

Me observa con intensidad, mordiéndose el labio inferior, arañándolo inocentemente y haciéndome hervir con ese simple gesto. Me puedo hacer una idea de lo que está pasando por su cabeza.

—Dilo.

Decido ir un paso más allá e impregnar un poco de salsa en mi dedo, lo chupo muy lentamente y repito la operación. Esta vez se lo acerco a su boca, quedándome a una distancia que requiere que venga si desea su parte. Está completamente hipnotizada mirándolo, no me defrauda. Se acerca y, primero, me da un lengüetazo que de inmediato se refleja en mi dureza.

Tú y tus buenas ideas.

¡Cállate, joder!

A continuación, se lo introduce lentamente entre sus labios y yo me tengo que remover un poco en el sitio.

—Mmm…

Su gemido hace que me estremezca y mi dureza vuelve a hincharse de placer, más aún cuando su lengua comienza a jugar con mi dedo.

—¿Y bien? —vuelvo a insistir con voz grave.

—Estoy completamente excitada —reconoce mirándome a los ojos con las pupilas aún más dilatadas por el deseo—. ¿Es eso lo que querías oír? Porque estoy segura de que ya lo sabías.

Me levanto muy despacio, me sitúo detrás de ella, cojo parte de su pelo y lo echo a un lado para dejar al descubierto su parte derecha. Su temblor se hace mucho más visible y su piel no puede estar más caliente. Llevo mi boca a su nuca y de ahí a su oreja sin dejar de rozar su piel. Un inaudible jadeo se le escapa.

—Justo eso —susurro muy despacio y ella se estremece—. Me alegra saberlo, lo bueno siempre se hace esperar. Ahora toca el postre —me separo y continúo hablando mientras voy hacia la cocina—. Espero que te guste el chocolate. ¿Sabías que también es afrodisíaco?

No me paro a escuchar ninguna de las lindezas que salen por su boca, entre otras cosas, porque intento que no vea mi erección despuntar tan descaradamente. Voy a explotar, joder.

Cuando estoy llegando de nuevo al salón con las dos porciones de tarta de chocolate, la veo sentada en el sofá. Tiene el pelo revuelto y está preciosa. Cabreada, pero preciosa. No puedo más

que sonreír. Justo comienza a sonar el teléfono de la casa y se levanta mientras yo pongo los platos en la pequeña mesa que hay enfrente. Me asesina con la mirada y yo sonrío.

—¿Sí? —contesta despreocupada sin dejar de mirarme.

La tranquilidad dura unos segundos de mierda, de pronto veo cómo su cara se desencaja. Me acerco de inmediato a ella y pongo el altavoz sin decir nada más. Sólo me ha hecho falta ver esa expresión en su rostro una vez para saber reconocerla cada vez que ese hijo de puta se comunica con ella.

—¿Sigues ahí, princesa, o te ha comido la lengua el puto inglés o americano o lo que coño sea ese? Más te vale que no haya pasado eso, princesa.

Yo tengo que controlar todos mis instintos asesinos e ignorar al maldito cabrón y hacerle saber que estoy aquí, que no está sola y que puede con esto. O me centro en ella y en este objetivo o no respondo.

Sujeto su cara con mis manos muy suavemente para que se fije en mí y en mis labios y le susurro palabras tranquilizadoras: «tranquila», «no te preocupes», «no estás sola». Entonces, la insto a contestar.

—¿Qué, qué narices quieres, Igor? —inquiere con rabia y una aparente calma que no le llega a los ojos.

—Vaya, se me olvidaba que mi gatita de vez en cuando araña —ríe el maldito idiota y mis ganas de matarlo van en aumento—. Sólo quería asegurarme de que no me vas a fallar y vas a acudir a la cita, no me has contestado.

—No te he contestado porque no es una cita, eso por un lado; por otro, te diré que ya me he cansado de tus juegos. Si vas el sábado, me verás, trabajo allí.

Afirmo con la cabeza ante su mirada preocupada. Lo está haciendo genial. Debe sacar su genio, aunque no quiera. Pensándolo con frialdad, esta llamada nos viene de perlas.

—Bueno, bueno, esto sí que no me lo esperaba. ¿Me estás rechazando? Porque eso puede ser un grave error —amenaza con voz dura—. ¿O es que ya no te importa el bienestar de los tuyos: de tu hermano, de tus padres, de tus amigos y del nuevo compañero al que te estás follando?

Es ahora o nunca. Escribo en un papel lo que tiene que decir y, pese a que sus ojos se abren como platos, le hago saber que no pasará nada, no tiene nada que temer.

—Ya no te tengo miedo, ni a ti ni a tus hombres. Tengo a quien me proteja y, aunque este sábado te pague lo de siempre, quiero que sepas que va a ser la última vez. He conocido mejor a Mike y estoy saliendo con él —me mira directamente mientras dice esta parte y algo dentro de mí se remueve con fuerza.

Se oye un fuerte golpe, como si alguien hubiese tirado un vaso contra una pared, y Farah pega un salto, asustada. Tenía cogidas sus manos y las elevo hasta su cara. La acuno y le infundo el valor que necesita ante todo esto, ante él.

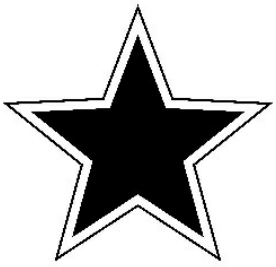
—Escúchame bien, princesita —escupe con saña—. Eso no te lo crees ni tú, menos aún ese maldito cabrón al que te tiras. Te daré lo tuyo también, lo puedes tener claro. No vas a poder moverte en semanas, pero de la paliza que te pienso pegar mientras te hago mía —sólo de pensarlo me hierve la sangre. Me tenso y ella lo nota. Ahora intenta tranquilizarme a mí, pero estoy muy lejos de eso. ¡Quiero matarlo, joder!—. Nunca te olvides de quién manda aquí. Me encargaré de recordártelo, por si acaso, princesa. Puede que haya un cambio de planes…

Cuelga. No se oye más que el maldito pitido de fondo.

Lamentablemente, la temperatura baja en picado.



CAPÍTULO 22. EL CASTILLO



—Son unas vistas preciosas, increíbles.

Realmente lo son. Se puede divisar todo, incluso los pueblos de alrededor. Desde la primera vez que lo vi, me pareció majestuoso y desde dentro o desde aquí arriba, en las almenas, este maravilloso castillo ha superado mis expectativas.

—Lo sé, pensé que te gustaría verlo.

Una vez más me demuestra la fortaleza que tiene. Va andando delante de mí, guiándome por sus pasillos y sus piedras, intentando evadirse con lo que mejor le funciona: el aire puro.

Después de la maldita llamada, no volvimos a tocar el tema. Le pregunté cómo estaba, me dijo que era mejor que fuéramos a dar una vuelta, ya hablaríamos más tarde, así que aquí estamos. Aún no ha dicho nada. Me queda claro que hablar no es lo suyo, ya me lo ha demostrado, pero callar tampoco es lo mío. Tiene de tiempo lo que dure nuestra visita al castillo, con eso será suficiente para pensar.

—Siempre me han llamado mucho la atención los castillos y sus historias —comento mientras no dejo de observar el entorno.

—¿En serio? —se gira sorprendida y se para frente a mí.

—Claro que sí —frunzo el ceño con una sonrisa, extrañado por la efusividad de su pregunta —. ¿Por qué te sorprende tanto? —casi río por su cara.

No puede estar más preciosa. Se ha hecho una trenza de raíz en lo que se me han antojado unos segundos muy cortos para tal tarea, y sin verse en un espejo. Lleva un poco de rímel, colorete y un sutil pintalabios. Hace un tiempo agradable, se ha puesto su chaqueta vaquera encima de la camiseta ancha que llevaba, ya que aquí arriba el aire es algo más notable. Sus ávidos ojos me observan con una curiosidad que me gusta demasiado.

—Bueno, siempre he creído que era una tía rara porque a mí también me gusta bastante ese tema —reconoce bajando un poco la cabeza, pero sonriendo y apoyándose en una pared—. Mis amigos nunca han compartido mi interés en ello, en la historia. Siempre he deseado saber qué pasaba dentro de estos muros, en cualquier casa, castillo o edificio antiguo —aclara señalando todo. Yo me apoyo de medio lado para poder observarla mejor. Siento que ahora mismo está imaginado aquello de lo que habla y su expresión es fascinante—, qué historias habrán vivido, cuánto de real hay en todo lo que se cuenta sobre el pasado y, sobre todo, lo que las paredes narrarían si pudieran. Siempre me ha encantado inventarme historias para, precisamente, contar lo que podría haber sido verdad. De pequeña me gustaba ponerme en la piel de fieles sirvientes o de reinas altivas y sin corazón. Supongo que de ahí me vino lo de querer ser actriz. Suena tonto, lo sé.

Se incorpora para seguir, pero no la dejo. Le doy la vuelta y vuelvo a apoyarla en la pared mientras cubro mi boca con la suya. Es un beso dulce, delicado y molestamente corto, porque, de no ser así, no me voy a poder controlar, menos aún cuando noto cómo se derrite entre mis brazos.

—Para nada me parece tonto —susurro junto a sus labios—. Es más, a mí me pasa igual —y es la verdad, lo juro—. Mis padres dicen que de pequeño me encantaba jugar en la casa del árbol a ser el caballero de mi castillo. En cada casa a la que iba, imaginaba que estaba en un reino diferente, que debía visitar y defender. Suena tonto, lo sé.

Ambos sonreímos sin poderlo remediarlo. Vuelvo a besarla. Nunca le había contado eso a nadie y menos a una mujer, pero descubrir que a ella le pasaba igual ha hecho que saliera solo. Parece que tenemos muchas más cosas en común de las que imaginaba y eso me pone un poco nervioso.

El sitio transmite una paz idílica y no sólo el sitio: desde que decidimos reconocer en voz alta lo que sentíamos, aunque fuera que nos gustamos, sin más, todo es mucho más fácil, más real. Yo acabo de descubrir que no sólo me gusta…

Me estoy enamorando de ella.

¡Joder!

¿Yo enamorado? No tengo ni idea de cómo controlar estos sentimientos, ni de cómo saber hasta qué punto son reales. Jamás he estado enamorado y no hace mucho que nos conocemos. ¿Cómo es posible? ¡Yo enamorado! ¿Tan fuerte ha entrado en mi corazón como para que no pueda salir de él? Tardo medio segundo en contestar a esa pregunta: sí, lo ha hecho. Ahora ya no podré sacarla de mi y, lo que me parece más importante aún, no quiero que salga.

—¿Se… Seguimos? —propone bastante afectada rompiendo el beso al poner sus manos en mi pecho.

Nuestros ojos se encuentran y dejo que vea lo que siento a través de ellos. Es la primera vez que no me importa que lo haga. Los suyos están diciéndome muchas cosas después de este momento de intimidad en el que seguro que es unos de sus lugares favoritos. Se estremece ante

la intensidad y parece gustarle lo que ve por el brillo que ahora producen los suyos. Todavía es pronto para hablar tan abiertamente, o eso creo, pero lo quiero todo de ella y tiene que ser antes de irme. Una punzada de dolor atraviesa mi pecho ante tal pensamiento. Sí, definitivamente, me estoy enamorando. Me consume la idea de dejar de verla. Antes de que pueda ver este cambio en mi mirada, entrelazo mis dedos con los suyos y continuamos.

—¿Y dices que se construyó en el siglo XIII?

—Bueno, a partir de esa fecha comienza a haber documentación sobre él. No hay exactitud sobre ello, pero se dice que esta fortaleza fue encomendada por la Orden del Temple en aquel entonces. Tuvo que ser fascinante aquella época.

—A ti, a lo mejor, te lo parece ahora, pero estoy seguro de que no fueron tiempos fáciles. Guerras, traiciones, pocos recursos, otras mentalidades…

—Y unos templarios que, con sus uniformes, estoy segura de que levantaban pasiones, gringo —me corta con picardía.

—Oh, sí, seguro. Con sus uniformes y su poca higiene, tendría que ser maravilloso compartir lecho con ellos —ironizo con mi media sonrisa y dándole un azote en el culo.

—¡Venga ya! No me jodas la fantasía —se finge indignada aunque no puede evitar reír—. No obstante, soy más de *Highlanders* y sus *kilts*. Oh, sí.

—No me jodas tú a mí, ¿eres otra de las colgadas por el *zanahorio* ese de Jamie Fraser? Ahora sí que has perdido puntos, pelirroja, ahora sí —continúo andando mientras cabeceo y me aguanto la sonrisa.

—¿Conoces *Outlander*? —prácticamente chilla perpleja—. Ahora sí que has ganado puntos, gringo, ahora sí.

—Bueno, claro, si la idiota de mi hermana es lo único que ve, esté donde esté y sin importarle la compañía, si no hace más que hablar de la serie… Uno, quiera o no quiera, tiene vista y oído, en este caso, por desgracia.

Estalla en una sonora carcajada de la que se hace eco todo el castillo y que provoca que a mí me retumbe el pecho de felicidad al escucharla. Verla tan divertida y despreocupada con todo lo que tiene encima es música para mis oídos. Ha sido una gran idea venir, sobre todo, para conocernos mejor. Nos queda una semana muy dura por delante.

—Estoy deseando conocer a tu hermana en persona —comenta secándose las lágrimas y parando de reír—. Eso promete una maratón de todas las temporadas que hay.

Continúa andando y no se ha dado cuenta de que me he quedado paralizado. ¿Quiere conocer a mi hermana? ¿Que venga aquí, que vaya ella…?

—¿Vendrías conmigo a Los Ángeles?

Antes de que la pregunta cristalice en mi mente, ya la he lanzado. No hay vuelta atrás. No soy de los que actúan por impulsos, pero ¿no es así todo con ella desde que la conocí? Podría añadir cualquier otra cosa y salir del paso, pero los dos sabemos el trasfondo de mi pregunta.

Y tanto que lo sabe.

Se ha quedado quieta en el sitio, no se da la vuelta.

—¡Hola, Farah! —grita un hombre mayor desde unas escaleras que están más abajo y ambos nos giramos—. ¿Otra vez haciendo turismo por el castillo? Si te debes de saber hasta cómo está colocada cada piedra.

—¡Hola, señor Fuentes! ¿Y usted? ¿Ya se ha vuelto a perder? —bromea ella también—. Vamos a terminar y ahora bajamos a saludar.

Sin más, retoma la ruta y yo la sigo. No se me olvida la conversación pendiente que tenemos, por ahora lo voy a dejar estar.

Menos mal que no tengo vértigo. Estamos bordeando el castillo por sus almenas, el paso es algo estrecho y está a mucha altura. Abajo tenemos una plaza de toros bastante grande, también diviso una plaza de abastos y una iglesia. Antes me dijo que poco a poco el castillo se fue dividiendo y se compone de esas tres partes, junto con lo que quedó de su muralla.

—Mira, ya hemos llegado a la torre del Polvorín, como se le conoce —accedemos a ella, la atravesamos y continuamos por la muralla—. Posiblemente aquí se ubicase la cárcel. Esta es una de las siete torres de las que se compone el castillo, pero no es mi favorita. Sólo imaginar que fuera real lo de la cárcel, lo que debió de ocurrir aquí, me abruma —se estremece y continua—. Otra de las torres más importantes es la de la de Santa María.

—Es impresionante.

Volvemos atrás, por aquella parte no hay salida y disfruto las vistas desde otro ángulo.

—A ver si adivino, ¿tu preferida es esa? —digo señalando la más alta y grande de ellas.

—La torre del Homenaje, sí. Es la más importante de todas y lo comprobarás cuando subamos. Las vistas desde allí son todavía más impresionantes, desde ella se podía controlar absolutamente todo, ya que los pueblos de alrededor se ven con toda claridad y para las batallas eso era una gran ventaja. Tiene un campanario y un reloj del siglo XVIII, además de un matacán que servía de defensa. Es maravillosa.

—Estoy de acuerdo, sin duda, un castillo con historia…

—Fregenal perteneció durante un periodo de tiempo a Sevilla y, entre luchas y conquistas, pasaron años hasta que fue de nuevo entregada a Badajoz. Esto es un brevísimo resumen, claro.

—¿Algún día me contarás la historia de tu castillo?

—Algún día —sonríe presuntuosa, yo le robo un beso y me adelanto.

—¡Eh!

Cuando terminamos de ver todo entre bromas, risas y besos, bajamos las escaleras. Me ha encantado hasta la última piedra de este impresionante lugar. Ha superado mis expectativas y, sobre todo, me ha gustado visitarlo con ella. Verla hablar con esa ilusión y ese orgullo de sus raíces, de su tierra, ha hecho que me enamore más de este sitio y no sólo de este…

El hombre de antes está cómodamente sentado en unos escalones con su bastón. Es enternecedor.

—Ya hemos acabado, señor Fuentes, hace una tarde preciosa y se nos ha pasado el tiempo volando.

—A mí a tu edad me pasaba igual, *ricura*, pero ya ves. Aprovecha el tiempo para hacer lo que deseas. Muchas veces pensamos que disponemos de él para siempre y no podemos estar más equivocados. Hoy estamos aquí; mañana, ¿quién sabe?

—Sí que está profundo usted hoy, pero tiene más razón que un santo —contesta Farah riendo.

—¿Y tu amigo es…? —comienza a decir mientras me analiza con ojo avizor.

—Soy Mike, su novio. Encantado, señor —le ofrezco la mano y me la estrecha con más fuerza de la que esperaba. Sin duda, tiene que tenerle mucho aprecio a la pelirroja.

Farah me mira algo nerviosa. Sabe que nos queda una semana, esto tiene que correr como la pólvora y me da a mí que su amigo no es de los que guardan secretos…

—Encantado yo —sonríe más tranquilo—. Ya le venía diciendo a esta *ricura* que necesitaba dejar de trabajar tanto y casarse de una vez.

Yo sonrío, casi río por la cara que ha puesto la *ricura* y ella me fulmina con la mirada mientras hace que nos despidamos del buen hombre. Nos dirigimos a tomar un café y unos pasteles antes de volver a la casa y pasamos otro rato más que agradable.

Farah

¡Ay, mi madre! Como siga mirándome así no respondo. Es tan intenso todo cuando estoy con él, que no parece real. Muchas veces creo que se trata de un sueño del que voy a despertar en cualquier momento.

Continúo andando e intentando no mirarlo mucho. Puedo notar esos ojazos —a veces marrones y otras del color de la miel— sobre cada centímetro de mi cuerpo. Después del café, decidimos dar una vuelta más por el pueblo y, al final, nos han dado las diez de la noche. Ya vamos de regreso.

—Bueno, ¿qué? —intento sacar cualquier tema de conversación para paliar el calor que mi mente siente y que recorre todo mi cuerpo—. ¿Te ha gustado mi pueblo? Desde que llegaste no has podido ver mucho.

Hemos llegado a la puerta principal de mi casa y decido abrir mientras espero una contestación que no llega. Me giro para observarlo bien y lo que veo en sus ojos me deja la boca seca: promesas, muchas, y todas tienen un eco en mi bajo vientre. Puro fuego y deseo es lo que desprenden. Me estremezco ante lo que su mirada devoradora me ofrece. Ya voy teniendo claro que sólo puedo ver qué hay en su mirada si él me lo permite y, en este caso, quiere estar seguro de que, si entramos, voy a ser plenamente consciente de lo que va a pasar. Me está dando la opción de elegir o eso creo, porque en un arrebato me sujeta fuertemente y me hace entrar mientras me besa con una pasión febril.

—Todo lo que me interesa lo he visto bien a fondo. Tu pueblo es precioso, pero no puedo aguantar más —susurra entre beso y beso al mismo tiempo que nuestras manos avanzan por libre —. Dime que quieres esto, que no me vas a rechazar, que todo está bien.

Su inseguridad me abruma un poco. ¿Realmente siente algo tan fuerte como para hablarme tan desesperado? Yo no puedo sacarlo de mi cabeza, de mi día a día, de mi cuerpo ni de mi piel, mucho menos de mi corazón.

Estoy enamorada de él por completo.

No sé cómo narices ha pasado, tampoco cuándo, pero sé que esto es lo más fuerte que jamás he sentido por alguien. Me duele y me gusta a la par. No tengo ni idea de qué hacer al respecto, lo que sí tengo claro es que no quiero que esto, sea lo que sea, se acabe. Si creía estar enamorada de Igor y sufrí por todo lo que me hizo, cualquier cosa que pudiera hacerme Mike, por insignificante que pareciese, me destruiría. Prefiero no pensar mucho en esa posibilidad.

—Quiero esto, te quiero a ti…, dentro de mí. Ya.

Mis palabras han salido sin filtro alguno y en cuanto las ha escuchado se ha vuelto loco. Ha intensificado nuestro beso alzándome con sus fuertes brazos mientras gruñía como un animal y yo he enrollado mis piernas y mis brazos alrededor de su cuerpo.

No sé si ha alcanzado a entender el significado de mis palabras. Aunque haya añadido que lo que quería era que estuviera dentro de mí, ese «te quiero» ha salido desde el fondo de mi corazón.

Subimos hasta mi cuarto chocando contra todo. Sus manos vuelan por mi cuerpo mientras las mías intentan quitarle la ropa. Acabamos besándonos sin ver más allá. Su ávida lengua recorre cada rincón con una posesión que hace a la mía tímida y pequeña. No hay duda, le gusta llevar el control, pero no será por mucho tiempo.

Conseguimos entrar en la habitación por inercia y, mientras cierro la puerta con el pie, me quita la camiseta ancha —mi cazadora se ha perdido por el camino y, ahora que me fijo, su camiseta también— y me quedo como una idiota admirando su duro pecho y sus abdominales. Se da la vuelta y me deleita con la imagen de su perfecto y duro culo cubierto aún con los vaqueros. Va hasta su móvil e inmediatamente comienza a sonar *Stragazing*, de Kigo. Esa dulce

melodía se instala entre nosotros. Me encanta esta canción.

La visión de Mike acercándose nuevamente a mí de esa manera tan erótica y viril hace que me humedezca todavía más.

—Ni te imaginas, desde que te vi con esta camiseta, las ganas que tengo de hacerte mía, de entrar en ti y de que compruebes lo dura que me la pones —susurra fuerte en mi oído y me hace vibrar con sus palabras a la vez que pasa sus manos por mi cuerpo con una tortuosa lentitud.

—Pues no sé qué esperas para deshacerte de ella y hacer todo lo que dices —no tengo ni idea de cómo he podido componer una simple frase.

Envidio su entereza hasta en estas ocasiones. Yo estoy convertida en gelatina de puro deseo. ¿Cómo puede tener tanto control con lo que siente? Yo, desde luego, no puedo y, menos, cuando me habla tan rudo. Jamás pensé que me pudiera excitar tanto el vocabulario ese, pero, claro, no es el vocabulario, es él.

—Oh, sí. No dudes de que voy a hacerte gritar bien fuerte.

Ya completamente desnudos, de pie, frente a frente, puedo observar su cuerpo y su… Su… ¡Joder! Es enorme y es sólo para mí. Su mirada se vuelve aún más oscura ante mis intenciones. No dice nada y me lo tomo como una invitación. Bajo hasta su erección, pasando lentamente mis uñas por su cincelado pecho y sus marcadas abdominales. Noto cómo su piel me responde y sigo hasta mi objetivo. La sujeto con mis manos y comienzo a frotarla de arriba a abajo, primero suave y después algo más fuerte.

—¡Joder! —jadea agarrándose a mi pelo.

Acerco mi boca y la meto dentro poco a poco.

—¡Ahh!

Su gemido va acompañado por el movimiento de su cadera, que cada vez coge más velocidad. Su sabor salado se mezcla con mi saliva y no puede gustarme más. Su respiración cada vez es más irregular. Jadea y yo me humedezco todavía más. Esto es increíble. Me siento poderosa teniéndolo así, pero me dura poco.

—Para o me voy a correr ya —dice afectado mientras me levanta y me tira en la cama con él encima—. Necesito estar dentro de ti.

Y, sin más, me penetra como a mí me gusta. Fuerte. Rudo. Increíble.

—¡Oh, joder! —grito.

Justo entonces comienza a sonar *In the name of love*, de Martin Garrix y Bebe Rexha.

—Voy a hacer que no puedas ni moverte de placer —una estocada fuerte, vuelvo a gritar—, que tus piernas se olviden de caminar —otra, grito—, que tu cuerpo tiemble de puro deseo cada vez que te toque —otra más, grito más fuerte—; pero, sobre todo, voy a conseguir que no puedas vivir sin esto, sin mí.

Ahí ya sí que se desata la bestia que habita en él. No existe tregua ni descanso. Sus envistes se vuelven más profundos, más fuertes, más fieros y yo no sé ni cómo me llamo. Es una auténtica locura, un deseo desenfrenado y visceral que se apodera de nosotros sin permiso. Y sus besos, sus besos me provocan la mayor de las sensaciones.

No quiero renunciar a esto. A él. Jamás.

La canción hace que todo sea mucho más intenso si cabe. Su letra nos invade y nuestros ojos son testigos de ello. ¿Todo lo que hacemos es en nombre del amor? Todo gira en torno a eso cuando se trata de la persona adecuada. ¿Acaso lo somos el uno para el otro? ¿Esto es amor verdadero?

«Si te dijera que va a doler, que el fuego va a quemar, ¿entrarías?»

Si está él, sí.

«¿Confiarías en mí cuando saltes desde las alturas? ¿Caerías en nombre del amor?»

Estoy completamente segura de que nunca me dejaría caer y, si así fuera, me ha demostrado que caería conmigo.

«En nombre del amor…»

—Córrete para mí, Farah.

Gemir mi nombre justo en mi oído mientras entra y sale de mi cuerpo ya es demasiado… Pero cuando baja su mano hasta mi hinchado clítoris, sumado a lo anterior, no puedo aguantar más y me corro de una manera que no había experimentado nunca. No paro de sacudirme mientras me sigue susurrando palabras y embistiendo cada vez más fuerte. No me da tiempo ni a coger aire.

—¡Dios, Farah! No puedo parar. Me vuelves completamente loco.

Aún sin recuperarme del anterior, noto cómo otro orgasmo comienza a formarse dentro de mí y él se da cuenta por mi reacción. En ese momento, consigo que nos demos la vuelta y me pongo a horcajadas sobre su cuerpo.

—Eres una diosa —gime mientras acaricia mi pelo y mis pechos y comienzo a moverme.

Salgo despacio y entro fuerte.

Gime. Jadeo. Ruge.

Sus fuertes manos se anclan en mis caderas hasta que él vuelve a marcar el incesante ritmo. Una y otra y otra vez. Es una puta locura.

—Juntos, ahora.

—¡Mike!

No puedo aguantar más, me corro de nuevo gritando su nombre mientras noto cómo se vacía en mi interior con un fuerte rugido y perdiendo la poca cordura que le quedaba…

Mike

Se ha quedado dormida en mis brazos y no pienso despertarla por nada del mundo. ¡Joder! Aún no me puedo creer todo lo que hemos vivido hace unos instantes. Siento que me he abierto en canal delante de ella y, sin necesitar palabras, ha podido ver todo lo que siento, todo lo que soy.

Ahora lo tengo claro, esto no es follar, es hacer el amor.

¿Cómo cojones he llegado hasta aquí? ¿Hasta verme envuelto en estos sentimientos tan grandes por ella? ¡¿Yo?! Que siempre he huido de cualquier sensación que se le pareciera. ¡Si ni siquiera me tiraba a la misma tía dos veces por si acaso! Y, sin embargo, con ella… —le acaricio suavemente la cara quitando algunos mechones sueltos—. No puedo mantener mis manos alejadas de su cuerpo. Quiero repetir una y otra vez y no sólo me refiero al sexo. Lo quiero todo de ella.

Mi móvil ha comenzado a sonar. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había apagado la música. Me levanto con cuidado para no despertarla y voy hacia él.

—Walker —respondo sin ni siquiera mirar.

—Señor, siento molestarle, tenemos un problema.



CAPÍTULO 23. SIN FILTRO

—Dame un minuto, Mackenzie.

Me pongo los pantalones y, con cuidado, salgo de la habitación. No quiero despertarla y mucho menos que escuche esta conversación. Si mi hombre de confianza se ha visto en la obligación de llamarme es porque se trata de algo importante. Suele ser muy discreto, eficiente al máximo y cauteloso.

—¿Qué sucede? —apremio mientras me dirijo hacia el despacho de Joseph, el sitio perfecto para tener intimidad.

—Como usted sospechaba, un coche les ha seguido hasta Sevilla, cuatro hombres para ser exacto.

—Y deduzco que algo del plan ha salido mal, ¿no? —de no ser así, tengo claro que no me habría llamado.

—Se ha hecho todo como usted indicó, sin que los señores Cooper y su hijo hayan sospechado nada. Aparentemente, ellos despedían a Brian, que habría tomado un vuelo comercial para no levantar sospechas. La excusa que hemos usado con ellos para que esperasen

pacientes hasta la hora de embarcar es que les tenías preparada una sorpresa y que por eso no se habían podido ir con Brian: un vuelo privado. Les presentó a nuestros dos hombres de seguridad y les dijo que estuvieran con ellos hasta que despegaran. Como faltaban algunas horas, los llevaron a tomar algo fuera del aeropuerto. Esto los despistó y lo mejor de ese avión privado es que no hay constancia de que haya siquiera estado en Sevilla.

—¿Y dónde está el problema? —espeto de malas formas, siendo completamente consciente de que, si él estuviera aquí en España, todo habría salido bien. Los demás son unos putos incompetentes.

—En realidad, ha pasado lo que le dije que pasaría si ellos eran más que nosotros: dos pudieron subir en el mismo vuelo que Brian con sus propios contactos y los otros dos han intentado secuestrar al chico en los baños justo antes de embarcar. Creo que tenían órdenes de no irse del aeropuerto hasta que lograran su objetivo. Tendrá que hablar con él lo antes posible, tiene muchas preguntas. Uno de los dos hombres que intentaron llevárselo está en estado crítico, ya me estoy encargando de todo —sé qué así será y que no tengo que preocuparme por ello—. En cuanto a los que van a desembarcar, no se preocupe. Conmigo al frente aquí en Los Ángeles y con nuestros propios hombres, desearán no haber subido nunca a ese avión.

—No tengo dudas, Mackenzie —le hago saber mientras me pinzo el puente de la nariz con cansancio.

He acabado sentado en las escaleras, me levanto y continúo hasta mi destino.

—Señor… A estas alturas, sabrá que él ya está al tanto —aclara con su característica voz neutra lo que yo ya había supuesto sobre Igor.

—Yo me encargo de todo aquí. Mándame algunos hombres, que sean los mejores. De mi familia te ocupas tú —no hay mucho más que decir; a él, no. Su eficiencia es inmejorable, sabe lo que tiene que hacer—. ¿Tienes lo que te pedí?

—Si puede tener acceso al correo que le acabo de mandar, se lo iré explicando mientras lo ve.

—Sí, ya casi estoy —le informo mientras entro en el despacho y enciendo el ordenador.

—Como me pidió, le he enviado toda la información sobre ese individuo y sus hombres.

Sé que ha movido cielo y tierra para conseguirlo, no me tiene que dar ningún tipo de explicación al respecto, confío plenamente en él y en sus métodos para lograr lo que necesito. Tiene carta blanca y sabe usarla muy bien. Jamás me ha dado ningún problema y siempre ha cumplido con cada empresa que se le ha encomendado. Conozco todo su pasado y, gracias a su sinceridad y lealtad, se ha ganado nuestra entera confianza.

—De verdad, no entiendo cómo gente así y con tales expedientes puede estar fuera.

Le doy la razón. Estoy seguro, por lo que leo, de que hay peces gordos de por medio.

—Ya sabes que la justicia española funciona… Digamos que de forma diferente —le recuerdo mientras continúo leyendo.

El maldito cabecilla, Igor —quien, por cierto, pienso que es uno de los últimos eslabones de una gran cadena—, era el típico niño con problemas que ha crecido en una familia desestructurada y que terminó en un reformatorio. Ha jugado con las drogas desde que era muy pequeño, nada que no me esperara. Salió por «buena conducta», aunque pienso que a alguien le hacía mucha falta disponer de un tipo de esa calaña para hacer algún trabajo y por eso salió. Aparentemente, quiso recuperarse y alejarse de todo aquello. El padre de Farah lo contrató por la amistad que tenía con su padre y porque parecía rehabilitado. Le dio la oportunidad y lo que no sabía es que ya pertenecía a esa banda.

—Estoy seguro de que ese cabrón tiene la culpa de los fracasos de Farah como actriz en cada uno de sus intentos. Su obsesión por ella va mucho más allá, quiere que esté justo donde él

siempre ha querido. Averigua algo sobre mis sospechas.

—Por supuesto, señor.

—Mantenme informado de todo.

No espero respuesta ni él tampoco. Colgamos y me dejo caer sobre el respaldo del sillón con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. Si estuviera aquí mi madre, me hubiera echado una bronca monumental por no dar las gracias o por no haber sido más educado, pero con mi hombre de confianza eso sobra. Ambos somos directos y cada uno hace su trabajo porque lo tenemos que hacer y punto. Digamos que nos entendemos bien sin necesidad casi de palabras.

—¿Todo bien?

Su dulce voz ha hecho que mi cuerpo entero vibre. La miro y está apoyada en el marco de la puerta con mi camiseta puesta —quiero creer que sin nada debajo, ya que al ser tan bajita le queda por debajo del culo—, el pelo revuelto, piernas cruzadas, esos labios que prometen más de lo que dicen y una mirada que sin poderlo remediar destila puro deseo.

¡Joder! Ni cinco putos minutos y ya me la ha puesto dura.

Me incorporo hacia la mesa y con disimulo me deshago del correo. Abro otro mensaje de trabajo y pongo algo de música. Mientras, muy despacio, se va acercando y vuelvo a echarme hacia atrás.

Miss Caffeina y sus *Átomos dispersos* llenan la estancia y nos absorben por completo. Es una canción que no conocía y que ella me enseñó. Al fin y al cabo, de eso estamos hechos, ¿no?

—Sí, sólo es trabajo —miento con esa voz ronca que sé que le gusta y le afecta. Cuando la tengo cerca, tiro de su mano, grita y la siento en mi regazo—. Una distracción no me vendría nada mal, señorita Cooper.

La beso despacio, deleitándome con sus esponjosos labios, y gime contra los míos.

—¿Ahora soy la señorita Cooper? ¿Ya no soy pelirroja? —curiosea entre beso y beso subiendo sus manos a mi pelo.

—Bueno —comienzo a decir mientras las mías avanzan por sus piernas. Dios, es increíble lo que me hace sentir—, ahora eres oficialmente mi novia…, así que es hora de ascender de título.

Noto cómo se tensa. Mi boca asalta la suya con saña. No quiero que piense con coherencia, deseo que se pierda entre mis brazos y no pueda pensar en nada más, que se derrita justo como lo está haciendo ahora. Mis manos han llegado al punto más caliente y ¡mierda! No lleva nada debajo. Comienzo a frotar y a estimular su sexo.

La letra no puede ser más acertada…

«Reconozco que he soñado con la posibilidad

de poder tocarnos hasta que se duerman las manos».

Desde que la conozco, aunque no lo quisiera reconocer, así ha sido. No puedo parar. No quiero parar.

Jadea. Gimo. Nos besamos más fuerte.

«Mírate, ¿no lo ves? Sabes cómo desintegrarte».

No hay cosa que desee más que a ella deshaciéndose entre mis brazos.

Quiero que se corra.

Introduzco un dedo y no dejo de frotar su clítoris.

Su respiración es puro caos.

—Mike… Por favor. ¡Oh!

No le doy tregua, vuelvo a sellar su boca e introduzco un segundo y un tercer dedo. Mi locura se desata viéndola en este estado, completamente rendida ante mí a causa del placer que le proporciono. Sin poderlo remediar, se corre en mis manos gimiendo mi nombre.

No existe ni una sola jodida cosa mejor que esto.

«Como los elementos de un universo

Volvemos a ser átomos dispersos».

Mientras sus pulsaciones se relajan, continúo besándola muy despacio. Ella sigue con los ojos cerrados, aferrada a mi cuello, y eso me hace deducir que es la primera vez que alguien hace algo así por ella, sin buscar nada más que verla disfrutar. En este momento me doy cuenta de que yo tampoco lo había hecho jamás. Ha sido increíblemente bueno, joder. Proporcionarle todo el placer que se merece se va a convertir en mi nueva meta.

—Sabes que tenemos que hablar, ¿verdad? —susurro suavemente en su oído. Su piel vibra y me encanta.

—Prefiero pelirroja —murmura sobre mi cuello y yo no puedo más que sonreír.

—Farah, mírame —con ayuda de mi mano, nuestras caras quedan frente a frente—. Esto no es precisamente de lo que quiero hablar, porque está claro. Sí o sí, ya seas pelirroja o morena, señorita Cooper o Farah, te quiero a mi lado, quiero intentarlo y sé que tú también. No sólo quiero que seamos novios por el maldito plan y todo esto, lo quiero todo de ti. Si no quieres etiquetas, perfecto, pero entiendes a lo que me refiero.

Sus ojos se han puesto vidriosos y me gritan un «sí» tan grande como las ganas que tengo yo de que lo haga, sin embargo, también atisbo un deje de duda, miedo… Es totalmente normal. No tiene nada que temer conmigo, debería tenerlo claro.

—Si no quisieras, no podría obligarte a nada —le hago saber siendo completamente consciente de que eso no va a ocurrir. Desea lo mismo que yo y no la voy a dejar escapar—. Quiero que comprendas que no tienes nada que temer, estamos juntos en esto y va a salir bien. Podemos con todo. ¿Qué me dices?

Sujeto su cara con las dos manos y una lágrima se escapa. La atrapo con mi dedo. Sé que son muchas cosas juntas, muchas situaciones que la están sobrepasando y, sobre todo, creo que es la primera vez que siente que alguien la tiene en cuenta, que se siente querida del modo en el que todos nos merecemos cuando encontramos a esa persona especial, la primera vez que un hombre la trata con cariño y amor y no por mero interés.

No puedo estar más enamorado de ella. Pase lo que pase, estaré aquí. Nunca dejaré de intentarlo.

—Yo… Yo, Mike, no sé cómo ha ocurrido, ¿vale? —tartamudea muy nerviosa e intento tranquilizarla—. Tenía miedo de que sólo lo estuviera sintiendo yo y, claro, pues…

—¡Eh! Tranquila, tranquila —la sujeto mientras intenta levantarse, al final acabamos los dos de pie—. Puedes contarme lo que sea, no pasa nada.

—¡Pues que me he enamorado de ti! ¿Vale?

Lo grita con rabia y la entiendo. Era lo último que esperaba, que esperábamos. Ninguno de los dos buscaba esto. No la dejo hablar más. Me voy hasta su boca y la devoro con ansia hasta que acabamos contra la pared. Intenta soltarse para hablar, sigo sin dejar que lo haga. ¡Joder! No puedo ser más feliz. Cuando logro calmarla, me separo muy lentamente y sujeto su cara para que me mire a los ojos. Nuestras respiraciones están descontroladas y los labios, hinchados por los besos.

—Farah, a mí me ha pasado exactamente lo mismo —sus ojos se abren como platos y se llenan de una calidez y una tranquilidad que creo que necesitaba—. Yo tampoco sé cómo ha sucedido, pero está ahí y créeme que renunciar a ti no entra en mis planes de vida. Ni ahora ni nunca. Te quiero, pelirroja.

Sin darnos opción a que digamos nada más, ambos sucumbimos a la pasión de nuestros

cuerpos, con la gran diferencia de que ahora nuestros corazones participan abiertamente en ello.

Farah

Me despierto cuando unos rayos de sol atraviesan las cortinas del balcón. Abro lentamente los ojos y compruebo que estoy en mi habitación —perfectamente podría haber estado en otro lugar y ni acordarme de cómo llegué—. Me muevo despacio y paso mi mano por la cama. En lugar del cuerpo cálido que me gustaría encontrar, me topo con una nota. La sujeto entre mis dedos, sonrío y me incorporo hasta apoyarme en el cabecero. De inmediato, unas molestias recorren mi cuerpo, más bien mis zonas bajas y mi sonrisa se ensancha. Después de la gran sesión de sexo de ayer, lo que me sorprende es que pueda andar cuando salga de la cama.

«Buenos días, señorita Cooper. Ha sido un verdadero placer despertar a su lado y observarla dormir. Lamentablemente, he tenido que salir con urgencia, temía por su salud física. Necesitaba descansar y yo sólo podía pensar en volver a tenerla desnuda entre mis brazos. He decidido salir a correr un poco. Espero tardar lo suficiente como para que ya esté despierta y recuperada…

Te quiero. Tuyo,
Mike.»

¡Oh, dios mío! ¡Me quiere!

Algo así no se olvida con facilidad. Me lo dijo ayer, costó la primera vez —bueno, a él no tanto, yo aún no se lo he dicho, no de forma tan directa—, pero luego no pudo parar. Yo sólo confesé que estoy enamorada. Sabe cuánto me cuesta abrirme y con eso fue suficiente, mi cuerpo entero hizo el resto. Lo amé a cada instante, demostrándole todo lo que sentía sin necesidad de palabras.

Su preciosa letra es tan sensual y elegante como él, firme y segura. ¿Cómo ha conseguido que me humedezca sólo con un puñado de frases escritas? ¡Si ni siquiera está aquí! Definitivamente, me va a volver loca —y una adicta a él y a su deseo—. Es una máquina hecha hombre en todo, me lo ha demostrado con lo que me ha ido contando de su vida, pero ¿en el sexo? Ahí sí que no tengo palabras. ¡Es impresionante!

Decido levantarme y darme una ducha —bien fría—, mientras rememoro la noche anterior. Hay partes para las que esta ducha me va a venir genial.

Después del episodio del despacho, decidimos cenar algo rápido en el salón, acurrucados en el sofá. Una sensación nueva para mí, y algo me decía que para él también lo es, se instaló entre nosotros, una complicidad nunca antes experimentada y que me gusta tanto que tengo un miedo atroz de que algún día se esfume por arte de magia.

Yo le hablé de todo lo que había pasado y no le había contado hasta ahora, me sinceré por completo. Le hice partícipe de mis miedos a que algo saliera mal —y no solo me refería al plan —, pero me tranquilizó y me contó cosas de su vida —sabía perfectamente lo que hacía, intentaba distraerme para que dejara de pensar—, su familia y negocios. Parecíamos una pareja normal, era completamente maravilloso y lo que vino después…

—Mierda, está sonando el teléfono de casa, ¡joder! —me quejo en voz alta mientras hago malabares para salir de la ducha.

Llego hasta mi escritorio, donde casualmente hay uno de los inalámbricos y lo cojo mientras intento taparme sin éxito con una toalla de lo más pequeña.

—Será por toallas, maldita sea, mamá. Tú y tu manía de guardarlo todo.

—Eso, mala amiga, tú puedes quejarte de lo que te dé la gana y a mí ni me dejas. ¿Se puede saber por qué no me coges el teléfono ni contestas a mis WhatsApps?

No me había dado cuenta de que había descolgado. Agg.

—Hola a ti también, Lu, buenos días —saludo mientras busco mi móvil por la habitación, lucho con la toalla y sujeto el teléfono con la cabeza y el hombro. Vamos, facilito.

—Lo serán para ti.

—Pero, bueno, ¿y a ti qué te pasa? —sonrío sin poderlo remediar, conozco ese tono.

—Lo sabrías si hubieras estado disponible.

—¡Oh, venga ya, Lu! —me quejo mientras por fin mi móvil aparece bajo un montón de ropa —. Acabo de encontrar el teléfono, debe de estar en silenc… ¡Joder! —me sorprendo al ver la hora: ¡once de la mañana! Y, por supuesto, treinta y ocho llamadas perdidas de la loca de mi amiga y tropecientos mensajes de WhatsApp—. ¿En serio?

—En serio.

—A ver, necesito una tregua, por favor. Me acabo de levantar, es lunes por la mañana, no tenía ni idea de la hora que era y no estoy para acertijos. Me estás hablando, si se le puede llamar a esto hablar, así que al menos estás viva. ¿Me puedes explicar qué te pasa? ¿Qué es tan grave? —ruego sentándome en la cama.

¿Dónde narices estará Mike?

—¿Estás sola?

—Sí —contesto e inmediatamente me cuelga.

¡Me ha colgado!

—Pero, ¿qué coño…?

No me da tiempo a decir más cuando irrumpe en mi habitación con una tableta de chocolate y se tira en la cama con los ojos hinchados.

—Estabas en mi casa —me abstengo de preguntar. ¿Para qué?

—¿Dónde voy a estar si no?

—¿En la tuya? Por ejemplo.

—No hay nadie y allí no me puedo desahogar a gusto. Tampoco me quedaba chocolate —musita con pena, eso ya me convence más.

—Definitivamente, mi madre tiene que dejar de creer que es buena idea que todo el mundo tenga llaves de esta casa —pienso en voz alta mientras comienzo a vestirme.

—Tu madre es una santa, déjala en paz —me amonesta con la boca llena. Sí que tiene que estar mal, sí—. ¿Sabes qué sería una estupenda idea? Yo diría, más bien, magnífica.

—Sorpréndeme —me resigno sabiendo que me lo va a contar igual.

—Pues que regalaran tabletas de chocolate con las compresas —suelta y se queda tan pancha. Yo la miro como se puede mirar a esa amiga que sabes que está perdiendo la olla—. Sería la solución a muchos de nuestros problemas.

—Claro, y una suscripción al gimnasio con los *salvaslip* para quemar el chocolate —termino diciendo yo mientras me pongo una camiseta a juego con los vaqueros—. Vamos a ver, cuéntame ya qué ha pasado para que estés así.

Ambas acabamos acomodadas contra el cabecero y comiendo chocolate —soy igual o más adicta que ella, así que era de esperar—. De pronto, sin poder remediarlo, mi amiga empieza a llorar a moco tendido antes de hablar.

—En serio, Lu, me estás asustando —y no es mentira, ella es mi pilar, las pocas veces en mi vida que he tenido el pesar de verla así no me ha gustado, pero entonces, al menos, conocía el motivo. Algo muy gordo ha debido de pasar—. Tú nunca lloras. Jamás. Y si no me cuentas qué

es para poder ayudarte, te mato, ¿me oyes?

Me pongo frente a ella de rodillas y le quito el chocolate. Ni se inmuta. ¡Joder!

—Brian se ha ido… —hipa mientras se intenta tranquilizar. Yo la dejo hacer, total, me lo va a decir cuando ella quiera.

—Va a volver —le recuerdo poniendo los ojos en blanco. Tiene que haber algo más porque, si no, definitivamente me la cargo—. Además, ¿no estábais genial?

—Sí, demasiado —vuelve a llorar y yo me escondo debajo de un cojín—. Joder, tía, me ha dicho cosas preciosas y me ha prometido otras tantas. Dice que va a buscar una solución para que estemos juntos, que se ha enamorado de mí.

Automáticamente levanto la cabeza. ¿Se han puesto de acuerdo? Pero creo en las casualidades de la vida y a Brian se le ve muy pendiente de mi amiga. Esa forma de mirarla, de tratarla, incluso de besarla es de alguien que está enamorado o, al menos, de alguien a quien le importas mucho. Así se lo hago saber, aunque la pregunta más importante es otra:

—¿Y tú? ¿Qué sientes por él? —le pregunto mirándola a los ojos con ternura. Ninguna hemos tenido suerte en el amor, así que no es raro que esto nos venga grande y que tan pronto estemos pensando en arcoiris, magia y esperanza como en desconfianza o, simplemente, que esto a nosotras no pueda estar pasándonos.

—Pues qué voy a decirte que no sepas. Que estoy enamorada, joder —vuelve a llorar más fuerte.

—Chica, llámame tonta, pero no lo entiendo. ¿Se lo has dicho? Le habrás dicho al menos algo cuando te ha confesado todas esas cosas, ¿no?

—No.

—¿Que no? ¿Y por qué no? —si lo he hecho hasta yo. Esto último lo pienso para mí, claro, no es el momento.

—Porque estoy embarazada.

¡Mierda!



CAPÍTULO 24. MÍA

Mike

Esta semana es la definitiva. Desde que me he levantado no he parado de repetírmelo una y otra vez. Cuando digo definitiva, me refiero a que lo es para todo. Este viernes hará un mes desde que estoy aquí y me parece mentira cómo en tan poco tiempo han podido sucederse tantas cosas, sobre todo, que haya llegado a tener unos sentimientos tan fuertes hacia Farah, hasta el punto de enamorarme de ella.

Es increíble. Al principio, sólo pensaba en resolver el problema que la familia de Joseph tuviera en el menor tiempo posible y volver a Los Ángeles. Punto. Pero la situación se ha ido complicando por momentos.

Nunca he creído en esto del amor y, mucho menos, pensaba que fuera a ocurrirme a mí y en estas circunstancias. Es evidente que nos queda mucho camino, no nos conocemos lo que nos gustaría, aunque, a decir verdad, ¿quién llega a conocerse del todo? Ni después de muchos años sucede. Si todo sale bien, tiempo es lo que nos va a sobrar.

Jamás he tenido una relación seria y no me refiero a tener a una chica al lado más de un mes, sino al hecho de enamorarme y sentir que todo gira en torno a esa persona especial. Con la única con la que ha habido algo más, si es que se le puede llamar así, ha sido con Deborah y para mí no ha tenido ningún tipo de importancia: varios meses liándonos de vez en cuando y ni durante ese tiempo fue la única.

Dicen que los comienzos son los que le dan vida a todo, ese deseo que hay que cuidar para que nunca se apague, ese amor que va naciendo poco a poco y que no debe desvanecerse bajo ningún concepto… Me hablaban de esto y yo me reía; sin embargo, ahora lo entiendo y lo veo claro. Esta noche, más que nunca, hemos dado rienda suelta a nuestros sentimientos más profundos y es evidente que no se trata de cualquier cosa.

Por fin entiendo las palabras de mi padre: «es la indicada». Ella es «mi imprevisto».

Renunciar a ella, a esto, no es una opción.

Son casi las doce del mediodía y la verdad es que me sorprende bastante que Farah aún no me haya llamado. Por otra parte, pienso en que la noche fue placenteramente larga y no me sorprendería que todavía siguiera dormida.

Voy de regreso hacia la casa. Salí a las ocho de la mañana a correr y es que verla a mi lado en la cama al despertar sólo con mi camiseta puesta ha sido demasiado para mí. Lo único en lo que podía pensar era en hacerla mía una y otra vez. No puedo tener mis manos apartadas de ella. Es adictiva, sensual, inteligente y, lo que me resulta más increíble, no es consciente de todo lo que provoca sin querer. Decidí dejarla descansar y le escribí una nota.

Anoche me llegó un mensaje de Broco, otra de las razones por las que tenía que salir. Me citó en el cuartel de la Guardia Civil para realizar una videollamada a las diez de la mañana. La cosa se ha demorado hasta ahora. Tenían que comenzar a preparar el operativo. Al reunir toda la información, la mía y de la que ellos disponían, podríamos empezar a atar cabos sueltos para dar el gran golpe a esos cabrones y dejar al descubierto ya no solo a los eslabones más débiles, como el imbécil de Igor, sino a los peces gordos. Jamás habían llevado un caso tan importante en esta localidad, así que será algo que dará de qué hablar durante bastante tiempo.

Evidentemente, Farah está fuera de esta parte del plan. No quiero preocuparla más. Con saber que el sábado habrá policía, es suficiente. No le he especificado cuánta ni de qué tipo.

Llego a la puerta y me sorprendo al verla abierta. Entro e inmediatamente un olor a tortitas recién hechas me invade por completo. Me dirijo hacia la cocina, se oyen voces.

—Mira, al menos, no te ha dado por perder el apetito —es la voz de Farah.

—Pues debería —se queja Lucía.

—Tranquila, amiga, todo va a salir bien. Pase lo que pase, sea lo que sea y hagas lo que hagas, sabes que me tienes a mí. Tus problemas son los míos y al revés, ¿recuerdas?

—¿De qué problemas habláis? —inquiero con el ceño fruncido mientras entro en la cocina.

Ambas pegan un salto y me miran con los ojos como platos. ¡Oh, no! Estas dos traman algo. Me juego las dos manos y no las pierdo.

Mientras no te juegues otra cosa…

Y tampoco la perdería.

Se miran entre ellas y Farah reacciona levantándose y yendo hacia la cafetera.

—Buenos días, ¿un café? —me ofrece algo nerviosa y yo acepto no sin antes robarle un beso.

Mira a su amiga. Está tan metida en el plato de tortitas con sirope de caramelo, chocolate, fresa y no sé cuántas cosas más, que ni cuenta se ha dado. Ambos sonreímos y noto cómo se relaja. Deduzco que el problema que debe de tener su amiga ha pospuesto que ella hable y le cuente que oficialmente estamos juntos, porque, si no, no la habría mirado así.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunta sentándose otra vez y colocándome un plato de tortitas delante—. ¿Y dónde has estado? —esta última suena un poco a reproche.

No puedo evitar sonreír y ella me fulmina con la mirada.

—Salí a correr, creo que te dejé una nota, ¿no? —noto cómo se remueve, no la dejo hablar—. Al final, me he liado un poco…

—Ya, bueno, sí, pero… En fin, no sabía dónde estabas, era por eso —sé que se muere por preguntarme, también sé que no es el momento.

—Hola a ti también, Lucía —sin duda le pasa algo y gordo. No se ha metido conmigo ni una sola vez. ¿Será por Brian? Estoy seguro de que sí, aunque no sé hasta qué punto está preocupada ni por qué exactamente.

Antes de que cogiese el vuelo, nos aseguramos de que todo estuviera preparado, repasamos cada paso para no dejar cabos sueltos y también me dijo que había notado rara a Lucía al despedirse. Me pidió que averiguara y, por supuesto, le dije que no. No soy una puta portera como él. Eso sí, sé cuánto le importa y si está metida también *mi* pelirroja…—¿acabo de decir eso? Pues sí y también he descubierto cuánto me gusta—, ya es otra cosa. Estas dos no idean nada bueno.

—Hola, gringo —contesta con desgana y sin levantar la cabeza del plato.

Farah me mira y sonríe de manera forzada. Me hace un gesto con la mano de «luego te cuento» y no sabe hasta qué punto eso va a ser así. Dijimos que nada de secretos y lo vamos a cumplir. Aun así, antes quiero averiguar algo por mi cuenta, como no sé de qué va la cosa…

—Voy a terminar rápido porque tengo que adelantar trabajo de Los Ángeles antes de comenzar a preparar la fiesta —digo llevándome un trozo a la boca, están buenísimas—. Mañana quiero a todo el equipo allí para ponernos manos a la obra. El viernes regresará Brian y se une a nosotros.

Esa ha sido la única palabra que ha hecho que levante la cabeza: bingo.

—¿Tienes noticias de él? —inquiere algo nerviosa.

—Puede —miento ya que todavía no hemos hablado—. ¿Y tú? Me dijo que estabas algo rara cuando te despediste. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Farah, tengo que irme. Luego hablamos.

—Lu, espera.

Salen las dos como una exhalación y pienso en la manera de sacarle información a mi pelirroja. Si puede ser, de la forma más placentera. Va a ser una semana muy larga, habrá que hacer algo para que no se nos haga tan pesada.

***

Han pasado dos días y aún no he averiguado qué narices pasa. Las dos están muy raras y no es que no lo haya intentado lo suficiente ni que mis métodos no hayan sido buenos, sino que simplemente cuando mi pelirroja dice que no es que no. Yo la dejo estar, claro. Dejo que se lo crea, porque si de verdad hubiera querido saberlo, ya lo hubiera conseguido. Cuando me pidió por favor que no lo preguntara más, que era un secreto de su amiga y eso era inquebrantable, decidí no continuar. Tiene toda la razón, cuando venga Brian, que luche su guerra. Mientras tanto, las tengo siempre vigiladas, sólo por si acaso, claro.

No se me ha olvidado la amenaza que el maldito cabrón le hizo a Farah por teléfono. Algo va a suceder, no es de los que se quedan quietos y mucho menos desde que ha descubierto que nadie de su familia se halla aquí. Les he puesto protección tanto a Lucía como a Farah sin que lo sepan.

En cuanto la familia de Farah se instaló en casa de mis padres —ya que no quisieron la mía para tener más intimidad—, nos llamaron todos juntos y pude comprobar que estaban estupendamente. Brian me puso al tanto de cada detalle, Mackenzie, por su parte, hizo lo mismo y con Tomy tuve una larga y tediosa conversación. No le mentí, aunque tuve que omitir bastantes datos. Si le contaba de más, o se lo acababa contando a su padre o se pillaba el primer vuelo a España. Lo tranquilicé y le hice saber que la situación está bajo control y que lo mantendría informado en todo momento.

Se habían encargado de los dos idiotas que habían subido al avión, pero no pudieron con los tres contactos que al parecer les esperaban, huyeron. ¿En qué estarían metidos esos peces gordos para tener contactos incluso allí? Fuera como fuese, Mackenzie había reforzado la seguridad de la familia, tanto en los negocios como en las casas y cualquier lugar en el que estuvieran. Para mis padres y también para Joseph y los suyos, tener seguridad personal allí no es algo raro; claro está que el refuerzo que yo les he puesto va encubierto.

Yo me había encargado de adoptar las medidas oportunas aquí: Broco ya tiene el teléfono de Mackenzie, ambos están en contacto y, a su vez, ambos me informan también a mí. Ayer comenzamos a organizar todo en la discoteca, la preparación de la macro fiesta va viento en popa y todos parecen muy ilusionados, tanto con el DJ invitado como con la sorpresa que supuestamente trae Brian de L.A.

El personal de la discoteca ha intentado sacarme información, pero no suelto ni prenda y, mucho menos, a mi pelirroja. Cada noche y casi a cada instante, lo intenta y yo hago que se olvide hasta de respirar. Información por información, si no, no hay trato. Las cosas entre nosotros no podrían ir mejor, sobre todo, desde que hablé ayer con cierto personaje para dejar las cosas claras…

***

—Tengo que hablar contigo —interpelé al DJ en cuanto nos quedamos solos, ya que todos se habían marchado, incluidas Lucía y Farah.

Se dirigía hacia la cabina y paró sin girarse en medio de las escaleras. Llevaba uno de esos vaqueros muy rotos, una camiseta de fútbol inglés y una gorra. Durante la reunión, no habló absolutamente nada. Fuimos Farah y yo los que informamos de lo que teníamos pensado, aunque pedimos a todos y cada uno de ellos opiniones y sugerencias para resolver algunos flecos sueltos. Quería que vieran que no soy quien les va a privar de seguir siendo un gran equipo, más bien al contrario, y que, por supuesto, supieran que Farah y yo somos oficialmente pareja. Todos aportaron, ayudaron y nos felicitaron; todos, menos él. No dejó de comérsela con los ojos en ningún instante mientras yo pensaba en matarlo. No estuvo pendiente de nada más hasta que llegó la parte en la que la besé delante de todos, delante de él. No me gustó lo que vi en sus ojos.

—Yo no —contesta y sigue subiendo.

—Como si tuvieras opción —comento socarrón y se vuelve a parar. Esta vez se gira. Su odio es evidente.

—¡Claro! ¿Cómo no? Si eres el puto dueño de esto, ¿no? —ironiza con cinismo.

—Eso es lo único que has buscado siempre tú, no yo —por un momento sus ojos se quedan paralizados. Sí, también lo he investigado a él y para nada me gusta lo que he encontrado—. Que te quede algo claro, el único dueño de todo esto es Joseph. Nadie más.

Nos separan tres escalones. La tensión se puede cortar con un cuchillo y ambos destilamos rabia a borbotones.

—Tú ya te has adueñado de otra cosa, ¿verdad? —escupe con odio hasta ponerse a mi nivel. Cara a cara.

—Ella no es de nadie, puede elegir libremente y me ha elegido a mí. Ha elegido ser mía, estar conmigo —hablo duro, bajito pero firme y me pego más a él. Sus puños están apretados, al igual que los míos—. Si no es por trabajo, no vuelvas a acercarte a ella. No pienso repetírtelo.

—¿Quién coño te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? No te imaginas cuánto la estás cagando. ¿Qué narices sabrás tú, gilipollas? Ella no es tuya y nunca lo va a ser. ¡¿Me oyes?! —grita pegando su cara a la mía y empujándome con su pecho.

Le he dado opción, pero él a mí no. Lo cojo por el cuello y lo estampo contra la pared. No se esperaba ese arranque de furia, consigo inmovilizarlo por completo.

—Quiero que te queden claras unas cuantas de cositas —rujo con fuerza, sin elevar la voz. Puedo llegar a ser muy intimidante y sus ojos me dicen que lo he conseguido—: no tienes ni puta idea de quién soy yo, de lo que sé y de lo que soy capaz de hacer por las personas a las que quiero y que me importan, y resulta que Farah no sólo me importa, ¿entiendes? —afirma levemente ante mi apretón—. Estás aquí porque ella te tiene aprecio y no voy a ser yo quien te eche, lo hará ella en cuanto conozca cierta información. Yo me limitaré a verlo con gusto, créeme. Te advierto una última cosa: como vuelvas a tocarla y, mucho menos, a besarla, yo personalmente me encargaré de que no te queden ganas de hacerlo más —al decir esto último, le queda clara la complicidad que tenemos Farah y yo, me lo cuenta todo, ahora lo sabe.

Lo suelto con ira controlada mientras él suelta un grito y se aleja unos pasos. Estoy preparado para todo y se lo demuestro manteniendo mi postura.

—Te vas a arrepentir de esto. Te lo juro, maldito cabrón —amenaza esperando que me lance, pero no lo pienso hacer, no merece la pena y, sobre todo, le prometí a Farah que no lo haría..

—Lo dudo.

Sin decir nada más, me marcho hacia el despacho mientras escucho un portazo de fondo.

Farah

—Será un grandísimo honor volver a tenerte en nuestra discoteca —le hago saber a través del teléfono—. Siento haberte avisado con tan poco tiempo de antelación, todo se ha sucedido de manera precipitada. Te aseguro que será épico: que hagas vibrar cada pared con tu *break beat* nos va a trasladar a aquellos tiempos tan maravillosos, ya verás. Aunque yo solo era una cría, todavía me acuerdo —ambas reímos—. Muchísimas gracias de nuevo, nos vemos el sábado.

Nos despedimos y cuelgo ante la mirada expectante de todos. Me acerco a ellos. No han podido escuchar nada de la conversación. Saben lo que significa para nosotros que esta DJ acceda a venir a la Stars`92 después de tantos años. Es una fiesta temática, ¿no? ¿Quién mejor que una de las mejores de todos los tiempos para hacerlo posible?

—¿Y bien? —pregunta Lu expectante ante mi seriedad.

—Bueno… —mis ojos conectan con los de Mike y una casi inexistente sonrisa aparece en su cara. Creo que ya me va conociendo tanto que a él no puedo engañarlo y eso no sé si me gusta. Incluso en eso estamos teniendo una complicidad que asusta—. Habrá que contar con un plan B… —advierto la decepción en los ojos de todos—. Me ha dicho que llegará un poco más tarde… Pero, ¡DJ Anuschka regresa a Stars’92!

La alegría es mayúscula. No ha sido fácil, pero lo he logrado. Sus mezclas eran increíbles entonces y ahora, la gente se vuelve loca.

—Bueno, no hay tiempo para más, terminad de recoger e id a casa. Mañana se abre, ya está todo listo. Descansad —ordena mi gringo favorito, porque él no sugiere, claro, él ordena.

Tengo que reconocer que se ha ganado a pulso el respeto de toda la plantilla. Ha trabajado como otro cualquiera y con las mejoras que ha propuesto la discoteca se ve diferente, preciosa. Han sido días muy duros, de no parar desde el lunes hasta el fin de semana.

Los reservados de arriba están cubiertos por unas cortinas estilo *chill out* de varios colores, se ha cambiado parte de la iluminación y se han añadido algunos detalles más. Me encanta.

Son más de las nueve de la noche y estamos cerrando para irnos al coche. Lu viene con nosotros. Ya no sé qué más hacer para animarla. No quiere hablar y pocas son las veces que puedo intentar que lo haga, ya que no estamos casi nunca a solas. Sé que no ha hablado aún con Brian de esto. De alguna manera le hice entender que no estaba bien que lo hiciera por teléfono. Lo poco que han hablado no ha sido para bien y está triste.

—¿Qué te apetece cenar? —le pregunto ya dentro del coche esperando que se quede en casa.

—No, hoy no me apetece quedarme. Gracias, chicos. Dejadme en casa.

Mike me mira desde el asiento del copiloto y, aunque ya no pregunta con palabras, sus ojos sí que lo hacen. Quiere saber y yo estoy deseando contarle, pero no puedo.

—Está bien, desagradecida, ya donaremos toda la comida que aún queda allí. Si algo se estropea, que en tu conciencia quede —intento bromear mientras arranco y me pongo en marcha.

—Estoy segura de que ya habrás congelado casi todo y estás cocinado tú o este, si es que sabe. Eso como primera opción, como segunda le habrás dado parte de la comida a tu vecina Pura y a su numerosa familia, así que no me chantajees emocionalmente, que te *arreo*.

—En mi defensa diré, rubia, que su madre cocina mejor que ella, sobre todo, la salsa de almendras, y yo también.

Será capullo. Lo miro de reojo, no puede estar más atractivo el condenado, con esa media sonrisa y una barba de varios días que sólo de pensar en las cosquillas que me hace por ciertas partes ya me vuelve loca. Ayer, por fin, fuimos a un peluquero y se cortó un poco el pelo, pero no quiso afeitarse y a mí me encanta.

Cuando llegamos, me voy directa a la ducha. Sin decir nada —porque si no, no me va a dejar y no es que me falten ganas, pero necesito una ducha tranquila y con él cerca es imposible pensar en otra cosa que no sea sexo—, me dirijo hasta mi cuarto mientras él se queda sacando la cena y enciendo el reproductor de música. Necesito más que nunca a Dover, su *King George* llena la estancia. Pura energía y desconexión total.

No llevo ni cinco minutos cuando la puerta de la habitación se abre. Yo me quedo con la manilla de la del cuarto de baño en la mano. ¡Joder! Este juego con él no puede ser más excitante. Nunca sé cuándo va a suceder, ni cómo, ni dónde. Sin que haya dicho ni una sola palabra, ya estoy excitada y mojada.

—No pensarías ducharte sin mí, ¿no? —avanza muy despacio, como un devorador de almas que ya tiene elegida la suya e intenta que no se asuste.

Asustada, precisamente, es lo que menos estoy. Nunca imaginé que el sexo fuera tan placentero, tan mágico y tan adictivo, pero, claro, es que no es el sexo, es él. Mike Walker es el hombre más erótico que he visto en mi vida. Fuerte. Viril. Seguro de sí mismo, destila masculinidad por cada uno de sus poros. Es imposible escapar de él y, por otro lado, es lo último que querría.

Él es mío y yo soy suya. No se interpone nadie más.

—No, señor Walker —desde que él me llama por mi apellido, yo lo hago por el suyo. Sale su parte americana y reconozco que me gusta, como juego, claro—. Sólo pretendía llenar la bañera —abro la puerta y entro en ella bajo su atenta mirada—, desprenderme de esta camiseta —susurro con voz sensual mientras lo hago y voy hasta el centro de la estancia; él se queda quieto,

en la puerta, y sus pupilas se encienden aún más—, después estos pantalones —los bajo muy lentamente y traga con dificultad cuando me los termino de quitar, junto con las zapatillas.

Me quedo en ropa interior y muevo mis manos con descaro por mi cuerpo mientras lo miro a los ojos. Es muy intenso. Todo con él lo es. No puedo evitar sentirme desinhibida, querida, casi venerada por la forma en la que sus miradas me abrasan, me absorben, me ofrecen algo puro, un sentimiento tan grande como el más infinito de los mares. En estos días no ha dejado de demostrarme cuánto le importo, lo reales que son sus sentimientos y yo me esfuerzo en cada momento para hacerle sentir exactamente lo mismo. Nos compenetramos a la perfección, aunque hay algo en lo que sobrepasamos todos los límites, justo en lo que estamos a punto de hacer…

—No te quites nada más —su voz amenazadoramente ronca ha hecho que mi piel despierte en el acto—. ¿Sabes? Cada vez que creo que no puedes impresionarme más con tus gustos musicales, lo haces de nuevo. Hacía años que no escuchaba a Dover, me encantan.

Entra en el baño y yo me quedo muy quieta, tan excitada que en cualquier momento salgo ardiendo. No me salen ni las palabras para contestarle. Sube una de sus manos mientras da una lenta vuelta por mi alrededor. No me toca. Siento el calor de su mano, pero ni siquiera me roza. No puedo reprimir un gemido por la expectación.

¡Odio su maldito autocontrol!

—Que no se te ocurra moverte —susurra en mi oído cuando está colocado a mi espalda—. Dame tus manos.

Me tiene tan hipnotizada que cuando me quiero dar cuenta me las encuentro atadas a mi espalda con lo que supongo que será el cinturón del albornoz.

Mi excitación sigue aumentando y creo que este nivel es nuevo. ¡Joder! Voy a morir carbonizada.

—Así que mi querida pelirroja pretendía privarme de una ducha o de un baño con ella, ¿no es así? —sus manos bajan lentamente por mis hombros. Su roce es tan suave que me estremezco por completo.

—Sabía que vendrías —respondo en un susurro que más bien parece un gemido.

—No, yo creo que no —baja las tiras de mi sujetador con un solo dedo, aún está a mi espalda —. No te imaginas lo excitado que me pone jugar contigo —poco a poco comienza a moverse hasta que se pone frente a mí. Sus pupilas están completamente dilatadas por el deseo y yo intento apretar mis muslos buscando un consuelo que no llega—, tenerte así, expuesta, preparada para mí —dice mientras comprueba lo mojada que estoy—. Oh, sí, más que preparada. Dios, Farah, eres increíble y no puedo esperar para tenerte, joder.

Con sus manos baja las copas del sujetador y devora cada uno de mis pechos. Su lengua juega primero con uno de los pezones y luego con el otro. Mis jadeos se mezclan con las canciones que siguen sonando y no poder moverme o tocarlo aumenta mi deseo. ¿Es eso posible?

Definitivamente, sí. No puedo más.

Sopla. Chupa. Muerde.

Jadeo. Gimo. Grito.

Es increíble, y sólo está usando su boca. Intento soltarme, no aguanto más, pero me resulta imposible. Me lleva contra la pared y me besa con fuerza ante mis quejas. ¡Necesito correrme ya!

—Estoy a punto de explotar sólo con verte disfrutar. Me la pones tan dura que me podría correr sin que me tocaras, únicamente con tus gemidos —me cuenta mientras se desviste con dificultad sin dejar de besarme o tocarme.

Vestido impone, pero tenerlo desnudo…. Es un puto dios vikingo. Su cuerpo de infarto se ha acostumbrado tanto al mío que juntos son capaces de sentirse incluso antes que nosotros, de

amarse como jamás imaginé. Es un espectáculo y es sólo mío.

Baja mis bragas y me da la vuelta mientras me inclina. Aún no me ha desatado y no tengo fuerzas ni para hablar, quiero sentirlo dentro de mí y poder correrme junto a él.

—Tus deseos son órdenes para mí. No puedo esperar más.

Su voz ronca en mi oído contestando a mi silencioso deseo mientras me penetra desde atrás es superior a mis fuerzas. Grito por la fuerza y la incursión. Aún me cuesta adaptarme a su tamaño, es impresionante. No me puede gustar más.

—¡Oh, joder! Síííííí —grito sin contenerme.

—Grita todo lo que quieras, nena, no pienso parar.

Sus estocadas son brutales y yo no puedo sujetarme a nada más que a lo que me agarra él. Los dedos de sus fuertes manos vuelan por todos lados hasta que una de sus manos para en mi sexo. Comienza a frotar mi hinchado clítoris y no me da tiempo a más: un primero orgasmo arrasa mi cuerpo por completo, tan fuerte que tiene que sujetarme por completo. Me desata, me quita el sujetador y sale de mi cuerpo.

—Ahora sí, vamos a la bañera, quiero más de ti y tenemos toda la noche por delante.

¿En qué momento la ha llenado? Cuando está cerca —y sobre todo cuando está desnudo—, la cordura me abandona.

Primero entra él y se tumba, me coloco justo a horcajadas y me empalo en su erección sin ni siquiera pensarlo.

—¡Joder, no hay nada mejor que esto! Estar dentro de ti. Eres mía, Farah —me recuerda mirándome intensamente a los ojos. Cerca, muy cerca.

—Tuya, siempre tuya, Mike. Te quiero…

Y ahí sí, se desata la locura. Su beso casi me marea, me deja sin respiración y sus embestidas son tan profundas y potentes que vertemos parte del agua. Besa mi boca, mi cuello, mis pechos. Yo hago lo mismo con él mientras no dejo de salir a su encuentro.

Gime. Jadeo. Grito. Jadea.

El choque de nuestros cuerpos en el agua es hipnótico. Un segundo orgasmo nace nuevamente y, si cabe, más grande que el anterior. La fricción de nuestros sexos es demoledora y no aguanto más, me rompo en mil pedazos gritando su nombre. Tras varias acometidas se vacía en mi interior alcanzando el clímax con un sonido gutural que me deja temblando.

***

Hace rato que Mike se ha quedado dormido. Después de la sesión de sexo impresionante, cenamos algo y nos vinimos a la cama, evidentemente, no para dormir —ni hablar— al principio; pero, después, agotados, nos quedamos dormidos. Yo no tanto, Lu me tiene preocupada.

Decido buscar otra vez mi teléfono para, al menos, ver si me necesita. Si no me ha escrito, lo haré yo. Sé que son las dos de la mañana, pero también sé que ella haría lo mismo.

Desbloqueo el móvil y veo lo último que querría ver una persona en mi situación.

Es una foto de mi amiga entrando en su casa sola, otra imagen de sus padres saliendo y, por último, otra con tres hombres en su puerta acompañada de un texto.

«Como habrás comprobado, no hay nadie más que ella en casa, ¿qué te parece venir y hacerle compañía? Te doy treinta minutos. Sobra decir que sola, ¿no?»

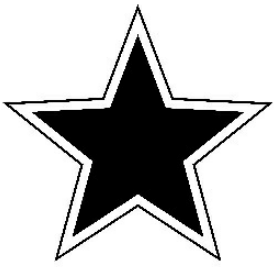
✔

Lo primero que hago es mirar la hora con urgencia.

—Mierda, me quedan diez minutos. ¡Joder! —susurro bajito mientras me pongo lo primero que encuentro—. Lo siento, amor —lo miro mientras duerme con lágrimas en los ojos—. Tengo que hacerlo, ella es mi hermana y ahora más que nunca me necesita.



CAPÍTULO 25. TE NECESITO



Mike

Un escalofrío hace que me despierte de golpe. La puerta de la habitación está abierta. Sólo tengo el bóxer puesto. Farah no está. Miro la hora y son casi las cuatro, ¿dónde se ha metido? Sin molestarme en ponerme un pantalón, salgo a buscarla. Tengo un mal presentimiento.

—¡Farah!

La llamo una y otra vez y nada. No está en ningún puto rincón de esta casa, ni siquiera en el patio. Voy directamente al garaje, su coche tampoco está. ¿Qué coño ha pasado aquí? Y, sobre todo, ¿dónde narices está? Mi cabeza va a mil mientras me dirijo a la habitación para coger mi móvil. Una idea se está comenzando a forjar en mi mente y no me gusta nada.

En cuanto da el primero tono, escucho una vibración en la habitación. ¡Joder! No lleva el teléfono encima. Lo busco en el escritorio y, en cuanto lo tengo en mis manos, lo reviso a conciencia —todavía, por suerte para mí, sigue con la misma contraseña de desbloqueo—. No tengo que investigar mucho, una conversación se abre en cuanto introduzco la clave y lo que veo

me hiela completamente la sangre.

¡Joder! ¡Mierda!

¿Cómo ha sido tan insensata? Ahora mismo estoy muy cabreado con ella, joder. De esto hace ya dos horas, no puedo perder el tiempo. Llamo a los inútiles que vigilaban la casa de su amiga y a los que deberían de haber estado controlando esta, me juran que no han visto nada y que todo está correcto —¿correcto? ¡¿Correcto?! No tengo ni idea de qué les suelto por la boca, pero seguro que nada bueno. Se lo merecen por ineptos—. Farah ha podido salir mientras hacían la ronda por delante.

Sin alertar a nadie más, me visto corriendo y me marcho a casa de Lucía mientras intento contactar con ella sin éxito.

***

—¿Qué narices me estás contando, Mike? —pregunta Lucía con incredulidad mientras su nerviosismo crece. Lo sé porque es la primera vez que me llama por mi nombre. Esto es peor de lo que imaginaba.

—No, ¿qué me estás contando tú? ¿Qué es eso de que no ha venido nadie ni ha pasado nada en tu casa? —rujo yendo de un lado para otro e intentando no elevar la voz porque sus padres están dormidos.

—Ya te lo he dicho veinte veces, aquí no ha venido nadie y mucho menos Farah. Mis padres salieron a dar el pésame a unos amigos y volvieron sobre las once. Después, nada más —repite esta vez al borde del llanto.

—Tranquila, no pasa nada, voy a encontrarla. Lo juro —le prometo mientras pongo mi mano en su espalda.

No me cabe duda de ello. Esto es un puto infierno y no pienso parar hasta tenerla de nuevo conmigo.

—Ni se te ocurra irte sin mí, gringo —amenaza mientras coge el bolso.

—Estás muy equivocada si crees que yo voy a cometer el error de dejarte sola, claro que vienes conmigo. Tú conoces mejor todo esto, pero deja que llame primero a la policía.

—No, espera, Creo que sé dónde puede estar. Vamos. Si al llegar allí vemos movimientos raros, entonces llamas.

Nos subimos al coche. Tomé prestado uno de los de Joseph, un *Jeep*, y he acertado en la elección, ya que vamos por un camino, aunque muy distinto al de la otra vez. Lucía cree que pueden estar en la finca de ese malnacido. Llevamos dos coches: el nuestro y el de los hombres de seguridad, que, para lo que han hecho, ni sé qué cojones pintan aquí. En cuanto encuentre a Farah, están despedidos.

—Nada, no hay ni un puto perro en esta finca, ¡joder! —grito de pura frustración, dándole un portazo a la puerta del coche.

—Tranquilo, Mike, esto no es tan grande. Daremos con ella y él tiene mucho que perder —sé que puedo llegar a ser muy intimidante y, fuera de sí, aún más, pero está tan desesperada como yo, se lo noto. De nada sirve que me anime cuando los dos sabemos lo que hay.

—Señor —prácticamente tartamudea uno de ellos cuando se acerca a nosotros—, tengo algo que creo que tiene que ver.

Farah

Horas antes…

Aún sin llegar a pisar la calle de mi amiga, reconozco uno de los coches de Igor parado en la travesía. Me hace luces y no me queda más remedio que seguirlo. Sabía que podía ser una puta trampa y que el jodido imbécil no se arriesgaría a hacerle daño a Lucía, pero no podía tentar a la suerte. Jamás me lo hubiera perdonado. Dejamos su puerta cerrada, su ventana tiene la luz encendida. Descansa, amiga.

Pude eludir a los dos hombres que me ha puesto Mike sin ningún tipo de problema. ¿Pensaría que en un pueblo como este no nos conocemos todos? ¿Que no me daría cuenta? Sé que está preocupado y quizá no le falte razón, pero hay algo más que desconozco, tendría que haber confiado en mí.

Nos dirigimos a una de sus naves, en el polígono. Tengo tantos nervios que mis ganas de vomitar son cada vez más grandes. Espero que esto merezca la pena y que no haya que lamentar nada, aunque cuando Mike se despierte y no me encuentre…. No quiero ni pensarlo. Quizá no llegue a perdonarme nunca. La tristeza me invade, pero la echo a un lado. Necesito ser y estar fuerte, no sé qué me voy a encontrar, pero sí a quién.

En cuanto detengo el coche, uno de ellos casi arranca la puerta para sacarme. Me coge del brazo y tira de mí hasta que entramos. Sin ningún tipo de delicadeza, me empuja hasta que termino en el suelo donde ellos quieren.

—Vaya, vaya —suena su maldita voz, no lo veo.

Me levanto como un resorte y me pongo en guardia. Sé de lo que es capaz y, a pesar de que me asusta, tengo que mantenerme fría.

¿Cómo pude llegar un día a querer y no poco a esta persona? ¡¿Cómo?! Todo lo que luché, lo que hice, las cosas que dejé atrás por estar a su lado… A veces nos ponemos una venda que nos impide ver realmente cómo es la otra persona; el cariño, la amistad, el amor y creer estar enamorado a veces anulan por completo la lógica, el sentido común y a nosotros mismos. Y lo último que reconocemos mientras todo ello ocurre es que estamos viviendo una relación tóxica.

Es algo parecido al efecto que causan las drogas, una fuerza dentro de ti te dice que está mal y aun así no puedes dejarlo. Te has enganchado de tal manera que crees que lo necesitas, que sin ello no podrías seguir respirando y sacarlo de tu vida no es una opción. Esto sólo llega cuando la venda o bien se cae por sus propios medios o bien es arrancada de cuajo, como me pasó a mí.

—Llevo un mes sin verte en persona y cada día estás más buena. Te noto estupenda —a mí no puede engañarme, advierto su rabia en cada palabra—. ¿Te está follando bien? —pregunta ya dentro de mi campo de visión.

Asco, lo que siento es asco.

—¿Qué es lo que quieres, Igor? —inquiero con cansancio.

Ambos nos retamos con la mirada. Estamos a un par de metros de distancia. Odio esos chinos y esas camisas que lleva siempre. Tan aparentemente perfecto por fuera y tan abominable y despreciable por dentro. La nave está prácticamente desierta: algunas cajas, una furgoneta y maquinaria de industria. El ambiente es escalofriante y, con él y sus hombres dentro, más aún.

—Yo creo que lo sabes —contesta acercándose muy despacio hasta que tan sólo nos separan unos centímetros. Yo no me muevo—. Si hubieras hecho lo que te pedí con amabilidad, no estaríamos aquí.

Su voz firme y llena de rabia me taladra por completo. Conozco esa mirada, por desgracia, mucho. Sube una de sus manos hacia mi rostro y lo acaricia. De inmediato aparto la cara con asco.

—¿Ya sólo dejas que te toque él, zorra? —grita mientras me cruza la cara.

Las lágrimas escuecen y se mueren por salir, pero no pienso permitir que me vea caer. Otra

vez no. No me muevo ni un milímetro y aguanto estoicamente mientras vuelvo a levantar mi rostro.

El suyo, ese que me pareció en algún momento hermoso, con sus ojos y pelo negros, facciones cuadradas y dientes perfectos, ahora, además de repugnarme, me mira con una dureza que me hace estremecer.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer —aprieta mi mandíbula y la eleva aún más para que esté como él quiere—. Sé que tu familia está «de vacaciones» —dice mientras a mí se me abren los ojos como platos—. Sí, princesita, no hay nada que yo no sepa. Necesito asegurarme de que vas a hacer todo lo que yo te pida.

—Conmigo no cuentes —aseguro mientras me suelto de su mano y doy un paso atrás—. Mi familia está a salvo y no puedes hacerles nada.

—¿Eso crees? —ríe mientras me enseña unas fotos de mi hermano y la hermana de Mike paseando por L.A.

Mi cabeza va a mil por hora. ¡Mike me prometió que no les iba a pasar nada, que estaban seguros! Y los han seguido hasta allí. No me lo puedo creer. Puede notar la decepción en mis ojos, porque su sonrisa se hace presente.

—Espero que te haya quedado claro cómo funciona esto y, sobre todo, quién sigue mandando aquí —aclara mientras da ese paso que nos separa. Yo me quedo quieta y agacho la mirada. No pienso jugármela—. No quiero un rechazo por tu parte el sábado, ni ningún día, eres ¡mía! —grita subiendo mi cara. Sus ojos desprenden fuego, pero otro muy distinto, parecen el puto infierno.

—Puede que tengas lo que quieras de mí; sin embargo, nunca, jamás, volveré a ser tuya —escupo con rabia sin elevar la voz.

Esta vez su fuerte golpe me hace caer al suelo. ¡Joder! Qué dolor. Me arde la cara y me duele la cabeza. No pienso callarme. En esto no.

—Eso ya lo veremos, princesa —amenaza desde arriba, yo no me muevo—. Por lo pronto, vas a regresar a casa y vas a buscar una excusa que justifique por qué has salido de allí a estas horas. Es un puto americano, cualquier cosa valdrá y todo seguirá como estaba. Si te apetece, hasta dejo que te lo folles de nuevo. Eso sí, después del sábado, esa misma noche —puntualiza —, te vendrás conmigo. No darás explicaciones, no te despedirás de ninguna manera y cuidado con hacer o decir algo raro. Ya sabes lo que hay.

Se agacha y coge mi brazo hasta que me levanto del todo con un gesto de dolor.

—¿Te ha quedado claro? —grita, yo tardo, pero termino asintiendo—. No te oigo.

—Sí.

—Con lo bonita que eres y lo que me haces hacerte… —susurra mientras acaricia mi rostro. Gimo por el dolor y una lágrima se desliza, pero no aparto la cara. Sería peor y sólo podía pensar en Mike y en cómo se pondrá cuando me vea. Se acerca a mis labios y otra lágrima se derrama, y otra…, me besa y aguanto cómo puedo ante el horror que me produce. Menos mal que dura poco —. Dale recuerdos a Lucía y a todos los demás, sobre todo, a tu *inglesito*. Llevaosla.

Me ha quedado clara la amenaza. Cristalina, diría yo. Solamente puedo hacer una cosa y es rezar para que salga bien.

Mike

—No me lo puedo creer, no puedo —digo con toda la rabia que cabe dentro de mí mientras entro a la casa con Lucía detrás.

Ella me habla, pero yo no escucho. Sólo pienso en cómo voy a controlarme y a canalizar esta

ira cuando me encuentre a la insensata de Farah.

—Intenta calmarte por favor —me ruega su amiga—. Tiene que haber una explicación, estoy segura y, sobre todo, no creo que haya sido fácil para ella.

Soy plenamente consciente de que es cierto, aun así esto no lo puedo dejar pasar, esto no. Tenía que haber confiado en mí, ¡joder! Desde que me han dicho que ha vuelto a casa, he rozado la locura.

La busco por todas las estancias hasta llegar al salón y allí está, de espaldas a nosotros. Es entonces cuando creo que comienzo a respirar. Una gran losa que sostenía sobre mi pecho me ha dejado libre. Se ha ido en cuanto la he visto. Está aquí. No había sentido tanto miedo en toda mi puñetera vida.

—Hacía mucho tiempo que no tomaba un Jack Daniel's, soy más de ron últimamente —reconoce con la voz tomada por el alcohol y gimiendo de gusto cuando de un trago se bebe casi todo el contenido del vaso.

¿Cuánto habrá bebido? ¿Qué narices habrá pasado para que venga en este estado? No quiero ni pensarlo.

Lucía y yo nos miramos, ella me levanta la mano aconsejándome que le de unos minutos y yo accedo.

—Amiga, ¿qué te pasa? —comienza a avanzar hacia ella—. ¿Dónde has estado y con quién? Estábamos preocu… ¡Mierda, Farah!

En cuanto la ve de frente, se lleva las manos a la boca y no puede continuar. Inmediatamente me pongo frente a ella y soy incapaz de explicar lo que siento cuando la veo. Me quedo en *shock*. No me mira, no alza la cabeza, pero no me hace falta para ver los golpes que tiene por todo el rostro.

Sin pensar, cojo la botella de *whisky* y la estampo contra la pared con un grito y escupiendo en inglés todo lo que se me viene a la cabeza. Si no fuera por el operativo y la investigación, ya estaría de camino en busca de ese cabrón. No puedo con la puñetera impotencia que siento, joder. Ambas saltan por el estruendo, pero sólo Lucía grita. Ella se levanta y se dirige tranquilamente hacia el mueble bar.

—¿A dónde coño te crees que vas? —inquiero con dureza, aunque sé que no es lo que debería, no puedo hacerlo mejor.

—A por más —contesta pausada, está borracha.

—Yo creo que no es buena idea —aconseja su amiga mientras la sujeta.

—Claro que es buena idea. Está buenísimo, como el que lo bebe —suelta una sonrisita que no le llega a los ojos—, aunque, claro, tú ahora no puedes tomarlo, ¿verdad? —le habla con dureza, como nunca la he oído dirigirse a su amiga. Se zafa de ella mientras Lucía la mira con dolor. No entiendo a qué ha venido nada de eso.

—¿Por qué no dejas de comportarte como una cría y hablas de una puta vez? Si quieres, desahógate conmigo, pero no creo que debas de hablarle así a tu amiga. Está igual de preocupada que yo.

—¿Y por qué vosotros no dejáis de meteros en mi vida? ¡Todo sería mejor si no os tuviera! —grita con una rabia contenida y va a servirse otro vaso. Sus lágrimas caen sin control.

Sé que no es ella la que habla, es el alcohol. También sé que en parte tiene motivos para haber dicho eso, la está chantajeando con lo único que le queda aquí: nosotros. Somos lo que más daño le puede causar ahora. Estoy completamente seguro.

—Yo mejor me voy, mañana vendré —Lucía se marcha hacia la calle.

—Dos de los hombres te acompañarán.

—Eso, Lu, mira qué lujo. Tenemos guardaespaldas y todo, aunque igual hasta lo sabías ya, como ahora sois tan amigos…

Decidimos ignorar sus palabras y ella se va mientras yo busco el botiquín. Tengo hombres apostados en ambas puertas y puedo estar más tranquilo. Salir de aquí ya no va a ser tan fácil. Tengo que intentar controlarme, no sé qué narices ha ocurrido exactamente y tengo claro que no me va a contar nada por las malas, así que tengo que tranquilizarme, por ella, por nosotros.

—¿Qué crees que vas a hacer? —inquiere ante lo obvio cuando vuelvo con el botiquín.

No le contesto y me sirvo un vaso como el de ella, lo voy a necesitar.

Preparo una gasa para curarle un pequeño corte que tiene en el pómulo y aguanto mi rabia. Me sitúo frente a ella, que está en una silla. Con mucho cuidado sujeto su barbilla y la elevo hasta que sus ojos, sus tristes y preciosos pozos color chocolate conectan con los míos. ¡Joder! No puedo contener el temblor de mi mano cuando veo su cara por completo. Lo voy a matar.

¡Lo voy a matar!

—Lo voy a matar —suelto en voz alta lo que mi cabeza y mi corazón me gritan en este momento.

Suelto las cosas y voy a dirigirme hacia la puerta cuando su mano sujeta mi brazo. Se ha levantado. Ambos nos miramos intensamente. No puedo ocultar mi dolor. Esta vez no. No hay autocontrol. No hay barrera. Soy yo, lo que siento y lo que soy. Dolor, mucho dolor, uno tan fuerte que jamás lo había experimentado. Siento que ella se está convirtiendo en mi mundo y un hijo de puta sigue queriendo romper mi mundo. No, no lo pienso permitir. Le ha vuelto a poner las manos encima y se suponía que yo la debía proteger. Joder.

—Por favor… —me suplica y no tiene que decir más.

Me guía otra vez hacia la silla y vuelvo a coger las cosas. Parece más calmada. Sus ojos me han revelado el miedo que ha sentido cuando he dicho esas palabras y han visto la posibilidad de que fuera tras él. Lo que sentimos el uno por el otro ya es muy fuerte, es complicado que alguien lo rompa. Esto es para siempre.

—Te ha vuelto a poner las manos encima a pesar de que juré protegerte. Lo va a pagar caro —sentencio con dureza y rabia. Ella lo sabe y también sabe que no puede hacer nada.

Curarla se convierte en una horrible tarea. No puede callar algunos gemidos dolorosos por más que se haga la fuerte y yo no puedo evitar gruñir ante la rabia e impotencia que estos me producen. No se va a quedar así. Lo juro.

—No es nada, de verdad. Además, con esto —sube el vaso, que prácticamente está vacío otra vez, e intenta bromear sin que a mí me salga ni una muesca. Lleva ingerido mucho más alcohol que yo— todo se lleva mejor.

—No me hace ni puñetera gracia, Farah, aunque me alegro de que ya quieras hablar.

No puedo esconder la dureza de mi voz. Me debe muchas explicaciones y sigo estando muy cabreado por su irresponsabilidad.

—Tienen vigiladas a nuestras familias, he visto fotos.

—Lo sé, pero están a salvo.

—Me han amenazado con haceros daño a vosotros también si no hago lo que me pide.

—Lo imaginaba.

—Me has mentido.

—Nunca.

Mi rapidez y la firmeza con la que hablo la hacen alzar la mirada hacia mí. Estamos uno frente al otro. Está esperando una explicación y yo muchas más.

—¿Te… Te ha tocado? Me refiero a que… Como haya…

—No me ha hecho más de lo que ves, si es lo que quieres saber.

Joder, no me salen ni las palabras. Parezco un puto niñato. Escuchar que no ha ido más allá y que sus ojos me lo confirmen me alivia un poco, es lo que necesitaba. Aun así, pienso cobrarme cada golpe que le ha dado.

—Esto no se va a quedar así, lo sabes, ¿verdad? —le hago saber de nuevo poniéndome de rodillas frente a la silla y acariciando con cuidado su piel, la cual está comenzando a cambiar de color. ¡Joder! ¡Mierda! ¿Cómo cojones ha podido ponerle una mano encima?

—No hay nada que podamos hacer, Mike —coloca su mano encima de la mía y una lágrima se escapa. La limpio con la que me queda libre—, al menos, por ahora. No quiero que hagas nada que le lleve a sospechar que te lo he podido contar. Me dijo que buscara cualquier excusa, pero no he querido mentirte. Te estoy contando la verdad. Ahora lo que necesito es que me la cuentes tú. ¿Qué más está pasando y qué es lo que yo no sé?

Una parte de mí la cree; otra, en cambio, esa que nunca se equivoca piensa que algo está ocultando. No puedo remediarlo. Decido darle información para que esté tranquila, justo lo que me aconsejó Broco si esto sucedía: que la policía me había propuesto poner chicos de seguridad, que estaban investigándolo por otros fraudes y que llevaban tiempo tras él. De todo lo demás no podía decirle nada. Parece conformarse, pero sé que sólo es una fachada.

—Gracias por curarme —susurra mientras acerca su boca a la mía y me besa.

—Sigo muy cabreado contigo —le hago saber al mismo tiempo que me retiro un poco para que me vea bien—. Tenías que haber confiado en mí. ¿Te haces una idea de lo que sentí cuando no te encontré a mi lado? —no puedo ocultar mi dolor y mi rabia.

—No tenía opción. Lo siento, lo siento muchísimo, Mike —me vuelve a besar, esta vez con más fuerza, con más pasión, con más amor y yo se lo devuelvo con la misma intensidad—. Te quiero, te quiero mucho. Sabes cuánto me ha costado decirlo, pero no hay nada más real que esto. Jamás te haría daño si no hay un motivo como el de hoy. Tenía que ir.

—No vuelvas a hacerlo más. Nunca. Jamás. Prométemelo, Farah, necesito que lo hagas —asiente mientras seco sus lágrimas—. Vamos a salir de esto y lo vamos a hacer juntos, ¿vale? No me lo hagas más difícil, no te expongas sola, por favor, porque acabarás conmigo. Te quiero demasiado como para perderte.

Volvemos a besarnos mientras nos levantamos. Nuestras manos ya vuelan por nuestros cuerpos sin control. No hay nada que desee más que a ella. Es mi todo, joder.

—Hazme el amor, Mike. Te necesito.

—Yo también te necesito.



CAPÍTULO 26. DESTINO O CASUALIDAD

El agua cae por mi cuerpo calentando mis más que cansados músculos. Esta mañana hemos corrido durante, al menos, dos horas y Farah ha estado a la altura. No ha querido salir de casa por los golpes desde el miércoles y lo necesitaba. Eso sí, lo ha hecho con mucho maquillaje. Aún me cuesta verla sin golpear algo de la rabia y la impotencia que me producen sus heridas. Necesito que se agote tanto durante el día con el ejercicio, el trabajo y nuestras increíbles sesiones de sexo, para que por la noche deje de pensar. Ya es viernes y, más o menos, creo que lo he conseguido.

Hemos desayunado y luego se ha marchado a ver a Lucía. Al parecer, tiene un virus estomacal y no se encuentra bien. Iba a acompañarla, pero, como no han podido hablar desde lo ocurrido el otro día, Farah tiene que disculparse con ella y he preferido dejarlas solas. Aun así, todo esto me sigue pareciendo muy raro…

Mientras me visto con unos vaqueros y una camiseta de manga corta —hoy hace bastante calor, aquí tienen una primavera de locos—, Imagine Dragons me da la energía suficiente con su *Beliver*. Es justo lo que necesito para terminar de disponer todo y ponerme al día con las toneladas de trabajo de L.A. que tengo pendiente. Si Brian quería vengarse por algo, sin duda, lo

ha hecho. Suena el teléfono y precisamente es él.

«¡Capullo! Dentro de unas horas estoy allí. Espero que me tengas preparada una buena cena y, si es posible, aunque sea congelada, de Loli. Que no falte, por favor, una tortilla de patatas. Ella me ha dicho que es lo que acostumbra a hacer su hija. Imagino que más aún desde que ocupa casi todo su tiempo en meterse entre tus piernas y tú entre las suyas…»

✔

Es idiota. No me molesto en contestarle, como bien dice, dentro de unas horas estará aquí. Lo que sí me parece extraño es que no me haya preguntado por su rubia…

Me dirijo al despacho y justo entonces recibo una llamada de Mackenzie. Tenemos que ponernos manos a la obra.

—Señor —saluda diligente.

—Mackenzie —le devuelvo el saludo mientras enciendo el ordenador principal y el mío, voy a necesitar los dos—, bien, comencemos. ¿Qué tienes para mí?

—Lo primero que tengo que decirle es que investigué lo que me ordenó y tenía razón, ese individuo ha intervenido siempre y para mal en la vida de la señorita Cooper. Ahora le cuento con detalle. Espero que ella se encuentre mejor, si se me permite.

—Sí, Mackenzie, gracias.

Ambos nos quedamos callados unos instantes. «Gracias» no forma parte de mi vocabulario habitual, aunque él ya sabe que todo su trabajo está más que agradecido. Es simplemente que, al preguntar por ella, me ha salido solo. Es mi hombre de confianza además del jefe de seguridad de todas nuestras empresas, no hay nada que pase en mi vida o a mi alrededor que él no sepa. Le agradezco su preocupación y, sobre todo, las horas invertidas en este asunto en particular. Nada me ha importado tanto como Farah y sólo alguien que me conozca tanto como él lo sabe.

—Me alegro mucho, señor —carraspea y continúa cambiando de tercio—. El segundo punto importante que debemos tratar es sobre el señor Baker.

—¿Debido a qué? No tenemos muchos negocios con él —pregunto verdaderamente sorprendido.

No es de mis personas favoritas en el mundo, sus maneras poco ortodoxas de hacer negocios hacen que evite tratar mucho con él. Últimamente lo hacía más de lo que pretendía, pero por culpa de la idiota de su hija: Deborah Baker.

—Bueno, es algo delicado en lo que, sin duda, profundizaremos en cuanto llegue a L.A. Aun así, me gustaría ponerlo sobre aviso antes, se trata más bien de su hija.

Nada bueno puede salir de esa última frase…

Farah

—¿De verdad me perdonas? —vuelvo a insistir mientras nos mecemos acurrucadas y con una bolsa de patatas fritas en el columpio del porche de su casa.

—Como me lo vuelvas a preguntar, desde luego que no.

—Vale, perdona, quería asegurarme.

—Sé por lo que has pasado, amiga, no tienes que preocuparte más. No me hubieses hablado así si no fuera por todo ello. Y, bueno, también te perdono porque tu gringo-capullo-besa-de-miedo-y-folla-mejor no se ha enterado de nada, que si no…

Ambas rompemos a reír sin poderlo remediar. Cuánto me duele haberle hecho daño, por poco que haya sido. Es una de las personas más importantes de mi vida, es mi hermana y, de haberla perdido, no me lo hubiese perdonado jamás.

Lu es otra enamorada de la música, aunque nuestros estilos son algo diferentes. Ahora mismo ha comenzado a sonar una de sus favoritas, *Destino o casualidad*, de Melendi. No puede ser más acertada para la ocasión. Sin poder controlarnos, las dos gritamos a coro:

—¡Dios, qué complicado es esto del amor! —y continuamos cantando o lo que sea que hacemos.

—¿Tú qué crees: destino o casualidad? —comenta mirando al cielo.

—Dímelo tú, amiga. A mí me parece muy romántico, dos extraños bailando bajo la luna…

—Se convierten en amantes al compás —continúa ella con la letra y ambas rompemos a reír de nuevo.

—¿Has hablado con él? —pregunto cuando ya nos hemos calmado y sabiendo que puedo salir mal parada.

—Poco, ha estado muy liado. Si te refieres a si le he dicho algo de mi embarazo, no, no he hablado con él —contesta demasiado tranquila, cosa que me sorprende.

—¿Y vas a hacerlo? —concreto quitándole unas patatas más.

Resopla. Se recoloca hasta hacer que casi caigamos del columpio —yo evidentemente ni me quejo. Si acabamos en el suelo, pues habrá que aguantarse. Cualquiera le dice nada—. Hace dos días que está con náuseas. La veo más guapa que nunca: su perfecta cola rubia, sus finas facciones algo contraídas por pensar de más y ese cuerpazo con esa altura… No me resulta raro lo loco que está Brian por ella. Es única y maravillosa. Coge más patatas y, cuando acaba de comérselas, decide responder:

—Siempre he criticado a las mujeres que han ocultado a sus parejas, polvos de una noche, de varias o hasta a maridos, la noticia de un embarazo. Lo sabes… —yo asiento, ambas lo hemos hecho—, pero como para todo dicen que hay que ponerse en la piel, en la situación… ¡Joder! No sé qué coño voy a hacer. No sé cómo voy a afrontarlo, cómo se lo va a tomar, cómo se lo van a tomar todos, aunque en realidad eso me importa más bien poco. ¿Qué vamos a hacer después? ¿Dónde vamos a vivir? Si es que quiere seguir adelante, claro. Si no, me da igual, continúo yo sola y punto…

—Nunca vas a estar sola —interrumpo su perorata antes de que siga diciendo gilipolleces, porque, aunque tengan lógica, se ha olvidado de lo más importante—. Eso nunca lo dudes, ya te lo dije. Estoy y seguiré estando siempre, aunque lo que debes preguntarte es otra cosa: ¿estás enamorada de Brian?

Levanta la cabeza, mira al frente y lentamente la gira hacia mí. Sus ojos marrones tienen un destello que me eriza la piel. No hace falta más respuesta. El brillo que aparece cuando piensa o habla de él es demasiado intenso y delator.

—Ya sabes que sí, es algo que no había sentido jamás, algo muy fuerte. Tú ya me entiendes…

—Te entiendo —le doy la razón, nunca nos había pasado y ahora resulta que ambas lo estamos viviendo juntas y con dos que son mejores amigos también. Parece increíble, pero es real—. ¿Y sacrificarías todos estos sentimientos, la posibilidad de compartir tu vida con él o de descubrir, al menos, qué es lo que piensa y siente hacia ti simplemente porque tienes miedo?

—No me gustaría…

—Pues lo más importante es que tengas claro que pase lo que pase vas a por todas. Lo demás ya vendrá. Nadie sabe qué va a ocurrir en el futuro, porque conocer a una persona de hace más tiempo tampoco garantiza que una relación vaya a ir bien. Lo que prima es el respeto, la implicación, el saber estar, la confianza, el escucharse y apoyarse…, más allá, claro está, de que ames a esa persona con toda tu alma: que el no verlo haga que te cueste respirar tanto como cuando lo tienes delante, que todo lo que viváis juntos se convierta en una experiencia vital y,

sobre todo, que los problemas los solucionéis juntos.

—Consejos vendo…, pero para mí no tengo… —comenta socarrona.

—Serás mala, ¿a qué viene esa ironía? —me incorporo tanto que acabo en el suelo y ella estalla en carcajadas—. ¡Maldito columpio! Si es que lo sabía, joder.

Me quedo sentada en el suelo, de aquí al menos no paso. Al verla reír de esa forma, como hacía días que no reía, me hace sentir satisfecha. Acabo riendo con ella.

—Ahora ya en serio —dice cuando acaba de reír—, sabes tan bien como yo lo que sientes por Mike. Lo que estáis viviendo y lo que te está demostrando son hechos difíciles de eludir, ¿verdad? —entiendo que son preguntas retoricas porque no pienso responderlas—. No creo que eso termine cuando todo este lío se solucione. Y, aunque ahora sé que no es el momento, tendréis que hablar de ello. Yo tengo que hacerlo también, como bien dices, pero no podemos permitirnos dejar pasar esta oportunidad. Hemos encontrado a dos hombres maravillosos que merecen la pena que conozcamos y ellos, a nosotras. ¡Qué coño, estamos buenísimas! —grita poniéndose en pie, yo sonrío y hago lo mismo—. Prométeme que vamos a dejarnos llevar con ellos, de verdad, con planes de futuro y con lo que venga y, si no sale bien, pues a casa. Nos alquilamos un piso y criamos a nuestra niña juntas. ¿Qué te parece?

—Que estás como una puñetera cabra —aseguro con cara de circunstancia tras escuchar su película—, pero que tienes razón. Al menos yo voy a intentarlo.

—Así me gusta, qué buena soy.

Literalmente, se tira a mis brazos. Así es mi mejor amiga, vienes a darle apoyo y a animarla y acaba haciéndolo ella por las dos. No puedo quererla más.

—Por cierto, no va a ser niña —la pico un poco y se separa de mí con una cara de circunstancia que me acaba asustando—. A ver, que es broma, si quieres pensar eso, pues adelante.

—No, es que… Creo que no debí de comer tantas patatas, ¡Joder, voy a vomitar!

Sin más, se larga hacia la casa como una corredora de obstáculos digna de medalla de oro. Eso sí, no sin antes gritarme que de niño nada.

Mike

Nos hemos terminado de preparar y estamos en la cocina haciendo la cena. Brian está por llegar, recogerá a Lucía y vendrán hacia aquí. Ojalá que esos dos arreglen sus diferencias. Al menos a ella le habrá dado tiempo a desahogarse, se han tirado todo el día juntas. Le he preguntado a Farah, pero no me ha dicho nada.

La miro y no puedo más que sonreír, se está peleando con una tortilla de patatas y está soltando por la boca todo tipo de lindezas de las que sólo entiendo la mitad. Está preciosa, como siempre; se ha decantado por un vestido camisero corto en negro, medias tupidas, botines de tacón del mismo color y su largo y precioso pelo recogido en un moño bajo con algunos mechones sueltos. Tiene verdadera destreza con las manos para los peinados. Su maquillaje, más cargado de lo normal, hace que no se le note ni una sola de las horribles marcas que aún le quedan en la cara y sus labios rojo pasión me están volviendo loco. Yo he elegido unos pantalones negros y camisa oscura de cuadros en tonos grises y negros. No quiero ni pensar en cuando tenga que volver a vestir con traje…

—¿Todo bien? —inquiero con malicia a su espalda.

—¡Ay, gringo! —chilla y casi se le cae la tortilla—. No hagas eso, joder. Ve llevando comida a la mesa, que me pones más nerviosa estando aquí.

—¿Te pongo nerviosa? —rozo la piel de su cuello con mis manos y pega un gran salto. Me

aparto porque, si no, me veo con la tortilla encima.

Como lo hizo con el Jack Daniel's…

Qué gracioso.

—Vale, tranquila. Ya me voy. No eres tú la que tiene que estar tan nerviosa esta noche, ¿no?

—¿A qué te refieres? —no es una pregunta, no me mira y se ha tensado aún más.

—Bueno, a si crees que ya se lo habrá contado o si esperará a finalizar la noche. No tengo ni idea de cómo reaccionará mi amigo a la idea de ser padre…

Tortilla al suelo. ¡Mierda, Brian me mata!

—Lo sabes… —susurra mirando el estropicio—. ¡Lo sabes! —grita esta vez mirándome a mí con la sartén en la mano.

—No me lo ha contado nadie ni he investigado nada. Sólo he sumado dos más dos —intento explicarme mientras doy un paso atrás. Esa sartén vacía tiene mal fin y no quiero que sea mi cabeza.

Ninguna de las dos cabezas, ya puestos…

Cállate, no es el momento. No ayudas.

—Tranquila, pelirroja, Brian no sabe nada de nada.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta sentándose mientras yo, con cuidado y sin quitarle la vista de encima, recojo todo del suelo.

—Ya lo sospechaba por sus actos y por los tuyos, pero, bueno, os aconsejo que la próxima vez, si decidís hacer un predictor, no lo dejéis olvidado en cualquier sitio —me defiendo—. Me lo encontré hace un rato.

—¡Bombonazo mío! Ya estoy en casa —y aquí llega la rubia dando voces. Le doy la razón a Farah en que en esta casa no se tiene intimidad.

—¡Eh, capullo! ¿No me vas a saludar? —salimos al salón y mi querido amigo ya está haciendo el payaso.

—Claro, idiota, ven aquí. Habrá sido una auténtica locura estar sin mí. ¿Has podido si quiera abrocharte los cordones? —comento socarrón. Me encanta volver a tenerlo cerca.

—Muy gracioso —me devuelve el abrazo y nos saludamos todos.

La cena transcurre sin incidentes. Menos mal que la madre de Lucía nos ha mandado una tortilla de patatas, si no a mi amigo le hubiera dado algo. Comemos de todo un poco, pero ese se ha convertido en su plato favorito. Eso sí, de noticias nada. Entre ellas no hacen más que tirarse pullas con la mirada y yo, sólo de ver lo feliz que está mi amigo por el recibimiento y saber la que le espera, no puedo esconder mi sonrisa.

Antes le mentí a Farah. Estoy completamente seguro de que a Brian le va a encantar la noticia y más si viene de ella: su rubia. De más está decir que cuentan con todo nuestro apoyo, pase lo que pase.

—Tienes un apetito bárbaro, Lu —comenta Brian con una sonrisa—. ¿No estabas mala?

—Ya ves, se ha pasado y estoy estupenda —contesta un poco nerviosa y parando de comer por primera vez.

Entre unas cosas y otras, ha llegado el momento de irnos a la discoteca. Farah y Lucía no vinieron ayer, no estaban para trabajar y menos de cara al público. Decidimos llamar a las otras dos camareras que tenemos para cuando las necesitamos. Hoy ya no hay opción y la idea de meterlas en una cárcel de cristal, al parecer, no es legal. Recogemos todo y nos vamos en coches separados. Entiendo que la pareja necesita intimidad. Yo no le voy a contar nada a Brian, pero espero que no lo haga esperar mucho, no se lo merece y podría ser peor.

Tan sólo llevamos dos horas en la discoteca cuando Marco me manda a llamar para que me

dirija al almacén, en la parte trasera. Todo está yendo aparentemente bien y, aunque noto a Farah algo distraída y preocupada, sé que se encuentra segura. Está trabajando como siempre, con esa destreza que la caracteriza al manejar las botellas y esa sonrisa que me tiene enamorado por completo.

—Tú dirás, Marco —llamo su atención cuando llego hasta el patio trasero, ya que en el almacén no estaba.

—Señor —saluda servicial—, quería comentarle que he encontrado indicios de que han intentado entrar por esta parte.

—¿Algo que lamentar? ¿Farah lo sabe? —inquiero mientras observo pequeños desperfectos en la puerta trasera.

—No, señor. No han pasado de aquí y la señorita no sabe nada. Sin embargo, si mi intuición no falla, no buscaban entrar. Aún no sé cuál ha podido ser su objetivo, pero habría que intentar tomar medidas por si acaso vuelven.

—Bien, haz lo que tengas que hacer.

Asiente con la cabeza y yo me dirijo hacia dentro. La discoteca está a rebosar, no cabe ni un alfiler. Recojo vasos mientras me dirijo hacia la barra en la que está mi pelirroja favorita. Entro tras ella y deposito los vasos en el lavavajillas. Está terminando de atender a unos clientes y después se pone a recoger. Me sitúo detrás agarrándola por la cintura y pegándola a mi cuerpo.

—¿Todo bien? —susurro en su cuello mientras la beso en esa zona y noto cómo se estremece.

—Ahora mucho mejor —ronronea y deja caer su cabeza en mi pecho.

No me puedo aguantar más sin besarla como es debido. Tiro de ella hasta que nos metemos en la cocina pequeña y la empujo contra la pared. La música retumba en las paredes, nos cala por completo, cada canción, cada letra o ritmo… Para cuando Ed Sheeran y su *Shape of you* comienzan a sonar, nuestro beso ya se ha intensificado y nuestras respiraciones van a mil revoluciones, junto con nuestras pulsaciones. Nos tenemos que controlar, es tan difícil…, más aún cuando ella cita la letra de la canción:

—El club no es el mejor lugar para encontrar una amante —susurra contra mis labios.

—Por eso yo vengo a la Stars. Aquí está lo que busco —respondo de igual manera.

—¿Y qué es lo que buscas?

—A ti. Tu amor fue hecho a mano para alguien como yo —cito a Ed mientras vuelvo a besarla con fuerza. Sin duda, esta letra nos describe casi a la perfección.

—Somos un imán —sonríe afectada a milímetros de mi boca. Sus ojos están completamente negros por el deseo.

—Estoy enamorado de ti, esto va mucho más allá de nuestros cuerpos.

—Joder, Mike, no puedo más. Vayámonos, aunque sea al despacho.

Los dos salimos de allí con la misma misión: llegar al despacho, pero entonces algo nos lo impide.



CAPÍTULO 27. NO ESTÁS SOLA

—¿Qué narices está pasando aquí? —pregunto sorprendido a la par que hastiado por la interrupción.

—¡¿Qué va a pasar?! Tu amigo, que es idiota, por no decir algo peor —contesta Lucía con un cabreo monumental.

—Esto es increíble, ¿me quieres escuchar, mujer? —intenta razonar Brian.

Estamos casi en la entrada de la oficina y, si no fuera por el calentón que tengo, todavía me haría hasta gracia la situación. Maldita sea, si se acaban de reencontrar como quien dice. ¿Será que se lo ha contado ya y algo ha salido mal? Mi duda se resuelve en cuanto Lucía vuelve a hablar.

—Pues no va y ayuda a esa víbora que me cae tan mal con, al parecer, un «super problema urgente» de unas entradas y encima se le queda mirando el culo delante de mi cara, ¡de mi cara! —repite dirigiéndose a su amiga y dando vueltas sin parar—. «Todo» simpatía que era él, ¿sabes? —vuelve a pararse frente a su amiga, quien definitivamente será la única que la entienda, ya que Farah asiente y yo abro los ojos como platos—. Por un lado, claro, lo entiendo, se me está

poniendo un culo horrible… —y rompe a llorar en los brazos de su amiga.

—Oh, ¿en serio? —en cuanto la mirada de mi pelirroja se posa sobre mí decido que será mejor que me calle.

—Eso no ha sido así. Ya te lo he dicho, cariño —repite Brian intentando acercarse a ella—. Y no sé por qué narices dices eso de tu culo, si es el más perfecto que he visto. ¡Me encanta tu culo, joder! —acaba dando voces y todos se quedan mirando. No me extraña, sin esa información hubiésemos podido vivir igual.

Las chicas deciden entrar en la oficina para hablar y yo me cago en todo. Vaya suerte de mierda. En fin, nos pondremos a trabajar las pocas horas que quedan, porque aguantar los lloriqueos de Brian sobre este sinsentido no me apetece nada. Él no tendrá culpa —ni sabrá siquiera— de los problemas hormonales de Lucía, pero yo no le puedo dar más importancia a la situación de la que sé que tiene.

—Confías en mí —le digo ante su cara de circunstancia.

—Sí, pero…

—Se solucionará y no tendrá la más mínima relevancia, te lo aseguro —le digo mientras lo dirijo hacia dentro. Tenemos que hablar con Marco y vigilar que todos estén en sus puestos.

Cuando comienza a sonar *It feels so good* de Sonique, como cada noche al cerrar, empiezo a respirar un poco más aliviado. Está siendo una noche demasiado larga y tediosa.

Y frustrada sexualmente.

No hacía falta que me lo recordaras, gracias.

Mi subconsciente a veces es rematadamente gilipollas, qué le vamos a hacer. El caso es que hace horas que no estoy con Farah. La he tenido vigilada a cada instante, pero ha sido —y seguirá siendo hasta que consigamos que la gente se vaya— una noche de muchísima afluencia en la que no hemos podido parar ni un instante. Lo bueno de todo es que no ha habido ningún problema digno de mención, lo normal de un viernes noche en una discoteca llena, ni más ni menos.

***

—No veía la hora de llegar a tu casa —susurro en cuanto cruzamos la puerta y la empujo contra la pared de la entrada.

—Mike —gime contra mi boca.

Nuestros cuerpos se acoplan a la perfección. No puede haber nada mejor que esto, joder. Su boca y la mía se funden, haciéndonos descender hasta el infierno. Se desata la locura.

De una pared a otra nos movemos hasta el salón, sin parar de comernos, literalmente. Caemos todo a nuestro paso.

—Ten cuidado, vamos a romperlo todo —le recuerdo mientras le desabrocho algunos botones del vestido.

—Que le den a todo —me empuja contra un mueble y me deja ver parte de un precioso sujetador de encaje negro que me está acelerando el ritmo cardíaco—. Quiero que me folles como tú sabes. Te quiero a ti dentro de mí, ya —susurra con voz sensual mientras me quita la camisa y lame mi pecho, totalmente desinhibida.

—Ahh, qué bueno… —sujeto su moño y lo deshago con cuidado. Me gusta suelto—. Tus deseos son órdenes.

Elevo su cara para devorarla una vez más mientras la alzo sobre mis caderas para poder llegar a una mesa que tenemos enfrente. Su grito acompañado de un jadeo desde lo más profundo de su

ser me hacen comprobar el nivel de deseo que alcanza y me la pone aún más dura.

Es una puñetera diosa.

Y es mía.

—Hazme lo que quieras, Mike. Soy toda tuya —esas palabras y un beso que me deja sin aire hacen que no me pueda controlar más.

Tiro de su vestido y los botones que quedaban abrochados salen disparados. El sonido de ellos cayendo se mezcla con nuestras respiraciones alteradas y no encuentro nada mejor.

—Claro que eres mía. Ahora te lo voy a demostrar.

La tumbo en la mesa y comienzo un reguero de besos. Desde su boca lentamente desciendo por su clavícula, mi lengua baja haciendo círculos poco a poco. Llego hasta sus pechos y por encima de la tela mojo sus pezones, los cuales se ponen duros como guijarros. Soplo y la tela mojada hace el resto.

—¡Oh, dios, Mike! —se retuerce bajo mi boca e inmovilizo sus manos a ambos lados—. No puedo más —gime con fuerza.

—Sí que puedes, pelirroja. Aún no he comenzado.

Suelto una de sus manos para bajar la copa del sujetador. Joder, tiene unos pechos perfectos. Sus pezones rosados se elevan haciendo que mi dureza se hinche aún más. Los devoro sin control.

Muerdo. Chupo. Tiro. Soplo.

La tengo al máximo. Decido ir bajando por su estómago hasta llegar a sus medias. Bajo lo que me sobra y se lo quito todo. Su sexo me espera expectante, mojado. Yo no puedo hacer otra cosa más que dedicarle toda mi atención. Con ayuda de mi lengua, la vuelvo loca hasta que grita mi nombre sin control alguno. Su orgasmo explota en mi boca y me bebo su esencia mientras convulsiona de placer.

Joder. Increíble.

No le doy tiempo a más. Termino de desvestirme y sin previo aviso la penetro fuerte, profundo. Un gruñido sale del fondo de mi alma al escuchar su grito de deseo. Su carne me envuelve por completo y siento que estoy en casa. Ella es mía. Esto es lo que quiero para siempre, poder estar dentro de ella, hacerle el amor todos los días.

—Joder, Farah. Eres preciosa —gimo contra su boca besándola sin control entre embestidas —. Quiero estar así siempre, conmigo dentro de ti.

Cubro parte de su cuerpo mientras mi lengua se centra en buscar todos los lugares posibles de besar y lamer. Ella no puede ni hablar. Gime y jadea cuando su respiración se lo permite. Entro hasta el fondo con fuerza y salgo despacio. Vuelvo a hacer lo mismo y su deseo se mezcla con la frustración. Sonrío porque no tiene fuerzas ni para quejarse. No puede ni hablar. Está a punto y yo siento que también. Llevo una de mis manos hacia su clítoris y comienzo a frotar mientras aumento la intensidad de las penetraciones hasta que juntos nos corremos con violencia. Siento cómo mi simiente se vacía en su interior y, si eso es posible, me vuelvo aún más loco.

No puedo estar más enamorado.

—Te quiero, Farah —le digo sujetando su cara.

—Te quiero, Mike —responde antes de besarme.

Definitivamente, no quiero estar en otro lugar.

Farah

Definitivamente, no quiero estar en otro lugar.

Me gustaría poder volver a dormir entre estos fuertes y firmes brazos que me rodean y que

todo haya pasado cuando despierte.

Ya llegó el temido sábado. La fecha límite.

Mis nervios hacen que no pueda seguir durmiendo por muy cansada y saciada que me dejara este maravilloso dios del sexo. El motivo por el que no le he contado nada a Mike sobre los planes de Igor conmigo es que tengo la esperanza de que no suceda, de que todo acabe antes y lo cojan. No puedo decir que no tengo miedo, pero es menor si me paro a pensar en ellos: a ninguno les va a pasar nada, no lo voy a permitir. Si esta noche algo saliera mal y me tuviera que ir con Igor, lo haría sin pensar, por ellos.

Tengo mi cara apoyada en su pecho, los latidos de su corazón se acompasan con su respiración pausada. Parece relajado y nada me tranquiliza más que eso. Paso mis manos por su pecho y juego con su escaso vello. Es tan increíble, tan mío… Aún no me puedo creer que esté así con él. Hace un mes que nos conocemos y, si me llegan a contar que acabaría enamorada hasta las trancas y queriéndolo tanto que me costaría respirar, me hubiese reído, eso, como poco. Pero ha pasado, estamos aquí y lo más importante es que es recíproco. Como diría Lu: destino o casualidad. Yo creo que un poco de ambas.

Mis dedos continúan con su ruta y descienden por esas abdominales que conozco tan bien y que he recorrido con mi lengua. Está duro, fuerte, aunque no es ninguno de esos tíos hinchados a músculos cuyas camisetas parecen todas de la talla S. Los tiene, pero son perfectos y toda la ropa le queda de maravilla. Eso sí, sin ella está mucho mejor.

Noto cómo sus latidos se aceleran cuando desciendo por su vello hasta que se pierde dentro de la sábana. Está despierto o, al menos, en proceso de estarlo. Hace escasas horas que nos acostamos y ni nos vestimos. Yo continúo hasta que me topo con su erección casi preparada. Joder, es enorme y es mía. No puedo evitar mojarme sólo de pensar en lo que sabe hacer con ella.

—Buenos días —dice con esa voz ronca que me hace vibrar.

—Hola, dormilón —contesto y continúo hasta rodearla por completo, comienzo a moverla de arriba abajo.

—Joder, pelirroja —gime buscando mi boca y me besa con fuerza mientras se deja hacer—. ¿No puedes dormir? —intenta descubrir qué me pasa y yo sólo quiero disfrutarlo al completo de nuevo, por si es la última vez…

—Déjate llevar, disfruta —le digo mientras paso mi dedo por su glande, ya por completo hinchado y más que preparado, y me llevo con él una gota de su semen. Su respiración es un puro caos.

—Anoche hicimos de todo, estuvimos horas y correrme en tu boca, que lo disfrutaras de esa manera, pocas cosas serán superadas… —susurra entrecortadamente.

—Hay algo que es mucho mejor —retiro las sábanas y me empalo sobre su erección ya preparada sin cuidado alguno—. A ti dentro de mí.

Sin más comienzo a moverme despacio al principio, pero en cuanto se activa y sus manos llegan a mis caderas para intensificar las acometidas, me dejo llevar por completo. Su boca alcanza mis pechos cuando se incorpora. Yo me hecho hacia atrás y le dejo hacer lo que quiera.

—¡Oh, sí! —gimo fuertemente.

—Eso es, así. Eres preciosa.

Ruge. Jadeo. Fuerte. Lento. Gime. Grito.

Hemos llegado a un ritmo brutal, tanto que me tiene que sujetar a la misma vez que me dejo caer sobre su pecho. No puedo más y sin embargo siento que podría estar así con él, horas. Toda la fuerza acaba haciéndola con sus brazos, entra y sale haciendo fricción sobre mi clítoris y unas

acometidas más arrasan conmigo llevándome a un orgasmo demoledor que me hace gritar su nombre. Segundos después con un rugido descomunal, noto como me llena con el suyo. Caliente. Fuerte. ¡Joder! No existe nada mejor.

***

Cuando hemos decidido que ya era suficiente como para bajar, miramos hora: la una del mediodía, así que decidimos comer de una vez. Tenemos muchas cosas que hacer para esta noche y tiene que estar todo controlado. Estoy terminando de peinarme. En cuanto termine, nos bajaremos a la discoteca.

—Me encanta tu pelo.

Cuando me giro a la derecha, lo veo apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa que derretiría el Polo Norte, el Sur y todo lo que se pueda derretir —me incluyo.

—No te había visto —sonrío volviendo a mi trenza, no sin esfuerzo. Mirarlo durante horas podría ser considerado deporte nacional y yo sería medalla de oro. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta de esas que me provocan taquicardias.

Se acerca a mí y aparece en mi campo de visión a través del espejo. Sus manos van a mis caderas y su boca me da un beso en la parte de mi cuello que queda libre. Por el otro lado está la trenza y no tiene acceso. Llevo un jersey fino en color blanco y otros tonos de fondo que deja mi hombro y unos vaqueros rotos ajustados. Ambos vamos en zapatillas de deporte.

—No sé si vamos a tener mucho tiempo de estar a solas antes de esta noche y quiero que sepas que no tienes nada por lo que temer, ¿vale? No estás sola —su seriedad y seguridad son indiscutibles, no puedo más que asentir—. No te pienso perder de vista y quiero que sigas las instrucciones al pie de la letra. Todo está medido al milímetro y, por raro que te parezca, lo harás sin preguntar.

—Por supuesto —contesto sin dejar de mirarlo.

Termino de anudar la punta de mi trenza y me doy la vuelta hasta que estamos a milímetros el uno del otro. Es hermoso, sus facciones son perfectas y esos ojos color miel o marrones, según la luz lo disponga, hacen que sea aún más especial.

—Haré todo lo que me digáis —siempre que sea posible; esto lo pienso para mí—. Quiero que esto acabe ya.

—Y así va a ser. Mañana todo habrá terminado —me besa con un sentimiento demasiado profundo. Puedo notar lo tenso que está y su lucha interna para que todo salga bien. Lo conozco lo suficiente como para saber que le gusta tener el control y no me puede prometer justo lo que quiere: que todo saldrá bien. Ni él mismo lo sabe—. No dejaré que te suceda nada, haré todo lo que esté en mis manos.

Llevo toda la tarde con sus palabras en mi mente: «todo saldrá bien».

Las entradas están agotadas desde ayer. Hacía mucho tiempo que no se hacía una gran fiesta como esta y menos que causase tanta incertidumbre con la presencia de un DJ internacional del que aún no sabemos nada. Lo he intentado por todos los medios, pero no ha soltado prenda.

—Son ya las ocho, como no vayamos a cambiarnos, no llegamos ni de coña —asegura Lu llegando a mi lado en la taquilla. Estoy preparando los sellos para controlar las entradas y salidas.

—Ya, bueno…. En cuanto a eso, Lu, he pensado que sería mejor que te quedaras en casa, al menos, hasta que pase el peligro.

—Y una mierda —salta como si le hubiesen metido un cohete por el culo—. A mí no me

hagas el vacío. Llevamos mucho tiempo trabajando en esto como para que me dejes fuera ahora.

Sin quererlo, se me escapa una sonrisa —por no decir una carcajada— y se cabrea aún más. Si es que a veces no piensa, aunque la entiendo.

—A ver, rubia de mi vida, he intentado ser amable y cordial, que cayeras en la cuenta tú sola del peligro que supone esta noche que estés aquí, en tu estado.

—Shh, cállate —me empuja a un lado y mira hacia el exterior.

—Genial, ¿aún no se lo has contado?

—No ha surgido el momento, ¿vale? Llevan todo el día ocupados preparando todo y esto necesita su tiempo. Joder, Farah, no me hagas esto.

—Anoche, mientras disfrutabas de su compañía y algo más, ¿no te paraste a pensar en que podría haber sido buen momento? O no, mejor, el reencuentro fue tan excitante que te dejó chamuscada todas las neuronas, menos las que usas para sacarme a mí de quicio, ¿me equivoco?

—Algo así. ¡Oh, dios! Es una verdadera máquina —contesta elevando los ojos al cielo con una sonrisa.

—Vale, ya es suficiente. Demasiada información —me retiro volviendo a lo mío—. Si piensas venir, te quiero fuera en cuanto veas algo raro y eso no entra en discusión. Tienen órdenes de echarte a la calle si sucede lo que te acabo de decir y tú no te vas por tu propio pie.

—¿Te he dicho ya cuanto te quiero? —se tira en mis brazos y ambas estamos riendo cuando aparecen nuestros americanos favoritos.

—Ya está todo controlado —nos informa mi gringo particular mientras se apoya en la taquilla —. ¿Nos vamos?

—Nos vamos —respondo cogiendo mis cosas.

—Estoy deseando ver vuestras caras esta noche al descubrir la sorpresa —nos pica Brian porque sabe que no tenemos ni idea.

—Muy gracioso, pero que muy muy gracioso —contesto y decido ir más allá. Donde las dan las toman, bonito—. No puedo estar más de acuerdo contigo y, ¿sabes qué? Quizá no seamos las únicas en recibir sorpresas esta noche y esa cara sí que no me la quiero perder…

Acabo riendo a carcajadas entre los codazos de mi amiga y la cara de idiota de Brian. Está completamente perdido, pero no seré yo la que lo saque de su ignorancia.

—Eres mala, muy mala —susurra Mike con disimulo a mi oído sin que se percate nadie.

—Pues ya sabes, gringo, cuidadito —respondo con sensualidad y me dirijo hacia el coche con una promesa lanzada.

***

—Ya estoy lista, ¿nos vamos? —pregunto entrando en el salón mientras coloco las cosas en mi bolso.

—No vas a salir así —sentencia con dureza.

—¿Qué? —inquiero, levanto mi cabeza y lo miro completamente incrédula.

Joder, no puede estar más guapo.

Lleva unos pantalones oscuros y una de esas camisas suyas que me vuelven loca, todo en tonos vaqueros. Por un momento me quedo obnubilada con su presencia, pero automáticamente recapacito y caigo en la cuenta de lo que ha dicho.

—¿De qué estás hablando, Mike? No tengo opción, tengo que llevar este vestido —intento razonar y que recuerde la amenaza de Igor.

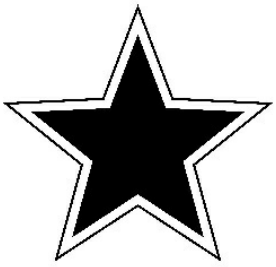
—Oh, ya lo creo que sí. Debe de haber más opciones, pelirroja, porque con eso no sales a la

calle.

Oh, oh.



CAPÍTULO 28. COMIENZA EL JUEGO



Mike

—¡Serás neandertal! —me grita e intenta soltarse de mis brazos y de mi boca.

No me he podido controlar y la acabo atrapando contra una puerta para besarla intensamente. Una fuerte llamarada se ha apoderado de nosotros, de nuestros cuerpos y mucho más de mí. Verla bajar esas escaleras lentamente mientras miraba el móvil, distraída, con esa inocencia que nada tiene que ver con el atuendo —y, mucho menos, con su personalidad—, destilando sensualidad hasta volverme loco, ha sido demasiado. Lleva su melena a un lado con unas suaves ondas cayendo por el pecho, sus perfectas curvas cubiertas por ese puñetero vestido —si es que se le puede llamar así—: rojo, evidentemente, cubierto de encaje transparente por los brazos, la espalda y algunas partes delanteras, tiene un escote de vértigo y sólo tapa parte de sus pechos, por no hablar de lo sumamente corto que es. Por último, se ha puesto esas botas negras con tacón de vértigo y hasta las rodillas que estilizan aún más su perfecto cuerpo.

¡Joder! No puede excitarme más. Es el más puro deseo hecho mujer.

Sus preciosos ojos están cubiertos por una sombra negra ahumada, un maquillaje capaz de borrar las huellas de ese hijo de puta, y esos labios que acabo de devorar, también de color rojo.

Es perfecta y es mía, pero esta noche no está vestida así por y para mí. Ese maldito cabrón le exigió que se pusiera exactamente esto y, en otra ocasión, lo habría disfrutado como un loco. Es puro erotismo, sexualidad, placer… No puedo evitar hervir de rabia y cabrearme como pocas veces al saber que, sin poder remediarlo, por mucho que me duela, esta noche tiene que ser el maldito cebo para ese hijo de puta.

¿Cómo puedo controlarme si yo mismo se la voy a servir en bandeja? ¡¿Cómo?! Es mi novia, joder. Me va a dar un puto ataque. No sé si voy a poder hacerlo bien. La quiero así vestida, así de explosiva, pero no para él. Deseo tener la tranquilidad de que esta noche yo mismo la voy a desvestir lentamente y a hacerle el amor como se merece, y no tener el temor de que algo salga mal.

Ha debido de notar mi lucha interna y los cambios en mi mirada porque ha parado su forcejeo por liberarse y sus manos sujetan firmemente mi cara.

—Mike, ¡eh! —llama mi atención y hace que la mire directamente a esos increíbles pozos que tiene por ojos—. Tienes que confiar en mí, igual que yo lo estoy haciendo en ti. Te conozco bastante más de lo que tú crees, da miedo, lo sé —sonríe en una mueca que no le llega a los ojos, yo la imito—, pero no quiero que sigas atormentándote. Me he puesto este vestido por y para ti, ¿vale? Para que tú seas quien me desvista esta noche, quien me hagas el amor y me demuestre cuánto me quiere —concluye despejando miedos con un beso tierno, con tanto amor y sentimiento que me desarma. Yo se lo devuelvo.

Sé que todo esto puede sonar machista, pero para nada. Estoy muy orgulloso de ella y de quien es. No sé en qué momento me he vuelto tan territorial. Lo que siento por ella es tan fuerte que no sé actuar de otra manera. Quizá sean celos, desconozco sus síntomas, nunca me había importado tanto alguien. No los tengo hacia otros hombres, confío plenamente en su palabra. En quien no confío es en ese miserable…

La sujeto reuniendo toda la fuerza que puedo. No quiero que nos vayamos. La quiero atada en la cama y totalmente expuesta para mí. Me vuelve loco, absoluta e irremediablemente loco.

—Ahora tenemos que irnos, cariño —me dice con ternura y yo me derrito como un puto gilipollas. No me puede gustar más cómo se ha dirigido a mí. Coge su chaqueta y espera a que reaccione.

—No pienso dejarte sola, ni perderte de vista —aseguro volviéndola a besar—. Te quiero, Farah. No lo olvides.

—Te quiero, Mike. Siempre.

***

Farah

Son casi las once y la fiesta está a punto de comenzar. Hemos puesto un poco de música comercial para entrar en ambiente. Después, todo lo que suene serán auténticos temazos antiguos, himnos de aquella época. Conozco a mi gente, a mis clientes y sé lo que les gusta. Estoy segura de que todo el mundo flipará tanto con las canciones —que más que eso serán recuerdos, sentimientos maravillosos—, como con los DJS invitados.

Hacía años que no se organizaba una así, todo se ha vuelto más comercial, más mecánico y hemos perdido la esencia. En esta discoteca, en la Stars´92, se han hecho las más grandes e

impresionantes fiestas de la zona en aquellos años. Yo aún era una cría, pero siempre conseguía convencer a mi padre para que me dejara estar escondida en la taquilla o en la cabina. He crecido aquí, con esta música, entre estas paredes que, si pudieran hablar y contar todo lo que han visto y oído, sería increíble.

Volver atrás en el tiempo por una noche va a ser épico.

—¡Oh, Farah! —se acerca Lu gritando, a ella le pasa lo mismo que a mí con esta noche y la fiesta—. Ay, amiga, qué recuerdos. Cuántas noches hemos pasado escondidas en la taquilla hasta que hemos tenido la edad. Sólo queríamos escuchar la música y conocer a los DJS. ¡Si aún tengo autógrafos!

Las dos reímos y recordamos momentos de aquellos tiempos cuando se acercan Brian y Mike a la barra y acabamos compartiendo anécdotas. Estamos los cuatro fuera tomando algo hasta que comience la fiesta. Quizá sean los últimos momentos de tranquilidad antes de que todo empiece. Menos mal que le hice caso a Mike y contratamos mucho más personal. Entre otras cosas, porque yo tengo que estar disponible para el maldito de Igor. Ahora no quiero pensar en ello.

—Me las imagino viviendo al límite tras las paredes, temiendo ser descubiertas —bromea Brian.

—Oye, idiota. No te rías —se queja Lu dándole un codazo—. En aquellos tiempos, les tenía más miedo a mi madre y a su zapatilla que a la policía.

Todos acabamos riendo y yo corroboro lo que acaba de decir.

—En serio, no os imagináis la potencia que podía llegar a tener con el brazo derecho. Sus zapatillas volaban, literalmente, de una punta a la otra —recuerdo sin parar de reír.

—Y lo peor era que tenías que ir a buscarla, sabiendo además que. con toda probabilidad, te la volvería a tirar.

—No sabía que te gustara el masoquismo, rubita —comenta Mike con sorna—. Desde luego, has dado con el hombre ideal.

—¡Cállate, capullo! —se queja Brian y los dos ríen, aunque este, un poco tenso.

—¡No me jodas! ¿A ti te va ese rollo? —pregunta mi amiga perpleja y sin un ápice de sonrisa.

—¿¡Qué!? ¡No! —contesta e inmediatamente se gira hacia su amigo—. ¿Ves la que has liado, idiota?

—Tranquila, rubita, si ya no te ha asustado, no lo va a hacer ahora, ¿no? —intenta arreglarlo sin perder esa sonrisa que me vuelve loca y que hace que mi amiga se quede embobada.

Antes de que Lu pueda soltarle alguna lindeza, comienza a sonar *Green light*, de Lorde y comenzamos a gritar como locas. Es una canción que nos encanta.

—En vez de salvado por la campana —le susurro a Mike al oído sin dejar de bailar sensualmente junto a él—, te has salvado por la luz verde… —dejo de bailar un momento, me coloco frente a él y lamo sus labios. Para entonces nuestras respiraciones son un puro caos—. ¿Sabías que es mi color favorito? —sus pupilas están casi negras y me miran con un deseo desbordante, sobre todo, cuando se pasean por mi escote. Su media sonrisa hace aparición mientras me sujeta fuertemente contra su cuerpo. Su dureza me reconoce, me da la bienvenida y yo automáticamente me humedezco sin poderlo controlar.

—Joder, Farah… —musita contra mis labios y me besa sin control—. No te haces una idea de cómo me pones.

Le iba a contestar que sí, ya que estamos tan pegados que no pasa ni aire entre nosotros y puedo notar su excitación sin problema alguno, pero no estamos solos.

—¡Largaos a un hotel, joder! —grita Brian por encima de la música.

—Eso digo yo, que bastante calor hace ya como para que nos queméis a todos por combustión

espontánea —continúa Lu y todos nos echamos a reír—. Venga, luz verde, que nos toca abrir la noche.

Mi amiga tira de mí para que nos dirijamos hasta la cabina. Soy la encargada de dar comienzo a la fiesta; pero, antes, sus manos me atrapan y vuelvo a estar frente a él.

—Voy a estar pendiente de ti —susurra contra mis labios y me da un corto beso—. Ten cuidado.

—Lo tendré.

He pretendido sonar lo más convincente posible y no porque no vaya a tenerlo, eso lo intentaré con todas mis fuerzas, sino porque tengo claro que haré lo que haga falta para que todo esto acabe de la mejor manera, al menos, para ellos.

Nos dirigimos a la cabina atravesando la ya casi llena discoteca. Creo que en unos minutos completaremos aforo. Se acerca la hora e intentamos no demorarnos con las personas que nos paran para felicitarnos por la fiesta, es de locos. ¡Si aún no ha comenzado!

Entramos y Dany nos recibe algo frío, como viene haciendo desde que discutimos. Mi amiga también lo está con él porque le conté todo. Mike me informó de lo que hablaron, aunque algo me dice que no me dijo todo. Yo no sé ni cómo comportarme, no hemos vuelto a hablar desde que me besó y cuando acabe todo esto, tendremos una conversación, nos lo debemos.

—¿Todo en orden? —pregunto mientras cojo la lista programada de las canciones que pondrá él hasta que llegue Anuschka.

—Sí, todo preparado —contesta secamente y sigue con lo suyo.

—Oye, DJ, creí que eras algo más profesional. Deberías contestar bien a tu jefa y, créeme que ese «algo más» sobra.

—Mira, Lucía, no estoy para tus tonterías —se da la vuelta y se encara con ella.

—¡Eh! —decido ponerme en medio—. Ya basta, cada uno a lo suyo. Tú y yo ya hablaremos después —apunto con mi dedo en el pecho del que era supuestamente mi amigo y, a continuación, lo hago con Lu—. Y tú calladita estás más guapa. No echemos más leña al fuego. Esta noche ya está lo suficientemente caldeada.

Los ignoro por completo mientras me pongo los cascos y cojo el micro. He decidido abrir la fiesta con una de las canciones más cañeras de aquellos tiempos, la que me trae a la mente increíbles e imborrables momentos —bueno, casi todas—. Sé que todos los que están aquí van a volverse locos.

—¡Buenas noches, Stars’92! —grito de buenas a primeras mientras las luces se apagan, comienzan a aparecer como pequeñas estrellas en el techo y todo se vuelve una locura. ¡Joder, que sensación tan buena! Y qué recuerdos…—. ¿Cómo están mis estrellas?

De nuevo un rugido ensordecedor se apodera de la discoteca. Están dispuestos a darlo todo, yo sólo deseo no defraudar y que todo salga bien. Intento desprenderme de la abrumadora sensación y continúo.

—¡Guau! Me habéis dejado sorda —bromeo con ellos—. Sé que esta noche habéis venido a darlo todo y yo tan sólo os puedo decir… ¡Que así será! —hago una pequeña pausa—. Primero, para crear ambiente tenemos a nuestro residente, DJ Dany —lo presento y saluda ante los vítores de la gente—. A continuación, una de las esperadas sorpresas, en este caso se trata de una DJ muy especial que ha pisado en muchas ocasiones esta misma cabina. Volver aquí va a ser para nosotros un verdadero placer —no me dejan ni acabar la frase, no puedo más que reír a carcajadas—. Y, si eso os ha parecido una pasada, el broche de oro lo pondrá una sorpresa que no sé ni yo: nuestro DJ invitado internacional.

Mientras la gente se recompone, no dejo de observarlo todo. Noto cómo los nervios buenos

por la fiesta y los malos están haciendo un cóctel dentro de mí un tanto peligroso, pero sus ojos, esos maravillosos ojos que me observan desde las escaleras, me dan la fuerza que necesito. Sólo lo necesito a él.

—Bien, pues ha llegado la hora. Antes de dejaros en manos del residente de la Stars, quiero comenzar yo poniendo un tema para el que no tengo palabras, ha sonado mucho entre estas paredes y es un verdadero placer volver a escucharlo junto a vosotros.

Poco a poco *Fly on the wings of love* se va mezclando con mis palabras y casi no puedo acabar de decirlas. Una de las canciones más importantes de Chasis se instala bajo la piel de todos, incluida la mía, y se desata la locura…

—Quiero que esta noche voléis alto, alcancéis vuestros sueños y luchéis por vuestra felicidad —grito alto y claro, sin dejar de mirar sus ojos—. ¡Vamos, *stars*!

Mike

No puede ser más increíble y no puedo estar más enamorado.

Es evidente que tiene don de gentes; la adoran. Y, sobre todo, disfruta con ello. No hay nada como la felicidad que te proporciona tu trabajo, estar a gusto y pleno con lo que haces. Aun así, no me gustaría que renunciara a ser actriz, es por lo que se ha sacrificado tanto, lo que ha estudiado y lo que realmente quiere ser, aunque no lo diga. Yo me encargaré de que eso se haga realidad.

—Tío, todo está bajo control —me informa Brian mientras bajamos las escaleras—. Sólo falta que ese cabrón aparezca y acabe todo de una puta vez.

No me molesto ni en contestar, tengo muy claro que esto se va a terminar hoy, sí o sí. Nos dirigimos hacia la entrada para hablar con Marco. Decidimos no usar pinganillos, al menos, nosotros; los policías de Broco y él mismo es evidente que sí.

La última llamada de él la recibí poco antes de llegar a la discoteca. Todo se haría como estaba previsto. En infinidad de ocasiones me pidió que tuviera paciencia, incluso que, si no iba a ser capaz de mantener la calma, que me marchara. ¡Y una mierda! De aquí no me muevo. Irían llegando de incógnito y paulatinamente para ocultarse entre las demás personas. Yo no estaba autorizado para saber con cuántos efectivos contaríamos. Eso sí, me aseguró que serían los suficientes para acabar con todos ellos.

Con eso me sobraba.

—Señor, ahora lo iba a buscar. El aforo está prácticamente completo —nos informa Marco.

—Perfecto, ya sabéis quiénes tienen que ser los que lo completen. En cuanto haya novedades, me lo hacéis saber.

Tuvimos que contratar a otro hombre de seguridad, ya que esperábamos esta aglomeración y, sinceramente, toda precaución me parecía poca, entre otras cosas porque a Marco lo necesito conmigo y alguien tiene que quedarse en la puerta. Sergio, que así se llama, no está informado de todo al cien por cien, pero Marco se ha encargado de proporcionarle datos suficientes: le ha mostrado fotos de los hombres que tienen que tener vigilados en cuanto aparezcan.

Mientras caminamos entre la gente, podemos comprobar que el público está más que eufórico. Sin ninguna duda, la música acompaña. Hacía años que no escuchaba estos temas y tengo que reconocer que ha sido una gran idea ponerlos.

En este momento, me dirijo a la barra pequeña, que es en la que está Farah. Suena un gran tema de la cantante Gala, en concreto, el archiconocido *Come to my life*. Nuestros ojos conectan de inmediato. Ambos sonreímos y, como están a tope, decido entrar para ayudar mientras la letra de la canción nos absorbe.

«Ven a mi vida, quédate conmigo»

No hace falta que me lo tenga que decir, pienso, iré al fin del mundo si hace falta.

«Nadie me ama lo suficiente para salvarme».

—Sabes que yo sí —le recuerdo cuando paso por su lado.

Ambos sonreímos y continuamos sirviendo, aunque esta vez ha sido tan intenso que no nos ha llegado a los ojos; el miedo y el nerviosismo están presentes.

En las dos barras estamos desbordados, tenemos que turnarnos para ir recogiendo vasos y reponiendo bebidas, es una locura. Ha ido a más porque acaban de anunciar que en unos minutos comenzará su sesión la DJ nacional. En cuanto nos dijeron que se encontraba aquí, Sergio, Farah y yo nos dirigimos a la parte trasera y conseguimos que llegara hasta la cabina sin problema. Ahora tengo que volver a salir, ya que Farah tiene que volver a la cabina y no la pienso dejar sola. Aún no tenemos noticias de ellos y eso no me gusta.

—¡Verás, te va a encantar! —me grita Farah mientras subimos las escaleras—. Sus mezclas son geniales y sus temas propios tienen una fusión melódica muy particular.

—¡Tú sí que me encantas! —le contesto robándole un beso y entrando en la cabina.

Hasta que no estamos dentro y con la puerta cerrada, no respiro un poco. ¡Joder! Me voy a volver loco. Cada minuto que pasa soporto menos toda esta tensión. En varias ocasiones he estado a punto de sacarla de aquí y meterla en el primer vuelo hacia cualquier parte.

—¿Cómo va la noche, estrellas? —mi pelirroja toma de nuevo el control del micro y la gente se vuelve loca—. Ya veo que bien, así que no voy a demorar más el momento. Aquí, de nuevo, en la Stars’92 —hace una breve pausa, entre otras cosas, porque el ruido es ensordecedor—: ¡DJ Anuschka!

—¡Sin duda es todo un honor volver a la STARS'92! —grita nuestra invitada con fuerza.

La discoteca entera se viene arriba. Es increíble. Hacía muchísimos años que no veía tanta pasión en algo y por algo. Ahora, en los tiempos que vivimos, es complicado. Al haber tanta demanda como artistas, en este caso, de la música, la pasión llega a perderse un poco. Hay mucha variedad y está al alcance de cualquiera.

Comienza a mezclar una versión del mítico *Insomnia*, de Faithless y tengo que reconocer que me encanta. Por la cara de mi pelirroja, deduzco que a ella también. Al menos, estoy consiguiendo que no piense en nada más, que esté lo suficientemente distraída.

Noto vibrar mi teléfono y lo saco, es un mensaje de Marco:

«Ya están aquí.»

✔

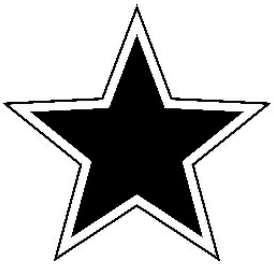
Miro a Farah. Está preciosa, riendo y hablando, relajada.

No pienso permitir que le haga más daño.

Comienza el juego.



CAPÍTULO 29. EL JUEGO CONTINÚA



Farah

¡Esto es increíble!

No puedo creer que esté pasando, que tengamos tal fiesta montada, como las de antaño. Tengo tantos recuerdos felices, que es imposible no volver a ellos con cariño y una sonrisa. Lu tiene que estar flipando; en cuanto pueda bajar, voy a verla.

Lo que más me gusta es que Mike lo esté viviendo también. Es muy importante para mí tenerlo aquí conmigo. Está más guapo que nunca, aunque la tensión que supone esta noche se refleja de vez en cuando en su rostro, como ahora… Algo pasa.

Levanta la vista del teléfono y se instala en mí. Esta vez no usa máscara, deja ver que la hora ha llegado: Igor está aquí.

—Tenemos que bajar —leo en sus labios mientras se despide de Anuschka; yo asiento y hago lo mismo.

Ambos salimos de la cabina hacia la habitación contigua para dirigirnos fuera. Coloca su

mano en la zona baja de mi espalda y el calor que me transmite hace que me sienta protegida, en casa. Para un momento y yo lo hago con él, me da la vuelta y me besa con una pasión desbordante, como si no hubiera un mañana. Tanto es lo que me hace sentir que mis piernas se han convertido en pura gelatina. Me tiembla todo el cuerpo, como siempre que estoy con él.

—¡Farah! —Dany nos interrumpe.

—¿Qué quieres? Tengo que irme —le informo secamente.

—No bajes, no vayas —prácticamente me ruega. Nunca lo había visto así. Esas ojeras marcadas y ese nerviosismo no son habituales en él. No me había fijado antes.

Siento la tensión de Mike en su agarre, no me ha soltado. Necesito dar esto por zanjado, ya tenemos suficiente.

—Dany, déjalo estar, ¿vale? No tienes ni idea de nada, ya hablaremos tú y yo en otro momento.

—¿Que no tengo idea de nada? —eleva la voz y da un paso al frente; Mike también y me hace a un lado—. Yo llevo a tu lado desde que toda esta mierda comenzó. No me digas que no sé nada, joder. Teníamos un plan y todo iba bien.

—Nada iba bien —elevo también la voz poniéndome al lado de Mike—. Sólo cumplíamos con su voluntad y eso ya se acabó. ¿Qué pasa? ¿No te alegras? —inquiero dolida y perpleja. Siento como si no quisiera que todo esto acabara.

—Eso, DJ, ¿no te alegras de que esto termine bien? —apostilla Mike con demasiada ironía.

¿Qué narices está pasando aquí?

—¡Eres un hijo de puta!

Dany intenta coger a Mike, pero acaba haciéndolo este y los dos se estrellan contra la pared. No me lo pienso ni un segundo y me meto entre los dos. Aunque la puerta de la cabina esté cerrada, esto no pienso consentirlo, menos aún, con invitados en ella.

—¿Me podéis explicar qué coño es lo que está pasando aquí? No pienso permitir un numerito de los vuestros habiendo invitados en la discoteca y sin tener ni idea del porqué.

—Que te lo cuente tu amigo, yo estaré encantado de oírlo —Mike da un paso atrás con chulería y esa sonrisa irónica que lo caracteriza. En otras ocasiones, me derretiría con ese gesto, pero en este momento es imposible pensar en otra cosa que no sea lo que está ocurriendo.

—¡Vete a la mierda! Las cosas no son como crees saber.

—¿Y cómo son, Dany? —intervengo yo—. Está claro que algo tienes que explicarme.

—Ya hablaremos, Farah. Ahora hazme caso y no bajes.

—Dame una buena razón —exijo y no obtengo por respuesta más que silencio.

Ambos nos miramos fijamente, nos conocemos desde pequeños y nunca he tenido problemas con él, todo lo contrario. Incluso durante un tiempo llegué a pensar que podríamos ser algo más que un pasatiempos de un rato. Ahora no lo reconozco.

—Es uno de los chulos de Igor, el que te ha estado controlando. Por eso él sabía cada paso que dabas en la vida, todo sobre ti. El DJ se lo contaba todo.

La voz de Mike me llega amortiguada, como si estuviera metida en una tinaja y ese eco me absorbiera. Me he quedado paralizada. Fragmentos de mi vida junto a mis amigos pasan por mi cabeza. Dany está en todos. Algunos cobran ahora un sentido diferente y duele, duele mucho…

No veo venir el puño de Dany a Mike, ni me percato de cómo lo esquiva este. Tampoco logro entender lo que se dicen, la ira de Dany y la rabia de Mike. Me siento como una mera espectadora que ha recibido un pelotazo desde las gradas de cualquier partido de béisbol y todo se sucede lentamente a mi alrededor. Una cosa está clara: han jugado conmigo. Dany me ha traicionado de la manera más ruin que existe y lo ha estado haciendo tantos años que no creo que

pueda perdonarlo jamás. Mike lo sabía, desconozco desde cuándo, y me lo ha ocultado a pesar de que prometimos justo lo contrario: no hacerlo nunca más. Siempre nos contaríamos todo.

Duele muchísimo la forma en la que lo ha hecho, movido por unos celos infundados contra él. Ahora Igor me está esperando abajo, a mí y a nadie más. Esto cambia muchas cosas y me hace bien darme cuenta de que estoy más sola que nunca. No puedo confiar en nadie. Sólo una misma puede solucionar sus propios problemas. Nadie puede hacer mejor tu trabajo que tú.

Salgo de la cabina bastante afectada, pero sólo me permito estar así unos minutos. Tengo que ser fuerte y acabar con esto sin la ayuda de nadie. En este momento suena una canción que me da la fuerza que necesito, una mezcla de Anuschka con el tema *No good*, de The Prodigy. Me cargan de adrenalina pura. Con ellos me dirijo hacia la pista y hago lo que se espera de un cebo, lanzarme al mar, sólo que en este caso, no hay hilo que me sostenga. Comienzo a bailar sin control, dejando que cada nota cale hondo en mí hasta que poco tiempo después unos fuertes brazos me atrapan y me llevan sin que yo oponga ninguna resistencia.

Mike

—¡¿Dónde cojones está?! —rujo de pura rabia dando un puño, otra vez, en la barra.

—Tranquilízate, hermano. De aquí no ha podido salir. De eso estamos seguros. Hace apenas diez minutos que te has dado cuenta de que no está. ¿Cómo es posible que la hayas perdido?

La mirada asesina que le lanzo a mi amigo es lo suficientemente temeraria como para que desista en la puta pregunta. Bastante jodido estoy ya por eso. Sin embargo, su novia no para.

—Es que aún no nos has dado una maldita explicación coherente de por qué no estaba contigo, gringo —está muy cabreada y con razón, pero no tengo tiempo para estas gilipolleces.

—Tengo que seguir buscando —me doy la vuelta para seguir mirando entre la gente, cara a cara, sitio a sitio. Entonces veo venir a Marco.

—¿La has visto? —fue al primero al que avisé cuando salí de la cabina. Luego, a Broco. Aún nada.

—Acaban de sellar la puerta que da al almacén y al patio trasero. Es imposible entrar y me informan de que la entrada trasera que da a la calle está vigilada por varios de sus hombres. Están allí.

Sin tiempo que perder, aviso a Broco mientras le doy órdenes al chico de seguridad, Sergio, de que no deje salir a nadie de los que ya sabe. A Marco y a los demás los necesito conmigo. Tenemos que seguir el plan, no hay margen de error, pero lo he fastidiado todo, le prometí no perderla de vista y la he jodido. Me asusta muchísimo Farah y el estado en el que ha salido de la cabina —no pensé que hiciera algo así, creí que al menos lo enfrentaría. Ahora sé que ocultarle eso ha sido un error—. Por mi culpa no ha podido coger el dinero que teníamos preparado y no quiero ni pensar en cómo se lo va a tomar el maldito cabrón.

Si hubieses estado atento, gilipollas, y no perdiendo el tiempo por los putos celos.

¡Vete a la mierda!

Broco me dice que ya están en ello, que no me preocupe —como si fuera tan fácil—. Tengo que guardar los quince minutos previstos en el plan antes de ir a por ella, aunque no contábamos con que Farah se fuese así. La necesito conmigo, necesito saber que está bien, joder. Mientras busco una alternativa, voy a sacar de aquí a Lucía sin que mi amigo levante sospechas. ¿Por qué narices no se lo ha contado ya? Nos hubiese ahorrado más preocupaciones, joder.

—Brian, tenéis que iros de aquí —le pido sin que me oiga Lucía, que no para de llorar desde que Marco ha llegado con la noticia—. Yo os mantendré informados.

—Ni lo sueñes. No te pienso dejar solo, hermano, y ella a Farah, menos.

—Ya lo creo que sí, aquí no pintáis nada y menos con Lucía en ese estado —está demasiado afectada y embarazada, pero eso me lo callo.

—Le diré que salga un rato para que le dé el aire, son los nervios. Yo voy contigo. Además, ¿a qué narices viene todo esto?

La música no deja de sonar ni un segundo, la gente se agolpa en la barra y continúa bailando sin parar. Yo no paro de discutir con mi amigo y no creo que sea lo que necesito, no puedo perder los nervios con él y menos por culpa de Lucía. Claro que lo necesito, joder. Pero tiene que cuidar de alguien que ni sabe que existe. Miro a Lucía con una cara que bien poco deja a la imaginación: tiene que hablar ya. Ella llora más fuerte y yo me cabreo más. Entonces se levanta del taburete y se dirige al frente, donde estamos nosotros.

—Tráeme a mi amiga, sana y salva, y no vuelvas a perderla de vista —tengo que aguantarme las ganas de gritarle un par de cosas, sobre todo, a mi amigo, pero por hoy ya he contado suficientes secretos que no me pertenecen—. Brian, llévame a casa, no me encuentro bien.

Mi amigo la mira totalmente incrédulo, era muy poco probable que de ella saliera algo así. Se lo ha prometido a Farah y eso pesa más. Ambos salen al exterior y miro la hora: ha pasado el tiempo necesario.

—Vamos, Marco.

Nos dirigimos a la puerta sellada pasando entre la gente con bastante dificultad. Cada uno está en su puesto. Alberto se ha quedado encargado de controlar la situación aquí dentro y nadie sospecha nada. Todo el mundo sigue con la fiesta, como debe ser.

Como indicaba el plan, la puerta ya no está sellada, los infiltrados han hecho bien su trabajo. Esperamos unos segundos en el rellano e inmediatamente se vienen a mi cabeza las imágenes de la última vez que estuve aquí con mi pelirroja, antes de que el gilipollas del DJ nos interrumpiera. Hablando del mismo, espero que no se haya movido del sitio y no joda más las cosas. Si tan arrepentido está, que ayude de esa forma.

—¿Tienes lo que te pedí? —le pregunto en voz baja a Marco.

—Sí, señor, pero tiene que recordar que estamos en España, aquí las leyes son diferentes —alude mientras me entrega una Glock 9mm.

—Tranquilo, estoy más que acostumbrado a manejarlas, tengo todos los permisos y, aunque aquí no valgan nada, ¿crees que voy a entrar a por la mujer a la que quiero sin nada?

El silencio se instala entre nosotros, intentamos oír pero nada. Abro con cuidado un poco la puerta, pero vuelvo a dejarla como estaba. La puerta de atrás se abre y Brian entra y se agacha junto a nosotros.

—¿Qué cojones haces aquí?

—Está esperándome en el coche, ya nos vamos. Venía a ver que todo va bien. Lucía está muy rara y no para de llorar, me iré con ella, pero quería despedirme antes.

—Pues vete ya. Todo está bajo control —intento sonar convincente.

No me puede estar pasando esto, joder. ¡Tiene que irse ya! Si le pasara algo, yo…

Un grito de Farah tras la puerta me desgarra por dentro. Mi cuerpo funciona antes que mi cabeza y, sin pararme a pensar, abro la puerta del patio con todas mis fuerzas. Lo que veo me deja sin respiración.

Farah

Me llevan hacia el almacén, supongo que luego iremos al patio. Están clavándome sus asquerosos dedos en los brazos, al menos nadie está dándose cuenta. No han tardado ni cinco minutos en encontrarme, me imagino al asqueroso de Igor dando detalles de la ropa que llevaría

hoy: su puto vestido rojo.

Miro por última vez la puerta de la cabina, aún sigue cerrada. Por muy cabreada que esté con Mike —de Dany no me apetece ni hablar—, lo quiero demasiado como para que esté aquí ahora mismo. Estoy completamente segura de que no hubiese dejado que estos malditos me pusieran un dedo encima y todo se hubiera ido a la mierda. Mejor así.

Cierran la primera puerta tras nosotros. Juraría que la han sellado después. Sí, definitivamente, mucho mejor. Así no podrá entrar.

De inmediato me pongo en guardia después de pasar la segunda puerta. Hay al menos diez o doce hombres; de Igor, ni rastro. En este instante caigo en la cuenta de que no me ha dado tiempo de coger el dinero, ¡mierda! Ni siquiera había pensado en ello. Tenía que llevarlo encima, era parte del plan.

Mi respiración comienza a acelerarse y las manos me empiezan a sudar. Agacho la cabeza para intentar calmarme un poco. No hace falta recordar cómo se las gasta Igor, aún tengo sus marcas más recientes, de modo que sé la que me espera en cuanto me vea sin el dinero.

—Tan espectacular como siempre, mi princesita.

Elevo mi cabeza y ahí está, frente a mí, tan pijo y cabrón como siempre, un ser despreciable y calculador del que una vez creí estar enamorada. Y quizá fuera así, pero no se le acerca ni por asomo a lo que siento por Mike.

—¿Aún sigues pensando en jugármela, princesa? —se acerca lentamente, sus hombres me sueltan de manera brusca.

Casi me caigo. El suelo no es uniforme, mis tacones son altos y sus maneras, de lo peor. Sin embargo, no le permito el gusto. Cuadro mis hombros y levanto mi barbilla con toda la dignidad que soy capaz de mostrar. No sé cómo acabará esto, pero pienso luchar con valor.

—En jugártela no, Igor —le hago saber con un toque de ironía, apretando mis puños junto a mis piernas—. Si te la quisiera jugar, no te lo diría abiertamente. Lo que pretendo es recuperar mi vida y mi negocio por completo. Esto se acabó.

Su carcajada, unida a la de sus hombres, no me provoca ni un mísero escalofrío. Quizá se deba a la decepción tan grande que me he llevado hace rato. Eso ha dolido mucho más que cualquier cosa que pueda hacerme él.

Creo que, por primera vez, no le tengo miedo. Quiero que este sea el fin de sus abusos y, si tuviera que ser yo la moneda de cambio, estaría dispuesta.

—Siempre me han gustado los ovarios tan bien puestos que tienes —musita a un paso de mí —. ¿Tienes mi dinero?

—Está dentro. Va en serio lo que te digo, esto se acabó —le hago saber sin que me tiemble la voz.

—Eso lo decido yo, princesita —comenta mirándome con lascivia—. Primero tenemos que solucionar varios asuntos que nos llevarán algún tiempo. Quiero ese dinero, ese y todo lo demás, como siempre.

Alarga su brazo hasta tocar mi mejilla. Inmediatamente, retiro mi cabeza.

—No me tengas en cuenta lo del otro día —acorta la distancia y me sujeta con fuerza por la cintura, me aprieta contra él y pasa su mano por la piel de mi escote—. Me obligaste a hacerlo con tus actos y parece ser que hoy vas buscando más.

Asco, lo que siento es asco.

—Esa ha sido y será la última vez que me pones una mano encima, al menos, no sin que me defienda. Estás acabado —sentencio con rabia y sin poderlo controlar ni pensar subo mi mano hasta su cara y le araño con todas mis fuerzas. Por el dolor que siento, también he debido de

romperme alguna uña.

Un alarido se escapa de su garganta mientras se aleja con la mano en su cara. Siento un movimiento tras de mí y sólo me da tiempo a dar un chillido antes de que uno de sus hombres me golpee con una barra metálica en la espalda. Caigo al suelo y por unos instantes creo perder el conocimiento del dolor tan grande que siento.

—Mike…

Mike

Farah…

¡Farah!

—¡Farah! —grito intentando acercarme hasta ella, pero varios de sus hombres me lo impiden —. ¡Farah! ¿Qué le has hecho, hijo de puta?

Está tirada en el suelo, parece moverse, pero está mal, ¡joder, está mal! Veo a uno de ellos con una barra de hierro en la mano y no quiero pensar en el hecho de que le haya podido golpear con ella. Haberla encontrado así y la cara sangrando de ese maldito cabrón me dicen que es lo más probable.

—No esperaba menos del puto príncipe, tenía que venir a rescatar a su gata con zarpas. Apareciendo aquí, acabas de sentenciar su final —se acerca a nosotros con la rabia inundando cada palabra y cada paso que da. Está claro que mi pelirroja le ha dado donde más le duele.

—Deja que se vaya. Es conmigo con quien tienes el problema, no con ella —hablo con dureza, obviando su comentario. Intento dar otro paso hacia ella, es imposible. Son armarios empotrados, más que nosotros. Me tengo que limitar a seguir el plan.

Tengo que mantener el control y, sobre todo, la cabeza fría. Farah está en desventaja. La impotencia me invade.

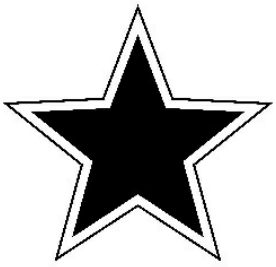
—De aquí no sale nadie, ninguno —sentencia a un escaso metro de mi cara. Puedo observar cada marca de sangre hecha con las uñas de Farah, desde la frente hasta la mandíbula.

Cuando termina de decir esta frase, me giro despacio para comprobar si Brian ha podido salir corriendo antes de mi impulso, pero nada más lejos de la realidad. No sólo es que mi amigo esté aquí dentro, con Marco y conmigo, sino que además, justo en la puerta, se encuentra Lucía, a la que acaban de hacer entrar sin mucha delicadeza.

¡Mierda!



CAPÍTULO 30. FIN DEL JUEGO



—Mira lo que me he encontrado en un coche, jefe —dice el imbécil que trae a Lucía.

—¡Lucía! —grita mi amigo, que intenta acercarse a ella sin conseguirlo.

No nos sueltan a ninguno de los tres. Tiro de mi amigo hacia atrás y le hago saber que no es la mejor idea. Miro directamente a los ojos de Lucía y le pido calma. Ella asiente y mantiene la compostura, aunque sus lágrimas silenciosas no dejan de caer. Tenemos que pensar con la cabeza fría, ahora más que nunca.

—Deja que todos ellos se vayan —repito dirigiéndome al miserable de Igor—. Si lo que quieres es el dinero, estoy dispuesto a darte lo que me pidas. Sabes que eso es lo que me sobra y no tendrías que volver a mover un dedo por ello. Deja que se vayan y te daré lo que sea.

—Tú no entiendes nada, ¿verdad? —dice mientras se acerca lentamente hacia Farah.

Me tenso, no pienso permitir que vuelva a ponerle un dedo encima y espero que Broco lo sepa también, porque haré lo que haga falta.

—¿Qué tengo que entender? —necesito ganar tiempo y, sobre todo, hacer que pierda los nervios como lo está haciendo—. Que no tienes cojones de mantener nada, que no vales ni para

robar, que pegas y abusas de las mujeres… ¿Eso tengo que entender? —escupo con rabia.

Se para a dos pasos de ella y se gira hacia mí. Su cara aún muestra restos de sangre y su mirada cargada de ira se fija en la mía, la cual le devuelve exactamente lo mismo: asco, rabia y venganza.

—Ella ha sido y siempre va a ser mía. Su dinero es un plus al que no pienso renunciar —contesta después de unos segundos ignorando mis palabras y girándose de nuevo.

—¡Ni lo sueñes, pedazo de cabrón!

Bramo colérico mientras le doy un puño a uno de los que nos impiden pasar y cae al suelo. No se lo esperaba. Marco y Brian hacen lo mismo. Son cuatro contra tres, se está levantando de nuevo y vuelve a la carga. Por el momento, no ha intervenido nadie más, cada uno tiene su puesto y órdenes de no abandonarlo.

Me llevo un golpe en el costado y me doblo un poco, pero sigo y sigo dando golpes junto con ellos. Al mismo tiempo, logro ver cómo el que tiene cogida a Lucía intenta pasar hasta donde están los demás.

—¡Brian, a tu derecha!

Noquea sin miramientos al que tenía sólo para él mientras va a por el que sujeta a Lucía, a quien tira al suelo para poder defenderse de mi amigo. Marco y yo hemos noqueado a dos más, nos queda uno, el que le guarda la espalda de Igor. Los demás continúan sin moverse.

Veo a Farah removerse en el suelo justo en el momento en el que se agacha Igor y la coge por un brazo. Ella grita. No me lo pienso un instante, con todas mis ganas, cojo fuerza y le doy un derechazo justo en la nariz al último que nos quedaba. Su sangre me salpica. Marco se encarga de que no se levante ninguno y mi amigo sigue intentándolo con el otro para llegar hasta Lucía. Sin embargo, en cuanto doy un paso hacia Farah, los otros cinco que quedaban sacan sus armas y nos apuntan a todos; pero, sobre todo, a ella.

Nadie se mueve.

Yo no me muevo.

—¿Creías que sería tan fácil? —ironiza Igor intentando levantar a una Farah irreconocible y sin fuerzas. No quiero ni imaginar el golpe que le han dado. Maldita sea—. Después de haber sacado a toda su familia de aquí, alguien tiene que pagar por ello y ella va a ser la primera. Pienso disfrutar de este vestido como se merece, como otras tantas veces. ¿No le has contado nuestra preciosa historia? —habla mientras pasa sus asquerosas manos por su piel.

No contesta, no dice nada.

¡Joder! La puñetera rabia recorre cada músculo de mi cuerpo.

Estoy a poco más de dos metros de ellos y no puedo hacer nada, cualquier error les puede costar la vida, tanto a ella como a los demás. Tiemblo de ira, ¿Por qué cojones no intervienen ya? Evito mirar alrededor, mi cabeza va a mil por hora viendo con una jodida impotencia cómo ese hijo de puta le vuelve a poner las manos encima.

Ella se queja mientras se pone en pie. Tiene un poco rasgado el vestido por una manga y yo voy a explotar en cualquier momento. Mi respiración está tan alterada que parece una válvula sin control.

Le habla al oído y ella, inmediatamente, nos mira a todos. Cuando sus ojos conectan con los míos, no veo nada, están completamente vacíos, como si no me viera. Por último, mira a Lucía y entonces cambia. Un escalofrío me recorre entero. Ha tomado una decisión y sé que no me va a gustar nada.

—Vayámonos, Igor. Sácame de aquí —su voz es un hilo, firme a pesar de fina.

—¿Qué narices dices, Farah? —inquiero dando un paso, pero otra pistola me apunta y

retrocedo.

—No sabía que te costaba tanto entender el español —comenta con sorna mientras agarra bien a Farah por la cintura y la aprieta contra sí.

Espero algún gesto o mirada por parte de ella, sólo mira al suelo. Sé lo que se propone y no lo pienso permitir. De aquí no sale si no es conmigo.

—¡Farah! —rujo ignorando todo lo demás—. Farah, maldita sea. ¡Mírame!

Levanta su cabeza, pero no para mirarme a mí. Dirige la vista hasta su amiga y habla:

—Deja que ella se vaya ya. No pinta nada en esto —puedo ver cómo una lágrima cae por su mejilla.

—Haré lo que me pidas, princesa.

Se acerca hasta su cara y la besa en el cuello demorándose demasiado, ¡mierda! Puedo sentir cómo Farah llora aún más en silencio y se me parte el alma. Juro que me las va a pagar. Ese cabrón tendrá su merecido. Lo juro.

—Pero antes…

Da una señal y otro hombre aparece tras Brian. Lo golpea por detrás en la cabeza y este cae desplomado al suelo.

—¡Brian!

El grito desgarrador de Lucía y el mío se mezclan poniendo de punta los pelos de cualquiera. Ambos corremos hacia él mientras nos siguen apuntando con las armas. Lucía llora desconsolada. Compruebo que esté bien: tiene pulso. Necesita un médico urgente, le está comenzando a salir un bulto bastante grande y ha perdido el conocimiento.

—Brian, Brian, mi amor.

—Tranquila, se va a poner bien, te lo prometo.

—Oh, Mike —llora sin poder contenerse—. Si le pasa algo, yo… No quiero ni pensarlo. Tiene que saber que va a ser padre, que quiero a este bebé y a él.

—Y se lo vas a decir, ya lo verás.

—Brian, vamos, cariño, despierta. Vas a ser papá y estoy segura de que serás el mejor, mi amor, por favor —continúa Lucía.

—Eres el mayor hijo de puta que he visto en mi vida —me dirijo a él con toda la rabia que siento. Está con una sonrisa mirando la escena mientras que Farah se encuentra en estado de *shock*. Luego me dirijo con fuerza a quien me pueda oír—. ¡Necesitamos una puta ambulancia!

—Bien, pues no hay tiempo que perder —comienza a decir Igor mientras se mueve hacia la salida con Farah—. Esto es lo que vamos a hacer. Os vais a colocar contra la pared y vais a dejar que nos vayamos. Tenemos puestos explosivos repartidos en varios puntos de esta zona —así que era eso lo que habían estado haciendo días atrás. ¡Maldito cabrón!—. Si yo consigo salir ileso junto con mi princesa, no pasará nada; de lo contrario, todo estallará.

—No, Igor, ya has hecho demasiado daño. Por favor, son personas inocentes —Farah sale del trance con un miedo atroz e intenta soltarse mientras le ruega llorando—. Me iré contigo, como te prometí.

—Así me gusta, que hayas recapacitado. Si no me hubieras desafiado desde el principio, nos habríamos ahorrado mucho.

Igor le da la vuelta y la pone frente a él cogiendo un mechón de su pelo y colocándolo tras su oreja para después besarla.

—¡Quita tus asquerosas manos de ella! —rujo con fuerza dando un paso más al frente y otro. Ya todo me da igual, no va a volver a tocarla de esa manera.

—Yo que tú no me movería.

Cuando se hace a un lado, tiene un cuchillo en el cuello de Farah. Paro.

—Es mía y la tocaré cuanto quiera, entre otras razones, porque tiene que pagar por lo que me ha hecho. Después, podrá respirar tranquila, pero junto a mí. Que haya dejado que te la folles no quiere decir que tengas derechos sobre ella —me dice mientras pasa el cuchillo por su cuello y escote—. Entiendo que quieras repetir, es una fiera en la cama.

—¡Maldito cabrón! —bramo intentando controlar toda la rabia y el miedo que estoy sintiendo.

Sin ella ya no sabría vivir, se ha convertido en mi mundo. Un amor fuerte y profundo ha surgido de la nada para convertirse en nuestra razón de ser. No pienso dejar que destruya aún más mi mundo, la amo por encima de todo.

—¡Vamos! —ordena y se gira.

—Jefe, ¿y el dinero? —interrumpe uno de sus hombres y él se para—. Ya sabes que no podemos volver sin él.

—Con ella tendremos todo el que queramos. ¡Cállate y vamos! —ordena bastante nervioso y decido aprovechar la oportunidad.

—No sabía que un hombre como tú tenía que rendir cuentas a alguien.

—¡A nadie! —grita dándose la vuelta.

—Al parecer, sí. Tienes un negocio que no es tuyo, unos hombres que no trabajan para ti y una mujer que tampoco te quiere. No tienes nada.

—Te pienso demostrar qué tan mía es. ¡Que no se mueva! —da la orden y antes de que pueda darme cuenta me veo inmovilizado por tres hombres. Uno de ellos me atesta varios puños en la barriga que me dejan sin respiración. No me puedo mover, no me lo esperaba.

La lleva contra la pared en un brusco movimiento que la hace gritar de dolor y levanta su vestido hasta la cintura mientras la hoja del cuchillo va y viene por su cuerpo. Ella está llorando e intenta defenderse.

—Voy a follármela aquí mismo y tú lo vas a ver —grita mientras intenta hacer lo que dice.

—¡Suéltala! La policía va a saber todo, te lo aseguro —le advierto intentando soltarme y ganando tiempo para recuperarme un poco.

—¿Quién se lo va a decir? ¿Tú? —ríe mientras sigue intentando que Farah se esté quieta—. Tengo muy buenos contactos dentro de la policía. Como siempre, me salvaran el culo, puto americano, inglés o lo que seas. De no ser así, ¿cómo iba a llevar toda mi vida estafando a tontos como el padre de mi princesa y traficando con cuantos me da la gana? Hay muchos peces gordos metidos en esto y están de mi parte.

¡Bingo!

—¡No, para! —grita Farah.

Yo ya no aguanto más. Cuando veo que le grita y levanta su mano para pegarle, me vuelvo loco. No sé de dónde me viene la fuerza, pero ya tienen lo que buscaban y no pienso permitir que le haga nada más. Me deshago de los armarios empotrados con la rabia y la desesperación de verla así y saco el arma. Todo sucede tan deprisa que no puedo parar a pensar en nada más que en protegerla con mi propia vida.

Con un «alto, policía» comienzan a salir de todas partes. Yo sólo pienso en ese hijo de puta. Apunto y disparo cuando veo que con los nervios intenta clavarle el cuchillo a Farah en el pecho. En ese mismo instante, se desencadena un tiroteo. Tanto Farah como ese cabrón caen al suelo y temo lo peor.

No me lo pienso ni un segundo, voy corriendo hacia ella y empujo al maldito lejos de nosotros sin dejar de apuntarlo con la pistola. Se mueve, no sé dónde le he dado, pero no está

muerto, por desgracia… Cuando eleva su mirada hacia mí, con cinismo y soberbia, decido levantarme e ir a por él.

Un golpe.

Otro golpe.

Otro más.

Voy a matarlo, joder.

Su cara está igual de ensangrentada que mi mano, pero no puedo parar. Grito de rabia, de coraje y, sobre todo, de alivio. Cada uno de estos golpes va por ella, por todo el daño que le ha hecho y para que sepa que ya no está sola. Quiero terminar de partirle la cara a este cabrón. Entonces varios agentes me separan de él y lo reducen, aunque no se mueve. Está hecho un trapo, justo lo que se merece. Me centro en Farah.

—Farah, por dios, dime que estás bien —pregunto desesperado y asustado tocando todo su cuerpo cuando veo que no se mueve.

Está hecha un ovillo en el suelo, rígida. No soy capaz de que me mire o escuche. De buenas a primeras, comienza a luchar para que no la toque. No es consciente de que todo ha acabado, de que soy yo.

—Soy yo. Ya está, cariño. Se acabó, ¿me oyes? Se acabó —grito bien fuerte haciendo que me mire.

De buenas a primeras abre sus ojos, me ven y comienza a llorar intensamente, con rabia y creo que alivio. Yo no puedo más que abrazarla y decirle palabras tranquilizadoras mientras la protejo con mi cuerpo.

—Se acabó… Se acabó… —repite entrecortadamente.

—Todo terminó, tranquila, nena.

Fin del juego.

Lo que acaba de pasar es muy fuerte, es normal que esté en *shock*. Estoy aquí para ayudarla y apoyarla en todo. No pienso dejarla sola. Nunca. Ha sido mucho tiempo el que ha estado viviendo bajo amenazas y con miedos, pero la pesadilla ha terminado.

Miro a mi alrededor, todo es un caos. La policía ha hecho un buen trabajo. Fuera aguardaban más hombres de Igor, como dijo Marco, y todos han sido reducidos. Hay varios cuerpos en el suelo, pero todos se mueven. Al fondo, unos médicos se están encargando de un Brian ya casi recuperado, al menos, a simple vista. No para de abrazar a una Lucía que lo mismo ríe que llora. Ambos nos miramos y sabemos que todo está bien.

Veo a Marco hablando con Broco, se dirigen hacia aquí.

Farah parece haberse calmado un poco, pero no tengo intención de levantarme del suelo. Permaneceremos aquí el tiempo que ella necesite.

—Todo ha sido un éxito, Mike —comienza a decir Broco—. Lo hemos capturado, «algo magullado», pero está dispuesto a cantar en cuanto pueda hablar. Aparte de eso, sólo tiene un balazo en la pierna. Como has tenido que actuar en defensa propia, no hay problema —me aclara con una sonrisa—, aunque me da que tu puntería es exquisita cuando quieres.

—No ha sido porque no quisiera, te lo aseguro.

—Sea como fuere, no hay problema. De parte de todo el equipo y mía, gracias por la ayuda brindada. Hubiera sido imposible desarticular parte de una banda de tales dimensiones en tan poco tiempo sin ella. Nos queda mucho trabajo por hacer hasta llegar a desarticularla por completo, pero este ha sido sin duda un gran golpe. Los explosivos ya han sido desactivados y no corréis ningún tipo de peligro. Nadie se ha enterado de nada. La fiesta continúa, aunque si queréis podemos desalojar esto para que os vayáis a descansar. No os vendría mal —me

aconseja.

Miro a Farah y ella me mira a mí. Los preciosos pozos que tiene por ojos, ahora cristalinos debido a las lágrimas, parecen dos lagos que me transportan al mayor de los paraísos. Sé lo que significaba para ella la fiesta de hoy, aunque fuera con la idea de atraer a ese miserable. También sé lo importantes que son para ella las personas a las que no quería fallar. No hay mucho que pensar, ella espera que yo decida, pero sus ojos lo han hecho ya.

—No, agente, que la fiesta continúe, nadie tiene por qué saber lo que ha ocurrido —le informo sin dejar de mirarla y, por primera vez esta noche, sonríe de verdad, sin nervios, sin filtro.

Marco levanta a Farah. Él también tiene secuelas de las peleas. Broco me da la mano para ayudarme y entonces un horrible dolor atraviesa mi costado. Vuelvo a caer al suelo.

Farah

—¡Mike! Mike, ¿qué te pasa? —inquiero desesperada y vuelvo a tirarme a su lado en el suelo.

Cuando pongo mis manos en su costado, se llenan inmediatamente de sangre. Comienzo a temblar y a llorar como una loca.

—No, no, no —repito una y otra vez.

—Tranquila, pelirroja —intenta sonreír, está más blanco que las paredes—. Si solo es un rasguño, ni me había enterado.

Le iba a contestar que discrepo cuando se acercan unos médicos y el agente al que no conozco me coge para que los deje trabajar. Los habrá llamado él.

—¡Farah!

—¡Lu!

Cuando caigo en los brazos de mi amiga, me vuelvo a romper. Parece que la pesadilla contiene réplicas.

—¿Qué pasa? ¿Qué le pasa? —Brian acaba de llegar también con un gran apósito en la cabeza y pregunta desesperado por su amigo.

—No… No lo sé. Estábamos bien, estaba bien y yo… Se ha ido a levantar y luego… Tenía sangre en el costado —intento explicarme entre sollozos mientras mi amiga me abraza más fuerte.

—Tranquilícense —nos dice el agente—. No creo que sea nada grave o ya se lo estarían llevando. Sería conveniente que a usted la revisara algún médico también. Tiene algunos pequeños cortes de cuchillo por el cuerpo y ese golpe con la barra de hierro no ha sido una tontería —asegura mientras observo mi cuerpo. No me había dado cuenta de los cortes, ahora sólo tengo cabeza para Mike.

No dejo de mirarlo, nos hemos tenido que apartar unos metros y no creo que aguante muchos minutos más sin acercarme. Me va a dar algo. Cuando veo que una de las enfermeras se aparta un poco y lo incorporan, prácticamente me lanzo hacia él.

Paro a dos pasos de su cuerpo para poder observarlo bien y ver lo que tiene. Me quedo embobada, bueno, eso es quedarse corta. La imagen es tan impresionante que no me salen ni las palabras: su pelo revuelto, sus facciones bien definidas con marcas de la pelea y esa media sonrisa… Me vuelve loca. Las heridas le dan un toque peligroso, duro e intimidante, que acompañado por su fuerte pecho desnudo provoca el suspiro de alguna que otra enfermera y el mío también. Esos abdominales ahora cubiertos por restos de sangre y un gran apósito, que le tapa parte del costado izquierdo, junto con sus vaqueros, que le abrazan las caderas, sin duda, dejan a cualquiera sin palabras, sin aire y, si me apuras, hasta sin bragas.

Es impresionante y es mío.

¿Cómo es posible que consiga que tenga estos pensamientos en una situación tan dramática? ¿Cómo consigue excitarme de esta manera? Y, lo que es aún más preocupante y que me delata su cara de sinvergüenza, ¿cómo puede saber exactamente lo que pienso con sólo mirarme?

Abre sus brazos para recibirme y yo voy encantada. Con cuidado, lo abrazo fuertemente. Pensar que he podido perderlo duele, duele mucho… Ha arriesgado su vida por mí y yo se la debo ahora. Es mi todo, es mi hombre.

—No llores más, pelirroja, o vamos a salir de aquí en barca. Mírame —intenta separarme, pero no lo dejo—. No ha sido nada, un pequeño corte de ese maldito cuchillo. Te aseguro que él ha salido peor parado.

—Bueno, teniendo en cuenta que hemos estado cosiendo un rato, yo no diría pequeño —comenta la enfermera acercándose—. Que no se le olvide curarse. Dentro de unos días retiraremos los puntos.

—Muchas gracias —contesta cordial y a la enfermera se le cae hasta el maletín.

Sí, bonita, impone muchísimo y es mío.

—A ella también habría que revisarla —apunta señalando los cortes y con una tensión palpable—. Le han dado un fuerte golpe con un hierro.

Me dejo curar los cortes y me dicen que debería ir al hospital para hacer radiografías de la zona. Le digo a la enfermera, ya que estamos solas, que no me duele tanto, que ha sido un golpe y punto. Por nada me iría ahora mismo. Mike vuelve a aparecer y parece más calmado.

Lucía y Brian se acercan y nos abrazamos felices de que todos estemos más o menos bien.

—Si os hubiera pasado algo por mi culpa, yo…

—Tú no tienes la culpa de nada, Farah —me dice Brian agarrando a su chica—. Así es la vida de este capullo y la mía, siempre al límite —reímos todos—. Tengo un gran golpe, pero nada más. No puedo dormir hasta mañana y tendré una jaqueca horrible durante días, así que tu amiga tendrá que cuidarme mucho.

—Bueno, ambos tenéis que cuidaros mucho. Ahora más que nunca… —miro a mi amiga y tiene los ojos como platos—. ¿Todavía no?

—Ya, yo… Bueno, es que con tanto jaleo… —intenta justificarse y Brian nos mira raro.

—¿Qué narices está pasando aquí? No me entero de nada. ¿A qué viene eso de ahora más que nunca? —mira a su chica y esta sonríe al borde de la locura. Reconozco que me estoy divirtiendo y esto no nos viene nada mal—. ¿Todavía sigues enferma con el virus estomacal?

—¡Y lo que le queda! —suelta Mike y yo le doy un codazo en el costado bueno—. ¡Ah! ¿Qué? No he dicho nada, todavía…

—Brian, yo… Verás, yo estoy…—comienza mi amiga, pero una enfermera se acerca a nosotros y se dirige a ella.

—Nos gustaría hacerle una revisión también a usted. Nos han dicho que está embarazada, ¿no?

—¡¿Qué?!

Brian pega tal grito que me asusto hasta yo. No sabe si reír o llorar, pero no le da tiempo a mucho, ya que mi amiga se desvanece entre sus brazos.



CAPÍTULO 31. MI TODO

Mike

El líquido ambarino baja por mi garganta aliviando el malestar de todo cuando hay en mi interior, tanto lo físico como lo mental. La médica me ha recetado unos calmantes, pero creo que no tengo mejor medicina ahora mismo que un buen Jack Daniel’s y a mi pelirroja entre mis brazos en el relativo silencio del despacho de la discoteca. Aún faltan veinte minutos para que termine la sesión de la DJ que ha traído Farah y presentemos después al DJ internacional. Nos merecemos este descanso.

—Joder, qué bien sienta esto —comento dando otro sorbo y besando su cabeza.

Estamos en el gran sillón y ella, acurrucada entre mi brazo libre, callada, con la cabeza a mil seguramente, pero tengo que darle un poco de tiempo, sólo un poco. Sabe que tenemos mucho de qué hablar, sobre todo, de lo que pasó en la cabina. Al DJ también se lo han llevado. Nadie ha visto ni notado nada, menos mal. Tiene que dar unas cuantas explicaciones a la policía y, en

particular, a mi pelirroja. Ver la cara de dolor y decepción de Farah cuando se lo llevaban ha sido muy duro. Que no me caiga bien no quiere decir que no entienda lo importante que era para ella. Hablo en pasado, porque cuente lo que cuente o tenga la excusa que tenga, el daño ya está hecho y, conociéndola, es difícil que lo olvide.

Se ha cambiado de ropa. Por fin se ha quitado ese maldito vestido —yo mismo lo he rajado y tirado al contenedor—. Ahora lleva unos simples vaqueros, una camisa amarilla con cuello y botones en la parte trasera y sus deportivas blancas. Así es ella y así me gusta, sin nada más que su naturalidad. No puedo estar más enamorado, joder. A mí me han dejado otra camiseta.

—¿Crees que estará bien? —musita mientras me quita el vaso y da otro sorbo. Se refiere a Lucía.

—¿Lo dudas? No les doy más de diez minutos para que aparezcan y nos rompan la calma —la noto sonreír, pero no estoy bromeando, es la verdad. Son tal para cual—. Sólo ha sido una bajada de tensión; entre los nervios acumulados y el propio embarazo, lo raro hubiera sido que no le pasara nada. Por eso les dije a las enfermeras que la revisaran.

—Mejor no le diremos quién las avisó, es capaz de matarte —ríe y es música para mis oídos.

—Me encanta tu sonrisa.

Sujeto su cabeza para que nuestros ojos conecten y puedo ver en los suyos lo mismo que intento mostrarle en los míos: el más puro y profundo amor. Lleva sus brazos hasta mi nuca y nuestras bocas se buscan sin prisa, deleitándose entre ellas y haciéndonos volar a nosotros. Sus labios cálidos bañan los míos en una vorágine de sentimientos: pasión, deseo, dulzura, amor… Yo le devuelvo cada uno de ellos.

—¡Oh, por dios, marchaos a un hotel! —se queja Lucía entrando en tropel al despacho.

—¿Lo ves? —susurro sobre sus labios y ella ríe—. Y encima parafraseando al capullo de su novio. Todo se pega.

Brian no puede negar que esa frase es suya, esa y otras de las que ya se ha apropiado también su rubia. Entra tras ella y se sientan en las sillas.

—Bueno, ¿ya se os puede dar la enhorabuena o no lo has digerido todavía? —me dirijo a mi amigo, que tiene una cara de embobado que no puede con ella. Lo veo más feliz que nunca.

—¡Voy a ser padre, joder! —grita poniéndose en pie y los demás nos levantamos también.

—Sí, cariño. Vas a ser el mejor padre del mundo. —Lucía se abraza a él con fuerza.

—¡Ya era hora! Venid, que os dé un *achuchón*, como decimos por aquí. ¡Felicidades!

—Muchas gracias, Farah —responde mi amigo abrazándola y luego lo hace conmigo mientras ellas también se abrazan.

—Mike, hermano, ¡voy a ser padre! —repite feliz y me vuelve a abrazar.

—Claro que sí, ¡joder! Y serás el mejor —le devuelvo el abrazo con toda la alegría del mundo —. Menuda puntería, capullo.

—La duda ofende —protesta separándose, pero no puede ocultar su sonrisa por mucho tiempo y rompemos a carcajadas—. Está de unas tres semanas. Iremos esta semana a su ginecólogo para confirmar que todo está bien.

—Estoy seguro de que sí, sólo hay que ver a su padre, un poco capullo, pero buena gente.

Ambos volvemos a reír con ganas.

—En serio, tío —comenta—, ¿quién coño nos iba a decir a nosotros todo lo que iba a sucedernos en un mes? Aún recuerdo lo cabreado que estabas por perder las vacaciones a Brasil y venir a un pequeño y recóndito pueblo de España: Fregenal de la Sierra —mueve los brazos como si fuera un anuncio, es un payaso—. Y míranos ahora, lo que hemos vivido, lo que hemos cambiado en algunos aspectos y, sobre todo: ¿nosotros enamorados? ¿En serio? ¿Y yo voy a ser

padre dentro de unos meses? Esto es una locura.

—Nuestro destino estaba aquí, hermano —declaro sin quitarle la vista de encima a las dos mujeres que nos han cambiado la vida.

—Y que lo digas —afirma mirando en la misma dirección.

La puerta del despacho se abre y aparece Marco.

—Ya ha llegado el DJ —nos informa con una sonrisa, está claro que ha visto de quién se trata.

Brian y yo nos miramos cómplices y sonreímos ante los gritos de nuestras chicas.

—Bien, ¿preparadas para conocer la sorpresa, disfrutar y olvidarnos de todo?

Mi pregunta sobraba, las dos salen disparadas para recibirlo.

***

—¿Cómo va la noche, mis estrellas? —grita Farah a pleno pulmón y la gente estalla como loca. No creo que haya mejor distracción para ella ahora mismo. Mañana será un día duro—. Bueno, bueno, ya veo que de maravilla. Pues ha llegado el momento de descubrir otra de las sorpresas esperadas —los gritos hacen que tenga que parar unos instantes y me mira con una sonrisa enorme. No creo que olvide su cara cuando ella vio la sorpresa—. Os tengo que reconocer que aún me tiemblan las piernas desde que lo he visto —más gritos—, pero no voy a demorarme más. Es un gran honor tener en la Stars'92 a un DJ de tan altísimo nivel. Es uno de los mejores del mundo, amante de España, sobre todo de Ibiza, donde ha sido residente temporal en varias ocasiones… —más y más gritos, van a tirar la discoteca abajo—. Con todos vosotros, ¡David Guetta!

El sonido se hace tan fuerte que es ensordecedor. Cuando David da la cara, los flashes no paran ni un instante. Tanto sus hombres de seguridad como los dos nuestros tienen que intervenir, pero solo para controlar.

Saluda en su español particular y comienza a hacer su magia. Empieza a sonar *Memories*, un mítico tema que no pasará de moda en la vida. Ya le expliqué que era una fiesta temática sobre temas antiguos y qué mejor que abrir así. No tengo duda de que acabará pinchando hasta los más actuales.

Es todo un honor que haya accedido a venir aprovechando que tenía que viajar a España. Ha mezclado en todas mis discotecas tantas veces que he perdido la cuenta y nos llevamos tan bien que no se ha podido negar.

—Dios mío, ¡no me lo puedo creer! —vuelve a decir mi pelirroja y van unas cuantas desde que lo ha visto. Yo sonrío feliz de verla así—. Aquí, en mi discoteca, ¡en la Stars!

—Créetelo y disfruta, preciosa, te lo mereces —la cojo entre mis brazos y me apoyo en la pared de la sala anexa a la cabina mientras la beso suave.

—Gracias, Mike —susurra contra mis labios—. Por todo.

—Es mi deber, no me las des. Para ti y por ti, todo —le hago saber sin dejar de besarla—. Te quiero, Farah, como nunca imaginé en mi vida que querría a alguien. No soy perfecto ni mucho menos, ni siquiera es el momento, pero me encantaría que me conocieras mejor y que te enamorases más de mí.

—¿Más? —exclama con fingida sorpresa y acaba sonriendo—. Eso sería imposible. Te amo tanto, Mike, que duele. Claro que quiero conocerte mejor y que tú lo hagas conmigo, aunque yo si soy perfecta, claro —aclara muy seria y ambos sonreímos—. Quiero que esto continúe y no acabe nunca. Te quiero a ti, lo demás, ya vendrá…

—Siento haberte ocultado la información de tu amigo y soltarla hoy sin ni siquiera pensar —me sincero. Aunque no sea el momento, es lo que me sale.

—¡Shh! —me calla poniendo un dedo sobre mis labios—. Ahora no, ya hablaremos de eso. Todo está bien, ¿vale?

—Vale —contesto volviendo a besar sus labios—. ¿Disfrutamos de tu sorpresa?

Como respuesta, tira de mi mano y entramos en la cabina junto con Brian y Lucía, que no pueden ocultar su felicidad.

—Esta canción —comienza a decir David al público— se la dedico a mi amigo Mike y a su preciosa novia Farah. Es un gran placer para mí estar hoy en la ¡Stars'92!

La melodía de *When love take over* va tomando el control de la discoteca. Todo el mundo se vuelve loco. Me acerco a Farah y dejamos que la música nos absorba, junto con la letra.

Es complicado, siempre lo es.

No puedo estar más de acuerdo, pero superaremos lo que sea.

Cuando se acepta el amor, sabes que no lo puedes negar.

Sería lo último que haría, me ha costado aceptarlo, pero está aquí y tan adentro como cualquiera de mis órganos necesarios para vivir.

Porque algo pasa esta noche…

Sí, que mi chica, por fin, puede vivir sin miedos, libre y junto a mí.

Farah

—Muchísimas felicidades, Farah —me abraza una de las chicas del último grupo de personas que están abandonado la discoteca—. Ha sido una fiesta increíble, como las de antes. Somos de un pueblo de Sevilla y hemos venido sólo para volver a revivir todo esto. Nos ha sorprendido mucho. Ha superado cualquiera de las fiestas a las que hemos ido en mucho tiempo.

—Gracias a vosotros, no sé qué decir. Gracias por venir y disfrutar tanto.

Estoy completamente abrumada. No he dejado de recibir felicitaciones y abrazos durante un buen rato. Todo el mundo está contento y feliz. Era lo único que deseaba y lo mejor de todo es que nadie se ha enterado de nada, es como si no hubiera sucedido, aunque es tan real como que estoy aquí de pie. Ya habrá tiempo de pensar en ello.

—Bueno, pues ya está. Discoteca cerrada, gente contenta y problemas graves resueltos. Se acabó, jefa —comenta Alberto sentándose en uno de los taburetes de la barra en la que estamos todos y cogiendo su vaso para beber—. Brindo por ti, por tu incansable trabajo y porque todo lo malo haya acabado.

Todos levantan la copa y no me queda más remedio que hacer lo mismo por cómo me miran —sobre todo, mi gringo favorito— Cuando están satisfechos, bebemos. Bueno, todos menos Lu y Brian por razones obvias; él sí está con medicación fuerte por ahora.

—Gracias a todos, chicos, os habéis compenetrado a la perfección y, sobre todo a ti, gracias a ti, Alberto. Te has hecho cargo de todo cuando la situación se ha complicado y también has tomado el control de la cabina cuando Dany se ha tenido que marchar —me tomo unos segundos y los miro a todos—. Ya hablaremos y os informaré mejor, ahora no es el momento. Ha sido una noche larga y necesitamos descansar.

Mientras se terminan la copa, hablan entre ellos y yo los observo con dicha. Tengo mucha suerte de tenerlos en mi vida, a todos.

—Cada minuto que pasa estoy más enamorado de ti —susurra abrazándome por detrás y apoyando su cabeza en mi hombro —. Nosotros, sobre todo, yo sí que tengo suerte de tenerte.

—¿Ahora me vas a salir con que eres un tipo de mentalista o algo así? ¿Lees mentes?

—Ay, pelirroja, da igual quién seas: Campanilla, morenita, señorita Cooper, Farah… —me da la vuelta y se acomoda entre mis piernas, nuestras caras quedan a un milímetro—. Es imposible que, a estas alturas y por muy actriz que seas, consigas engañarme de nuevo. No tengo ni idea de cómo ni porqué, ni siquiera sé cuándo ha ocurrido, pero te conozco lo suficiente como para que cuando me mires sepa todo sobre ti. Eres mi todo.

Si ya estaba derretida, su intenso beso consigue hacerme líquido puro. Lo necesito tanto que me asusta. No sé qué haremos, dónde, cómo, ni las decisiones que vayamos a tomar, pero lo que sí tengo claro es que quiero estar junto a él.

Él también es mi todo.

—¡Marchaos a un hotel! —gritan todos a la vez y decidimos entre risas que ya es hora de irse.

***

Llegamos todos a mi casa en silencio, exhaustos y sumidos cada uno en sus pensamientos. Brian y Lu han decidido quedarse aquí, en la planta donde tiene él su habitación. Después de todo lo que han pasado, necesitan la intimidad que no le puede brindar Lu en su casa. Necesitan hablar y el tiempo corre. Tengo que reconocer que su situación aún es más complicada que la nuestra, al menos, por ahora.

—Hasta mañana, chicos, que descanséis —les doy un beso a cada uno y ellos me lo devuelven.

—Igualmente —contesta mi amiga—. Descansa de este duro día, amiga. Ya sí, respira tranquila.

Nos miramos y antes de que mis lágrimas se escapen me dirijo a la cocina a por un vaso de agua. Necesito estar un momento a solas y Mike me lo concede.

Mi hermano ya está al tanto de todo. Me ha prometido no decir nada hasta que mañana lo haga yo. Se lo debo a mi padre. Mi padre… No sé cómo se va a tomar todo esto, espero que sepa entenderme.

—Venga, vamos —antes incluso de oírlo, lo he podido sentir. Me agarra suavemente y me levanta de la silla hasta que estamos frente a frente—. Te he preparado un baño, te va a venir genial, pelirroja. Yo voy a cuidar de ti.

Sus suaves labios se acercan a los míos lentamente. Puedo sentir su calor. En cuanto tocan los míos, se vuelve abrasador. Está siendo delicado, sutil, sensual. No hay nada sexual en ello, es amor en estado puro, el deseo de disfrutar de este momento, de demostrarme con sus besos que es verdad lo que dice. Su ávida lengua, aunque se resiste y lucha con su dueño, va por libre; ella quiere más, la mía quiere más, yo quiero más.

—Espera —se separa bastante afectado, no me suelta—. Esta noche no, ha sido un día muy duro y te has llevado un gran golpe. Sólo quiero cuidar de ti, que te relajes. Te prometo que mañana no te escapas.

Me lleva hacia arriba protestando todo cuanto me deja el cansancio. Tiene razón, pero renunciar a hacer el amor con él es el mayor de los castigos. Por muy mal que me encuentre —ya que cada vez me duele más, aunque no pienso decirlo—, siempre tengo ganas de él.

Ya dentro del baño de mi habitación, comienza a desvestirme con sumo cuidado: primero las zapatillas y los calcetines; luego, los pantalones y las braguitas. Lo hace todo de frente, sin dejar de mirar, muy concentrado en cada detalle. Ni siquiera me ha escuchado cuando le he dicho que podía hacerlo yo. Él quiere cuidarme y siento que, si no lo dejo, le haré daño. Se sitúa tras de mí y comienza a desabrochar botón por botón la camisa. En el instante en el que se abre por

completo, puedo sentir cómo su cuerpo se tensa, su respiración cambia y sus manos tiemblan casi de manera imperceptible: el golpe.

—Maldito hijo de puta.

Creo que ni él mismo es consciente de que lo he oído, de que lo ha dicho no sólo para él. Decido callarme y moverme un poco para que deje de mirarlo, pero no me deja. Coge el broche del sujetador y lo retira junto con la camisa. Intento darme la vuelta de nuevo pero sus manos suavemente me mantienen en mi sitio. De buenas a primeras noto sus labios en mi espalda y yo tiemblo como una hoja. No puedo evitar que mi piel se erice cuando comienza a dar pequeños besos por toda ella. Un reguero de besos por cada zona hace que mis lágrimas aparezcan y se deslicen junto con todo lo malo de hoy y de los días atrás. Ya no es por las molestias que tengo, sino por lo intenso que me hace sentir. Jamás nadie había hecho tal cosa por mí. No hay nada erótico en sus besos, caricias o gestos, sino el más puro y profundo amor y eso me deja sin respiración.

—Te quiero tanto, Farah, que no pienso permitir que vuelvan a hacerte daño. Nunca. Y, si eso pasara, pido que el dolor lo sufra yo.

Me da la vuelta y me besa con pasión, con amor, con rabia y ganas a partes iguales. Se separa un poco y se desviste dándome un espectáculo como pocos. Lo hace rápido, sin dejar de mirarme a los ojos ni un instante. No pretende otra cosa más que que nos bañemos juntos y dormir, lo sé, por eso está actuando así, pero no puede ser más sensual. Él entero es puro pecado hecho hombre. Su fibroso cuerpo es impresionante y, si lo sumas a su personalidad, es perfecto: sus brazos, su pecho, sus abdominales, esas caderas infinitas que desembocan en una erección digna de mención y por la cual se me hace la boca agua, esas piernas más que trabajadas, como todo lo demás, que hacen su trabajo cuando empuja dentro de mí… Me reafirmo: es perfecto.

—Yo también te quiero, Mike —me acerco y acaricio su cara—. Nunca he querido ni creo que pueda querer a otra persona como a ti. Después de todo lo que has hecho por mí, de lo que me haces sentir, sería imposible vivir sin ti. Es una locura y jamás lo creí posible, pero ha pasado y es real.

—Pues no intentemos vivir sin el otro. Ya veremos cómo solucionamos todo esto. Mientras tanto, toca seguir mimándote.

Nos metemos en la bañera. El agua está caliente y, aunque al principio la espalda me arde de dolor —cosa que intento disimular sin mucho éxito por cómo él se ha tensado—, consigo relajarme apoyada muy sutilmente contra su pecho. Sus palabras tranquilizadoras y sus caricias hacen que poco a poco se me vayan cerrando los ojos. Ha sido un día muy largo…



CAPÍTULO 32. DÉJAME CUIDARTE

Mike

—Que sí, papá, te prometo que en cuanto se despierte será lo primero que haga —le repito mientras cojo otro café y me dirijo a la habitación de nuevo.

—Más os vale porque no pienso ocultarle a José esto por más tiempo. Lo que no entiendo es cómo no me contaste nada a mí. Maldita sea, Michael, habéis estado expuestos a mucho peligro.

No sé por qué narices Tomy se lo ha tenido que contar. Entiendo que él estuviera preocupado, pero no debería haber preocupado a nadie más y menos a estas horas. Deben de ser allí las dos o las tres de la madrugada.

—Te aseguro que no es el mejor momento para sermones, ya te lo he explicado. Se tenía que hacer así y punto. ¿No confías en mí? —inquiero bastante molesto.

—Esa pregunta sobra —contesta algo ofendido. En el fondo sé que sobra—. Eres una de las personas en la que más confío de este mundo, eres increíble en todos los aspectos, pero no me pidas que esté preparado como padre para ver a mi hijo en peligro, porque no lo estaría ni yo ni

ningún otro. Ya me entenderás algún día. Me duele que no hayas contado conmigo.

—Sabes que no podía, así que no sigas por ahí. En cuanto Farah se despierte y sea una hora razonable allí, yo mismo me encargaré de que los llame —le informo a punto de entrar en la habitación.

—¿Cómo sigue? —se interesa, ya que le he contado que se llevó un golpe; evidentemente, he tenido que obviar lo mío.

—Mal —declaro con un suspiro—, no ha podido dormir casi nada, entre pesadillas, sueños y su cuerpo dolorido, sólo ha sido capaz de descansar cuando yo he estado despierto, cuidándola y… Joder, papá, estoy muy preocupado por ella, no sólo por lo que ha pasado, sino por no saber hacerlo bien yo…

—Tú estás muy enamorado, hijo —sentencia mi padre con ¿orgullo?

—Como nunca creí que fuera capaz —reconozco apoyando la cabeza en la puerta. Tengo en una mano el móvil, en la otra el café y ando descalzo con mis pantalones de pijama grises.

—Estoy seguro de que no has dormido nada. Intenta descansar y cuídate tú primero, si no, no podrás hacerlo con ella y te necesita más que nunca. No va a ser fácil enfrentarse a todo sola y mucho menos cuando despierte y la burbuja que creaste ayer para ella haya desaparecido. Te doy un último consejo: por duro que sea, nunca jamás le ocultes nada, súfrelo, lúchalo y pásalo, pero junto a ella. Eso os hará más fuertes.

—Gracias, papá —musito algo afectado.

—Eres mi hijo —lo dice como si esas tres palabras fueran el sentido y la lógica de todo, como si con ello no tuviera que dar las gracias porque es lo que tiene que hacer. No puede estar más equivocado, siempre voy a estar agradecido, por él soy quien soy—. Ahora no te demores más y ve con ella. En cuanto se recupere y se resuelva todo, deberías traerla, al menos, para conocerla y que desconecte de todo por allí. Lo que pase después ya se verá.

—Descansa tú también. Luego hablamos, te quiero.

—Y yo.

Me quedo un rato más en la puerta pensando, sobre todo, en lo último que ha dicho mi padre: «lo que pase después ya se verá». Quizá es pronto para hablar de ello, pero no es un secreto el hecho de que yo tengo los días contados aquí. Tengo que regresar, mi responsabilidad en la empresa es de vital importancia, resulta imposible demorarla más. No obstante, si tuviera que dejar aquello, venir y montar una sede aquí, por ella lo haría. Para eso, primero necesito preguntar a la otra parte qué es lo que quiere hacer. Una cosa está clara: no quiero estar sin ella, al menos, no durante mucho tiempo hasta que solucionemos todo.

Entro y, en cuanto mis ojos se adaptan a la falta de luz, observo que se ha vuelto a mover al no estar yo. Sólo he conseguido que se relajara cuando mi cuerpo abrazaba al suyo. El apósito que me pusieron está algo manchado de sangre porque no he guardado reposo y porque Farah ha estado tumbada sobre él, pero no me importa. Me duele mucho más ver su espalda, las pequeñas marcas del cuchillo y, sobre todo, esas horribles pesadillas que hacen que se despierte gritando que no la tocara más. Creía que me iba a volver loco. La rabia aún me invade y tengo que tenerla controlada para cuando ella despierte.

Me bebo el tercer café en la silla y vuelvo a introducirme con cuidado entre las sábanas. No puedo estar quieto, es imposible, por eso me levanté cuando comprobé que había cogido un sueño algo más profundo. Aún son las once. A ver si con suerte duerme algo más, descansar bien ha sido imposible. Se mueve por inercia hasta acoplarse sobre mi cuerpo. Su calor me invade, me hace sentir vivo, en casa.

No, definitivamente, no pienso renunciar a esto, a ella.

Farah

Abro mis ojos y una suave luz ilumina la estancia. Viene del balcón, así que debe de ser tarde. Estoy sobre su pecho con una mano acariciando su piel, con cuidado giro mi cara hasta ver la suya. No se mueve y no me extraña, no ha debido de dormir nada por mi culpa. Su respiración pausada, pero no profunda, deja ver que no lleva mucho tiempo así. Alzo la vista un poco y el reloj marca las doce. Acaricio su barbilla y una incipiente barba me hace cosquillas. Sus labios entreabiertos son pura tentación. Pocas son las veces que he podido tenerlo así, observarlo con tranquilidad y disfrutar de mi momento junto a él, sin problemas ni preocupaciones, sólo mío. Llevo mi mano hasta su apósito y esta se llena de algo… De inmediato me incorporo y enciendo la luz despertándolo.

—¡Dios mío, Mike! Está todo lleno de sangre —exclamo asustada mirando mi mano manchada y su pantalón, mi camiseta ancha, las sábanas…

—Buenos días, preciosa —me saluda con una débil sonrisa.

¿Cómo puede estar tan imponente recién levantado y en este estado?

Pues igual que dormido, qué pregunta…

Pelo revuelto, voz ronca, ojos brillosos y prometiendo el cielo si hace falta y, sobre todo, ese pecho y todo su conjunto… Me vuelve gelatina.

—¿Buenos días? —repito incrédula e intentando desviar mis pensamientos.

—Bueno, sí, normalmente se dice así, ¿no? Cuando uno se levanta y eso… —comenta con sorna y esa media sonrisa suya irresistible. Intenta levantarse, pero se queja de dolor, al menos su cara esta vez así lo ha reflejado.

—¿Ves? Si es que estás tonto. Vamos, levántate, que nos vamos a urgencias.

—Tranquila, mujer, si es normal.

Protesta cuando intento levantarlo, me da igual. Nos vamos y punto. Ya limpiaré esto después.

***

Al ser domingo, urgencias está lleno; sin embargo, en cuanto hemos llegado y han visto la situación, hemos entrado de inmediato. Acabamos de llegar a casa y estamos en el sofá del gran salón junto con Brian y Lu.

—Entonces, Farah, cuéntame tú. Este idiota no me dice nada.

—No puedo estar más de acuerdo, tu amigo es idiota —lo miro seria, le da exactamente igual. Él está en un sofá tumbado, yo en el sillón de enfrente y la parejita en otro sofá—. Tenía que haber seguido unos consejos que, por supuesto, yo desconocía. Reposo, descanso y nada de esfuerzos y se ha pasado toda la noche prácticamente sin dormir y permitiendo que yo, sin tener ni idea de nada, descansara encima de él. Se le ha abierto la herida por una parte y se le han infectado varios puntos del gran corte que tiene, porque de pequeño nada.

Ha sido imposible que mi tono no sonara a reproche. Estoy muy enfadada con él y no sólo por haber sido tan irresponsable, no cuidarse y ocultarme todo eso, sino por el hecho de que ahora me siento culpable, muy culpable. ¡Joder! Se esforzó tanto en que yo estuviera bien, en que dejara de pensar, en cuidarme por encima de todo, que no me permitió que lo hiciera yo también. Con sus «estoy bien» le bastaba y sonaba tan convincente…

—¿Qué querías que hiciera? —inquiere bastante molesto y se incorpora hasta verme mejor—. Que te dejara, que pasara de ti, que cuando gritabas en medio de la noche su nombre y mi voz y

mis abrazos fueran lo único que te tranquilizaban ¿te los prohibiera? Claro, ¿cómo no se me había ocurrido? —eleva su voz, dolido y yo me siento aún peor—. Hubiera sido mejor decirte: «Farah, me duele el costado, no te acerques, no vengas a abrazarme y no grites de miedo, que no puedo dormir». ¿Eso?

—No, sí, ¡no lo sé, joder! —me levanto del sillón con las lágrimas luchando por salir y tomo aire un momento ante el silencio de todos—. Sí —sentencio sin atisbo de duda—, tenías que habérmelo dicho y juntos hubiéramos buscado una solución. No quiero que me cuides si con ello te descuidas a ti mismo. Así no.

—No tienes ni idea de la noche que has pasado, pero ni idea —musita levantándose lentamente—. Esto —señala bajo su camiseta azul marino el apósito— se curará, no es grave ni preocupante.

—Porque lo dices tú. Yo he oído perfectamente lo que te han dicho y tienes que cuidarte.

—Se curará —repite—. Pero todo lo que te ha pasado durante estos años, lo que te pasó en su día, y lo que acaba de pasar, eso tarda bastante más. Sólo con ayuda podrás superarlo y yo, querida mía, no pienso dejarte ni un segundo, así tenga que estar un año con este puto corte abierto en el costado si eso hace que te recuperes antes y te olvides de todo.

No sé en qué momento ha venido hasta mí, ni en qué momento he roto a llorar desconsoladamente, ni mucho menos sé cuándo sus brazos me han envuelto con fuerza, con firmeza. Jamás he sentido algo así, tan fuerte: dolor y dicha a la vez. Dolor por todo lo sucedido y las situaciones vividas y dicha por tenerlos a todos, pero, sobre todo, a él. No puedo ser más feliz por ello. Nunca antes nadie había demostrado tanto hacia mí, un amor tan incondicional que tirara abajo todas mis barreras construidas año tras año.

Siempre he solucionado mis problemas sola, es así como sé hacerlo. He tenido apoyos y ayuda no me ha faltado, pero intentaba no contar mucho de lo que me ocurría a los demás para no preocuparlos. Resolvía yo todo. He sido y quiero seguir siendo la mujer independiente que soy. Por eso me abruma sobremanera esta situación, tener a alguien que cuida de esta manera de mí, que me ayuda estando al frente de todo y que encima antepone mi salud a la suya.

Soy una persona que está acostumbrada a dar más que a recibir.

—Bienvenido a nuestro mundo, gringo —dice mi amiga levantándose junto con su novio—. Ayudar a esta cabeza hueca no es tarea fácil, pero estoy seguro de que tú lo conseguirás. Gracias por cuidarla así, contigo sé que está en buenas manos.

Noto cómo Mike asiente y ellos se marchan. No quiero separarme de él, entre otras cosas porque no puedo dejar de llorar. Mi amiga me conoce demasiado bien como para saber que no es buen momento para nada. Nos sienta con cuidado en el sofá y, sin decir palabra, continúo desahogándome. Es mejor ahora para así poder hablar más tranquila con mi padre después. Me espera una conversación dura y complicada.

Lloro por todo, por fin me estoy desahogando como debía haber hecho antes: Igor, sus chantajes, sus palizas, todo lo vivido con él, Dany y su traición, los negocios, los trabajadores, mi familia, el ahora, Mike, el después…

—¿Más tranquila? —susurra acariciando mi cabeza y sacándome de mis pensamientos.

—Lo siento —me disculpo aún con pesar.

—No tienes que sentir nada, pelirroja. Así eres tú y jamás pretendería cambiarte. Intento que me dejes cuidarte, sólo si tú quieres.

—Y siempre que tú no te pongas en riesgo por mi culpa otra vez. Desde que me conoces no has parado de hacerlo y bastante mal me siento ya. No vuelvas a ponerte en peligro.

Coge con demasiada delicadeza mi barbilla y la alza hasta que nuestros ojos conectan. Son tan

profundos…, tan increíbles, que me vuelven loca, aunque lo que realmente me impone es lo que me muestra en ellos: un amor incondicional que nunca creí que pudiera forjarse en tan poco tiempo.

—Haría lo que fuera por ti y me temo que así seguirá siendo. Te quiero demasiado, señorita Cooper —declara justo antes de besarme como él sabe, hasta perderme entre las estrellas.

—Te quiero tanto, señor Walker, que tengo miedo —reconozco entre beso y beso—. Todo es tan intenso, tan profundo… ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo?

—¡Shh! —me calla con otro beso—. No pensemos en eso ahora, lo que sea ya lo veremos mañana o pasado o cuando pueda ser. Lo único que tienes que tener claro es que sea lo que sea, va a ser juntos. Siempre juntos, ¿sí?

—Sí —afirmo casi sin pensármelo, es lo único que yo también tengo claro—. Sea donde sea y como sea, pero juntos. Siempre juntos —repito volviéndolo a besar.

No quiero estar en otro lugar, él es mi casa.

Mi vida cambió en el momento en el que él apareció aquella noche en la Stars'92. Lo supe en cuanto lo vi y sentí esas mariposas que dicen que se sienten y en las que jamás había creído. Pues sí, existen, yo las sentí y las siento. Son reales, tanto como que estoy completamente enamorada de él. Y lo mejor de todo es que es mutuo.

***

Días después…

Estoy demasiado nerviosa como para quedarme quieta, así que me he puesto a limpiar la casa, una tontería, ya que la chica que suele venir de vez en cuando lo ha dejado todo reluciente. Aún así, me resulta imposible parar. Mis padres están a punto de llegar. Brian y Mike han ido a Sevilla a por ellos, yo todavía no estaba segura de poder hacer un viaje en el mismo coche que mis padres después de la conversación tan tensa que tuvimos por teléfono.

Evidentemente, no les conté ni la mitad, pero no son tontos y, si ya mi padre tenía sospechas sobre ciertas cosas, con todo esto he terminado de confirmárselas. Me siento mal, siento que les he fallado como hija, no lo puedo evitar, al menos, hasta que vea qué nivel de decepción hay en ellos.

—En serio, amiga, no sé qué narices hay que limpiar aquí, si esta todo como los chorros del oro —se queja Lu sentándose en una de las sillas del pasillo mientras termino de pasarle el trapo a una puerta.

—Tú, nada, ya te lo he dicho. Necesito estar ocupada y no me dejas porque me quitas tarea.

—Sí, ya, claro —me ignora por completo y se levanta otra vez.

—De verdad, Lu, siéntate, no quiero que estés de un lado para otro o Brian se va a cabrear conmigo —le recuerdo las palabras textuales de su gringo y le tiro con un trapo que me devuelve de la misma forma.

—¿Otra? Ah, no, no y no, me niego. Fuimos ayer al médico y todo está estupendo, en su sitio, así que dejaos de gilipolleces, ¿vale? Estoy embarazada, no enferma —sentencia con una firmeza ante la que no se me ocurre rebatir.

—Está bien, perfecto. Me callo, pero vamos a tomar algo, me muero de sed.

Nos vamos a la cocina y miro la hora: las cinco menos cuarto. Mis nervios se acrecientan, van a llegar ya. Mi amiga se tira directamente hacia el bote de nocilla y a mí se me ha quitado cualquier tipo de apetito. Me decanto por un vaso de agua.

—¡Farah!

La voz de mi madre llega nítida a mis oídos, su tono me tranquiliza. No hay reproche ni rencor, sólo alegría y un poco de ansiedad por llegar a su objetivo. En cuanto entra en la cocina, me mira de arriba a abajo, comprueba que estoy entera y ambas nos lanzamos a los brazos de la otra.

—¡Oh, mi niña! Tranquila. Ya pasó todo, no llores.

Ni siquiera me había dado cuenta de que mis lágrimas estaban haciendo de las suyas, últimamente, brotan con bastante frecuencia y no me gusta nada. Yo no soy así. Quitando las noches en las que al dormir no puedo controlar lo que sueño, digo o hago —y para las cuales me han recetado unas pastillas—, por lo demás, intento mantener a raya todos mis sentimientos.

Levanto mi cabeza y ahí está mi padre. Decepción, rabia, culpa, ira, tristeza… Busco alguna de esas opciones en sus ojos, pero una vez más no puedo estar más equivocada. Lo que encuentro es una tremenda alegría y alivio al verme. Está serio, pero sereno y me espera con los brazos abiertos, brazos a los que me tiro sin nisiquiera pensar.

—Todo está bien, mi niña —susurra afectado.

Nos dirigimos al salón para poder hablar tranquilamente. Mike se sitúa junto a mí en el sillón y toma la palabra ante mi sorpresa. Al parecer no han hablado mucho durante el viaje.

—Joseph, ante todo quiero decirle que en ningún momento Farah ha estado en auténtico peligro —lo calma firmemente, no hay necesidad de que sepan ciertas cosas—. Todo ha estado manejado y controlado por la policía y créeme que, si no hubiera sido así, no lo habría permitido —hace una pequeña pausa y se dirige ahora a los dos. Les está diciendo lo que necesitan oír—. Quiero que sepan, aquí, delante de nuestros amigos, quienes os pueden corroborar todo, que no sabemos cómo, pero ha surgido. Me he enamorado perdidamente de su hija y si ella está dispuesta la protegeré y cuidaré siempre.

Yo me quedo anonadada, no lo sabía, no me lo esperaba y no sé por qué ha elegido precisamente este momento.

—Confía en mí —susurra para que sólo lo pueda oír yo.

—¡Lo sabía! —mi madre se lleva las manos a la boca emocionada y yo me quedo impresionada. ¿Que lo sabía?—. Hacéis una pareja impresionante, desde luego, tenéis mi bendición.

—Gracias, Loli —contesta Mike, pero sin quitar la vista de encima a mi padre, su cara no deja ver absolutamente nada.

—Yo, por mi parte, tengo que decir que la ha cuidado como nadie y ha conseguido cosas increíbles que antes serían impensables en Farah —toma la palabra mi amiga—. Ambos están muy enamorados y os garantizo que lo que ha hecho Mike por ella no lo hace cualquiera por alguien a quien acabas de conocer, a no ser que sienta algo muy fuerte.

Silencio.

Más silencio.

Mike agarra mis manos y yo las suyas, estoy al borde del colapso. Ninguno aparta la vista de mi padre.

—Todo eso está muy bien, Lucía —comenta con parsimonia—, pero aún no he oído a mi hija decir nada al respecto. ¿Y bien?

Sigo mirándolo, giro un poco la cabeza hasta mi madre, miro a mis amigos y por último me centro en mi gringo favorito. Sus ojos, sus preciosos ojos, como siempre, me dicen tanto… Es imposible no perderse en cada una de sus promesas. Tengo muy claro lo que quiero y lo quiero a él. Pase lo que pase.

—Lo amo tanto, papá, que jamás creí que fuera posible en tan poco tiempo —declaro sin dejar de mirarlo a los ojos.

Y no por miedo a lo que puedan estar diciendo los de mi padre, sino porque es imposible luchar contra el imán de nuestras miradas.

—Pues os doy mi enhorabuena —nos felicita al fin mi padre y ya sí lo miramos a él. Atisbo un deje de alegría en sus ojos, de añoranza cuando mira unos segundos a mi madre—. No creo que haya mejor hombre para mi hija que alguien que de entrada ha dado prácticamente su vida por ella. Gracias, Michael.

Mi padre le extiende la mano levantándose y Mike hace lo mismo. Ambos acaban abrazados y los demás también nos unimos.

Soy muy feliz. No puedo pedir más.

Ahora entiendo lo que ha hecho Mike. Primero ha querido asegurar mi protección y dejar claro que, pasara lo que pasara, iba a luchar por mí. Se ha arriesgado antes de saber la postura de mi padre y es algo que sé que él ha valorado muchísimo. Se ha ganado aún más su confianza. Mike no es de los que se achantan ante nada y se lo ha demostrado.

Soy inmensamente feliz a su lado; sin embargo, aunque tenga muy claras mis ideas y mis sentimientos hacia Mike y cuente con la bendición de mis padres, tengo que tomar algunas decisiones que no van a gustarle mucho…



CAPÍTULO 33. SECRETOS

Mike

La conversación que vino después no fue tan amena. Por teléfono, Farah les había hablado de los chantajes de Igor, del robo, de lo que sucedió después… Pero no conocían la historia que había habido entre ellos dos. Les estuvo relatando hasta el último detalle —obviando las palizas de ese cabrón, claro. No había necesidad de hacerlos sufrir más— y, poco a poco, fui viendo cómo el peso de su espalda iba menguando. Han sido muchísimos años de guardar y callar, de sufrir en silencio y de aguantar lo indecible.

Necesitaba liberarse.

Yo les he puesto al día en cuanto a las denuncias interpuestas, las fechas de los juicios y demás. Joseph, como principal dueño y estafado, tiene que estar al corriente de todo, porque será él quien esté al frente. Ahora sí se ha hecho todo legalmente y como tenía que ser.

Les he planteado la propuesta de cerrar la discoteca un par de semanas; han sido varias muy intensas y todos se merecen unas vacaciones para desconectar. Les ha parecido bien.

Es sábado y vamos a salir a cenar y a dar una vuelta los cuatro. Farah no quería, se ha cerrado un poco y está muy rara, pero no le ha quedado otra opción. De esta noche no pasa que averigüe qué le preocupa tanto. Yo ya me encuentro mucho mejor; si todo va bien, el lunes me quitarán los puntos y eso significa que ya no me quedarán excusas para quedarme. Tendré que marcharme, como mucho, el jueves o el viernes. Tengo muchísimo trabajo atrasado en la empresa y asuntos importantes que necesito tratar en persona y que no admiten más demora.

He intentado sacarle el tema varias veces y siempre me da evasivas, no sé qué pensar. Soy consciente de que si se viniera, serían muchísimos cambios de repente para ella, sobre todo, el estar tan lejos de su familia, pero no le estoy pidiendo más que unas vacaciones, que conozca aquello, mi casa, mi entorno y a mi familia. Después, entre los dos buscaríamos una solución. Incluso le he propuesto que, si Los Ángeles no le gusta o no logra adaptarse a la ciudad, yo me vendría con los ojos cerrados, aunque allí tendría muchísimas más oportunidades para su carrera que aquí.

Estoy terminando de abrochar los botones de la camisa en mi habitación —desde que regresaron los padres de Farah he vuelto a ella. Ante todo, respeto—, cuando entra Brian con unos vaqueros color vino y camisa blanca. El buen tiempo ya no permite ni chaqueta ni cazadora.

—Eres peor que una tía, joder —se queja mientras se echa mi perfume.

—Y tú siempre tienes que estar diciendo la misma tontería —termino de abotonar el último dejando los dos cercanos al cuello sin abrochar. Le quito el bote de *Invictus intense* para echarme yo—. Ya sabes el coraje que me da que toques todo, ¿por qué no me esperas abajo o te das golpes contra una pared si te aburres?

—Primero, lo hago porque sé que te molesta y porque no me queda más de mi perfume —comienza a decir mientras se tira en la cama y yo recojo la habitación para irnos. Cuanto antes, mejor—; segundo, no lo he tocado todo, sólo el bote; y tercero, ¿qué narices te pasa desde hace dos días? Estás más insufrible que nunca.

Me miro al espejo mientras coloco mi indomable pelo y su pregunta me cae pesada. Es lo mismo que me llevo preguntando yo desde que Farah está rara. Me observo antes de salir: pantalones vaqueros, camisa informal, mis deportivas blancas… Pero no veo nada. Sólo quiero verla a ella como estaba días antes, bien, abierta a mí y no a años luz.

—Sé que algo le pasa —reconozco por fin en voz alta—. Y tengo un mal presentimiento.

Se me ha pasado de todo por la cabeza, desde que la estén volviendo a molestar hasta que no está segura de lo que siente ahora que ya ha pasado todo.

—Estoy convencido de que no es nada grave, hermano. Han sido muchas cosas en muy poco tiempo y ya no es sólo eso… ¿Qué vais a hacer ahora? Sea quien sea el que decida tomar la decisión de dejar todo atrás, hay que empezar a darle vueltas, es normal. Los cuatro tenemos que tomar decisiones difíciles.

—Sí, claro. Venga vamos —no quiero seguir hablando del tema por mucha razón que tenga y él lo deja estar.

—Esta noche vamos a disfrutar, es nuestro último fin de semana aquí y hay que pasarlo bien sí o sí.

***

En todo este tiempo, pocas han sido las veces que hemos podido salir a tapear los cuatro juntos. Los problemas, los malos royos, el poco tiempo, el trabajo o, simplemente, las ganas de intimidad han sido los causantes, pero aquí estamos, en una terraza disfrutando de la brisa

primaveral cada vez más cálida y, sobre todo, disfrutando de la compañía.

—Por nosotros —alza Lucía la cerveza sin alcohol—. Por la pequeña familia que hemos formado los cuatro y el o la que está por llegar —se señala la barriga y todos sonreímos—. Porque todo nos va a ir mucho mejor y, lo que es más importante, porque siempre estemos juntos —finaliza y los cuatro hacemos lo mismo con nuestras copas.

—Por todo eso, rubia, por todo eso —puntualizo después de beber y después miro a mi chica —, en especial, por eso de estar siempre juntos, ¿verdad, pelirroja?

—Claro, sí —contesta nerviosa y yo frunzo el ceño. Cuando voy a preguntarle directamente qué narices le pasa, a ambos nos suena el móvil.

—Una foto de mi hermano —aclara extrañada mientras la ve.

—Otra de la mía —musito y mi cabeza empieza a ir a mil, estoy completamente seguro de por dónde va esto y, cuando abro el mensaje, confirmo que no me he equivocado en nada. Definitivamente, esto no ayuda a que me calme—. ¡Joder!

—Por esa cara diría que, como mínimo, Livy está con los zapatos en tu sofá —bromea el gilipollas que tengo por amigo.

—Es mucho peor —contesto hirviendo de ira.

En la foto aparecen Tomy y mi hermana —esta casi sin ropa—, abrazados bastante acaramelados, en el jardín de mi casa, con la piscina de fondo y con mucha pero que mucha gente por todas partes, tanta, que no sé ni cómo estoy viendo algo de mi propiedad.

—La mato, yo la mato —declaro mientras busco su número en la agenda.

—No sé, yo no veo nada malo, es una fiesta, ¿no? —intenta mediar Farah.

—No, qué va —ironizo bastante cabreado—. Sólo es eso, una fiesta, en mi casa, con más o menos un centenar de personas, entrando y saliendo, haciendo y deshaciendo sin que yo esté, cuando lo único que le hice prometer a mi hermana es que no haría nada de eso y, lo que es más importante, sin un puñetero trapo que tape su ridículo bikini, si es que se le puede llamar así, y siendo sobada por tu hermano. No, pelirroja, yo tampoco veo nada malo.

—Oye, ¿qué es lo que más te fastidia: eso o que esté así con mi hermano? —inquiere molesta.

—Todo —sentencio volviendo a llamar, no me lo coge.

—Pues no debería. No puedes ser tan cínico como para enfadarte por el de hecho de que estén así. Son mayorcitos y te recuerdo que tú haces lo mismo —nuestras miradas se quedan congeladas.

—No conoces a su hermana —intercede Brian—. Es muy buena niña, pero no tiene límites con las fiestas.

—Pero sí conocemos a su hermano —contesta Lucía—. Aunque pueda parecer lo contrario, es sumamente responsable y no permitiría que se hiciese nada malo.

—Perdona que tenga mis dudas, es mi casa y ya hay varios antecedentes —replico al borde del colapso.

Era justo lo que me faltaba para que mi cabreo aumentara. ¡Joder!

—Brian, llámala tú, a ver si te lo coge —digo poniéndome de pie y alejándome un poco de la mesa. Si llega a descolgar el teléfono, no va a ser una conversación amena.

Segundos después veo cómo Farah se levanta y viene hacia mí. Estoy apoyado en la baranda de un paseo, frente a los veladores. Es verla así y por unos instantes se me olvida todo. Destila una seguridad al andar que me pone a cien. Su personalidad arrolladora se nota en cada paso que da. Lleva un vestido de tubo ajustado por debajo de las rodillas que le marca su perfecta silueta. Es simple, sencillo, de media manga, color cereza y lo cubre con una chaqueta vaquera. Los zapatos son de tacón alto y el bolso, color camel. Tiene un estilo propio inigualable. Es la

primera vez que la veo tan arreglada con tan poco y por elección propia. Es ella misma, mi pelirroja. Su pelo largo va suelto con unas ondas cayendo hacia un lado y los labios del mismo color que el vestido. No me puede gustar más. Pienso descubrir qué le sucede o le preocupa y lo vamos a solucionar.

—Deja que pruebe con mi hermano también —se pone el teléfono en la oreja y llama. Yo no puedo dejar de mirarla, eso me tranquiliza.

Vuelvo a intentar la llamada número veinte, juro que la mato.

—¿Tomy? —contesta, me acerco, pero levanta la mano. Espero, me acerco para oír.

—¿Hola, tata? ¿Qué tal todo, mejor?

—Sí, sí, ¿y tú qué tal? —pregunta mientras intenta echarme de su lado.

Ni lo sueñes, pelirroja.

—Bien, ¿os han llegado las fotos? —ríe y maldita la gracia que me hace a mí—. Esto es una pasada, me alegro de no haber regresado con papá y mamá. Me gustaría quedarme un tiempo, al menos, hasta que tú vengas, porque vendrás, ¿no?

Eso, Farah, ¿vendrás? Me quedo quieto, callado y tenso. Ella lo ha notado y sonríe nerviosa. No pensé que Tomy fuera a resolver mi duda. Si todo sale bien y contesta que sí, hasta puedo dejar pasar la fiesta, en caso de que no haya desperfectos ni tenga que acudir la policía, claro.

—Sí, bueno, ese no es el tema… ¿Quién narices te manda a montar una fiesta así en una casa que no es tuya? ¿Es que ahora eres un inconsciente? —inquiere increíblemente cabreada y dejándome con la boca abierta.

¿En serio? Si el que estaba enfadado soy yo. Esto es de locos. La miro incrédulo y se pone un dedo en los labios mientras me sostiene la mirada unos segundos y comienza a dar vueltas. Menudo papel está interpretando para no contestar a la pregunta de su hermano… Definitivamente, tenemos mucho de qué hablar…

Ya no pongo ni siquiera interés en la llamada. Cuando me dirijo a la mesa, mi teléfono suena: Livy.

—Será mejor que tengas una buena excusa porque ya de por sí estaba muy cabreado, así que imagina desde que he visto la puta foto —no la dejo ni hablar al descolgar.

—Hola, hermanito, yo también me alegro de verte.

—Déjate de gilipolleces, Livy —mi voz no admite discusión.

—Vale, tranquilo. A ver, no ha pasado nada. La fiesta terminó hace horas. Tomy se ha encargado de que así fuera, lo tengo que reconocer. Sabes que por mi parte hubiera durado algo más —me aclara y lo malo es que sé qué es verdad—. Mañana viene una empresa de limpieza, la misma que tú tienes contratada, y lo dejará todo perfecto.

—Sólo te pedí una puñetera cosa —hablo con dureza.

—Lo sé, pero tenía que despedir mis vacaciones en tu casa. Ya vas a volver y dejará de ser una vivienda alegre para convertirse en «villa muermo», a no ser que Farah venga contigo. Si es así, al menos tendrá algo de vida —suelta y se queda tan ancha.

—No pienso escuchar más tus tonterías. Es hora de que crezcas un poco, ¡joder! En cuanto limpien, te quiero fuera. Ya hablaremos tú y yo.

No la dejo ni contestar y cuelgo en cuanto acabo de hablar.

Cuando me doy la vuelta, Farah está mirándome muy seria.

—No tenías que haber sido tan desagradable.

—Ni tú tan evasiva.

Me marcho hacia la mesa y decido dejarlo por el momento, no vamos a fastidiar la cena; las tapas están buenísimas.

Farah

¡Maldito gringo de las narices! ¿Por qué me tendrá que poner las cosas tan difíciles?

Sólo estoy intentando encontrar el momento para hablar con él. Estoy segura de que cuando me escuche me entenderá. O eso espero porque si no…

Lo sigo hasta la mesa y me siento, la tensión se puede cortar con un cuchillo y decido pedir una botella de mi vino blanco favorito. Todo con vino se lleva mejor.

—Si alguno quiere vino también, que se pida otra. Esta es mía —informo sirviéndome una copa ante las carcajadas de mi amiga.

—No lo dudo, amiga, no lo dudo.

Doy mi primer sorbo sin quitar mis ojos de los suyos. Me miran intensamente. Por una parte, quieren echarme la bronca por esto y por más; por otra, la que más gana, quiere devorarme de arriba abajo. Sus increíbles ojos marrones están ya casi negros en este momento y con esta luz. Es excitante la forma en que me habla a través de ellos. Su fiereza me vuelve loca. Hace que me humedezca de manera instantánea.

Tengo que reconocer que el tira y afloja que nos traemos es agotador, pero a la misma vez nos pone. Nos pone muchísimo porque siempre acabamos solucionándolo en la cama o donde sea, mi cuerpo junto al suyo, juntos con nuestro deseo.

Un montón de tapas y una botella de vino después, nos dirigimos a un local de copas. Se me hace raro, sobre todo, después de tanto tiempo sin salir de copas fuera de la Stars, pero pienso disfrutarlo, yo y mi *yo* afectado por el vino, claro. Ella también quiere, creo que hasta más. Al que no le hace ya tanta gracia es a mi gringo y es que, a ver, algo perjudicada sí que voy, pero no necesito que nadie me cuide.

Llegar a la barra se convierte en una odisea, todo el mundo me para con el fin de saludar. Cuando lo conseguimos, me pido lo mismo que Mike: un Jack Daniel’s solo con hielo.

—¿No crees que ya has bebido suficiente? —dice con voz grave en mi oído por encima de la música.

Miro hacia mi derecha, donde se encuentra, y me derrito sólo con verlo. No creo que me canse nunca de tenerlo tan cerca, de su atractivo rostro varonil, de su cuerpo y de todo su conjunto, pero, sobre todo, de que sea mío.

Me acerco lentamente y sitúo mis labios en su oreja, suave, casi rozando. Comienzo a hablar y noto cómo se estremece.

—No te haces una idea de lo que puedo llegar a beber sin perder el conocimiento, casi ni inmutarme, así que imagina lo que puedo llegar a hacerte así, desinhibida, sin filtro —bajo mi mano por sus abdominales, estamos pegados a la barra y nadie nos ve—, con descaro —sigo bajando hasta su cremallera y acaricio bruscamente su dureza— y con deseo, mucho deseo.

Acabo dándole un beso de película que, por supuesto, es correspondido. Los dos respiramos descontrolados. Nuestro beso se ha intensificado de una manera casi desvergonzada — si me importase la vergüenza ahora mismo—, cosa que no es así.

Entonces él para un momento y yo protesto al quedarme vacía de su beso. Su pecho sube y baja y sus ojos me muestran una urgencia insaciable, como si un vampiro llevara horas chupando sangre y nunca le resultara suficiente. Así lo demuestra él. Así me siento yo; deseosa de más. Siempre.

Coge su vaso sin soltarme y se lo bebe de un trago. Me ofrece el mío y me pico, acabo haciendo lo mismo. Su expresión, cuando lo termino sin ni siquiera inmutarme, me hace reír. Creo que jamás ha visto a una tía como yo, que coma sin conocimiento y que le iguale bebiendo. Esas *barbies* de plástico no dan este tipo de espectáculos.

—Vamos.

Coge mi mano y sólo me da tiempo a decirle adiós a mi amiga desde lejos. Al principio frunce el ceño, pero después cuando me ve riendo responde igual, con otra sonrisa.

Sé que esta noche promete, sé —y espero— que nos amaremos como nunca hasta el amanecer, también sé que de esta no me escapo. Quiere respuestas y se las voy a tener que dar. No más secretos.



CAPÍTULO 34. AL DESCUBIERTO

Farah

Sé que vamos en mi Audi porque lo vi antes de subir y porque vinimos en él, pero no tengo ni idea de a dónde nos dirigimos. Podría haberlo sabido, pero no he ido prestando atención. Con la compañía que llevo, como para fijarme en nada más. Tanto es así, que en un momento dado me he desabrochado el cinturón y, sin previo aviso, me he puesto a horcajadas sobre mi gringo ante su cara de sorpresa.

Desde que subimos al coche no ha dejado de tocarme lentamente cada parte de carne visible para él, subiéndome el vestido cada vez más, excitándome, torturándome con esos movimientos al conducir. Mantiene su perfecto perfil concentrado, eso sí, sin dejarme desatendida. Su descaro y su conciencia plena en cada gesto, la tensión de cada músculo al coger el volante o cambiar de marcha hacen que me derrita hasta volverme puro líquido de deseo. Me ha besado y mirado de esa forma que me pone a mil —más aún de lo que ya estaba— y no me he podido controlar. Cuando he visto que no había peligro porque su velocidad es muy reducida, ni me lo he pensado.

—Vaya, veo que alguien tiene mucha urgencia —susurra sensual contra mis labios mientras no deja de mirar la solitaria carretera.

—Contigo siempre tengo urgencia —declaro lamiendo su oreja. Su cuerpo se estremece.

No contenta con eso, lo beso con ímpetu mientras meto la mano entre los dos. El vestido ya me llega por la cintura así que no supone ningún problema. Las medias son de liguero, así que sólo me centro en apartar el tanga, desabrochar su pantalón y bajar su bóxer.

En este momento el coche se detiene.

No dice nada. No digo nada. Nuestras respiraciones alteradas se encargan de ello.

Su dura y gruesa erección sale de su escondite y la introduzco sin delicadeza en mi interior, dejándome caer junto con un grito de placer que él también emite. Por cómo estamos ya de excitados y la noche que llevamos, esto va a ser rápido.

Sus fuertes manos me sujetan por la cintura y me ayudan con el movimiento, hasta el fondo.

—Eso es, pelirroja. Fuerte. Hasta el fondo —gime besándome como puede y acelerando los movimientos aún más.

La fricción entre nuestros cuerpos me vuelve incluso más loca. Me sujeto a su cuerpo, al techo, a la ventanilla y al asiento. Incluso me echo hacia atrás contra el volante, así la penetración es más intensa.

—Te necesitaba dentro —jadeo y vuelvo a bajar fuerte.

Ruge. Grito. Gime. Jadeo.

Voy a correrme y, según me mira, él también lo sabe.

—Pues ya me tienes dentro, córrete para mí, nena.

Y no puedo más que seguir su orden.

—¡Mike! —grito totalmente descontrolada entre espasmos mientras el éxtasis me recorre entera.

—Sí, joder, cómo me aprietas —ruge y a la misma vez siento cómo se vacía en mi interior.

Mientras él continúa bombeando cada vez más lento, yo me dejo caer sobre su cuerpo. Ahora mismo no puedo ni con mis pestañas. Aun así, sé que esto ha sido un aperitivo de lo que me espera.

Sonrío feliz mientras retomamos la marcha después de una corta calma.

Voy sumamente relajada. Nuestras manos se tocan suavemente, con ligeras caricias que me hacen estremecer. Entonces reparo en el oscuro exterior, reconocería este trayecto con los ojos cerrados.

—¿Volvemos hacia las estrellas? —pregunto con una sonrisa cuando veo que vamos por la pequeña carretera que lleva hasta el Santuario de la Virgen de los Remedios, patrona de mi pueblo. Cerca de ese lugar se sitúa el planetario al que lo llevé y que es uno de mis lugares favoritos, después de mi castillo, claro.

—Digamos que tengo un buen recuerdo de este sitio —me mira de reojo con esa media sonrisa que me deja sin respiración. Sube mi mano y la besa—. Es evidente que con este coche era imposible ir por el camino, me informé de más opciones, ya que tú no me dijiste mucho más.

—No pensé que quisieras volver —reconozco con una sonrisa que poco puedo ocultar.

—Todo, absolutamente todo lo que te guste a ti es importante para mí. Que no se te olvide.

Mike

Hemos llegado a la misma cabaña en la que estuvimos la otra vez. Cuando hablé con los encargados, les dije que estuviera como a ella le gusta, que sería una sorpresa. Su cara de emoción al ver las velas, las luces suaves y su botella de vino favorita es mi mejor regalo.

—Así que en esto andabas todo el día, ¿no? —se gira dentro del salón para mirarme con un brillo especial, yo sigo apoyado en la pared de la entrada mirándola completamente enamorado.

—¿Vino? —digo acercándome a la mesa y cogiendo las copas para servir.

—Tengo un excitante recuerdo del vino en este lugar, así que sí, sí quiero.

Se acerca por mi espalda y comienza a acariciarla hasta llegar a la cintura de mis pantalones. Luego baja despacio hasta mi culo, el cual aprieta con fuerza. Termino de servir las copas con la respiración bastante alterada, las dejo sobre la mesa, me giro y sujeto sus manos a su espalda. Nos miramos intensamente. Nuestras pupilas están dilatadas por el deseo. Nunca me voy a saciar de ella y creo que le pasa igual conmigo: somos insaciables. Pero he venido aquí con algo más que perderme en su cuerpo, eso ahora mismo, después de lo del coche —me ha cogido por sorpresa y me ha encantado—, puede esperar.

—¿Te gustaría que volviera a beber de tu cuerpo? —susurro mientras lamo su cuello hasta llegar a su oído.

Jadea e intenta soltarse, no se lo permito.

—¿Te gustaría que te anudara a la cama hasta volverte loca mientras te proporciono el mayor de los placeres?

Ahora me centro en sus pechos: por encima de la ropa los muerdo y los humedezco hasta que los pezones se vuelven duros como guijarros.

—Por favor…, Mike —gime descontrolada.

—¿Y que te posea como a ti te gusta? Fuerte, duro, en todas las posturas posibles —continúo ignorando su ruego y devorando su boca sin control.

Gimotea de placer mientras intenta moverse, tocarme y yo, por primera vez, comienzo a dudar de mi plan. No sé si aguantaré, la tengo justo donde quiero.

—Para que yo haga todo eso, sólo tienes que hacer una cosa —la informo al mismo tiempo que la suelto y tomo mi copa de la mesa.

—Pero, ¿qué coño…? —se queja frustrada.

—Habla —sentencio mientras me doy la vuelta para sentarme en el sillón y me recoloco la maldita erección.

Esto te pasa por jugar a un juego que te viene grande. La próxima vez te lo piensas mejor, idiota.

Cállate, capullo, no hay otra opción.

Y una mierda.

Otra para ti. Ahora déjame.

—No me lo puedo creer —repite mientras da vueltas. Al final acaba cogiendo la otra copa y bebiendo de un tirón.

—Si crees que borracha me vas a contar todo mejor, perfecto —comento arrogante mientras observo cómo su frustración y su cabreo no hacen más que aumentar.

Me fulmina con la mirada e inmediatamente después se quita la cazadora y los tacones de una patada.

—Aunque, si te decantas por hacerlo desnuda… Yo a eso sí que no le pongo objeción.

—¡Oh, cállate, gringo!

Cojo la cazadora al vuelo, me la ha tirado a la cabeza, estamos bastante lejos como para que me hubiera dado. Se ha sentado en el sofá y está muy callada. La conozco lo suficiente como para saber que está dándole vueltas a cómo decirme lo que sea. Si estoy en lo cierto, creo que es más grave de lo que esperaba. Me tenso y mi inquietud crece hasta convertirse en miedo.

Me levanto, voy hacia la mesa, sirvo otras dos copas y me siento a su lado en el sofá mientras

le brindo la suya. La coge, pero no me mira.

¡Oh, oh!

—Farah, me estás asustando, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué te atormenta tanto? —levanto su barbilla hasta que nuestros ojos conectan. Su mirada, hasta ahora cubierta de deseo y felicidad, está llena de tristeza y de lágrimas a punto de derramarse—. Prometimos que nada de secretos ni mentiras.

Me mira, mira mi brazo sujetando su cara y mira la copa. Se la bebe de un trago sin ni siquiera respirar y me vuelve a mirar.

—No voy a ir a Los Ángeles, Mike.

¡¿Qué cojones…?!

—¿De qué narices hablas, Farah? —hablo con rabia contenida, me levanto—. ¿Qué me quieres decir con eso?

—No puedo marcharme, lo siento —su frase llega con su llanto.

—¡Joder! —rujo tirando mi copa contra la pared, necesito desahogarme.

—¡Mike, tranquilo, escúchame! —se levanta e intenta acercarse sin dejar de llorar, pero yo no se lo permito.

Me está dejando.

—¿Que me tranquilice? —me vuelvo a apartar ante otro acercamiento por su parte, no puedo controlar la ira que siento ahora mismo—. ¿Qué quieres que escuche? ¿Que no estás dispuesta a intentar que esto funcione? ¿Que no sientes lo mismo que yo y justo ahora te das cuenta? ¿Qué, Farah? ¿Qué cojones tengo que escuchar?

—¡Sólo mis razones, maldita sea! —grita poniéndose frente a mí.

Y ese es justo mi puto problema, mi debilidad: verla llorar y en este estado. Vuelvo a girar mi cuerpo y miro hacia el oscuro exterior intentando que la paz que debería proporcionar este lugar me cale hondo, pero no lo consigo. No puedo pensar con coherencia.

—¿Y qué hay de eso que decías sobre estar siempre juntos? —no me molesto ni en ocultar mi dolor—. Hablabas de superar lo que fuera, incluso la distancia. Me lo creí, ¿sabes?

—Nada de eso ha cambiado. ¡Maldita sea, Mike! —tira de mi brazo con fuerza, pero no con la suficiente—. Mírame, por favor.

Respiro hondo y poco a poco voy girando mi cabeza, no mi cuerpo. Los surcos del rímel causan estragos en sus mejillas y aun así está preciosa. Duele, duele verla y saber que en unos días me iré y será sin ella. Sea por el motivo que sea, pasará así y no puedo controlar la rabia.

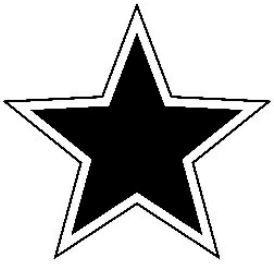
—No puedo dejar justo ahora a mis padres solos al frente de tantos problemas. Tengo que estar aquí, con ellos. Sé que mi padre tiene un gran pesar, lo conozco y se siente muy culpable por lo que ha sucedido. No puedo permitir que cargue con todo el peso que le dejo si me voy y menos con su delicada salud. Eso no significa que mis sentimientos hacia ti hayan cambiado, que no me duela hasta el alma tomar esta decisión —sus preciosos ojos son los más tristes que he visto hasta ahora, las lágrimas que no dejan de brotar en ellos—. Sólo te pido tiempo, volveremos a estar juntos. Sé que podremos con esto y con lo que venga. Te quiero, Mike, con todo mi ser.

Sus últimas palabras casi no las puedo oír porque se rompe en mil pedazos y a mí me rompe con ella. La sujeto con fuerza y la estrecho entre mis brazos. Sus sollozos llenan la estancia y mis ojos se inundan de lágrimas que no me permito derramar.

No, joder, esto no puede estar pasando.



CAPÍTULO 35. DULCE DOLOR



Ha sido una de las noches más bonitas y duras de toda mi vida. Siempre que Mike me hace el amor es increíble, mágico, de otro mundo. Sin embargo, esta noche ha tenido un regusto amargo. Esta noche ha sido una despedida.

Aún estamos en la cama, él dormido y yo entre sus brazos, desnudos. Mi piel huele a él. Todo huele a él. Aún puedo sentir sus manos y su boca recorriendo mi cuerpo mientras me amaba. Un dulce dolor en mis piernas y mi sexo me lo recuerda. Mis labios hinchados por sus besos siguen con ese inconfundible hormigueo. Paso de manera inconsciente mis dedos por ellos y con mi lengua siento su sabor.

Quiero recordar todo mientras estemos separados, memorizar cada parte de su cuerpo, su manera de mirarme y de tocarme, incluso de enfadarse. Sé que ahora lo está, yo también lo estoy conmigo misma por haber tomado esta decisión, pero no tengo otra opción. Mis padres me necesitan.

Esta noche, aparte de amarnos, hemos hablado como una pareja con futuro. Así lo quiero creer.

Hemos buscado soluciones para que no sea tan duro, aunque creo que eso va a ser imposible. Sólo de pensar en que vuelva a su vida de lujo con esas chicas impresionantes y perfectas alrededor, me vuelvo loca. No quiero ni que se me pase por la mente, aunque tengo que tener en cuenta cualquier posibilidad. Puede que cuando regrese se dé cuenta de que todo esto ha sido una pérdida de tiempo, de que yo no soy suficiente.
Una lágrima cae ante tal pensamiento y el intenso y constante dolor en el pecho que tengo desde anoche no me deja ni respirar. Se intensifica, igual que mis sentimientos hacia él. ¿Cómo pueden ser cada vez mayores?
Me informó de la posibilidad de traer aquí a España una sede de su empresa en caso de que yo no me decidiera a instalarme en Los Ángeles y me abrumé sólo con la idea. No porque no me guste, sino porque es mucho más valiente que yo.
Si hay algo que tengo claro, son sus sentimientos hacia mí, exactamente iguales que los míos, pero entiendo que con esta decisión no se lo estoy demostrando lo suficiente. Tengo mucho miedo, no puedo negarlo y así se lo he hecho saber; eso no significa que lo quiera menos. Iré a donde tenga que ir para estar con él, sólo necesito tiempo. Un futuro no se puede decidir en un día, aunque cualquier instante puede cambiarlo.
Al menos, hasta que pasen los juicios y todo se solucione, me gustaría estar junto a mis padres. Él ha reconocido que, muy a su pesar, haría lo mismo y eso me ha tranquilizado mucho.
—Joder, pelirroja, te voy a echar mucho de menos —susurra con voz ronca mientras me abraza con fuerza y besa mi cabeza.
—Y yo a ti, tanto que no sé qué voy a hacer —contesto mientras me subo a horcajadas sobre su cuerpo.
Ambos nos miramos intensamente, con hambre, deseo, amor, sentimientos puros que revelamos en cada uno de nuestros movimientos o gestos. Nuestros sexos se rozan y no podemos evitar gemir. Él se revuelve y resopla. No nos movemos un ápice durante lo que se me antoja un tiempo bastante largo.

Mike

Esta visión de ella me está matando, sobre todo, el no saber cuánto tiempo transcurrirá hasta poder volver a tenerla justo así: a horcajadas sobre mi cuerpo en una cama, desnuda, sensual e inocente. Esa mezcla me vuelve loco. Sus pechos esperan ser atendidos por mí.

Es increíble.

Ella es increíble.

—Quiero hacerte el amor muy muy despacio —susurro con voz ronca mientras entro en su cuerpo lentamente—. Quiero saborearte, disfrutarte para poder recordar cada curva de tu cuerpo los días que no podamos vernos. Así podré guardar en mi mente una milésima parte de lo que somos ahora —comienzo a mecerme bajo su cuerpo y sus jadeos me erizan la piel—, aunque nada nunca será suficiente. Nada será como tenerte así para mí, como estar dentro de ti.

Va a decir algo y entonces una lágrima cae por su mejilla, no dejo que hable. Asalto su boca bebiéndome cada sentimiento, notando cómo se derrite entre mis brazos y yo con ella.

Amarnos es lo único que necesitamos.

***

—¿Mañana te quitan los puntos? —pregunta Loli mientras cenamos otra de sus exquisitas comidas.

Después de quedarnos todo el día en la cabaña del planetario y de vivir momentos únicos, en muchos aspectos, hemos llegado a casa justo para la cena. Lucía y Brian también están.

—Sí, si todo va bien, que yo creo que sí, lo harán —respondo antes de llevarme a la boca un trozo de cochinillo al horno que quita el sentido.

Sin duda, la comida es una de las cosas que también echaré de menos. Es increíble. Aunque pensar aquello que voy a echar de menos no creo que haya sido buena idea… Miro hacia mi derecha y veo a Farah remover la comida una y otra vez. Su mirada es triste, sus movimientos también, hasta su voz cuando habla. Yo evito que me vea afectado, ya es demasiado difícil la situación como para que me lo note.

Su madre nos mira a ambos, no dice nada. Saben de la relación tan especial que tenemos, hablamos con ellos en cuanto llegaron y su aceptación fue muy positiva, aun con todo lo que estaba sucediendo alrededor, pero también son conscientes de que algo ocurre y creo que incluso mucho mejor que nosotros. Son bastante prudentes y no se meten en nuestros asuntos. Yo lo agradezco.

—Bueno y, ¿cuándo regresáis a Los Ángeles? Es lo último que quiero, que conste —aclara Joseph de inmediato.

Ante la forma en la que nos hemos tensado mi pelirroja y yo, Brian toma el control de la situación.

—Pues yo, en principio, si esta semana conseguimos dejar listo lo referente bebé y cerrar unos negocios que tengo pendientes, me iré con Mike el jueves o el viernes. De no ser así, me marcharía la semana que viene, pero estaré fuera por poco tiempo. Me gusta este lugar y alguien tendrá que mudarse en un futuro —sonriente mira hacia su chica—. Mientras esté embarazada, este me parece mejor sitio para vivir que el caos de Los Ángeles.

—Me parece una idea maravillosa, chicos —comenta Loli con un deje de tristeza cuando fugazmente nos ha mirado a nosotros.

La tensión se puede cortar con un cuchillo y yo me siento perdido. Quiero ayudarla, que vuelva a sonreír y a hablar como siempre, que esté como es ella, pero resulta muy complicado.

—¡Ey, pelirroja! ¿Qué te pasa? —susurro solo para nosotros.

Me mira, no puede contestar porque mi teléfono suena. Lo cojo sin apartar mi mirada de sus ojos.

—Walker —respondo nada más descolgar.

—¡Hermano! ¡Que ya viene!

Los gritos de mi hermano desde el otro lado de la línea telefónica me sacan de la ensoñación y me pongo inmediatamente de pie.

—¿Cómo que ya viene? ¿Alexa ya está de parto?

—Sí —confirma totalmente emocionado—. Acabamos de llegar y creíamos que sería como las otras veces, pero cuando la han reconocido ya llevaba dos centímetros dilatados. Como es primeriza, puede durar horas, así que a lo mejor incluso te da tiempo a llegar. Me gustaría que estuvieras aquí, joder. No sé qué hacer y tu gilipollez seguro que me haría pasar mejor el tiempo y afrontar de otra forma la situación —concluye excitado. Parece una metralleta disparando palabras.

Una sonrisa amarga se escapa de mi boca. Él me trajo aquí y él me devuelve. Todo sin planes de por medio, de un día para otro. La primera vez no sabía a lo que venía y resulta que nada más y nada menos encuentro el amor. Ahora conozco a la perfección lo que me espera allí, algo a lo

que no quiero enfrentarme: un mundo sin ella. Mucho o poco tiempo, de vacaciones o porque nos instalemos de manera definitiva, no sé cuándo será la próxima vez que nos volvamos a ver ni el motivo. Sin que nuestros ojos desconecten en ningún momento noto cómo inevitablemente los suyos se llenan de lágrimas.

—Tranquilo, hermano. Ahora mismo reservo el primer vuelo que haya mañana. Estoy deseando conocer a mi sobrino.

No he terminado de decir las últimas palabras cuando sale corriendo.

Farah

¡Se va! ¡Se va! ¡Se va!

Joder. Esto es una puta tortura.

¡No quiero que se vaya!

Mis lágrimas ya no me dejan ni ver. Es tan grande el dolor que siento que temo que el pecho explote de la presión. Ya sí que es un hecho. Mañana se va y no podré hacer nada. Tengo claro que cuando todo esto pase y mis padres puedan relajarse un poco quiero ir. Quiero estar con él, pero ahora es imposible.

—Sabía que estarías aquí.

Sólo su voz es capaz de erizarme por completo. Lo noto a unos pasos de mí. Al igual que la otra vez, me está dando mi espacio.

Estamos en la terraza, frente al castillo, otro de nuestros sitios especiales y eso aún duele más. Aquí, al castillo y también al planetario huía para evadirme de todo, para pensar. Ahora serán recuerdos junto a él. Hasta que volvamos a estar unidos, resultarán demasiado dolorosos.

Sé que no estoy siendo justa y que tengo que cambiar el chip, pero es que no me lo esperaba. Ya lloraré cuando se vaya, cuando no esté. Ahora quiero disfrutarlo, que su último recuerdo no sea triste.

—Lo siento, de verdad que lo siento —me doy la vuelta y subo mis manos a su cara. Los dos estamos destrozados—. No me lo esperaba. Pero ya está, no más lágrimas. Quiero disfrutar de ti una última noche hasta que nos volvamos a encontrar.

—Eso mismo estaba pensando yo —susurra justo antes de dejarme sin respiración por su beso.

***

—¿Ya lo lleváis todo? —repite mi madre por enésima vez. Desde aquí puedo escucharla.

Estoy terminando de peinarme y de coger las cosas de mi cuarto para irnos. Brian, Lucía y yo vamos a Sevilla a llevar a mi gringo. Creo que necesito unos minutos más para enfrentarme a esa dura despedida.

—Te están esperando en el garaje —me informa mi madre con voz triste entrando en el cuarto.

—Sí, ya, ya voy —contesto con una sonrisa nerviosa y meto lo que me falta en el bolso.

—Conmigo no tienes que fingir.

—¿Fingir? Qué tonterías dices, mamá.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué? —paro de meter y sacar cosas y la miro por primera vez desde que ha entrado.

—Esto que estás haciéndoos, esto que os tiene como alma en pena a los dos por no querer irte

con él. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha cambiado tanto para que hayas decidido no viajar? —me mira, pero no contesto—. Hubiese apostado a que esta situación no se iba a dar en ningún caso. Tal es el amor que se ve que os tenéis que, sinceramente, no lo entiendo.

—No es el momento, sólo eso.

—¿En serio? ¿De verdad crees que no es el momento de continuar viviendo este amor dure lo que dure? ¿Que no es el momento de ser feliz, disfrutar y cumplir tus sueños? —habla con dureza y yo no puedo más que derramar lágrimas silenciosas—. No crees que sea el momento de que esta vez te toque pensar en ti, ¿verdad? De que dejes de preocuparte de los demás y vivas tu vida, ¿no es así?

—No es eso —elevo mi voz y mi rabia.

Joder.

—¡¿Entonces qué es, Farah?! —supera mi tono, enfadada—. Porque no lo entiendo.

Por un lado, me muero de ganas de decirle mi principal motivo: ellos. Por otro, no quiero que tengan ese cargo de conciencia.

—Sólo es que necesito un poco de tiempo, mamá —musito agotada—. Pronto volveremos a estar juntos.

—Necesitas unas vacaciones, hija. Necesitas cambiar de aire, desconectar, salir de aquí y vivir tu historia con Mike.

Dicen que a una madre no se le puede mentir ni ocultar nada, que ellas lo saben todo. Otra cosa es que se hagan las desentendidas.

—Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti. Siempre nos vas a tener aquí para lo que sea. Siempre. Pero así, triste, sólo nos haces más daño a todos y, a la primera, a ti misma. La felicidad para unos padres no sólo está en tener a nuestros hijos bajo las faldas, sino en que estén donde estén o con quien estén sean felices. Eso es lo que queremos para vosotros. Ya es hora de que dejes de cuidarnos. Se supone que somos tus padres, es nuestra tarea —concluye intentando bromear.

No tengo palabras para contestar. Me lanzo a sus brazos y lloro.



CAPÍTULO 36. NUESTRO DESTINO

Farah

Acabamos de pisar el suelo de la terminal del aeropuerto de Sevilla, habré abierto mi boca para decir algo unas diez veces durante todo el camino y no precisamente nada relevante. Mike y yo hemos venido en el asiento de atrás como si estuviéramos pegados —sólo teniendo cuidado con la zona donde esta mañana le quitaron los puntos. Ha quedado genial y no le duele mucho—. Caricias. Besos. Susurros. Hemos aprovechado cada segundo como si estuviéramos a solas los dos.

A medida que nos acercábamos, mis pulsaciones se iban acelerando, pero desde que hemos llegado, están desbocadas.

—Voy un momento al baño —digo mientras ellos se dirigen a la cafetería. Aún falta bastante tiempo, no había ningún vuelo antes.

—Te acompaño, amiga. Ahh, parezco un aspersor lento, cada cinco minutos necesito evacuar.

—Qué bruta eres —no sé qué haría sin ella, al menos, consigue sacarme una sonrisa.

—Sí, tú ríete. No sé de dónde saco tanto líquido. Este embarazo va a acabar conmigo.

—Pues nada más que ha hecho empezar. No quiero ni pensar en lo que le espera al pobre Brian.

Entramos en los baños riendo y voy a echarme un poco de agua. Entre esto y ella, me relajo lo suficiente para los próximos veinte minutos. Con suerte, Lu tendrá que venir al baño otra vez.

Nos dirigimos a la cafetería, donde nos esperan para comer antes de facturar. Aún no es la hora. Yo no tengo mucha hambre, me pido un sándwich.

—¿Tienes noticias nuevas? —pregunto de nuevo por su cuñada.

—La cosa va bastante lenta por lo que dice mi madre, pero muy bien. No sé mucho más. Me ha explicado varias cosas que, sinceramente, no entiendo —sonríe y no hay nada mejor para mí.

Lleva puestos unos vaqueros desgastados, esos que tanto me gustan, con una camiseta blanca y algunos dibujos sutiles. Su pelo está indomable, como siempre, y asoma una incipiente barba que, sólo de recordar las cosquillas que me hace, me derrite.

Está increíble.

Es increíble.

Y yo voy a dejarlo escapar. Tengo la horrible sensación de que si no me voy con él lo voy a perder, que ya no va a ser nunca más mío, que algo va a pasar. Ese presentimiento cada vez es mayor, más doloroso.

Cuando eres pequeño, las preocupaciones son muy simples. Incluso si algo se complica y no están los adultos, se busca solución de la manera más lógica, sin miedos. Equivocarse a esas edades es el aprendizaje más significativo. ¿Por qué todo cambia cuando crecemos? Echo de menos eso. Ahora, aparte de los problemas que existen, nosotros nos buscamos más y más, queriendo o sin querer. No sabemos canalizar la mayoría de las situaciones y así nos pasa. Podemos perder muchas cosas por ese maldito miedo que crece junto a nosotros.

—¡Farah! Que si estás bien, amiga.

La voz de Lu me llega amortiguada y cuando reacciono los tres me están mirando con preocupación. Imagino que no es la primera vez que me llaman.

—Sí, estoy…. Estoy bien. Ahora vuelvo.

Me levanto y me pongo a andar sin saber a dónde. Necesito un poco de aire. La gente va y viene. Choco con unos y con otros. Me cuesta respirar. El miedo crece, me asfixia.

Necesito salir de aquí.

La posibilidad de perderlo y no hacer nada por evitarlo va a acabar conmigo. Veo una puerta y camino hacia la calle. Antes de que cruce, unos fuertes brazos me cubren.

—Pelirroja… —susurra y yo me vuelvo a romper entre sus brazos—. No puedo verte así, joder. No me puedo ir y dejarte en este estado. Me estás matando.

—Lo siento, pensé que podía, pero no puedo. No puedo. No puedo con esto —hablo entre hipidos.

—¿Con qué no puedes? —el miedo de su voz lo dice todo—. Habla conmigo. Cuéntame. Me estás asustando.

Nos separa un poco y eleva mi cara hasta que nuestros ojos conectan como la primera vez que hablaron entre ellos, como las veces que hacemos el amor sin dejar de mirarnos, como cuando sabían antes que nosotros el amor que existía. Ahora un halo de tristeza los inunda por completo.

No puedo con esto.

—La primera vez que te vi —comienzo a hablar entrecortadamente— deseaba que te fueras, que no vinieras a joderme todo, que volvieras a tu sitio y a tu vida, que dejaras la mía en paz. Ahora que te vas, no puedo imaginar mayor dolor. Te amo, Mike, con toda mi alma, más que a

nada en el mundo. Las cosas se han complicado bastante, pero resulta que te has convertido en mi vida entera y, si te fueras sin mí, te llevarías todo lo que soy. No me dejarías nada. No se puede vivir sin vida y yo ya no sabría vivir sin ti.

—Farah…

Su cara va cambiando por segundos, lo dice todo con ella.

—Sí, Mike.

—¿Quieres decirme lo que creo que quieres decirme? —inquiere emocionado, sujetando mi cara entre sus manos.

—Llévame contigo.

No me deja ni terminar esas dos palabras cuando me alza y me abraza mientras me da vueltas y vueltas.

—¡Mike, para!

Río. Lloro. Grita.

—¡Soy el hombre más feliz de mundo, joder!

La gente nos mira y se ríen; yo ni me molesto en preocuparme. Nuestras caras lo dicen todo, mojadas por mis lágrimas, pero con toda la alegría pintada en ellas.

Ahora mismo, en este momento, creo haber tomado la mejor decisión de mi vida. Al menos, la felicidad que siento así lo confirma. Sólo el tiempo lo dirá.

—Sé que en algún momento nuestros caminos se tendrán que separar mientras solucionamos nuestra situación, que ahora van a ser unas vacaciones, pero todavía no estaba preparado para ello. Todavía no, después de lo que hemos pasado juntos.

Volvemos a la mesa y cuando llego mis maletas están allí. Los miro a todos y la cara de mi amiga, sobre todo, es un puto poema.

—¿En serio? —no me lo puedo creer. Miro a Mike.

—No pensarías que de verdad me iba a ir sin ti, ¿no?

—Pero…

No me salen ni las palabras. Ahora mismo no sé si seguir riendo o llorando, si estar feliz o cabreada. No sé qué narices decir o hacer y opto por un poco de todo.

—Ni se te ocurra, que te veo venir —me advierte Lu—. No estropees el momento. Además, yo tampoco estaba convencida al principio y, si tú me lo pedías te iba a sacar de aquí a rastras, pero, chica, ¿qué quieres que te diga? La cara que traías no la veía desde hace tiempo. Te mereces ser feliz, ambos os lo merecéis. Y traéis esa felicidad pintada vuestras sonrisas. Además, tu madre no te quiere de vuelta hasta dentro de un mes como mínimo.

Esto es increíble. Cada vez estoy más sorprendida. Todos estaban convencidos de que me marcharía con él. Vuelvo mi mirada hacia Mike y tiene puesta esa sonrisa que me vuelve loca, la que me enamoró y con la que consigue derretirme.

—Siempre he luchado por lo que quería en esta vida y créeme que lo he conseguido prácticamente todo, aunque, claro, resulta que tú no eres cualquier cosa, no eres otra cosa más, eres mucho más que eso, lo más importante de mi vida. ¿Cómo no voy a luchar por ti? Como decías antes, no voy a renunciar a vivir, eres mi vida y sin ti no hay nada. Nos queda mucho camino, no será fácil, pero quiero que lo intentemos, pase lo que pase, juntos. Te quiero, Farah.

—Te quiero, Mike.

No hay mucho más que añadir a eso y tampoco es que la emoción me deje hablar. Pienso emprender el rumbo hacia mi nueva vida, con él, con mi amor.

—Bueno, chicos, creo que ha llegado la hora. Aquí tenéis los billetes —Brian nos entrega los papeles.

Ambos amigos se abrazan prometiendo verse dentro de unos días. Yo miro a mi amiga para hacer lo mismo y me encuentro con todo un mar de lágrimas.

—Lu, al final con tanto pis y los sofocones estos te vas a deshidratar —intento bromear, pero con la cara de pena y la fuerza con la que llora resulta imposible que no acabe yo igual.

—¡Ay, amiga! Ya te estoy echando de menos. Nunca nos habíamos separado tanto tiempo y estando tan lejos la una de la otra.

Nos abrazamos con fuerza e intento que se tranquilice.

—Ni se te ocurra darle más disgustos a mi sobrino, porque va a ser un niño, ya verás. Dentro de muy poco tiempo estaremos de vuelta y después ya veremos qué pasa, pero este embarazo no me lo pierdo por nada del mundo.

—Te he instalado Zoom en el móvil, yo ya lo tengo en el mío y quiero que hablemos todos los días, ¿vale?

—Voy a obviar esta parte también, junto con la de mis maletas —la madre que la parió, pero al menos he conseguido que sonría—. Y sí, hablaremos a diario, te lo prometo, tantas horas como podamos. Te quiero, hermana.

—Yo también a ti, tonta.

Nos volvemos a despedir todos y vamos hacia la sala de espera hasta que llegue nuestra hora.

Entré en este aeropuerto con un dolor increíble en el pecho por el hecho de tener que despedirme de él. En cambio, ahora no podría ser más feliz tras la decisión tomada. Voy a dejar mis miedos atrás y voy a vivir mi aventura junto a mi gringo favorito.

Mike

Aún no puedo creer que todo haya salido bien, que esté acurrucada entre mis brazos, esperando conmigo un vuelo hasta mi hogar. Es imposible ser más feliz.

De ninguna manera hubiera permitido que se marchara a Fregenal de nuevo y, de haber si así, me habría quedado junto a ella hasta terminar de convencerla el tiempo que hubiera sido necesario. Un amor que viene así, tan fuerte que es capaz de descolocar nuestra vida por completo, no puede dejarse escapar. No te puedes rendir sin luchar. Si algo he aprendido en esta vida —tanto en lo personal como en lo laboral—, es a no rendirme nunca. Si no fuese un buen coach, si no buscara soluciones a las situaciones que se presentan, no hubiera conseguido que miles de empresas hayan recurrido a nosotros durante estos largos años para solicitar nuestra ayuda. Si no hubiera puesto todo mi empeño, se habrían ido a la mierda. Y si en el trabajo me he dejado la piel y no he fracasado, ¿cómo iba a rendirme y no luchar por mantener a mi lado a la mujer a la que amo?

Ni siquiera entraba en mis planes.

—Todavía estás a tiempo —propongo susurrando en su oído.

—¿En serio? —gira su cara y me mira algo consternada.

—No, para nada. De ninguna manera —sonrío besándola.

—Ya me extrañaba a mí —contesta devolviéndome la sonrisa y el beso.

—¿Te arrepientes? —inquiero ahora totalmente en serio. Quiero saberlo.

Se separa un poco de mí ante mis protestas hasta estar casi frente a frente en estos incómodos bancos. No puede estar más bonita. Lleva unos vaqueros rotos, sus zapatillas blancas y una camiseta de esas anchas que dejan su hombro al aire. Paso mis dedos por él mientras aparto su larga melena de la zona. Me encanta sentir su piel. Levanta mi barbilla hasta que nuestros ojos conectan de una manera especial, como siempre, haciéndonos sentir algo mágico.

—De la decisión que acabo de tomar, no. No me arrepiento, pero…

—Pero… —repito con el ceño fruncido ante su silencio.

—Si sale bien o mal, sólo el tiempo lo dirá. Vivamos el presente, Mike. Paso a paso. Queda muchísimo por conocer el uno del otro y puede que haya más cosas que no nos gusten que las que sí.

—Eso no va a pasar. Todo va a ir bien. Te lo prometo.

—No prometamos cosas que no podemos cumplir. Simplemente, vivamos —acaricia mi cara mientras sus labios se acercan..

Nuestro beso es interrumpido por la megafonía, que nos anuncia que es hora de embarcar.

—Si aquello, después de un tiempo allí, te gustara y te adaptaras, ¿estarías dispuesta a hacerlo tu hogar?

—Mi hogar estará donde estés tú.

—Joder, no te imaginas lo afortunado que soy, Farah.

Nos levanto a los dos y la beso con locura de nuevo.

Soy muy feliz, joder.

No la puedo querer más.

Nada ni nadie nos va a joder esto. No lo pienso permitir.

—Pues vamos hacia nuestro destino, pelirroja.

—Vamos hacia las estrellas.

Nunca imaginé, cuando llegué a este destino, que regresar me encontraría en esta situación, que sería con una mujer a mi lado y no una cualquiera, no, sino la mujer que me ha vuelto loco hasta que he acabado completa y absolutamente enamorado de ella, alguien que ha conseguido sacar una parte de mí que ni siquiera sabía que existía, alguien que me ha hecho ver que el amor no es tan malo como lo pintan. Ella me ha enseñado que el amor no entiende de distancias ni de tiempo, que gusta tanto como duele, pero que ese dolor es necesario para comprender la intensidad del mismo.

Ahora mismo, mientras nos sentamos ya en el avión, la miro y sólo veo felicidad. No podemos estar sin tocarnos. Los nervios flotan a nuestro alrededor y, junto a ellos, la ilusión.

Aún no puedo creer, cuando echo la vista atrás, que este pequeño pueblo de Extremadura: Fregenal de la Sierra, tuviera preparado para mí todo lo que he vivido. Que mi destino, el amor y mi futuro estuvieran esperando en esa discoteca en forma de mujer. Todo ello me lo ha dado la Stars’92.

EPÍLOGO

Los Angeles.

—¿Es todo de su agrado, señorita?

—Sí, perfecto. Puede retirarse —espeto de mala manera. Son todos unos ineptos—. En cuanto venga la persona a la que estoy esperando, decidle que pase inmediatamente al reservado.

—Por supuesto, como usted diga.

Odio a todos los malditos inútiles de los que estoy rodeada. Al final, una tiene que acabar haciéndolo todo. Me sirvo un agua sin gas de las más caras que hay en este maldito lugar y doy un par de sorbos. Me encanta cuando el carmín se queda marcado en la copa. Es sólo mía mientras la tenga. Esa es la prueba.

Como debería de serlo él…

La rabia me consume hasta que acabo clavándome las uñas en las palmas de mis manos. Es imposible que todavía no tenga noticias de él. ¡Malditos inútiles!

—Siento el retraso —se disculpa Roy sin sentirlo en absoluto mientras lo fulmino con mi peor mirada.

—Ahórrate las gilipolleces y habla de una maldita vez.

—¡Qué carácter! —replica mientras toma el vino de la cubitera del centro de la mesa—. Te tengo dicho que cuando me dejas follarte te veo hasta mejor cara, que ya es decir. Esta tensión no te hace nada bien y sabes que yo puedo remediarlo.

Es el maldito hijo de puta más atractivo que conozco, después de él, claro. Todo hubiera sido mucho más fácil si hubiera aparecido antes en mi vida, pero esta es demasiado caprichosa y juega con nosotros. Lo que no sabe es que no pienso permitir que mi objetivo en esta vida sea otro que el que llevo soñando desde pequeña. Voy a conseguirlo cueste lo que cueste y al precio que sea.

Roy es un amante increíble. Me hace sentir viva. Sin embargo, no tiene comparación con lo que me hace sentir el único y verdadero amor de mi vida, ese que incluso con su indiferencia y sus desprecios, esta vez, no va a poder obviarme como hace siempre.

—Me estoy cansando de tus malditos juegos, Roy. Habla de una vez.

—Yo que tú no haría tan visible esa desesperación. No sólo se ve a leguas, sino que se olía desde la puerta del restaurante.

—Eso a ti no te importa.

—Te voy a dar un consejo: a mí no me gustaría que mis rivales vieran mis cartas —sonríe impertinente mientras vuelve a beber.

—Yo no tengo rivales —sentencio sin atisbo de duda. Nunca las he tenido. Nadie es rival para mí.

—Ya está aquí. Ayer mismo pisó suelo californiano.

Mi sonrisa se ensancha por primera vez de verdad en mucho tiempo.

—Pero no ha venido solo.

Mi sonrisa pierde intensidad. Sé lo que significa eso y no debe preocuparme. Cualquier putita para pasar el rato no es problema para mí.

—Ha llegado junto a la que es oficialmente su novia, la hija de los mejores amigos de sus

padres y con la que lleva desde que llegó allí.

Mi sonrisa desaparece.

No puede ser.

Esto no puede estar pasando.

¿Por eso me ha estado ignorando?

—En tu lugar, yo lo dejaría en paz. Nosotros podemos tener un futuro, cariño —intenta sujetar mi mano, pero la retiro.

No quiero que me toque. No quiero que me toque nadie.

Tengo que tranquilizarme un momento, pensar con claridad e idear algo nuevo acorde al plan. Eso es sólo un pequeño e insignificante contratiempo. Sí, eso es.

—No, Roy. Eso ni lo sueñes. Él va a ser mío otra vez y esa poca cosa volverá a su maldito país. Viviremos felices, ya lo verás.

Me levanto despacio, cojo mi bolso y me dirijo hacia la calle.

Quizá tenga que modificar algunos detalles, pero lo importante, por lo que Michael Walker va a caer rendido entre mis brazos y no va a querer separarse de mí, ya lo tengo. No debo preocuparme por nada, al fin y al cabo, siempre consigo lo que me propongo. Por algo soy Deborah Baker.

AGRADECIMIENTOS

Parecía que no iba a llegar este momento y, al fin, ha llegado. Llevo días e incluso semanas dándole vueltas y vueltas a estas palabras tan temidas (porque no me quiero dejar a nadie) como necesarias (más bien, intentando resumir unas cincuenta páginas), pero nada, que no sale. Aun así, voy a intentarlo:

No puedo comenzar estas líneas sin agradecer a mi hija y a mi marido su absoluta paciencia, por las veces que he tenido que robarles un poco *bastante* de su tiempo, por aguantarme, comprenderme y apoyarme. Gracias, mis amores, no sé qué haría sin vosotros. Os quiero mil.

A mis padres, mis estrellas, quienes me guían desde que nací y los que sé que no dejarán de hacerlo nunca. Fueron los primeros que me llevaron a la STARS. Gracias por ello, por iniciarme en el mundo de la música y de las discotecas, ja, ja (lo del vino vino después) y por todo. Sois mi inspiración. Os quiero con locura. Por supuesto, a mi hermano también.

A mi familia, sobre todo, a mis CISNERINAS. Siempre ahí. Sois grandes y tengo suerte de teneros. A mis abuelas y en especial, a mi abuelo Isidro, por crear la verdadera y única STARS'92. Seguro que estés donde estés, nos estarás viendo junto a mi abuelo Ramón, otra estrella que me guía.

A todos los que formáis parte de mi increíble familia política, mis cuñados y en particular a mis suegros; gracias por estar siempre, por apoyarme en cualquiera de mis locuras y por aguantarme. Sois los mejores. Os quiero un montón.

Maca, (macaoremor), contigo ya sé que me quedo corta, pero es que tú y yo sabemos cuánto me has ayudado, apoyado, aconsejado, tirado del pelo y hasta de las orejas. Gracias, gracias y mil gracias. Tienes un don, todo lo que tocas lo iluminas. Entraste de lleno en mi vida en el momento exacto (aunque siempre hemos vivido en paralelo o, como también se le llama, clase fantasma, ja, ja, ja) y le diste un nuevo sentido a todo en uno de mis momentos más bajos. Vales oro y eres, además de una gran persona, una amiga incondicional. Siempre ves lo que yo no consigo ver, que creas en mí de la forma en que lo haces es lo que me ha dado fuerzas cuando ni yo las tenía. Como lectora cero eres inigualable y tu criterio para mí es sagrado. Si darme caña fuera deporte nacional, tendrías medalla de oro. Parte de todo este proyecto es también tuyo. Mi serendipia.

Angie, (@avcardenet) qué decirte, amiga, ya son muchos años juntas. (Necesitaría hojas solo para ti). Hemos pasado por muchas cosas y muchas fases, pero nunca nos hemos olvidado la una de la otra y lo más maravilloso de todo es que volvimos a retomar ese vínculo cuando más lo necesitábamos. Mi guía espiritual, la que sabe calmarme y decirme que pare cuando voy a la deriva. Eres mágica, tienes algo tan especial dentro de ti, que no solo te admiro por cómo escribes, sino por lo humana que eres. Impresionante y especial. Me has ayudado tanto que, sin ti, parte de este proyecto no hubiera sido posible. Creadora de mi logo y de una gran ayuda con las portadas iniciales (dejando atrás las paletas de colores, ja ja, ja) ha sido un gran trabajo, siempre serán mis especiales y sobre todo esas letras que has creado y que forman parte de la maquetación; la cual también es parte tuya. Gracias por prestarte a esta locura, por aguantarme (histerismos varios), apoyarme y por tu infinita paciencia. Todo lo que haces es impresionante y te mereces lo mejor del mundo.

Irene, ¿serías mi correctora? Sí. Creo que ni te lo pensaste, pero no pudo ser una elección más acertada. Has hecho un trabajo increíble, esta historia es tan mía como tuya. GRACIAS en mayúsculas y mil gracias más por todo lo que has dedicado a ella y por ser tan especial. Sobre todo, por entender lo que ni yo entendía, ja, ja, ja. Por darle ese toque tuyo que tanto necesitaba. Han sido muchas vueltas hasta dejarlo como tenía que estar y doy gracias por ello. Por ello y por todo. Tienes un talento innato.

Verónica, (disenoveroespinosa__), gracias por haber hecho posible esta maravillosa portada, has hecho un gran trabajo y no me puede gustar más.

Sor Espe, o también conocida como Esperanza Mancera (esperanzamancera), gracias por aparecer en mi vida. Por ser tan especial y por supuesto, de darme la oportunidad y el empujón también de volver a ser yo. De acompañarnos en una locura increible que nos traerá solo cosas buenas.

No puedo dejar atrás a mis niñas, las que pase lo que pase, siempre están ahí. Siempre: Tamara, por que sigamos juntas hasta el infinito, pase lo que pase, te necesito y lo haré siempre, gracias por estar ahí cuando ni yo estoy, eres mi paz, y por tu apoyo en aquellos momentos y en todos. Tengo mucha suerte de tenerte. Lucía (mi *Lu* particular), la primera persona que leyó esta locura, capítulo a capítulo lo sufriste, doy fe; gracias por creer la primera y por ser tan especial. Si esta historia está hoy aquí, es gracias a ti. Por muchos kilómetros que haya entre nosotras, siempre te siento junto a mí, gracias. Rocío, sé cuánto la has disfrutado, gracias por apoyarme también. Sandra, mi niña especial, siempre estás ahí, gracias por todo lo que me das, eres pura luz. 205 siempre. Ana, es increíble lo bien que nos hemos entendido siempre, que eso nunca cambie. Y a todas las demás, todas las que seguís ahí y que sois muchas, millones de gracias por todo.

Mis SUPERVIVIENTES, desde que os conozco, siempre me he preguntado ¿por qué no os conocí antes? Luego se me pasa porque ya sois mías para siempre, lo siento. Nunca jamás podré agradeceros lo que habéis hecho por mí. Gracias por aguantarme día a día. Por esas risas sin control. Por los días buenos y malos y por ese increíble apoyo que habéis sido en aquellos momentos y sé que seréis siempre: Eva y Lole, os quiero mil, junto a mis chicas, Danae, Mariví, Leticia, Pepa y Cristina, mi community manager particular a la que le debo mucho, jaja. Gracias a todas siempre, sois las mejores. (Chinito, tu momento llegó, te debía el hueco por tu esfuerzo e investigación, ejem… nosotros sabemos de lo que hablo. Gracias por todo siempre, jajaja) Y a todos mis compañeros, gracias.

Bookstagramers, Boktokers, esto no sería posible sin vosotras. A todas vosotras, gracias; hacéis un trabajo maravilloso y admirable. Yole (@el_rincon_dela_yole), mi flamenca canaria favorita, una gran persona y especial, doy gracias por conocerte y tenerte en mi vida. Eva (@eva_mislecturas), Lourdes (@lola_lectora), Marta (minedreadings), Maca (macaoremor), las mejores *cotorras* que conozco, gracias por la oportunidad, por leerme y por ser maravillosas. Las Satánicas, Eva (@eva_y_suslocuras), Mar (@merypoppins750), Rafi (@rafi_lechuga) y Maca (@macaoremor), sois la leche, conseguís que bajar de vez en cuando al infierno sea una delicia. Mil gracias de todo corazón por el gran trabajo que hacéis. Vanessa (@vanessa_books_), gracias por apoyarme desde el minuto uno. Nerea, (nerea_y_los_libros), una maravilla de descubrimiento. Karliux, Nani, Eli, Rocío y Mamen mis chicas de Huelva y todas las que formáis parte de mi vida y mis historias, millones de gracias. Noelia y María José, devoradoras de libros, gracias por la oportunidad. Sois muchas las que os dedicáis a ello y no podría nombraros a todas, pero gracias y mil gracias.

A todas mis compis de letras, a todas esas brutales e increíbles escritoras que me inspiran cada

día, gracias por estar ahí, por los consejos y la ayuda. Sois increíbles, gracias. En especial a A.V. Cardenet, Esperanza Mancera, Noelia Frutos, Estrella Correa, Anny Peterson, Eva Garcia Carrión, etc... a Rose Gate, en concreto por ser tan especial. Gracias y mil gracias por tus consejos y tu por tu apoyo, esta portada también es un poco tuya, jaja. Sois increibles.

Llegados a este punto no puedo acabar sin una mención especial a todos los que formaron parte de la Stars'92, los que trabajaron en ella y los que noche tras noche le daban vida, sobre todo a cada DJ que piso esa increíble cabina que nos hacía vibrar. En especial a DJ Anuschka, GRACIAS.

Y, sobre todo, a ti, lector, por darme esta oportunidad. Sin vosotros, este sueño nunca se hubiera cumplido. Stars’92 abre sus puertas, es toda vuestra, espero que la disfrutéis y quedo a vuestra disposición. Nos vemos en las redes, no dudéis en hablarme, será todo un honor comentarlo con vosotros.

GRACIAS INFINITAS



Fanny Koma

ACERCA DE LA AUTORA



Fanny Koma vive en un pequeño pueblo del sur de Extremadura, Fregenal de la Sierra. Junto con su marido y su hija Daniela: su mayor pasión. Muy familiar y amiga de sus amigos. No puede vivir sin las personas que le rodean, son el motor de su mundo y la fuerza que necesita.

Una apasionada de la música, ya que es de las que opina que para cada momento de nuestras vidas, existe una banda sonora. Y siempre que dispone de tiempo le encanta sumergirse en las increíbles páginas de un buen libro. Sin su entusiasmo por ellos nunca hubiera descubierto este maravilloso mundo de la escritura y la necesidad de contar historias increíbles.

Una romántica empedernida que jamás imaginó llegar tan lejos el día que descubrió que podía crear historias y comenzó lo que se convirtió en su primer relato. Su aventura comenzó en 2014

cuando se presentó a un concurso y lo ganó. A raíz de ahí fue conociendo a personas maravillosas que la ayudaron a conocer en profundidad este maravilloso universo.

Con varios relatos más publicados, ese mismo año, comenzó la que sería su primera novela: Títere sin cuerdas. Una historia que le absorbió por completo y dio rienda suelta a todo lo que escondía en su interior. Posteriormente el sello Zafiro de la editorial Planeta reeditó Títere sin cuerdas en digital con contenido extra. Y ahora que ha vuelto a autopublicar de nuevo, le ha tocado el turno a Stars’92 primera parte de la Bilogía Serendipia. Detrás de esa historia, hay muchas más deseando ver la luz.

Instagram: @fanny_koma

Twitter: @FANNYKOMA
TikTok: @fannykoma
facebook.com/sandra.comas.77
Linktree: @fannykoma - linktr.ee/fannykoma
Correo electrónico: fannykomaautora@gmail.com



NOTA DE LA AUTORA

Esta historia nació como un relato de unas quince páginas. Era una idea que siempre había tenido en mi mente. Como habéis podido comprobar, daba para más, mucho más. Si hay algo que no pensaba dejar pasar, era que la STARS'92 tuviera su propia historia. Lo tuve claro desde que supe que podía escribir.

La discoteca es real y, aunque ahora se encuentre cerrada, ha pertenecido siempre a mi familia. La fundó mi abuelo Isidro, junto con toda la familia. Se trataba de un antiguo *pub* de copas llamado La Gruta y, a finales de los 80, pasó a ser la que hoy se conoce como discoteca Stars'92: una estrella del 92 que nos iluminó a todos durante muchos años.

Nos ha regalado momentos increíbles que quedarán para la posteridad en cada uno de nosotros. Si sus paredes hablaran, contarían historias de todo lo vivido allí dentro. Fue testigo del día de mi boda, hasta ese punto estoy enamorada de ese lugar.

No podía dejar pasar la oportunidad de que volviera a abrir sus puertas, aunque de manera literaria, y llegados a este punto Farah y Mike han hecho un gran trabajo para lograrlo. Es este un legado que ahora pasa a ser de ellos, de su familia.

La música siempre ha sido indispensable en mi vida, no creo que pueda pasar un día sin ella y lo he querido reflejar en esta historia. Siempre he pensado que, tras un momento de nuestras vidas, hay una canción que le precede y a veces una sola, pone las palabras justas que nosotros no podemos decir en ese instante. Hablan por nosotros. No he querido dejar atrás la oportunidad de plasmarlo a través de Farah y Mike.

Esta novela ha sido la historia más personal que he escrito hasta ahora y no porque su localización sea en mi pueblo, Fregenal de la Sierra, y en la discoteca de mi familia, sino porque en muchos aspectos me he abierto en canal con ella. He volcado todo lo que soy y sólo espero que hayáis disfrutado y la hayáis sentido como vuestra.

Son unos protagonistas increíbles y han sido muchos años con ellos en mi cabeza sin que parasen de contarme su historia; ahora, también son vuestros.

Como habréis podido intuir, esto no acaba aquí. Por ahora no puedo decir mucho más, pero hay historia para rato. La bilogía Serendipia está muy lejos de terminar. Nos leemos muy pronto.

Infinitas gracias.

Fanny Koma

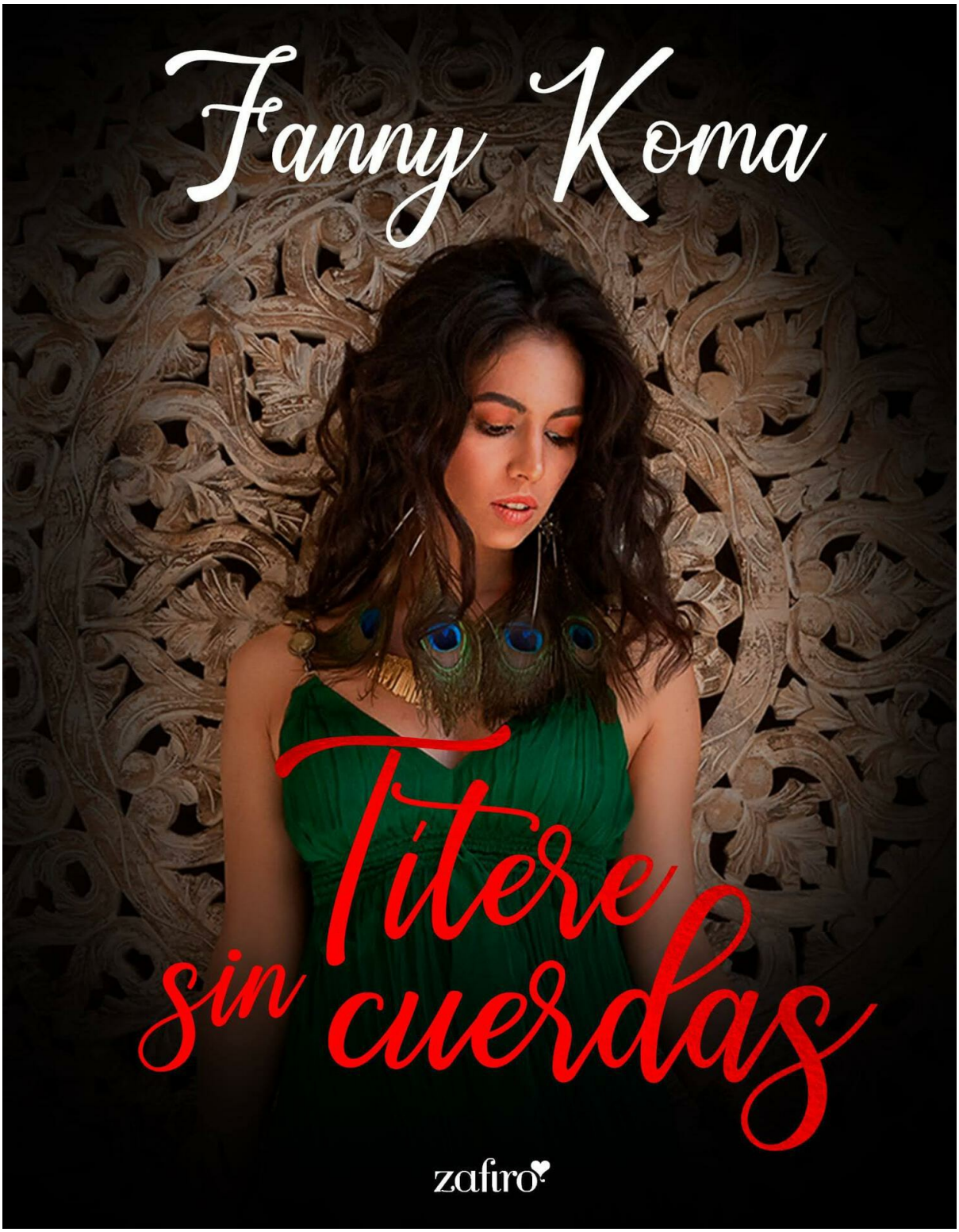


ENCUÉNTRAME EN AMAZON



OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

TÍTERE SIN CUERDAS: VERSIÓN KINDLE.


Fanny Koma
Titere sin cuerdas
zafiro

TÍTERE SIN CUERDAS: VERSIÓN PAPEL.

